Marga Fernández

AutIn

El vuelo de una Mariposa sin alas

EL VUELO DE UNA MARIPOSA SIN ALAS

MARGA FERNANDEZ

El vuelo de una mariposa sin alas

2022 AUTORA INDEPENDIENTE
AutIn

Primera edición: octubre 2022

© 2022 Marga Fernández
© 2022 AutIn Autora Independiente

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y

bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a la autora si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN:
Depósito legal: H-
Maquetación y diseño: **Marga Fernández**
Portada: **Rocío Montoya**
Ilustraciones: Pinterest

Correo electrónico: **margafernandezautora@gmail.com**

El pasado nunca está muerto ni enterrado,
ni siquiera es pasado.

William Faulkner

No escribo sobre la guerra,
Sino sobre el ser humano en la guerra.
No escribo la historia de la guerra
Sino la historia de los sentimientos.
Soy historiadora del alma.

Svetlana Alexievich

Introducción

“Lo que empezó durante la guerra civil como una forma de represión contra las mujeres republicanas, continuó durante la dictadura con las madres solteras y se convirtió en un negocio”

Esta frase de la periodista Olga Rodríguez sobre la tesis de la Dra. en Ciencias Humanas y Sociales, Neus Roig Pruñonosa, nos introduce en la trama principal de esta novela.

Es una historia de ficción, producto de mi imaginación, que fui componiendo a medida que me documentaba con otros trabajos, libros, entrevistas y ensayos, cuyos datos adjunto en las últimas páginas de este libro.

Aún siendo producto de mi imaginación, no es descabellado suponer o sospechar que pudo haber muchas historias similares, tan dolorosas o más que la que se relata, que por desgracia no son producto de la imaginación de nadie. De hecho, se recogen momentos y situaciones puntuales, que fueron reales y que están recogidas en entrevistas o libros y contadas por las propias víctimas.

Va por Alicia Garcia, Angeles Fernández, Reyes Mendez, Blanca Romero, Paloma Fernández, Chus Gil y cientos de mujeres más que bajo el yugo del "Auxilio Social" vivieron un infierno.

En esta ocasión, nuestra protagonista se mezcla con personajes reales de nuestra historia reciente y vive situaciones históricas igualmente reales que van tejiendo el hilo de su vida.

Los personajes y hechos históricos acaecidos en España desde 1940 hasta 1982 son el hilo conductor de la novela y los que van a ir determinando las situaciones vividas por las y los protagonistas.

De nuevo doy voz a una de tantas mujeres que fueron humilladas y vilipendiadas simplemente “por ser”.

1940
LA SOLEDAD

1

1940 Robledillo de Gata (Cáceres)

A mediados de septiembre, los últimos coletazos del verano, aún mantenían a la población encerrada en casa en las horas intermedias del día. El sol enviaba sus rayos como lenguas de fuego sobre la tierra. Robledillo y su medio millar de vecinos disfrutaban con pereza de la frescura que los anchos muros de adobe concedían a sus casas.

Nadie escuchaba los lamentos de Matilde.

Ya no se oían los terribles bombardeos que atemorizaron al pueblo durante más de tres años, ni los aviones de combate sobrevolaban la Sierra de Gata dejando caer sobre ella todo el infierno de la guerra.

Pero la guerra no había acabado.

Ahora, se libraba en otros frentes.

Cualquier lugar era adecuado para que los vencedores siguieran aniquilando, humillando y castigando a los vencidos.

Eran años de mujeres jóvenes y solas. Muchas eran viudas de caídos en la guerra y otras tantas que ni siquiera sabían si eran viudas. Todas vieron partir a sus maridos hacia el frente, dejando el peso de la familia sobre ellas. Las jóvenes, prometidas antes de la guerra, seguían guardando ausencia a aquellos que un día le prometieron volver y desposarlas. Fieles guardianas de un ajuar y de una tierra que soñaban compartir con ellos.

Mujeres que fueron auténticas heroínas de una guerra de hombres.

Sentada en el porche que rodea la terraza de su casa, Matilde veía alejarse el automóvil oscuro que acababa de abandonar su granja. Aún podía oír el sonido seco del roce de las ruedas contra la tierra. La nube de polvo que dejaba a su paso, se iba dispersando lentamente llevada por una suave brisa.

Lloraba desconsolada.

Cuando creyó que ya no la podía escuchar ni ver nadie, dio rienda suelta a su desesperación, gritó y pateó todo cuanto estuvo a su alcance. Con rabia, golpeó la pared con sus puños cerrados. Los nudillos se fueron tiñendo de rojo y la pared se fue manchando con

restos de piel y de sangre.

En ese automóvil, del que tan solo le llegaba ya el sonido lejano de un potente y ruidoso motor, se llevaban a sus cuatro hijas y por mucho que le hubieran insistido en que solo era un traslado temporal para proteger a las menores, ella intuía con certeza, que nunca volvería a verlas.

Matilde aún era joven, apenas había cumplido los 30 años, pero el duro trabajo de la granja, bajo el sol, el viento, el agua y las heladas del invierno, ha ido marcando su cuerpo y ha surcado su rostro añadiendo finas líneas blanquecinas solapadas entre la piel tostada de su rostro. Siempre fue una hermosa mujer, pero el trabajo a pie de tierra y el sufrimiento de una guerra, habían envejecido prematuramente su cuerpo y su rostro. Ahora la vida la golpeaba de nuevo y ovillada sobre su cuerpo, en un rincón de la terraza, mostraba una apariencia de anciana, encorvada y llorosa. Su pelo despeinado y reseco aparentaba una temprana vejez.

Desde que Nicolás, su esposo, se unió a los guerrilleros que vivían escondidos en la Sierra de Gata, ya nada fue igual en su vida y ahora, la partida de sus hijas con esos desconocidos había terminado por destrozar su existencia.

Fueron años demasiado duros y la guerra continuaba. Años de trabajo de sol a sol para que a sus cuatro hijas no les faltara un plato de comida. Matilde no sabía si Nicolás volvería algún día, incluso desconocía si aún seguía vivo. La última vez que le vio fue en 1938, llegó con una herida de bala en un brazo y durante más de un mes lo mantuvo escondido en el granero mientras se curaba de sus heridas. Nicolás desconocía que tenía una cuarta hija, engendrada en ese granero frío y oscuro donde Matilde le hacía compañía algunas noches.

Matilde, permaneció durante bastante tiempo en el exterior. A pesar de las altas temperaturas, ella sentía frío y parecía que le falta el aire. Tenía la mirada extraviada, perdida en ese camino de tierra que llevaba al pueblo, el mismo por el que varios años antes había visto desaparecer la figura de Nicolás, con un hatillo al hombro, un fusil colgado en la espalda y la esperanza reflejada en sus ojos. Esperanza de poder vencer, de volver libre y con el triunfo en sus manos, en las suyas y en las de los cientos de compañeros que poblaban los lugares más recónditos de la Sierra de Gata. Nicolás siempre fue un republicano convencido, un activista reconocido. Matilde no entendía demasiado de política pero se dejaba llevar por ese sueño del que su esposo le hacía partícipe.

Ella también soñaba con un futuro al lado de Nicolás, en el bando

de los vencedores, alejados ya de la miseria de la guerra, sin miedos, en paz, viviendo de su próspera granja, perteneciendo a una sociedad igualitaria y equitativa con todos, tal como le explicaba su esposo. Pero la guerra terminó con Nicolás en el bando de los vencidos y Matilde, en su inocencia, pensó que también habría acabado su lucha al lado de los republicanos. Pensó que Nicolás volvería a casa, derrotado, pero volvería y su vida continuaría tal como había sido hasta su partida.

La guerra solo terminó para algunos, para otros, empezaba lo peor. "¿Lo peor?"—pensaba Matilde.

Nada podía ser peor que el rugido de esos aviones alemanes bombardeando la sierra, ayudando al ejército nacional a acabar con los guerrilleros, nada más terrorífico que ver al ejército nacional rodear las montañas y subir en busca de los republicanos, nada peor que esos disparos que escuchaba con claridad desde su propia casa, nada más horrible que la incertidumbre, no saber si en uno de esos bombardeos había caído Nicolás o si un disparo certero le había arrancado la vida.

Hacía tiempo que Nicolás no bajaba de la sierra, pero Matilde sentía que seguía con vida, que desde allá arriba, protegía su casa y a su familia.

Pasaban los minutos y Matilde continuaba en la terraza, evitando entrar en la casa, esa casa, antes bulliciosa y que ahora tan solo contenía recuerdos de un pasado reciente, risas de niñas que con el tiempo se irían diluyendo, cuatro camitas hoy deshechas y aún calientes que, una vez recompuestas, no volverían a abrigar los cuerpos de sus hijas. En la cocina, sus cuatro platos recién acabados, continuaban sobre la mesa, cada cual con su nombre. Cada vaso con los labios de sus pequeñas, invisibles, pero adheridos a sus bordes. No quería entrar, no quería invadir el lugar donde aún estaba el olor y las huellas de sus pequeñas. No quería contaminar la casa con su olor, deseaba que perdurara el de sus queridas hijas.

Se había quedado sola y como tantas otras mujeres, tras finalizar la contienda, ya no sabía qué futuro le deparaba. Sentía miedo y desesperación, tristeza y una absoluta soledad.

2

1940 Robledillo de Gata

Todo había comenzado un mes atrás cuando el anciano Párroco del pueblo, don Samuel, le habló de la necesidad de que las niñas salieran del ambiente hostil y peligroso que se respiraba por toda la sierra. Desde el propio Obispado, ya había recibido un mensaje para que pudiera sacar a esas cuatro menores indefensas, de la granja de sus padres a los pies de la Sierra de Gata.

—Eres una mujer abandonada—le recordaba el Párroco—Tu esposo se unió a los guerrilleros, eres una simple mujer sin hombre que te proteja, tus hijas no están a salvo en esta granja a las afueras del pueblo, cualquier noche podrían sufrir el asalto de los desarrapados que pueblan la sierra. Incluso tú, no estás a salvo, no olvides que eres la esposa de un republicano. Si te quieres quedar y correr los riesgos que eso conlleva, hazlo, pero debes proteger a tus hijas, ellas son menores y tú no puedes defenderlas, tan solo eres una mujer.

—¡Nicolás no nos ha abandonado! Nos cuida, yo sé que nos cuida —le gritó desesperada al Párroco amparada en la confianza que le unía a ese buen hombre, en cuya casa, prácticamente, había crecido— Y yo les he protegido y cuidado en su ausencia. Nada les ha faltado. No necesito un hombre para cuidar de ellas.

—Matilde, te conozco desde que eras una niña, yo te bauticé, te di la comunión y te casé con Nicolás. Tu madre me asistió hasta que murió y en el lecho de muerte le prometí cuidar de ti y de tus hijas. Ya sabes que a ella no le gustaba que Nicolás anduviera metido en política, tenía miedo por ti y por ellas. Las niñas estarán a salvo en un internado de la capital donde se les dará la oportunidad de tener estudios y una educación digna. Aquí ya no existe la escuela…, el maestro se desvió por senderos peligrosos y a saber qué fue de él… Sólo será un tiempo, unos años, hasta que la situación del país mejore y sea seguro vivir a los pies de esta sierra.

—Mis niñas son muy pequeñas Padre, van a extrañar no estar a mi lado. No las veré crecer—insistía desesperada.

—¡No exageres Matilde! Cáceres no está tan lejos. Las verás en

vacaciones. Es una gran oportunidad para ellas, piénsalo. Hablé con el Obispado hace unos días y les pedí que las protegieran como pago a todo lo que tu madre hizo por mí. Saben que son hijas de un republicano y maldita la gracia que les hace ayudarlas y ayudarte, pero lo harán porque yo se lo pedí. Esta misma mañana me avisaron de que encontraron un lugar adecuado para ellas.

—¿Más adecuado que su propia casa, al lado de su madre?— preguntaba Matilde.

—Más seguro Matilde—le respondió el anciano sacerdote acariciando el cabello de esa mujer a la que había criado como si fuera su hija.

A Matilde, que sus hijas permanecieran a salvo en un internado y protegidas por don Samuel, podría darle tranquilidad y la oportunidad de seguir trabajando su granja, seguir al frente de los cultivos, atender la economía familiar y seguir aportando a la comarca los alimentos tan necesarios y escasos en esos tiempos. Las niñas eran pequeñas, aún no podían ayudar en la granja y les tenía que dedicar mucho tiempo. No era tan descabellado lo que le ofrecía. Que estudiaran en un internado y volvieran a casa en vacaciones. En realidad, era una propuesta que les daba la oportunidad de estudiar y aprender las labores encomendadas a las mujeres y por otra parte las alejaba de cualquier peligro que pudieran provocar los enfrentamientos entre la Guardia Civil y los grupos de hombres escondidos en la sierra. Su granja—al pie de la sierra—se había visto en alguna ocasión en el centro del fuego cruzado entre los dos bandos.

Matilde confiaba en el Párroco, le conocía desde su niñez. Su madre había sido su asistenta desde que llegó al pueblo y había crecido en la casa parroquial. Era como un padre para ella. Ahora era un venerable anciano que continuaba ayudando a sus vecinos con el mismo afán que mostró en su juventud.

Aunque le apenaba separarse de sus hijas, era consciente de que llevaba toda la razón. La seguridad de las niñas y un mejor futuro, era una recompensa acorde al precio de su soledad. Matilde se tomó unos días para pensar en esa propuesta que, finalmente, aceptó convencida de que era la mejor decisión para ellas.

Un miedo atroz que nunca había exteriorizado, fue el motivo que más pesó para que aceptara el internamiento de las niñas. Había visto con sus propios ojos cómo la Guardia Civil sacaba de su casa a una mujer casi a rastras acusándola de ayudar con provisiones a los guerrilleros. Nunca había vuelto.

Ella, esposa de un reconocido guerrillero, podría estar también en esa lista de mujeres malditas. Si algún día venían a buscarla… ¿Qué sería de sus niñas?

Bajo la protección del anciano Párroco estarían seguras y él velaría por ellas.

Una semana después de haber dado su consentimiento y haber firmado el acuerdo con el Obispado, por el que transfería la custodia de sus hijas durante unos años, el anciano Párroco fue trasladado de manera inesperada, a una residencia para sacerdotes de avanzada edad. Desapareció de repente. De un día para otro. Un traslado que sorprendió a todos los vecinos de Robledillo, ya que se esfumó sin más, posiblemente ni el propio sacerdote tenía conocimiento de ese nuevo destino en el que pasaría los últimos años de su vida. Ni siquiera pudo despedirse de sus feligreses, esos a los que había acompañado en sus penas y alegrías durante casi 50 años.

La llegada del nuevo Párroco no convenció a los vecinos del pueblo que aún rumiaban la tristeza por la ausencia de don Samuel. Todos habían pensado que el viejo y querido párroco, moriría entre ellos, entre su gente. Fue un duro golpe para el pueblo, que no lograba acostumbrarse a no verle pasear por las calles ayudado de su bastón, parándose en los portales a conversar con los vecinos o reconfortando a los enfermos que visitaba cada día a pesar de su avanzada edad.

El recién llegado, era medianamente joven, engreído, orgulloso, trataba con superioridad y distancia a los feligreses, paseaba altivo por las calles y su mirada era ladina y desconfiada. No parecía tener interés en hacer amigos. Parecía que, infundir miedo entre los feligreses, le confortaba más.

Si con anterioridad, el pequeño pueblo acudía en masa los domingos a la Iglesia a disfrutar del cariño del viejo Párroco, ahora lo hacía igualmente, pero la razón distaba mucho de ser la misma. La Iglesia se llenaba de hombres y mujeres atemorizados, no les interesaba la perorata del sacerdote, sólo querían ser visibles a sus ojos por la simple razón de no ser tachados de ateos, anarquistas o revolucionarios.

El miedo llenaba los bancos de la Iglesia cada domingo.

Al finalizar la Eucaristía, ya nadie pugnaba por invitar al Párroco a comer en su casa, en silencio, abandonaban la Iglesia haciendo el menor ruido posible, evitando así, el compromiso.

En vista de esta nueva situación, Matilde decidió que no quería poner el futuro de sus hijas en manos del nuevo Párroco y así se lo hizo saber, aunque no los motivos por los que había cambiado de opinión. Ella accedió a dejar a sus hijas bajo la protección de don Samuel, en el que confiaba ciegamente, no así sucedía con su sustituto, al que más bien le tenía miedo.

El Párroco, ante el desconcierto de Matilde, montó en cólera, la

trató de descerebrada y voluble, además de comunicarle que ya era imposible volver atrás. Había firmado una documentación en la que cedía la guardia y custodia de sus hijas al Obispado de Madrid. Sus hijas ya tenían destino concertado y nadie iba a impedir que cumpliera con la palabra dada al anterior Párroco.

—¿Te crees que es fácil encontrar cuatro plazas en el mismo internado?—le dijo con desdén—Ni siquiera en Cáceres pudimos y será el internado de Madrid quien las acoja. Nos costó mucho conseguir esas plazas para que un capricho tuyo tire por la borda el futuro de tus hijas. Ellas no son culpables de lo que hagan sus padres. Los hijos los da Dios y a él deben obediencia. ¡Mírate…! Eres una simple granjera abandonada a su suerte. ¿Qué futuro tienen tus hijas a tu lado?

La actitud del sacerdote, sus palabras, su mirada amenazante e insolente, su ira y la seguridad con la que hablaba, asustaron mucho a Matilde que no por ello, perdió la esperanza de volverlo a intentar en mejor momento. Esperanza que ya había perdido definitivamente esa misma mañana cuando el automóvil del Obispado llegó para recoger a sus cuatro hijas y llevarlas—según le dijeron—a la capital de España.

La amabilidad y educación de la señora que acompañaría a las niñas y el cariño con el que hablaba a las pequeñas tratando de que vieran esta separación como algo positivo para sus vidas futuras, tranquilizó en principio la angustia de Matilde. Después, el desdén que mostraba hacia ella y la exigencia de agradecimiento por cuidar a sus hijas introduciéndolas en una sociedad y en una vida que jamás hubieran soñado, fueron determinantes para que sintiera que había sido engañada y que se encontraba ante una despedida definitiva. Preguntó a la mujer cuándo volvería a verlas y la extraña mirada que recibió, no supo interpretarla, sólo sintió que la despedida era definitiva, era algo que concluía en ese momento.

Una sensación de ahogo cubrió todo su ser. Se sintió maltratada, humillada y abusada por el poder de la Iglesia. Una tremenda soledad invadió su corazón.

El llanto compulsivo y desolado que no pudo evitar Matilde, hizo que las niñas corrieran hacia ella asustadas. Agarradas a sus piernas las pequeñas y a su cintura las dos mayores, rogaban permanecer al lado de su madre, en su casa, aún perdiendo la oportunidad de tener un glorioso futuro como les aseguraba esa señora desconocida y vestida de negro que las instaba a volver al coche. Fue necesaria la intervención del chófer para separar a las niñas de su madre y llevarlas a rastras hasta los asientos traseros del automóvil.

La última imagen que Matilde tuvo de sus cuatro pequeñas, eran sus caritas llorosas y asustadas mirando hacia ella desde el cristal trasero del automóvil que las alejaba para siempre del lado de su

madre.

Entonces comprendió todo.

El viejo Párroco, en su afán por proteger a las niñas, había puesto en guardia al Obispado, le puso en bandeja un exquisito bocado. Un castigo ejemplar contra aquellos que tantas Iglesias habían destruido y tantas muertes habían ocasionado entre sus sacerdotes. Todos pagarían por sus pecados.

El nuevo Párroco llegó para que ella comenzara a pagar su penitencia. Eran las cuatro hijas de Nicolás el republicano y tan solo existía una forma de recuperarlas, entregarse a las autoridades y cumplir con su condena. De lo contrario, la condena pasaría a su esposa e hijas.

El viejo Párroco, vivió sus últimos años ajeno a la trampa que habían tendido a Matilde y con la serenidad de haber cumplido la palabra que le dio a su madre, la abuela de las niñas, en el lecho de muerte.

3

Robledillo de Gata
La posguerra del miedo

Durante los años anteriores a la contienda, Matilde y Nicolás, habían ampliado sus cultivos con todo tipo de siembra. Al contrario que la de otras muchas familias, su economía mejoró notablemente. Su granja, a orillas del río Árrago, siempre había sido fructífera, tenían una parte dedicada a frutales, otra a olivos y una última, la más cercana al río, en la que cultivaban las verduras, cualquier tipo de ellas, según la época del año. Sus tierras, la parte que había correspondido en herencia a Matilde, lindaban justo con las que correspondieron a Nicolás, también por herencia. Tras su matrimonio unieron ambos legados quedando finalmente una fantástica granja de la que vivían con holgura.

Los años de la guerra y la escasez de alimentos provocaron subidas de precios en los productos básicos y a la vez aumentaba la demanda de los mismos. Fue una época de bonanza económica para la familia a pesar de la crudeza de la guerra. Matilde nunca entendió que Nicolás decidiera unirse a los guerrilleros, desestabilizando así, la tranquila y cómoda existencia que llevaban. Ella tuvo que tomar las riendas de la granja y de sus hijas, y realmente lo hizo muy bien. Trabajar duro le hacía olvidar el sonido de los bombardeos sobre la sierra y sobre todo, le hacía olvidar que Nicolás permanecía escondido justo donde esas bombas detonaban.

La fortaleza de Matilde parecía no tener fin, su granja y sus hijas no se vieron perjudicadas por la ausencia de Nicolás. Con ella al frente y la ayuda de algunos jornaleros, siguió aportando a la comarca la misma producción. Trabajaba al compás que ellos y se ganó el respeto y la admiración de sus trabajadores.

Durante esos difíciles años, a los pueblos situados en la Sierra de Gata, comenzaron a acudir, cada vez con más asiduidad y en grupos muy numerosos, guardias civiles que eran enviados con la misión de batir la sierra en busca de republicanos. Algunos se adentraban en el corazón de la sierra buscando palmo a palmo cualquier hueco donde cupiera alguna persona. Otros batían las afueras de los pueblos al

anochecer, cuando se sospechaba que bajaban en busca de provisiones.

La granja de Matilde no se libró de esas visitas nocturnas que se intensificaron a partir del día en que sus hijas le fueron arrebatadas. Siempre recibía la visita de los mismos guardias civiles. Dos, uno bien joven y otro que podría ser algo mayor que ella. Al principio preguntaban por su marido, el tiempo que hacía que no le veía, si había sufrido robos nocturnos en los últimos tiempos, si alguien le acompañaba durante la noche o permanecía sola en la granja. Era un interrogatorio continuo y agresivo. Cuando abandonaban la casa, le proporcionaban consejos y maneras de actuar en caso de que recibiera "visitas" inesperadas durante la noche.

Durante bastante tiempo, Matilde estuvo aterrorizada por estas apariciones de los "grises" en su casa. Aunque hacía años que Nicolás había partido y sólo una vez le había vuelto a ver—de ese encuentro quedó embarazada de su última hija, Isabel—quería imaginar que seguía vivo y que algún día bajaría hasta la granja aunque solo fuera para ver a su familia. Pensar que, en esa posible llegada, coincidiera con los dos efectivos, le producía pavor por las consecuencias que podía tener para Nicolás y para ella misma.

El terror de Matilde era evidente en sus ojos y en el temblor de su cuerpo siempre que aparecían por la granja.

La pareja de la Guardia Civil que visitaba a Matilde, podía sentir ese miedo atroz que a veces la invadía. Y si al principio se sentían satisfechos por el temor que provocaban en ella, con el paso de las semanas comenzaron a sentir lástima por esa mujer que les recibía con los ojos llenos de desconfianza y miedo, encorvada como una anciana, inmensamente triste y que contestaba a cada pregunta con su voz apagada y apenas audible. Esa mujer que siempre les respondía que su esposo hacía años que se había ido al norte a trabajar en las minas y que nunca le volvió a ver, les provocaba tanta lástima, que pasaban por alto su respuesta a sabiendas de que mentía. Era evidente que esa mujer había sufrido mucho, tanto, que su mente parecía divagar por otros mundos.

Desde el año anterior, en concreto desde abril de 1939 cuando la guerra se dio por terminada, España entera vivía en una espesa envoltura de miedo. Si por una parte los vencidos sentían el temor obvio a represalias o a ser denunciados por familiares, vecinos o amigos, los vencedores, no vivían exentos de ese mismo miedo. El resultado de la Segunda Guerra Mundial, que se libraba en esos momentos, podría convertir a los republicanos en vencedores y eso les colocaría en el otro lado de la balanza.

El miedo, la hambruna y unas condiciones de vida deplorables,

eran para todos en general. Toda la sociedad española sufría las consecuencias de la reciente guerra y aunque oficialmente no participaban en la Segunda Guerra Mundial, sus efectos llegaban igualmente a España.

España vivía la posguerra del miedo.

4

1940 Camino de Guadarrama.

Celestina, de 10 años, la mayor de las hijas de Matilde y Nicolás, abrazaba a sus hermanas en el asiento trasero del coche negro en el que eran trasladadas al internado donde, según les había explicado mamá, recibirían una educación adecuada que les proporcionaría un mejor futuro. Trataba de consolar a sus hermanas pequeñas que no paraban de llorar.

Un consuelo que ni ella misma sentía.

"¡¿Qué le importaba tener una educación adecuada?! ¿Qué era adecuado?"—pensaba Celestina. No conocía el significado de esa palabra pero sí sabía que eran felices viviendo con mamá y acudiendo a la pequeña escuela del pueblo donde les habían enseñado a leer, escribir y algo de matemáticas e historia.

"¡Qué más podían necesitar!"—se decía con tristeza.

Mamá les había hablado ilusionada de esta separación temporal mientras duraran sus estudios, les había asegurado que volverían durante las vacaciones a la granja, pero verla esa mañana llorando desesperada cuando llegaron a buscarlas, no le había gustado nada.

"¿Quizá no era como les había contado? ¿Qué había hecho mamá para que la dejaran sola?"—se pregunta Celestina.

Sus amigas y compañeras del colegio seguían en sus casas, con su familia. Aunque ya no hubiera colegio, seguían allí, esperando al nuevo maestro. "¿Acaso mamá las había abandonado? ¿Las había entregado a unos extraños porque no quería estar con ellas?"—la pequeña cabecita de Celestina no paraba de imaginar situaciones que ni ella misma comprendía.

Mientras tanto, abrazaba a sus hermanas tratando de infundir valor y coraje en sus pequeños cuerpos. Isabel—que aún no había cumplido los 2 años—iba sentada en las rodillas de la señora que les acompañaba y parecía entretenida y feliz escuchando un cuento. A veces, el llanto de sus hermanas la sobresaltaba y las miraba sin comprender, pero rápidamente volvía a su cuento.

Asunción de 7 años y Dolores de 5, sentadas una a cada lado de Celestina, pedían insistentemente volver a casa con mamá. La señora desconocida y vestida de negro, entretenía a Isabel y de vez en

cuando, las animaba a ellas describiéndoles un lugar mucho mejor que la granja, las instaba a estar agradecidas porque significaría un cambio importante en sus vidas, un cambio muy bueno, no debían de llorar sino estar alegres ya que esta oportunidad no la tendrían todas las niñas del pueblo. Ellas y solo ellas habían sido las elegidas gracias al anterior Párroco de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción.

"Eso también se lo había contado mamá, debería ser verdad, pero entonces... ¿Por qué lloraba tanto y quería que nos quedásemos con ella?—se preguntaba Celestina.

Eran demasiado pequeñas para entender las decisiones de los mayores pero confiaban en mamá que siempre les dijo que volverían a casa definitivamente una vez finalizados los estudios.

Entre pensamientos, preguntas y llantos, continuaban su camino hacia un futuro incierto y desconocido.

El viaje hacia su destino, estaba resultando demasiado largo. Las menores no habían salido nunca de Robledillo de Gata ni habían montado en automóvil jamás. No sabían qué decir cuando necesitaban hacer pis y se removían nerviosas en el asiento. La mujer de negro, pendiente en todo momento de las niñas, hizo parar varias veces al chófer cuando notaba el desconsuelo de ellas. Las acompañaba a hacer pis y retomaban de nuevo el camino. El aburrimiento también hacía mella en las niñas que, desde la ventanilla, miraban pasar con rapidez las extensiones de tierra, los campos de cultivo y las fincas de encinas y alcornoques. Su bonita y ordenada granja, nada tenía que ver con esos campos que miraban a ambos lados de la carretera. Los alcornoques centenarios estaban muchos partidos a la mitad y parecían quemados en esa tierra árida, levantada y llena de escombros y chatarras. Chatarras que Celestina sabía demasiado bien de dónde provenían.

Cuando mamá estaba embarazada de Isabel, dormían las cuatro juntas y podían escuchar cómo caían las bombas en la sierra, podían incluso oír gritos desgarrados de los heridos cuando se hacía el silencio en la noche. Solo mamá y ella sabían qué significaban esos espantosos ruidos. Asunción y Dolores eran demasiado pequeñas y aunque el sonido de las bombas les atemorizaba, los brazos de mamá eran suficientes para sentir que nada malo podía ocurrir mientras les abrazara.

Ahora no tenían los brazos de mamá y sentían que una amenaza desconocida las iba envolviendo.

Esos campos asolados y destruidos por las bombas, les llamó la atención durante un tiempo pero las horas pasaban con lentitud, tenían hambre, tenían sed, tenían ganas de moverse pero seguían atrapadas en el asiento trasero de ese coche que no les posibilitaba demasiados movimientos. Casi habían transcurrido siete horas, cuando

de nuevo el paisaje que comenzaron a ver tras los cristales, llamó la atención de las niñas. Habían pasado por pueblos pequeños como Robledillo y por algunos más grandes, pero en el que ahora entraban era muy, muy grande, casas y casas sin parar pasaban rápidamente por la ventanilla, otras casas diferentes a las que conocían, enormes, muy altas con muchas ventanas, pasaban árboles muy rápidos, apenas les daba tiempo a verlos, también comenzaron a cruzarse con más automóviles, algunos grandes como el que llevaban, otros muy pequeños, también se cruzaban con pequeñas motocicletas que ya conocían por haberlas visto en el pueblo alguna vez.

En este paisaje que miraban con curiosidad, les llamó la atención una gran cantidad de edificios que parecían haberse derrumbado. Había escombros y grandes huecos en la superficie. A los lados de las calles que recorrían, los hierros retorcidos y los trozos de ventanas, puertas y muros, se amontonaban en las aceras. Había muchas personas sobre estos montones de escombros, parecían buscar algo.

Era desolador todo lo que alcanzaban a ver.

La pequeña Isabel se había dormido en los brazos de la cuidadora. Las tres hermanas mayores se agrupaban junto a la ventanilla para no perder detalle de ese lugar tan grande y tan triste, tan devastado.

"¿Era allí donde vivirían mejor que en su querido pueblo?"—parecían preguntarse.

—¡No os asustéis!—les dijo la mujer de negro intuyendo sus pensamientos—En poco tiempo Madrid volverá a ser una ciudad maravillosa.

Tres suspiros al unísono indicaron el tremendo cansancio que sufrían las pequeñas tras muchas horas de viaje. Mientras salían de Madrid hacia otro lugar, las niñas miraban interrogantes a la mujer de negro.

"¿Tampoco es aquí?"—pensaban intrigadas.

—¡Casi llegamos! Estamos a muy poco del lugar al que vais—les dijo intentando serenar la impaciencia de las niñas.

5

1940 Internado de Guadarrama

Casi anochecía cuando el automóvil oscuro aparcó frente a un enorme edificio que a Celestina le pareció siniestro. Por el color de sus paredes, por ese tejado negro que parecía caer con tristeza sobre decenas de ventanas oscuras y sobre todo por ese pequeño letrero que le dio tiempo a leer mientras atravesaban la cancela de hierro oxidada que daba paso a lo que suponía que sería su nuevo hogar: "Institución para prevención de enfermedades infantiles". No entendía muy bien qué significaba todo el conjunto de palabras, pero sí que estaba segura de que ni ella ni sus hermanas estaban enfermas.

Nada más entrar al edificio, la señora que les había acompañado desde Robledillo, desapareció junto a una religiosa que la esperaba en la puerta. Otra mujer, toda vestida de blanco, les ordenó que la siguieran. Celestina subió en sus brazos a Isabel que, en su infinita inocencia, le sonreía y jugaba a mojar sus manitas con las lágrimas que brotaban sin parar de los ojos de su hermana mayor. Asunción y Dolores caminaban tras Celestina e Isabel sin comprender por qué lloraba su hermana. Se miraban encogiendo sus hombros con indiferencia y las seguían saltando sobre las baldosas blancas y evitando las negras.

—¡Caminen como señoritas, no como animales!—les ordenó una voz a su espalda.

La voz provenía de la puerta de la sala donde poco antes habían entrado la religiosa y la señora que les había acompañado hasta allí. La señora de negro, ya salía por la puerta principal con unas carpetas en la mano, ni siquiera volvió la cabeza para ver por última vez a las cuatro menores que había dejado allí.

Asunción y Dolores, un poco asustadas por esa corrección tan inesperada, corrieron hasta alcanzar a Celestina y agarradas a su falda, entraron las cuatro en una habitación blanca, grande, fría, donde las esperaban cuatro mujeres, cuatro sillas, una mesa larga y estrecha y un hombre vestido de médico.

Una de las mujeres le arrebató a Isabel de los brazos a Celestina y la puso sobre la mesa.

—¡Desnúdense!—les indicó con autoridad otra de las mujeres.

Las niñas se miraron desconcertadas.

—¡Vamos! No tenemos toda la noche. El doctor las tiene que ver.

—No estamos enfermas—le dijo Celestina.

—Eso nos lo dirá el doctor—respondió la mujer mientras seguía hablando en dirección a las otra tres enfermeras o cuidadoras que asistían al doctor—¿De dónde vendrán estas cuatro piojosas?

La pequeña Isabel ya estaba desnuda sobre la mesa y mientras sus hermanas hacían lo propio, el doctor comenzó con ella. La auscultó, le miró la boca, los oídos, los pies, mientras la pequeña le miraba con los ojos espantados de miedo y el cuerpo temblando por el frío.

Sus hermanas ya esperaban su turno con las braguitas puestas que por decencia no se las habían quitado ante un hombre. De repente, escucharon el grito desgarrador de Isabel y su llanto desconsolado sin poder ver qué estaba pasando. Quisieron correr a su lado pero los brazos de las mujeres les impedían moverse.

—El doctor sabe lo que hace, quedaos quietecitas—les ordenaron.

De nuevo el grito desgarrado y de nuevo los brazos impidiendo que se movieran.

—¡Necesito ayuda para sujetar a este pequeño demonio—escucharon que decía el doctor—¡Mantengan sus piernas sujetas!

—¿Qué le está haciendo a mi hermana?—le gritó Celestina.

—¿Quieren callar a esa mocosa?—contestó el doctor.

Tras unos minutos en que los gritos de la pequeña no cesaron, el doctor se retiró de la mesa llevando en sus manos una pinza con algo que no pudieron ver y que introdujo en un pequeño bote de cristal.

Isabel, aún llorando con desconsuelo, fue sentada en una de las sillas, desnuda, temblando de frío. Miraba a sus hermanas pidiendo ayuda y su llanto se acrecentaba sin comprender por qué la dejaban allí. ¿Por qué ninguna acudía a su lado?

—Vamos con la siguiente—ordenó el doctor.

Ninguna de las tres se animaba a dar el paso hacia esa mesa donde tanto daño habían hecho a Isabel.

La pequeña parecía que se iba calmando y miraba al suelo donde iban cayendo mechones de pelos hasta dejar su cabeza casi rapada. Los preciosos rizos castaños de Isabel desaparecieron en unos minutos. La pequeña se entretenía viendo caer al suelo esos mechones sin comprender que eran suyos.

—Yo, yo soy la siguiente—Celestina dio un paso al frente. Prefería comprobar por ella misma qué hacía el doctor, antes que escuchar de nuevo los gritos de sus hermanas menores.

Tendida sobre la fría mesa de mármol, Celestina fue, al igual que Isabel, auscultada por el doctor. Revisó su boca, sus oídos, sus huesos, sus ojos.

—¡Quítate las bragas!—le dijo el doctor mientras buscaba algo entre sus utensilios.

Celestina, sonrojada por el pudor que le daba quedarse totalmente desnuda, se bajó un poco sus bragas, justo hasta donde el vello púbico comenzaba a nacer, apenas era una pelusa incipiente. Miró con disgusto al doctor al tiempo que sintió cómo quedaba desnuda tras un tremendo tirón que le había dado una de las mujeres, rompiendo sus bragas.

—¡Tantas contemplaciones!—exclamó la mujer—Vas a tener que ser mucho más obediente si quieres sobrevivir aquí.

La misma mujer agarró sus piernas abriéndolas totalmente.

—¿Te ha llegado la menstruación?—le preguntó el doctor—Veo que no. ¡Deme la pinza, enfermera! Sujete bien las piernas. Esta mocosa tiene más fuerza.

Celestina también oyó su propio grito desgarrador. No era tanto el dolor como la vergüenza que sentía. El doctor había introducido algo en su culo y hurgaba dentro, hurgaba sin cesar, notaba cómo algo frío se hundía en su interior muy adentro.

—¡Deja de apretar el culo o no terminaremos nunca!—le dijo de malos modos en médico—Tan solo intento sacar un poco de tu sucia mierda para comprobar si tienes lombrices. ¿Crees que es muy agradable hacerlo? Roja y pudorosa.... ¡El colmo! ¡Abre bien el culo, coño!

Celestina lloraba desconsolada, apretaba sus nalgas por inercia, quería que terminara cuanto antes este vergonzoso momento pero su cabeza respondía por su cuenta.

—Levántate y ponte de rodillas sobre la mesa—le dijo una de las mujeres—No lo pongas más difícil.

Dos mujeres por delante sujetando su cuerpo y sus manos y otras dos por detrás, sujetando sus piernas y abriendo sus nalgas fueron necesarias para que el doctor pudiera extraer su prueba.

Una a una, las cuatro fueron pasando por la misma situación mientras el llanto y los gritos de cuatro niñas inundaban el recinto en el silencio de una noche bien entrada ya. Nadie se asustaba, todas sus habitantes estaban acostumbradas a escucharlo, todas habían pasado por ahí nada más llegar a ese lugar maldito.

Después del reconocimiento, les cortaron el pelo y las rociaron con unos polvos blancos para eliminar los piojos, pulgas o cualquier otro insecto que pudieran traer de la calle.

Les dieron un plato de sopa fría, sin sabor, con trozos de pan duro que nadaban en el caldo, una bolsa de plástico con el uniforme que llevarían a partir de entonces y una vieja camiseta, seguramente usada por alguna otra niña que ya no estaba allí y que les tendría que servir de pijama.

Las llevaron hasta los dormitorios y les adjudicaron cuatro catres bien distantes entre ellos para que comenzaran a vivir por sí mismas sin depender de nadie. Sin consuelo ni ayuda de nadie cercano, así era la vida allí y cuanto antes lo asumieran, mejor les iría.

6

1941 Robledillo de Gata

Habían pasado más de seis meses desde que se llevaron a sus hijas y Matilde aún no tenía noticias de ellas. En numerosas ocasiones había acudido hasta la parroquia a preguntar. Las mismas que volvió sin que el nuevo Párroco le diera información al respecto. Tan solo sabía que habían llegado a un preventorio de la sierra de Madrid donde cursarían sus estudios y donde le enseñarían las labores y demás obligaciones que una mujer debería aprender para un futuro buen matrimonio. Matilde ni siquiera sabía qué significaba "preventorio" pero nunca se había animado a preguntar su significado a ese párroco tan distante y altivo que le respondía con desprecio y un tono que le sonaba amenazante. Mantenía la esperanza de que durante las vacaciones estivales, sus hijas volvieran a casa hasta el comienzo del nuevo curso. También esperó tenerlas en casa durante la época de Navidad, pero nunca llegaron y el párroco nada nuevo le decía, pero sí que le recomendó que no las esperara tan pronto. "Las niñas necesitan un tiempo de adaptación a su nuevo hogar y eso no es posible si vuelven con asiduidad a tu casa"—le decía el párroco con desdén.

En otra ocasión y con palabras que intentaron ser amables sin conseguirlo, intentó tranquilizarla asegurando que las niñas estaban en el lugar adecuado, mejor que en una granja en medio de la Sierra de Gata, donde podrían sufrir los peligros derivados de las acciones de los desalmados que habitaban toda la sierra. No perdía ocasión de recordarle que había sido abandonada por su marido y que una mujer sola, sin la protección de un hombre, no valía nada ante los ojos de otros hombres. "Si no tienes dueño, cualquiera te puede usar"—le decía con desprecio.

Matilde callaba, bajaba la cabeza y volvía a casa. No podía enfrentarse a él, su esposo se encontraba entre esos que llamaba desalmados. Aunque si todos eran como su querido Nicolás, nada tenía que temer, muy al contrario, se sentía protegida por ellos y vivía tranquila en su granja imaginando que Nicolás, desde la sierra, mantenía su hogar a salvo.

Algunas mañanas, cuando comenzaba su trabajo, echaba en falta frutos de la huerta que el día anterior estaban casi maduros y ante las

preguntas de los trabajadores que le ayudaban, se excusaba diciendo que los había vendido a los Civiles que al anochecer hacían la ronda por las granjas. Le gustaba imaginar que Nicolás había bajado durante la noche hasta la casa para asegurarse del bienestar de su familia y de paso, aprovisionarse de productos básicos.

Y los meses estivales llegaron, no así sus hijas, de las que seguía sin recibir noticias. Si el día que las niñas partieron tuvo la sensación de que era una despedida definitiva, su ausencia durante estas primeras vacaciones reafirmaba esa terrible sensación.

El párroco seguía insistiendo en la necesidad de adaptación de las niñas. Cada vez que se cruzaba con él en la calle, su saludo era una irónica sonrisa que hablaba por sí sola.

Matilde, en su desesperación, intentó contactar con el viejo párroco con el que tan buena relación había tenido siempre, pero le fue denegada la visita alegando la avanzada edad del mismo. No se podía molestar a un anciano que vivía sus últimos años apartado de sus funciones y disfrutando de la tranquilidad que le reportaba esa residencia exclusiva. Solo se permitía la visita de familiares y Matilde no era familiar.

A mediados de verano, el nuevo párroco, harto de las preguntas de Matilde, le "recomendó" no insistir más, ya que por haber otorgado la custodia definitiva de sus hijas, ella mantenía intacta su melena, su granja y su vida.

"¿Definitiva?"—se iba repitiendo Matilde con su pausado caminar, de vuelta a su casa.

En esos años, el Clero tenía demasiado poder y demasiada inmunidad. La Iglesia fue un apoyo activo e importante en la consolidación del régimen franquista. Se sentían agradecidos con Franco porque les había salvado la vida y les había ayudado a reconstruir los templos e iglesias que destruyeron las milicias republicanas. Se les dio bastante poder y apoyo económico desde el gobierno, poder que la Iglesia utilizó a su antojo sin que nadie les contrariara. No en vano, representaban a un gran número de españoles católicos, a los que adoctrinaban y educaban en la fe y en la aceptación del Régimen como el mejor y único gobierno en el país.

Matilde era una simple mujer, granjera, humilde, no podía competir con semejante poder. Rendirse ante ese poder, no era una opción, era una obligación.

Con lágrimas en los ojos, veía pasar diariamente a los niños del pueblo cuando se dirigían al salto de agua del río Árrago, donde siempre habían disfrutado de los baños veraniegos. El último verano, antes de que se llevaran a las niñas, había acudido con ellas, cada día

las llevaba a las cuatro a jugar con sus amigos a ese salto de agua que hacía las delicias de todos los niños del pueblo durante las calurosas vacaciones.

Ahora, en las largas tardes del mes de Julio, Matilde se sentaba en la parte trasera de la casa, la parte que miraba hacia el Este, donde los rayos del sol castigaban durante las mañanas concediendo unas tardes frescas y apacibles. Se entretenía bordando pañuelos, manteles, sábanas y toallas con la letra inicial de los nombres de sus hijas, sobre todo para Celestina que era la mayor y la que antes necesitaría completar su ajuar.

Matilde tuvo que aceptar que no las vería ese año, pero no por eso, renunció a ellas.Su corazón no se lo permitía.

Los dos guardias civiles seguían haciendo su ronda en días aleatorios y poco a poco, después de casi un año rondando la granja, el escueto saludo y los consejos, se fueron alargando con un poco de conversación, más tarde con una invitación a café y ahora durante las noches de verano, incluso se sentaban en la terraza con la excusa de descansar un rato y departían con Matilde sobre cualquier tema. Ella fue relajando el temor que le provocaron al principio esas visitas y ahora agradecía un rato de compañía y conversación con esos dos hombres que parecían inofensivos. Las noches de altas temperaturas se le hacían demasiado largas y aunque sabía que la plaza del pueblo estaría llena de vecinas hasta altas horas, no se animaba a dejar sin vigilancia la granja y permanecía en la terraza, sola, hasta que la bajada de unos pocos grados le permitía dormir. A veces, la presencia y la charla con los dos efectivos de la guardia le hacían más corta la espera.

Ellos también sufrían las inclemencias del calor mientras visitaban las granjas situadas a la salida del pueblo y últimamente dejaban para el final la de Matilde, donde permanecían acompañándola hasta que decidía irse a la cama. No en vano era una mujer sola e indefensa la que habitaba la granja, presa fácil para cualquier hombre que pasara por allí. El hambre y la miseria eran sufrimientos que buena parte de la población padecía en aquellos años. Una granja regentada por una mujer sola, era demasiado cautivadora para la pobre gente que debía de alimentar a sus familias sin tener de dónde hacerlo. Los robos eran continuos y hasta ese momento Matilde se había librado.

A mediados de septiembre, las visitas eran tan rutinarias que Matilde ya sabía con exactitud cuándo y a qué hora visitarían los civiles su casa. Una de esas noches, con la seguridad de que al anochecer llegarían a la granja, preparó comida abundante con la intención de invitarles a cenar. No sabía si aceptarían su invitación,

pero había días en que llegaban desfallecidos tras la tarde de ronda y a ella le daba un poco de lástima. Ya no les temía, parecían buenos hombres y tan solo le brindaban protección sin pedir nunca nada a cambio. Uno de ellos era muy jovencito, el otro, al que le calculaba más o menos su edad, Matilde le imaginaba llegando a su casa de madrugada, cansado, quizá no tuviera ni tiempo de ver a sus hijos despiertos. Le apenaba la soledad de estos dos hombres porque la comparaba con su propia soledad.

La primera noche que cenaron con Matilde, aceptaron su invitación después de consensuar durante un rato si era o no correcto hacerlo. Estaban cumpliendo un servicio, pero finalmente decidieron que a esa hora su labor estaba terminada, era la última granja que visitaban y después solo les restaba dar el parte diario, así que, tras ir al pueblo a presentar el parte a sus superiores, volvieron a la granja considerando que su servicio había terminado.

La cena se alargó un poco debido a que Matilde, aprovechando la confianza que había ya entre ellos, se aventuró a preguntar sobre el lugar donde estaban sus hijas.

—¿Por qué se las llevaron a un preventorio?—le preguntó extrañado el militar de mayor rango, el Capitán Francisco Maldonado.

Matilde le contó todo lo que había hablado con don Samuel, el viejo párroco. También le contó que después, tras ser sustituido por el nuevo, intentó que se quedaran porque no le infundía demasiada confianza su actitud. No se lo permitió y se llevaron a sus niñas en contra de su voluntad. Desde entonces, hacía ya un año, no las había vuelto a ver y nadie le daba noticias de ellas.

—Capitán ¿Qué es un preventorio?—se animó a preguntar Matilde.

—Bueno, aunque aún conservan el nombre de preventorio, donde deben estar sus hijas es en un internado. Los preventorios eran una especie de hospital aislado en las sierras donde se trataban las enfermedades infantiles infecciosas, como la tuberculosis. Ya no se utilizan con ese fin y deben de estar acondicionados como internados.

El Capitán le prometió indagar un poco en este asunto pero no le dio demasiadas esperanzas ya que siempre había estado en apartados pueblos de la Península y en las Islas Canarias. Tenía pocos contactos en la capital. No quiso ilusionar a Matilde porque sabía lo que significaba entrar en un lugar así.

Los internados estaban gestionados por órdenes religiosas que cumpliendo con las directrices del régimen, adoctrinaban a las niñas en la sumisión y devoción con métodos un tanto dudosos. Corrían rumores de que eran una especie de “campo de concentración” para los hijos de los derrotados. Allí terminaban, además de las huérfanas,

las hijas de las familias de conducta indecente y las noticias sobre estos centros, harían que Matilde cometiera una locura. Todo esto lo conocía de oídas. El Capitán Maldonado nunca había estado en ninguno. Eran rumores que se escuchaban entre compañeros. En algunos casos criticando la gestión de los mismos y el trato que recibían las internas, en otros casos, alabando esta misma gestión y animando a endurecer aún más las normas para que las niñas se convirtieran en mujeres obedientes, sumisas y totalmente dependientes del hombre que las tomara como esposas.

Comentarios para todos los gustos que provenían de hombres pertenecientes a un mismo cuerpo de defensa. Hombres que, no por compartir profesión, compartían ideologías.

—Esté tranquila Matilde, usted no tiene problemas económicos, es una buena mujer dedicada a su granja y sus labores, nunca ha dado que hablar y el viejo párroco veo que tenía una muy buena opinión de usted. Seguro que sus hijas están bien y labrándose un futuro que no todos tienen la oportunidad. No desconfíe, dé un voto de confianza a las personas que las están cuidando.

El Capitán Maldonado le tenía afecto a Matilde, pero no terminaba de creer que la desaparición de su marido se debía a un trabajo en las minas del norte de España como ella le aseguraba continuamente. Su nombre estaba en la lista de los republicanos que se unieron a los guerrilleros y que se tiraron al monte durante la guerra. Sabía que continuaban allí, huyendo de las represalias del régimen.

“Con seguridad, ese era el motivo por el que sus hijas habían terminado en un internado”—pensaba el Capitán.

Le resultaba extraño o al menos curioso, la buena relación que había existido entre el viejo párroco y ella. Si su esposo era contrario al régimen, no era lo habitual. Normalmente estas mujeres abandonadas por los hombres que se echaron al monte para luchar contra los nacionales, eran repudiadas y casi vilipendiadas por todos los que pertenecían al bando vencedor. Una poderosa razón tendría que estar tras la ayuda de este hombre de Dios, a la familia de Matilde.

A menudo, el Capitán Maldonado se conformaba pensando que pudiera haber un error en esas listas y que Matilde y su esposo no tuvieran nada que ver con estos grupos pero entonces...“¿Por qué les habían arrebatado a sus hijas?—pensaba.

Poseían una buena granja, quizá de las mejores del pueblo, Matilde la llevaba bien, tenían una economía saneada. No veía la necesidad de que su esposo trabajara en otro lugar que no fuera la granja. El Capitán Maldonado no entendía esta extraña situación o igual le estaba tomando demasiado afecto a esta mujer y le disgustaba verla

sufrir.

Decidió indagar sobre ello en la medida de sus posibilidades.

7

1944 Robledillo de Gata

Muerte de Nicolás

A lo largo del año 1942, Matilde aceptó que había perdido a sus hijas.

El párroco ni siquiera la recibía ya. Harto de sus preguntas, la amenazó con no volver a verlas si insistía en saber de ellas antes de que finalizaran sus estudios. Para Matilde no fue una amenaza, significó la certeza total de que les habían robado a sus pequeñas. Se escuchaban demasiados rumores sobre los hijos de republicanos reconocidos. En pueblos cercanos a Robledillo, al pie de la sierra, existían otras mujeres que, al igual que ella, habían sido engañadas, eran rumores, pero corrían de boca en boca como la pólvora. Vendedores ambulantes que con sus borricos recorrían los pequeños pueblos, contaban lo que escuchaban a todo el que quisiera escucharles.Contaban que sus hijos desaparecían sin más, de la noche a la mañana. Se los llevaban con la misma excusa que se llevaron a sus hijas o simplemente captaban su atención mientras jugaban en la calle para, minutos después, introducirlos en uno de esos automóviles negros que tanto pavor daba verlos por los alrededores. Contaban que eso ocurría desde hacía ya 8 años, desde que nació el llamado *Auxilio Social*.

Una vez terminada la guerra, los republicanos que continuaron escondidos en la sierra, eran buscados con ahínco y en ocasiones eran sus hijos y esposas los que sufrían los castigos. Era un intento que a menudo resultaba infructuoso. Pretendían con ello que el esposo o padre en cuestión, bajara del monte a poner a salvo a su familia. Sus hijos o esposa servían de cebo para que cayeran en su trampa.

El llamado *Auxilio Social,* creado por *Mercedes Sanz-Bachiller*, viuda de *Onésimo Redondo*, en la ciudad de Valladolid, comenzó recogiendo niños de las calles, niños abandonados, pero tras el Decreto de Unificación de 1937, quedó englobado dentro de la Sección Femenina de la Falange. Allí, *Saenz-Bachille*r comenzó su

enfrentamiento con *Pilar Primo de Rivera* por diferencias de opiniones y fue apartada de sus funciones tomando el testigo la propia Pilar con la que llegó el adoctrinamiento de las niñas que llegaban a estos centros de acogida. Niñas que quitaban a mujeres encarceladas, otras que encontraban en la calle o hijas de republicanos reconocidos que se llevaban mediante engaños y que nunca más las volvían a ver. Por continuos Decretos, estas menores eran alejadas cada vez más de sus familias biológicas haciendo casi imposible que se pudiera seguir el rastro de ellas. Eran secuestros legales, por denominar de alguna manera estas acciones. Una vez que las menores llegaban a los internados, se borraba su rastro haciendo desaparecer, en ocasiones, hasta sus partidas de nacimiento. El secuestro de niños fue "legal" mediante una Orden de 30 de marzo de 1940.

Ninguna investigación iniciada por parte del Capitán Maldonado había dado frutos, parecía que las niñas habían desaparecido de la tierra. Por sus nombres y apellidos reales, no constaban en ningún archivo de los que el Capitán pudo acceder.

Matilde creyó volverse loca cuando fue consciente de que las había perdido para siempre. Cada noche sus pesadillas se repetían en forma de oscuras cárceles y llantos infantiles. Durante el día entraba en la habitación de las pequeñas y allí permanecía doblando y planchando ropa a la espera de su vuelta mientras cantaba una nana. Cada día era la misma ropa. La sacaba de los cajones y la volcaba en una cesta para comenzar de nuevo la tarea de doblado y planchado. Durante semanas, tuvieron que tomar el mando de la granja los propios trabajadores. Matilde apenas salía de la casa. El tiempo y sólo el tiempo, serenaba su dolor y curaba su mente dando paso a una nueva vida. Una vida en soledad.

Una tarde, el Capitán Maldonado y su compañero, llegaron a una hora extraña. Matilde les vio acercarse desde la ventana de la habitación de sus hijas pero, como no era la hora habitual, no salió a recibirles. Esperó a que llamaran a la puerta.

—Matilde, nos tiene que acompañar al pueblo.

—¿Saben algo de mis niñas? ¿Están en el pueblo?

—Es sobre su esposo.

—Nicolás está en el norte.

—Matilde ha aparecido un cuerpo en el río. En el pueblo todos coinciden en que es Nicolás, su esposo.

—Nicolás está en el norte.

—Bien, entonces no será él, pero necesitamos que lo corrobore. Tiene que venir con nosotros a identificar el cuerpo.

—Nicolás está en el norte—insistía Matilde con un semblante extraviado.

—Acompáñenos Matilde, enseguida la traemos de vuelta.

—Ahora no puedo. Tengo que terminar con todo esto, las niñas volverán pronto y su ropa tiene que estar lista.

Con delicadeza y apesadumbrados por el estado de Matilde a la que ambos tenían ya en gran estima, la tomaron del brazo y la llevaron hasta el coche oficial.

Matilde se dejó llevar.

Cuando levantaron la sábana que cubría el cadáver encontrado en el río, ella lo miró con serenidad, besó su frente y salió lentamente de la habitación mientras murmuraba “pues ya sí que me quedé sola”.

A partir de entonces, las visitas de los dos guardias civiles se intensificaron aún más, su negativa a abandonar la granja les preocupaba, su salud mental también les preocupaba, pero por otra parte, comprobaban que todo seguía un curso normal. Los cultivos estaban bien cuidados, la casa limpia como siempre, Matilde seguía invitándoles a tomar café o a cenar. Su mirada a veces se perdía en pensamientos lejanos, había dejado de preguntar por sus hijas y la muerte de Nicolás no parecía haberle afectado demasiado. Poco a poco comprobaron que Matilde iba saliendo del ostracismo mental en el que entró y volvía a su rutina anterior a todas sus desgracias.

Algunas noches las pesadillas volvían pero ya no eran todas cárceles oscuras, ahora eran hombres que bajaban del monte a sabiendas de que su marido ya no la podía proteger y la atacaban. Despertaba sudorosa y con el camisón desgarrado por los tirones que ella misma se daba mientras protegía su intimidad.

En la primavera de 1944, la rutina de Matilde no había cambiado en nada, los tres años anteriores los recordaba como algo muy lejano y doloroso. Si alguna vez el recuerdo se manifestaba de nuevo cuando pasaba por la puerta de la habitación de sus hijas o incluso en su propia habitación, sentía una extraña sensación. Era como si todo lo acontecido fuera ajeno a ella. Si pensaba en sus hijas se preguntaba si alguna vez habían dormido en esas camas ahora frías y silenciosas o incluso si alguna vez había tenido hijas. En su cama, con el otro lado vacío durante años, Nicolás, se le antojaba un ser extraño en su vida.

Quizá su mente atormentada iba borrando sus recuerdos maternales para mitigar su inmenso dolor.

Quizá su corazón olvidó el amor para que pudiera seguir viviendo.

Quizá fue la propia Matilde quien se rindió a la evidencia de su solitario futuro.

Cuatro años le parecían una eternidad tan lejana que los recordaba como una película ajena a ella. Su cabeza volvió a sus 20 años y su mente borró catorce o quizá solo los escondió en una parte inutilizada de su cerebro donde dormirían un sueño indefinido.

Matilde decidió vivir a pesar de todo.

La noche del verano de 1944 en que el Capitán Francisco Maldonado llegó a la granja tras aceptar como siempre su invitación a cenar, le extrañó que viniera solo y sin uniforme. Nunca antes le había visto así.

La mesa, como era habitual, estaba puesta para tres comensales. El Capitán excusó a su joven acompañante con el pretexto de una charla privada con ella.

Esa noche, Francisco Maldonado, le pidió matrimonio y Matilde aceptó.

No lo pensó, tampoco lo esperaba, siempre creyó que era un hombre casado. ¿Lo amaba? Seguramente no, porque nunca lo miró con esos ojos, pero ya habría tiempo de aprender a amarlo. Era un buen hombre, la había protegido y cuidado durante años. Y ella tenía el firme deseo de seguir viviendo.

Después supo que era viudo, tan solo estuvo dos años casado, una dolorosa enfermedad se llevó a su esposa con apenas 25 años. Nunca pudo olvidarla hasta que conoció a Matilde. No fue un amor a primera vista, fue un amor tranquilo que fue creciendo con el tiempo y que al principio confundió con lástima por esa mujer valiente que superaba cada obstáculo de la vida con tesón. Cuando murió su marido, Nicolás, el Capitán comenzó a mirarla de otra manera, supo que no era compasión lo que sentía por ella y trató de cortejarla con leves insinuaciones que Matilde jamás entendió como tales.

Para él fue toda una sorpresa que aceptara su petición de matrimonio en ese mismo momento. Su intención era darle a conocer sus sentimientos y empezar un cortejo a la antigua usanza y por supuesto hacer pública esa relación.

La noche se alargó más que las anteriores, tenían que conocer la historia de cada uno, la historia anterior a 1941 cuando se encontraron por primera vez.

A solas ya, en su dormitorio, Matilde tuvo tiempo de pensar en esa inesperada petición y se alegró de haber aceptado. También se sorprendió de la frialdad con la que lo hizo.

“El dolor me ha endurecido el alma—pensaba”

Matilde sabía amar y tarde o temprano aprendería a amar a Francisco.

Lo que no necesitaba aprender, lo que ya sabía por experiencia, era que seguir en el bando de los perdedores no le iba a devolver a sus hijas.

Cambiar de vida, de bando o de casa tampoco se las devolvería de inmediato, pero atenuaría su dolor alejándola del lugar donde había

sido muy feliz y a la vez, donde había vivido los momentos más dolorosos de su vida.

“Sí, me casaré con él y será el comienzo de la recuperación de mis hijas—se decía—Con él me sentiré protegida”

1980
EL DOLOR

1

1980 Guadalajara.

Tina del Corral Vazquez

Si por algo destacaba Tina del Corral entre sus conocidos, era por su hermetismo. No tenía amigos, solo conocidos, nunca tuvo la capacidad de mantener una amistad en el tiempo. O quizá lo que nunca pudo fue profundizar en esa amistad y alimentarla. Era una mujer agradable, de buena conversación, educada, pero había algo en su carácter que resultaba impenetrable. Ni siquiera su esposo, Alfredo, en veinticinco años de matrimonio, fue capaz de sacar ese lado oscuro que Tina mantenía oculto en alguna parte de su cerebro. No fueron pocas las ocasiones en que creyó haber ablandado la barrera de acero que separaba a Tina del resto del mundo, pero en todas ellas terminó fracasando, el hermetismo acababa imponiéndose a los escasos momentos de debilidad.

De igual manera sucedía con sus conocidos, compartían charlas muy agradables con ella e incluso la hacían partícipe de sucesos privados o íntimos, en un intento por establecer un vínculo de amistad profundo, pero sentían la barrera invisible que Tina imponía—sin intención previa—era algo innato y natural en ella.

Tina era consciente de la visión que los demás tenían sobre ella como era consciente de su incapacidad para confiar en alguien.

Alfredo amaba a Tina por encima de todo, un amor que se fue incrementando con los años y la convivencia. Amaba a esa mujer fuerte y a la vez frágil, a esa mujer aparentemente segura y que a veces se perdía dentro de su propia inseguridad. Amaba a esa mujer de ojos limpios y corazón sórdido. Era consciente de que ella también le amaba, no de la misma forma, pero le amaba a su manera y con eso le bastaba. Formaban un matrimonio sólido, compenetrado, basado en el respeto mutuo y en dos tipos de amor. El de Alfredo, sin fronteras y el de Tina, inmenso y sincero pero lleno de secretos inconfesables.

Desde el primer día en que la conoció, Alfredo supo que era la mujer de su vida, no solo por su belleza exterior, que era bien patente, también y sobre todo, el halo de misterio que la rodeaba, su porte seguro y a la vez esquivo, su hablar pausado sin los aspavientos típicos

de una joven de aquella edad, su conversación justa. Todo en Tina formaba un conjunto armónico y casi perfecto que se completaba con ese lado misterioso que la colocaba en otra parte del mundo o en otro mundo que nadie podía franquear. Su fama de mujer inalcanzable solo hizo incrementar el interés de Alfredo por ella.

El matrimonio de Alfredo y Tina era tranquilo, apacible, lleno de respeto y esos dos tipos de amor, que aunque fueran diferentes, se mantenían en el tiempo con la misma intensidad. No tenían hijos y ninguno de los dos le había dado nunca demasiada importancia a ese hecho. La pasión desenfrenada y el deseo, no habían ocupado un lugar destacado en su matrimonio, su vida sexual era y siempre fue, igual de serena y mansa que su vida conyugal.

Económicamente estaban bien situados, sin ser potentados, vivían con desahogo. Tina había aportado una buena dote a su matrimonio y Alfredo tenían un buen trabajo. Ambos pertenecían a familias pudientes.

Políticamente no estaban situados en ningún lugar, eran hijos de la dictadura, pertenecían a la generación del miedo y del silencio. Estos últimos años de grandes cambios, los vivían con precaución. Un miedo acumulado durante décadas, era un miedo que ya formaba parte de sus cuerpos como un miembro más. Descendientes, ambos, de familias afines al régimen franquista, no vivieron el miedo de sus progenitores, que alababan a boca llena la gestión del gobierno, vivieron el suyo propio, el terrible miedo de opinar o criticar esa misma gestión que otros enaltecían.

—Disculpe Señora, llaman desde Madrid—la chica del servicio interrumpió los pensamientos de Tina mientras desayunaba en el salón.

—Gracias, atenderé desde el despacho de mi esposo—contestó Tina limpiando con delicadeza sus labios con una servilleta blanca que mantenía sobre sus rodillas.

Tina entró en el despacho de Alfredo, cerrando la puerta tras ella. Era una llamada esperada. Como cada día, la asistenta de su madre la informaba de la evolución de su estado de salud que, como ya conocía por el propio doctor que la trataba, empeoraba a pasos agigantados.

—Mi niña, a su madre le quedan pocos días. El doctor ha estado aquí y piensa que debería sedarla en esta última etapa, pero su madre se niega. Quiere verla antes—la voz apesadumbrada y nerviosa de la mujer, indicaba la urgencia del asunto.

—Está bien mamita, saldré hoy mismo para Madrid. ¿Sufre mucho dolor?—Tina llamaba “mamita” a Dolores, la asistenta que siempre estuvo con su madre.

—Creo que sí, pero ella lo niega. Ni siquiera quiere dormir,

desconfía de que el doctor le inyecte sedantes mientras duerme.

Tina tenía 10 años cuando entró a formar parte de una familia a la que jamás pudo considerar como tal. La imagen de su verdadera madre llorando a las puertas del que fue su hogar hasta esa edad, la perturbaba constantemente así como las caras de sus tres hermanas pequeñas, desconsoladas mientras miraban cómo la introducían en un automóvil, separándola de ellas, abandonando para siempre el internado al que habían llegado juntas pocas semanas antes. Jamás pudo saber qué ocurrió con sus hermanas pequeñas, nunca más las volvió a ver. El trato duro y despiadado que habían sufrido en ese internado, la marcó para siempre y el sufrimiento por haber dejado a sus hermanas desprotegidas, golpeó su conciencia durante toda su vida.

La llegada de Tina a la casa de la familia del Corral fue difícil, tenía 10 años, sabía perfectamente de dónde provenía y sobre todo, sabía que tenía tres hermanas que habían quedado "abandonadas" en el internado de Guadarrama.

El Coronel Ernesto del Corral y su esposa Consuelo Vázquez, esperaban ilusionados la llegada de Celestina a la que proporcionarían una vida y un futuro perfectos.

Se encontraron con una niña enfurecida e indomable que, incomprensiblemente, quería volver al Preventorio de Guadarrama. No entendían su actitud. El propio Obispado de Madrid les había conminado a que la adoptaran ya que su llegada al preventorio no había sido ocasionada sólo por motivos políticos, sino recomendada por el antiguo Párroco de Robledillo de Gata que la tenía en mucha estima y deseaba proporcionarle un futuro mejor del que le esperaba en ese pequeño pueblo de la Sierra de Gata.

Nada parecía calmar la angustia de esa pequeña que se empeñaba en asegurar que tenía tres hermanas y que deseaba volver con ellas. No se dejaba tocar, no se dejaba abrazar, le asustaba cualquier movimiento que Consuelo hacía, intentando un acercamiento. El matrimonio del Corral preguntó en el Obispado por esa cuestión que la niña repetía constantemente y desde allí le aseguraron que eran artimañas de Celestina, que era un poco difícil. Les aseguraron que no existían tales hermanas y les aconsejaron tener paciencia en esos primeros días hasta que la pequeña se acostumbrara a su nueva familia.

Tina nunca se acostumbró a su nueva familia, a pesar de que Consuelo y Ernesto hacían todo lo posible por conseguirlo, ella rechazaba cualquier acercamiento. De hecho, siempre les llamó por sus nombres de pila y nunca les consideró sus padres.

Durante años siguió insistiendo sobre la existencias de sus tres

hermanas así como de su madre y sobre todo, vivía y así lo contaba, con la esperanza y la ilusión de volver a casa el día que terminara sus estudios tal y como le prometieron a su madre y a ellas mismas.

No tuvo una infancia feliz ni una adolescencia memorable. No podía ni siquiera odiar a esas personas con las que vivía, porque realmente intentaban hacer que su vida fuera lo más agradable posible. Tampoco podía amarlos porque le habían separado de su verdadera familia. Amarlos como padres, era una traición a su propia madre.

Tina esperaba pacientemente el término de sus estudios, pero ya no estaba segura de que significara la vuelta a su hogar. Eran demasiados años sin noticias de sus hermanas ni de su madre.

Cuando llegó a su adolescencia, hacía tiempo que había dejado de preguntar por ellas.

Durante todos esos años, Tina se había ido transformando en una persona desconfiada, encerrada en su propio mundo, una joven misteriosa que parecía vivir en un mundo paralelo. Su memoria le jugaba malas pasadas cuando intentaba recordar los rostros de su querida familia y tan solo lograba emborronarlos aún más, tras años sin verlos. Fustigaba su mente, a veces golpeando su cabeza con los nudillos de las manos, en un intento vano por hacerla recordar.

Cuando—con 18 años—Tina terminó los estudios que sus padres adoptivos consideraron suficientes para una joven de su estatus social, comprobó, como ya sospechaba, que su vuelta al pueblo nunca había estado supeditada al término de los mismos.

Ella era oficialmente Tina del Corral Vazquez, hija de Ernesto y Consuelo.

Todo esto provocó una nueva crisis en la familia. Tina volvió a encerrarse en su habitación, volvió a aislarse del mundo haciendo caso omiso a los continuos intentos de sus padres adoptivos por hacerle comprender su error.

Tras varios días encerrada, llorando su dolor con impotencia, Tina volvió de nuevo a la vida, a una vida nueva sin la esperanza que la había alimentado hasta entonces.

La esperanza de volver.

Sintió lástima por Consuelo que bajaba la vista al suelo con demasiada tristeza cuando ella le hablaba de su verdadera familia. Sintió verdadera lástima por ella y decidió no hacer sufrir más a esa mujer que tanto amor le demostraba aún sin ser correspondido. Nunca podría amarla como madre pero sí que podría evitar su sufrimiento obviando ante ella, ese pasado al que ya nunca volvería.

2

1980 Madrid

Tina llegó a Madrid al anochecer y nada más entrar en el dormitorio de Consuelo, supo que su fin estaba próximo. Habían pasado quince días desde la última vez que la visitó pero realmente parecían haber pasado años por ella. En esta ocasión su estancia allí ya no era una simple visita, era una despedida.

Venía a despedir a la mujer que le ofreció todo, pero a la que nunca pudo amar.

Una despedida que sería seguramente dolorosa. Nadie es insensible a una despedida definitiva. Era el momento de las contradicciones y arrepentimientos. Se agotaba el tiempo de saldar una deuda de amor no correspondido.

Se agotaba sin que Tina pudiera saldarla.

La asistenta, casi de la misma edad que Consuelo, llevaba toda la vida a su lado, cuidando de ella, de su familia y de esa niña rebelde y extraña que llegó a la casa y a la que quería con toda su alma. En ella, había encontrado Tina los únicos brazos que la confortaban y la única persona de la casa que escuchaba sus lamentos sin decirle jamás que estaba equivocada. Era la única que conocía los nombres de sus hermanas pequeñas y de su madre, porque era la única que la escuchaba con paciencia sin reprocharle su error. A ella la llamaba "mamita", porque era lo más parecido que tuvo a su mamá. Consuelo y Ernesto eran sus educadores, sus protectores, su familia oficial, los que le habían proporcionado todo lo necesario y lo innecesario también, para que tuviera una vida agradable, pero emocionalmente nunca pudieron satisfacer sus necesidades, quizá porque ella misma nunca se lo permitió, porque siempre hubo una barrera invisible que la separaba de ellos. Con mamita era diferente y aunque a Consuelo se le encogía el alma cuando la escuchaba llamar así a la asistenta, nunca se lo impidió por miedo a dañar más, el frágil equilibrio mental de su hija.

—¡Hija!—balbuceó Consuelo al comprobar que Tina estaba sentada en la cabecera de la cama—¡Qué alegría que hayas venido!

—Shsss, no hables Consuelo—le dijo Tina tomando su mano con ternura—No te canses. Duerme tranquila, ya habrá tiempo de hablar.

—No hija, ya no queda tiempo. Me da miedo dormir, temo no despertar más, el doctor quiere ponerme morfina y sedantes, se lo escuché decir. Tienes que impedirlo, por favor hija, tengo cosas importantes que hablar contigo antes de morir, solo así podré descansar en paz.

—Consuelo, te doy mi palabra de que nadie te inyectará sedante alguno mientras tú no lo pidas. Confía en mí y duerme, descansa, llevas días en un duermevela imposible, ni siquiera tienes fuerzas para hablar. Esta noche vas a dormir y yo dormiré a tu lado si eso te tranquiliza. Mañana estarás más fuerte y podremos hablar.

—Gracias hija mía. Si tú estás a mi lado podré dormir tranquila. Siempre te he querido, has sido la luz de mi vida desde que entraste en esta casa,...¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé Consuelo, yo también te he querido y te quiero,...aunque no fuera el amor que tú deseabas. Siento no haber podido amarte de la misma forma, quizá no se amar, quizá amo de diferente manera, mi vida no ha sido fácil...

—¡Lo siento tanto hija mía!—sollozó Consuelo.

—Descansa. Yo cenaré un poco y enseguida estoy de vuelta.

Tina bajó a la cocina, no le apetecía cenar sola. Mamita la esperaba con un buen tazón de caldo humeante y unas verduras frescas rehogadas con jamón. Se abrazaron emocionadas, compartiendo la pena por esa inminente despedida.

—La señora Consuelo es mi única familia. Desde que murió el Señor, nos quedamos solas, después de tantos años juntas somos casi hermanas y así vivíamos, como hermanas. ¿Qué voy a hacer ahora Tina?—le preguntaba una llorosa Dolores.

—Mamita no estás sola, estoy yo. Te vendrás conmigo a Guadalajara. Cuidaré de ti igual que tú cuidaste de mí y ahora de Consuelo.

—¿Qué voy a hacer yo en Guadalajara? No conozco a nadie, ni siquiera sé dónde está el mercado. Llevo toda la vida en este barrio, salí de mi pueblo siendo apenas una niña para servir en casa de los padres de la señora Consuelo y ella me trajo aquí cuando contrajo matrimonio con el señor Ernesto. Me asomo a la ventana y veo mi vida, toda mi vida, todo lo que quiero está ahí fuera, a pocos pasos de esta casa. Es todo lo que conozco. Aquí está mi gente.

—Mamita, esta es tu casa, siempre será tu casa, pero cómo te voy a dejar aquí sola.

—Esta casa es tuya niña, no puedo permanecer aquí como si fuera la propietaria. No estaría bien visto. Yo podría cuidarla, pero... ¿Para quién? Tú nunca vienes a Madrid, no necesitas esta casa tan grande,

quizá quieras venderla o alquilarla. A mi edad ya solo me queda internarme en un asilo. Aquí cerca, a dos manzanas hay uno, lo he visitado varias veces, me gusta ayudar a las monjitas a cuidar de los ancianos. Allí me conocen y valoran mi ayuda, estoy fuerte y sana, no necesito que me cuiden.

—No digas tonterías mamita. Las monjitas, las monjitas..., espero que hayan cambiado con los años. Hablaremos de esto cuando llegue el momento. Vete a la cama, seguro que llevas días sin descansar. Yo dormiré junto a Consuelo.

—Los tiempos han cambiado hija...nada que ver con las que tú conociste.

3

1980 Madrid.

Una confesión inesperada

Consuelo logró dormir toda la noche, le tranquilizaba la presencia de Tina a su lado, sabía que no permitiría que la sedaran contra su voluntad. Durmió tomada de su mano. Tina en cambio, pasó casi toda la noche en vela, cualquier movimiento inusual o respiración extraña de Consuelo la desvelaba. Conocía la gravedad de la enfermedad así como las pocas horas o días que podría aguantar con vida.

A veces la miraba en su sueño plácido y confiado y no podía evitar sentirse culpable por ese amor que nunca pudo darle. Su culpabilidad alcanzaba la máxima expresión cuando, echando la vista atrás, recordaba a Consuelo brindándole su amor más puro y sincero a pesar de lo poco que recibía de ella. Las lágrimas empapaban su rostro evocando la generosidad de esa mujer que agonizaba en la cama.

"¡Qué egoísta he sido!—se decía con pesar a sabiendas de que ya no tenía tiempo—¡Si pudiera volver atrás!"

Fue una noche larga y triste. De lamentos sin solución y soluciones a destiempo.

Al despertar, una débil sonrisa de agradecimiento en los pálidos labios de Consuelo, sirvió para dar los buenos días a su hija. A pesar de su patente fragilidad, sintió que dormir toda la noche le había dado fuerzas para tener un día más.

—¿Cómo te sientes esta mañana?—le preguntó Tina acariciando su rostro.

—Mejor. Sentir tu mano toda la noche me hizo bien—respondió Consuelo.

—¡Eso está bien! Ahora tienes que desayunar, debes recuperar tus fuerzas.

—No tengo apetito, pero lo haré por ti. Debemos hablar Tina.

—Calla, no te canses, habrá tiempo.

—No hija, sabes que no lo hay. Aunque sea lo único que haga antes de morir, las últimas fuerzas que me quedan. No tengo miedo a la muerte, sólo temo morir sin tu perdón.

—¿De qué te voy a perdonar? Siento que eres tú la que debes perdonar mi actitud, no he sabido agradecer todo lo que has hecho por mí y lo siento mucho. Hubiera deseado quererte como tú me quieres a mí...pero nunca pude Consuelo. Lo intenté, de verdad... ¡Ojalá pudiera retroceder...!

—Sé que tu vida ha sido un infierno interior hija mía...y yo pude evitarlo...y no lo hice.

—Nadie pudo evitarlo y quien pudo, no quiso...eso es todo, no te culpes, yo no tengo nada que perdonarte ni que reprocharte. Descansa, voy a buscar el desayuno.

Consuelo miraba a Tina mientras desaparecía por la puerta del dormitorio. Sus ojos además de tristeza, transmitían miedo. Un tremendo miedo a morir sin el perdón de esa niña-joven-mujer a la que tanto amaba. Bajo el colchón había guardado un abultado sobre con toda la documentación que había podido recabar durante años y que ahora, a las puertas de la muerte, había llegado el temido momento de sacarlos a la luz. Contenía una copia de su testamento, todo lo dejaba a Tina, pero contenía también documentos que podrían ocasionarle un triste final de sus días. Infinidad de veces los tuvo en sus manos con la intención de dárselos a conocer, pero el temor a perderla, a que su querida hija la odiara el resto de su vida se lo impidió en cada una de esas ocasiones. Y el abultado sobre, volvía a su lugar provocando en Consuelo tranquilidad y malestar a partes iguales.

"Sí, hija de mi vida—se decía Consuelo—¡Ojalá pudiera retroceder...!"

Los pasos de Tina volviendo al dormitorio le aceleraron los latidos del corazón, de pronto le faltaba el aire, las paredes se cerraban en torno a su cama reduciendo la habitación a una pequeña celda donde se le antojaba que cumpliría su condena. Corta, porque no le quedaba vida, pero condena al fin.

—¡Consuelo!...¿Estás bien? ¡Estás pálida! Voy a llamar al doctor—dijo Tina asustada.

—¡Tina...Tina! Ven, estoy bien, el doctor no puede hacer nada por mí. Ven, siéntate junto a mí.

—¿Estás segura?

—Ven Tina, acércate—le dijo Consuelo haciendo ademán con una mano para que se sentara junto a la cabecera de la cama—Bajo el colchón hay un sobre grande, ¿puedes agarrarlo?

—Primero vas a desayunar.

—¡Por favor hija!

—Está bien..., pero no me dirás nada hasta que te tomes todo el desayuno—Tina sacó de debajo del colchón el abultado sobre con el

membrete del Notario que conocía de toda la vida, amigo de sus padres adoptivos—¡No puedo creer que todo este interés sea por entregarme tu testamento! Consuelo, puedo entender que…

—¿Me puedes dejar hablar hija?—le suplicó Consuelo—El testamento es lo de menos, hay más documentos que quiero enseñarte.

Tras dar el desayuno a Consuelo, Tina ya no tuvo excusa para no escuchar lo que tanto interés tenía en decirle. Abrió el sobre tal como le indicó y sacó de su interior otro sobre con una copia de su testamento la cual entregó a su madre adoptiva. Consuelo tomó las hojas de papel que le entregó Tina y las dejó a un lado quitando importancia a los documentos notariales. Le indicó que sacara otro sobre que había dentro.

El segundo sobre tenía el membrete del Obispado de Madrid, estaba viejo y amarillento, roto por algunos bordes, quizá por las incontables ocasiones en que se habían sacado las varias decenas de hojas de su interior. Tina interrogó a Consuelo con sus ojos mientras le mostraba el sobre. Tampoco le parecía extraño que su familia mantuviera correspondencia con el Obispado, tenían muy buenas relaciones y habían contribuido económicamente con ellos para cualquier causa que se les necesitara. El propio Obispo solía frecuentar su casa cuando aún vivía su padre adoptivo.

—¿El sobre del Obispado es el que quieres?

—Sí, ese…

Tina le entregó el abultado y viejo sobre que desprendía olor a rancio.

—Antes de comenzar hija, quiero que sepas que tú eres nuestra única heredera, todos nuestros bienes pasarán a ser de tu propiedad. Tan solo te suplico que no abandones nunca a “mamita”, sé que la adoras y que cuando yo falte, ella se sentirá muy sola y desamparada. Cuídala, es lo único que te pido. Pase lo que pase…ella no es culpable de nada.

—¡Consuelo..!

—Calla y déjame hablar…quiero emplear las fuerzas que me quedan para contarte algo, no me interrumpas por favor…

4

Consuelo suplica perdón en la hora de su muerte. Adopción de Celestina

Consuelo Vazquez y Ernesto del Corral, eran un matrimonio convencional, feliz en la medida en que lo eran los matrimonios en aquella época.

Él, militar en activo, ella, ama de casa y colaboradora en actos benéficos.

Él, perteneciente al grupo de militares que se mantuvieron siempre al lado del bando nacional.

Ella, hija de una familia conservadora, católica y practicante.

En sus ratos libres, Ernesto era asiduo al Casino de Militares y Consuelo a las partidas de Canasta con amigas.

Ernesto se unió al Ejército Nacional cuando estaban recién casados y ya, en el bando de los vencedores, fue ascendido Coronel y comenzó su vida al lado de Consuelo, esa vida marital que la guerra había interrumpido. Extrañaban tener hijos y se sentían frustrados y tristes por no poder llenar su casa de risas infantiles y nueva vida. Sus médicos ya les habían advertido de que si en los seis años que llevaban casados no habían logrado tener descendencia, probablemente existiera un problema de esterilidad en uno de los dos o en ambos, que imposibilitaba el embarazo. Para la sociedad madrileña que formaba el grupo de amistades y conocidos del matrimonio Del Corral, la esterilidad de Consuelo era la causa de la ausencia de hijos. El hombre no era estéril… ¡faltaría más!

Casi estaban resignados a su soledad cuando en uno de los almuerzos que compartían con su gran amigo, el Obispo de Madrid, éste les insinuó la posibilidad de adoptar a alguno de esos menores que llegaban a los preventorios regentados por ellos. Cada día llegaban más y apenas tenían espacio suficiente para acogerlos a todos. “Son niños inocentes—les decía—no son culpables de la calamidad de progenitores que tienen, le daríais una oportunidad maravillosa de salir y conocer otro mundo que desconocen”. Añadió que, el pasado mes de septiembre, había llegado al Preventorio de Guadarrama una niña, venía recomendada por el párroco de su

pueblo, tenía 10 años.

"Sería una buena compañía para ti Consuelo—le decía—Está a tiempo de que la eduquéis en la fe católica y en las buenas costumbres. Creo que, por una donación de 100.000 pesetas, podríais quedaros con ella. Si finalmente no te gusta o no congeniáis..., siempre podrías convertirla en tu doncella personal. Yo os la daría si de mí dependiera, pero ya sabéis la de gastos que tenemos en esos centros, nada es suficiente para alimentar a esas fierecillas que nos llegan".

El matrimonio le pidió un tiempo al Obispo para pensar en lo que les había propuesto pero, unos días más tarde y ante la insistencia del propio Obispo que les conminaba a diario a tomar una decisión, aceptaron traer a casa a esa pequeña que les había ofrecido. No tuvieron que ir al preventorio, desde el Obispado, llevaron toda la documentación necesaria y al propio Obispo entregaron la donación acordada por la niña.

Unos días más tarde, el chófer del Obispado les entregó a la niña Celestina, en su misma casa, una entrega puerta a puerta, como se entregaba un paquete corriente de correo ordinario.

Desde que llegó a finales de 1940 y hasta 1944, fueron años muy complicados para la familia. Celestina—a la que habían abreviado su nombre llamándole Tina—era una niña difícil. Desde el primer día en que llegó no quiso aceptar a su nueva familia, decía tener la suya propia y tres hermanas que se habían quedado abandonadas en Guadarrama con unas cuidadoras muy malas. Contaba sus escasos meses en el internado como una vivencia terrorífica, tan terrorífica como sólo una niña con mucha imaginación podría contar. Les pedía llorando que trajeran a sus hermanas o que la devolvieran a ella al internado, para protegerlas.

Insistía sin cesar en que ella sólo permanecería allí hasta terminar con sus estudios. Su madre, su verdadera madre, las esperaba y ella volvería a su pueblo con sus hermanas.

Por otra parte, Celestina era una niña disciplinada, obediente y respetuosa. Consuelo y Ernesto eran para ella, las personas que le proporcionarían esos estudios y esa preparación que necesitaba según don Samuel y su madre, para tener un futuro mejor. Les respetaba y agradecía lo que hacían por ella, pero sentía que la miraban como si estuviera loca cuando ella insistía en que tenía tres hermanas y una madre.

Todo signo de familiaridad y amor que recibía por parte del matrimonio, lo aceptaba siempre que no traspasaran cierta frontera. En el momento en que sentía que ese amor trataba se sustituir al de su verdadera madre, lo rechazaba con rabia además de provocar otra

crisis familiar que la llevaba a estar unos días insoportable, llorosa, indiferente y como ausente.

Pasaba muchas noches llorando, imaginando que sus hermanas seguían en el internado sufriendo el maltrato de las cuidadoras. A veces se negaba a comer los deliciosos platos que le preparaba la señora Dolores. Pensar en lo que estarían comiendo sus hermanas, le quitaba el apetito.

A Consuelo y a Ernesto les preocupaba mucho la actitud de Tina, pensaban que podría tener algún problema mental que le hacía actuar de esa extraña manera y así se lo hacían saber con regularidad al Obispo. La respuesta que recibía era siempre similar.

"Estos niños han sufrido mucho, sus padres se han dedicado más a luchar contra el régimen que a educarlos y criarlos como seres humanos. Son niños casi salvajes y es muy posible que su mente se extravíe por momentos e inventen esas cosas que cuentan, que en realidad, es lo que les hubiera gustado tener. Una madre..., una familia,...hermanos...No te preocupes Consuelo, tened paciencia, con vuestro amor y dedicación lo superará".

El matrimonio confiaba ciegamente en las palabras de su gran amigo y confesor. Verdaderamente se contaban tantas cosas terribles que habían vivido los niños republicanos, que no era difícil perder la cabeza.

La pequeña Tina era, por lo demás, una alumna excelente en el colegio y sus notas inmejorables, sus profesores la tenían en alta estima y eso le provocaba no pocas dudas a Consuelo con respecto a la salud mental de la niña. Una mente atormentada e insana no se puede controlar sin ayuda. La educación de la pequeña Tina y su comportamiento, no parecía coincidir para nada con lo que describía su buen amigo el Obispo, a menos que sólo fuera una fachada tras la que se escondieran esas horribles psicosis.

Los primeros tres años fueron muy duros para toda la familia Del Corral pero cuando Tina no sufría sus crisis, era tan bonito tenerla en casa, era tan educada, era tan hermosa que, en ningún momento se habían planteado siquiera que volviera al internado.

Poco a poco Tina fue aceptando su nuevo hogar y, aparentemente, sus crisis habían desaparecido.

En el año 1944, Tina había dejado de hablar de su madre y hermanas, a Consuelo y a Ernesto. Sus miradas la hacían sentirse como si estuviera loca. Sin embargo encontró el refugio que necesitaba en la asistenta de la casa, la señora Dolores, con la que pasaba horas acurrucada en sus brazos mientras escuchaba sus lamentos. Ella era la única que la escuchaba con paciencia y la consolaba, ella no la hacía sentir loca. Fue por entonces cuando

comenzó a llamarla “mamita”, porque sus brazos eran lo más parecido que tenía a su madre.

La señora Dolores tenía la misma edad que Consuelo y llevaba desde niña con su familia. Entre Consuelo y Dolores había una relación mucho más estrecha que la de sirvienta y señora y ambas compartían charlas y confidencias a menudo. Por ella, supo Consuelo que Tina aún seguía lamentándose de la pérdida de sus hermanas y de su madre. Por ella, conocía el sufrimiento de esa niña a la que ya quería con el alma. Por ella supo también las calamidades y miserias que soportaban las niñas en ese centro del que procedía. Le dolía tanto saber de su dolor que, a espalda de Ernesto y por supuesto del Obispo, comenzó a indagar qué había de verdad en lo que la niña contaba.

Aprovechando las ausencias de Ernesto cuando alguna misión le llevaba durante unos días fuera de Madrid, tomaba un autobús hasta Guadarrama y con la excusa de prestar ayuda, fue ganándose la confianza de una de las hermanas que regentaban el preventorio. Con donaciones generosas, que aportaba al centro, fue ganando también la confianza de la Hermana Superiora. Consuelo no fue testigo directo de ningún maltrato hacia las niñas internas ni tuvo la ocasión de ver cómo las alimentaban, pero la tristeza y el miedo en los ojos de las menores le hicieron pensar que algo de verdad tenía que haber en lo que su pequeña Tina contaba.

Por estas donaciones que Consuelo entregaba a la Superiora del preventorio, de manera extraordinaria, se enteró Ernesto de las pesquisas en la que andaba su esposa.

—¿No crees que es suficiente con el dinero que ya les dimos por Tina?—le preguntaba. Consuelo siempre se las ingeniaba para convencerle del lamentable estado en que estaban esas pobres niñas.

—Hablaré con el secretario del Generalísimo, estoy seguro de que ignora esa situación tan miserable.

—¡Deja al Generalísimo, Ernesto! ¿Cómo vas a distraerle de sus funciones con estas tonterías? Ya nos encargamos muchas damas de la alta sociedad contribuyendo a mejorar su situación. Las enseñamos a bordar y tenemos un buen grupo confeccionando el ajuar de varias jóvenes casaderas de Madrid..., son unos ingresos extraordinarios que van mejorando su vida, déjanos a nosotras ayudar a las hermanas.

Consuelo le daba largas a Ernesto y conseguía mantenerlo apartado de sus investigaciones mientras ella avanzaba hasta conseguir ser persona de confianza de la Hermana Superiora. Por supuesto, se presentaba siempre con una identidad falsa que había asumido para el caso. Con su verdadera identidad corría el riesgo de que le relacionaran con una de las adopciones del preventorio.

Con el paso de los meses y sus generosas aportaciones, consiguió entrar en el grupo de gestión de adopciones y acogidas. A este grupo

le dedicaba unas horas semanales, suficientes para tener a su disposición todo un archivo de documentos en los que debería estar la información relacionada con la llegada de su hija Tina. No fue tarea fácil la búsqueda. Los documentos no estaban todo lo ordenado que esperaba, a veces estaban por años, en otro estante por orden alfabético, en otro por edades, incluso había carpetas en las que no regía orden alguno.

—Hermana esto es una locura—le dijo un día a la Superiora—Podría hacerme cargo de ordenar el archivo. Si algún día el Obispado nos pidiera detalles de alguna menor, tardaríamos semanas en poder tenerlo.

—Aquí no hay tiempo para nada hija—le contestó la Superiora—Bastante hacemos con educar y formar a las niñas que nos traen, no sabes cómo llegan. Las órdenes del Obispado son claras en cuanto al trato y educación que debemos imponer. Algunas no saben ni rezar un padrenuestro... ¡Habrase visto! De dónde vendrán...

—Bueno, déjelo de mi cuenta, lo iré ordenando poco a poco.

—Como quieras—le contestó—¡Que buena mujer eres! A veces los caminos de Dios son incomprensibles pero siempre llevan a su destino final. Si te hubiera bendecido con hijos, jamás podrías ayudarnos como lo haces. Es impagable tu esfuerzo.

De esta manera logró llegar Consuelo hasta el día en que su hija ingresó en el preventorio y efectivamente pudo comprobar que la niña nunca había mentido. La curiosidad y las ganas de sorprender a Tina, la llevaron a indagar en la documentación de cada una de sus hermanas. Todas habían sido adoptadas por otras tantas familias, habían sido separadas.

"¡Dios mío!—se lamentaba Consuelo—¡Qué duro hay que tener el corazón, qué insensible! ¡Mi niña del alma!

Consuelo tomó notas de todas ellas, la fecha en que salieron, las familias a las que fueron entregadas, dirección, ciudad o pueblo en el que se encontraban, teléfono más cercano si es que tuvieran. También figuraba el nombre de la madre biológica y el pueblo de donde provenían, Robledillo de Gata. Sobre su padre, nada seguro, tan sólo se aportaban conjeturas. Según su esposa se encontraba en el norte de España trabajando y según las autoridades se trataba de un republicano escondido en la Sierra de Gata. Ni una opción ni la otra, había podido ser comprobada. Se hacía constar que la familia era propietaria de una próspera granja y que no se observaban motivos económicos por los que el cabeza de familia hubiera tenido que salir a trabajar fuera de la misma. Las niñas habían sido separadas de su madre por seguridad para ellas mismas. La autoridad eclesiástica del pueblo en cuestión, consideró que en la granja se encontraban demasiado expuestas a ser atacadas y vilipendiadas por los

desgraciados que vivían escondidos en los montes que la rodeaban, además de ser presuntas hijas de uno de ellos. Consideró, además, la posibilidad de que su padre, si era uno de ellos, pudiera llevárselas al monte a vivir en las cuevas donde se ocultaban. El Obispado quitó oficialmente la custodia a su madre y se hizo cargo de las cuatro menores. El expediente de las cuatro hermanas era extenso y Consuelo tomó nota de todos los datos que consideró importantes.

Al llegar a casa, metió todo bajo el colchón de su cama a la espera de informar a Ernesto sobre lo que había descubierto. Tenían que preparar entre los dos la sorpresa que darían a su hija.

Mientras esperaba la vuelta de su esposo, tuvo tiempo de pensar e imaginar las diferentes reacciones que podría tener Tina al conocer todos los datos que había descubierto. Una de estas reacciones era, sin duda alguna, que la niña quisiera volver a toda costa con su madre y hermanas. Esta posibilidad hizo flaquear a Consuelo,... Era oficialmente su hija pero el corazón de su pequeña no se incluía en el lote. Aunque permaneciera en su casa, aunque ellos fueran sus tutores legales, su alma ya no estaría en esa casa. ¿Perderla?, no, eso no podía ser posible, moriría de pena si le quitaran a Tina, ya era su razón de vivir, era su pequeña del alma, en cuatro años se había convertido en la reina de la casa a pesar de los períodos de dificultad que vivían. Era una niña ejemplar, educada, agradecida, era el orgullo de ellos. Consuelo no perdía la esperanza de que con el tiempo la llamara y la considerara "Mamá". Con paciencia y con todo el amor que le daban, llegaría ese ansiado momento.

Ernesto que, aunque sabía de la implicación de Consuelo en el preventorio, nada sabía de la investigación que le había llevado hasta allí, se enojó bastante al conocer todo lo que había descubierto.

—¡Estás loca Consuelo! ¿Cómo le vamos a decir a Tina lo que sabemos? Nunca nos perdonaría y cuando alcance la mayoría de edad nos abandonará, ¿no te das cuenta? Además pondríamos en un gran aprieto al Obispado que tanto nos ayudó. Tiene que haber una poderosa razón para que esas niñas fueran separadas. ¿Vas a poner en entredicho las palabras del Obispo? Esto tiene que quedar entre tú y yo, esta información no puede salir a la luz. Tina tiene nuestros apellidos, sabes que nos acogimos al Decreto de Junio de 1941 para que la niña no pudiera ser reclamada por su familia biológica. Nadie sabe del paradero de Tina con sus antiguos apellidos. ¡No existe Consuelo! Oficialmente es hija nuestra y nada hay de sus antiguos apellidos.

—Pero Ernesto—le insistió Consuelo—Ahora sabemos que decía la verdad, ¿Cómo vamos a vivir con esta mentira? ¿Cómo podré mirarla a los ojos? Ya no podré consolarla cuando tenga una de sus crisis,...porque ahora sé la verdad, no tendría argumentos.

—¿Prefieres perderla?—le preguntó Ernesto—¿Quieres que nos den de lado nuestras amistades por implicar al Obispado en esto? ¿Quieres que mi carrera militar acabe siendo una pesadilla? No Consuelo, no te permito que hagas pública esa información. Piensa en el futuro de Tina. ¿Qué le hubiera esperado en una granja? Con nosotros, su futuro está asegurado, un buen futuro Consuelo, un buen matrimonio, una educación excelente, un apellido de peso, es un futuro brillante.

—Si no te quito la razón Ernesto—le dijo Consuelo—Solo que ahora me siento culpable de algo que no he hecho, siento que soy una impostora ocupando un lugar que no me corresponde.

—Ya te acostumbrarás a vivir con ello—le respondió Ernesto—A todo se acostumbra uno. No quiero volver a oír hablar de esto Consuelo. Destruye esos documentos inmediatamente.

Consuelo nunca los destruyó, no fue capaz de hacerlo. Los ocultó y a partir de la muerte de Ernesto los tuvo muchas veces en las manos pero nunca se atrevió a hacerlos público, la memoria de Ernesto y el paso de los años, pesaron más que la verdad.

Ahora, cuando apenas le quedaban horas de vida, no quería morir con esa mentira sobre su conciencia.

5

1980 Madrid.

Morir sin perdón

Tina del Corral paseaba nerviosa por la habitación de Consuelo. En sus manos temblaba el abultado sobre que había sacado de debajo del colchón y que contenía toda la información que le había oído contar en su agonía, durante más una hora. Lloraba de rabia, que no de compasión por la mujer que la miraba desde la cama. De pronto habían desaparecido todos esos sentimientos de culpabilidad que durante la noche machacaron su conciencia sin piedad. Extraños y peligrosos impulsos le venían a la mente. Impulsos asesinos que luchaba por desechar de su cabeza.

Por momentos quiso hundir la almohada en el rostro de Consuelo terminando así con la vida de esa mujer que le había robado su pasado. Pero.... ¿para qué? Si le quedaban apenas unas horas de vida.

Los ojos moribundos y suplicantes de Consuelo, la miraban desde la cama rogando su perdón. Sus envejecidas manos caían sin fuerzas sobre la colcha y permanecían abiertas esperando ser agarradas por las de su hija en un último intento por sentir que algún día la había querido lo suficiente como para entender su actitud y obtener su perdón.

Todo lo había hecho por amor a ella. Solo esperaba su comprensión, un gesto que le permitiera morir en paz.

Tina no la miraba, sus ojos estaban fijos en aquel sobre viejo que temblaba en sus manos.

De nuevo ese dolor inmenso volvía. Ese dolor que tanto le costó apaciguar durante años.

No existía comprensión para esa mentira…tampoco compasión por esa mujer.

Tras el tremendo esfuerzo que había realizado mientras revelaba la verdad, Consuelo fue sintiendo cómo la debilidad invadía su cuerpo, la vida se le iba por momentos, necesitaba cerrar los ojos y dormir, le pesaban los párpados. Su cuerpo se iba aligerando, apenas lo sentía, parecía flotar en una burbuja. Pero trataba de mantener

abiertos sus ojos a la espera de esa última mirada de su hija que le permitiera morir en paz.

Tan sólo la vio salir sin echar la mirada atrás.

Cuando Tina bajó y le pidió a mamita Dolores que avisara al doctor, sabía que Consuelo aún estaba consciente, había visto que sus ojos la seguían mientras abandonaba la habitación sin otorgar a esa mujer que yacía en la cama, ni un atisbo de perdón. Tenía que asimilar toda la información que contenían aquellos documentos y que Consuelo conocía desde pocos años después de su adopción. Trataba de entender las razones por la que le ocultó todo, intentaba buscar motivos para perdonar, habían pasado tantos años..., pero nunca los suficientes para que ella olvidara a sus hermanas o a su querida madre. Consuelo siempre supo dónde se encontraban, la había privado del contacto con ellas a sabiendas de que su mundo se estaba hundiendo mientras asumía que las había perdido para siempre. ¿Cómo perdonar? ¿Cómo acompañar en sus últimos momentos a la persona que había anulado de un plumazo su pasado? ¿Tomarle la mano mientras abandonaba este mundo?

"No quiero...no puedo...no se lo merece"—se decía Tina.

Tina daba vueltas por el salón de la casa repitiendo esas palabras una y otra vez.

La llegada del doctor la sacó de sus pensamientos y le acompañó hasta la habitación de Consuelo. El doctor le cedió el paso mientras ella dudaba si entrar o dejar que Consuelo abandonara el mundo sin volver a ver a "su querida hija". Que lo abandonara en soledad, en el infierno de su mentira. ¡Tanto daba ya...!. El rostro apesadumbrado de mamita Dolores, sentada en la cabecera de la cama, les indicó que la enferma había abandonado este mundo momentos antes. Su rostro no mostraba paz, sino dolor y sus mejillas, aún estaban húmedas por su último llanto.

Tras el funeral, Tina, acompañada de su esposo y de mamita Dolores volvieron a la casa de la familia. Hubiera preferido volver a Guadalajara, a su casa, en ese momento odiaba hasta el olor de esa otra casa, pero había demasiados asuntos por resolver y muy a su pesar tendría que pasar unos días allí mientras duraran los trámites posteriores a la muerte de Consuelo.

Alfredo se resistía a volver a Guadalajara sin Tina, la sentía extraña, como ausente, así estuvo durante todo el funeral, y mientras recibía las condolencias de los asistentes, su mirada se perdía. Era como si se hubiera escondido en ese mundo aparte que no compartía con nadie. Él se mantuvo a su lado en todo momento pero a pesar de eso, sintió que estaba fuera de su alcance.

El trayecto de vuelta desde el cementerio lo hicieron en silencio.

Mamita Dolores, en la parte trasera del coche, seguía enjugando sus lágrimas por la pérdida de Consuelo. Tina, mirando al frente en todo momento, sentía la mirada de Alfredo que, a veces, desviaba sus ojos hacia ella. Alfredo conducía escuchando los suaves lamentos de mamita Dolores y miraba a su mujer a la espera de que rompiera a llorar, que pudiera llorar la muerte de su madre sin la obligación de mantener la compostura. No la había visto llorar en ningún momento, ni una sola lágrima, ni un solo lamento.

"Mi amor, rompe ya, abandona la compostura y la corrección y llora con libertad la muerte de tu madre"—los ojos de Alfredo le hablaban con toda la ternura y el amor que le tenía.

"Si tú supieras, amor..."—respondían los ojos de Tina.

A la hora de la cena, llegó el momento de que Tina se derrumbara y llorara todo el dolor que llevaba dentro. Alfredo la tenía entre sus brazos, la acariciaba con ternura mientras la dejaba llorar. Allí, entre sus brazos, junto al hombre que nunca la había defraudado, ese ser maravilloso que seguía a su lado a pesar de sus rarezas, de su extraña manera de amar, Tina se sintió segura. Sintió la necesidad de abrir la puerta de su corazón y dejarle pasar. Contar todo lo que había callado durante años.

Lentamente y con la voz entrecortada por el llanto, le fue mostrando a su marido, todos los documentos que había "heredado", porque eran su herencia más preciada, ni la casa, ni el dinero le importaban, pero esos documentos le devolvían su pasado, le daban la oportunidad de recuperar a sus hermanas y a su madre. Entre sollozos que no podía controlar, Tina le abrió por primera vez la puerta de ese mundo al que Alfredo no había podido entrar nunca.

Cuando el carillón del salón daba las campanadas anunciando las dos de la madrugada, Tina le había contado todo su pasado, le dio a conocer la impotencia que sintió durante toda su vida cuando nadie le creía y la miraban como si estuviera loca, el mundo en el que se refugiaba a veces, en el que sólo estaban su madre, sus hermanas y ella. También le hizo partícipe de todo el dolor que sentía en ese momento al comprender que, las dos personas que decían amarla por encima de todo, habían mantenido durante años una mentira que ahora volvía a desequilibrar su frágil vida emocional.

—Si hubieras compartido conmigo este pasado, si me hubieras dejado entrar...Quizá, siguiendo los mismos pasos que Consuelo, podríamos haber investigado, igual que hizo ella...—le dijo Alfredo muy afectado por el dolor de su esposa.

—Ella sabía la verdad desde muchos años antes, creo que apenas llevaba cuatro años en casa con ellos. Era una niña que entraba en la adolescencia. ¡Cuánto dolor gratuito!

—¿Y ya has decidido qué hacer con toda esa información? Hagas lo que hagas, yo estaré a tu lado—Alfredo abrazaba a Tina, la consolaba, le limpiaba las lágrimas con sus besos y sintió que, por primera vez, su unión era total, tenía el cuerpo de su esposa abandonado entre sus brazos como nunca lo había sentido.

—Lo único que sé es que voy a buscarlas.

—Encontrarlas será fácil, tienes todos los datos de cada una de las familias que las acogieron o adoptaron, pero no puedes presentarte en su casa y decirles "soy tu hermana". Cada cual tendrá su historia y su vida, según me dices, la pequeña aún no había cumplido los dos años. ¿Crees que recordará algo de su vida anterior? Lo más probable es que nunca le hayan contado ni siquiera que fue adoptada en el preventorio.

—Tienes razón pero, y mi madre.... ¿Crees que seguirá viviendo en Robledillo de Gata? ¿Seguirá existiendo nuestra granja? Sus caras se han ido emborronando con el tiempo, apenas recuerdo sus rostros, el único recuerdo que nunca pude olvidar fue el llanto de mis tres hermanas mientras me veían entrar en aquel automóvil que me trajo hasta aquí. ¿Piensas que ellas habrán olvidado?

—No te tortures con esos pensamientos, es absurdo sufrir por conjeturas. Iremos averiguando sobre ellas, yo estoy en esto contigo. Por fin te tengo al completo, sin misterios. Sabes que te amo más que a mí mismo y siento que ahora todo va a mejorar. Nunca te pedí más de lo que me diste, con eso me bastaba...

—Mi vida no ha sido fácil Alfredo, ahora lo sabes, he vivido con el corazón oprimido durante años, aún vivo así, siento no haber dado más, pero he logrado vivir gracias a lo que tú me dabas, a lo que me sigues dando. Te amo hasta donde soy capaz de amar con este corazón deshilachado y torturado por mi pasado.

—Lo sé Tina. Todo cambiará a partir de ahora.

Los siguientes tres días pasaron rápidos mientras realizaban los trámites cotidianos tras el fallecimiento de Consuelo. Tan sólo restaba la lectura del testamento pero sería cuando el Notario de la familia les avisara unas semanas más tarde.

Tina le había pedido a mamita Dolores que volviera con ella a Guadalajara aunque sólo fuera por unos días y allí pensarían qué hacer. Dolores insistía en querer entrar en esa residencia de mayores donde ella iba con regularidad a ayudar, pero no pudo negarse a acompañar durante un tiempo a su niña del alma. Sabía que su vida daría un vuelco tras conocer todo lo que Consuelo había guardado y quería vivir con ella la dicha del reencuentro con su pasado.

Tina cerró la casa donde había vivido desde los diez años y encargó a un agente inmobiliario su venta.

No era un hogar de recuerdos entrañables, allí no dejaba nada de su vida, siempre fue un lugar de paso, una estancia provisional, así lo consideró desde que llegó. Mamita Dolores, sin embargo, llevaba, además de su equipaje, otras bolsas con recuerdos y objetos que la acompañaron durante su vida.

Para ella, sí era su vida esa casa. Toda su vida estaba allí.

1944-1956

LA SERENIDAD

1

1944 -1945 Robledillo de Gata.

Enlace de Francisco y Matilde

Francisco Maldonado había llegado a Capitán a base de años dedicados a su profesión. Ingresó al cuerpo muy joven, apenas con la veintena recién cumplida. Era huérfano de padre desde los dieciséis y había vivido demasiadas miserias con su madre—viuda—tratando de sostener su casa y a su único hijo. Su madre se encargaba de las tareas de limpieza en la Casa Cuartel del pueblo donde vivían, por la que cobraba una pocas pesetas con las que mantenía su propia casa a duras penas. Fueron los mismos guardias civiles, que le conocían desde niño, los que le animaron a entrar en el cuerpo cuando su madre falleció cuatro años después que su padre y Francisco se quedó solo.

Aceptando destinos remotos en pueblos perdidos durante años, fue ascendiendo.

Durante 1936, en el momento en que se produjo el golpe de estado, Francisco estaba destinado en un pueblo perdido de las Islas Canarias donde no se produjo resistencia alguna al golpe. En los dos años posteriores, su única encomienda fue reclutar jóvenes para luchar en el bando nacional, jóvenes que enviaba a la península como apoyo a las fuerzas nacionales.

La juventud de Francisco y sus escasas experiencias fueron, sin duda, trascendentales para que hasta ese momento no se hubiera posicionado claramente en ninguno de los dos bandos. No se sentía ni republicano, ni nacional. Cumplía órdenes de sus superiores y el destino decidió que en el momento en que se produjo el golpe de estado, sus superiores pertenecían al bando nacional. Y cumplió sus mandatos sin poner en duda la corrección de los mismos.

No luchó. Nadie le envió al frente.

No mató. Nadie le incluyó en un pelotón de fusilamiento.

No vivió en primera persona ni la represión, ni los fusilamientos—que los hubo en aquel lugar—ni conoció grandes batallas—que no las hubo en su remoto destino—su función era otra y la cumplió con creces.

Logró enviar a varios miles de hombres hasta el frente.

A ese lugar de las Islas Canarias, llegó soltero, allí contrajo matrimonio con una joven del pueblo y allí mismo enviudó dos años más tarde.

Con la guerra oficialmente acabada en 1939, a Francisco le ofrecieron volver a la Península con el grado de Capitán, como premio a su buen hacer durante los años de la contienda. Al ser extremeño y por lo tanto conocedor del lugar, le incluyeron en el grupo de efectivos que llevarían a cabo la vigilancia de la Sierra de Gata, donde era por todos conocido, que se ocultaban la mayoría de los hombres pertenecientes a las milicias republicanas de Extremadura.

Cuando Francisco volvió, seguía siendo un hombre que cumplía órdenes de sus superiores y vivía con la serenidad que le daba no tener manchadas las manos de sangre. Conocedor de todo lo que ocurría y de lo que había ocurrido, se apartaba con discreción de compañeros que alardeaban de haber dado muerte o de haber ultrajado, mancillado y humillado a compañeros del cuerpo que se posicionaron en el bando republicano.

El cuerpo de la Guardia Civil fue el que más efectivos perdió durante la guerra. Muchos fueron fusilados por su clara pertenencia al bando republicano.

Afortunadamente, Francisco era demasiado joven en aquellos años anteriores a la guerra. No fue hasta su vuelta a la Península, cuando comenzó a forjar su personalidad política, cuando ya oficialmente, pertenecía al bando vencedor.

Fue una boda sencilla y rápida. Matilde puso en venta la granja y enseguida tuvo un comprador, no en vano era de las mejores de la zona. La boda no se celebró en Robledillo de Gata. Matilde se negó a que su unión fuera bendecida por ese párroco que tanto daño le había hecho. Se celebró en Gata, a unos quince kilómetros de Robledillo.

Francisco le propuso vivir en la capital, Cáceres, alejándose de todos los tristes recuerdos de su anterior vida.

Pidió traslado a la capital y le fue concedido antes de la boda. Su nueva vida en la ciudad de Cáceres, comenzó rápido, justo tras celebrarse el enlace.

Tan solo habían pasado seis meses desde este segundo matrimonio, y Matilde anunció la llegada de su primer hijo en común. Tenía 34 años y se había adaptado a la ciudad sin problemas. En sus primeros días en Cáceres, el propio Francisco la había acompañado al centro, le había mostrado los escaparates de las modistas más conocidas y le había trasladado sus escasos conocimientos sobre la vida que llevaban las mujeres de las ciudades. Tan sólo unas semanas le bastaron a Matilde para que estas mismas modistas la pusieran al día en todo lo

relacionado con moda femenina, centros de encuentros de mujeres o cualquier otro tipo de información importante para la vida en la ciudad. Matilde era como una esponja empapándose de conocimiento mundano. Se dejó llevar por los consejos de estas primeras mujeres que conoció, las modistas, y le gustó. La convirtieron en otra mujer en la que se fue reconociendo cada día más.

Era una mujer distinta, incluso parecía disfrutar teniendo vida social con las esposas de otros guardias civiles y vestía con elegancia. Aún no sabía si estaba enamorada de Francisco, pero sí que comenzó a enamorarse perdidamente de esa nueva vida.

Atrás, muy atrás quedaron para Matilde los días de lluvia, heladas o sofocante sol, bajo los que—armada con la azada—removía la tierra en busca de sus preciados frutos. Atrás quedaban asimismo las rudas botas y los toscos ropajes de granjera, dando paso a elegantes vestidos y zapatos de tacón.

A los seis meses de embarazo, les comunicaron que parecía que podrían ser gemelos y así fue finalmente. Matilde y Francisco se convirtieron en padres de dos varones a finales de 1945. La llegada de los dos niños al hogar, llenó de alegría la casa y a sus padres, que fueron arrinconando vidas anteriores, dolores escondidos, recuerdos lejanos ingratos y desgracias de los vencidos. Porque ellos pertenecían al bando de los vencedores.

Con el nacimiento de los mellizos, Matilde, volvió a recordar el de sus cuatro hijas, pero fue un instante, solo eso se permitió. No permitiría que ese terrible dolor empañara la alegría de su nueva maternidad.

Sus niñas volvieron al lugar de su corazón o de su cerebro, en donde vivían ocultas y ajenas al mundo real.

2

1946 Cáceres

Matilde, a sus 35 años, parecía haber rejuvenecido. Su vida había dado un cambio tan radical que nada tenía que ver con la granjera de dos años atrás. Tenía dos preciosos niños a punto de cumplir un año, un marido que le proporcionaba una vida serena, cómoda y acomodada y al que poco a poco iba amando. Además tenía amigas—algo imposible en su anterior vida—con las que compartía tardes de cafés y labores de ganchillo. Habían formado un grupo con el que una o dos veces por semana acudían a los internados de huérfanas de la guerra a enseñar a las niñas las labores propias de su condición femenina. Estas ayudas voluntarias se hacían en todas las capitales de provincia y eran las mujeres de la alta sociedad las encargadas de llevar a cabo esta labor que, *Pilar Primo de Rivera,* en nombre del "*Auxilio social"* les solicitaba como un acto de caridad con los desfavorecidos.

Las hermanas que regentaban el orfanato, celebraban la ayuda de estas mujeres que aliviaban su trabajo diario. Ni siquiera las visitas a estos orfanatos lograban que Matilde exteriorizara alguna emoción relacionada con su pasado. Si alguna vez lo sintió, guardó ese recuerdo para ella, nadie lo notó. Sí que era una de las más entregadas, afable y cariñosa con las niñas, quizá trataba de compensar en su corazón o en su mente, el olvido que había decidido mantener en esa nueva etapa de su vida. Quizá volcaba en esas niñas lo que ya nunca podría hacer con las suyas.

Ninguna de estas nuevas amigas conocía la anterior vida de Matilde, para ellas era una mujer viuda que había vuelto a contraer matrimonio con el Capitán Maldonado, también viudo y fruto de esa unión habían nacido los mellizos.

Que Matilde había pertenecido siempre al bando vencedor, era algo que se daba por sentado. Se movía con demasiada soltura entre ellas, nadie pensaría que hubo un tiempo en que fue una granjera casada con un republicano. De nuevo Matilde se sorprendía a sí misma por esa capacidad de adaptación al medio, que no sabía que poseía.

En esa apacible normalidad en la que vivía Matilde, tenía mucho

que ver el pacto que había hecho con su nuevo esposo. Tanto ella como el Capitán, habían intentado en el pasado, seguir el rastro de sus cuatro hijas sin conseguir ningún resultado, era como si nunca hubieran existido. Ni el Capitán utilizando su rango y sus relaciones, ni por supuesto Matilde, que era una completa desconocida, obtuvieron información alguna sobre sus hijas. Ambos comprendieron que la situación era muy delicada. Familias muy influyentes y la Iglesia, mantenían un absoluto silencio en asuntos de adopciones de niños de la guerra y la posguerra. Matilde desistió de seguir indagando el día en que la tacharon de loca por "inventarse" una vida que no había existido y la amenazaron con su ingreso en un psiquiátrico. Fue cuando su relación con el Capitán Maldonado era ya oficial y ella se había animado a indagar directamente en el Obispado de la capital extremeña, pasando por alto al párroco de Robledillo.

En el Obispado no constaba la existencia de esas hijas que ella decía tener.

Matilde y Francisco fueron conscientes de que habían hecho desaparecer las partidas de bautizo de todas ellas y tan sólo constaba su matrimonio con Nicolás, fallecido ya.

Su dolor le jugó una mala pasada cuando se atrevió a insistir y llamarles mentirosos. La conminaron a que abandonara el lugar inmediatamente o llamaban a las autoridades y Matilde no pudo hacer más que bajar la cabeza y salir del despacho del secretario ante la posibilidad de que la ingresaran en un centro penitenciario por inventar semejantes mentiras, acusando al Obispado de acciones inconcebibles.

Hasta el propio Francisco tenía ya sus dudas. Trataba de creer la versión de los hechos que le contaba su esposa, pero llegó un momento en que también se le hacía difícil ante la ausencia de documento alguno que probara la existencia de dichas niñas. Tenía su palabra y la del pueblo de Robledillo, que confirmaba la existencia de las pequeñas, pero nada tangible. Cualquier huella de su existencia había sido borrada de los archivos oficiales. Ya no sabía a quién creer.

Conscientes de que jamás lograrían tener otras noticias diferentes a las que hasta ese momento habían conseguido, decidieron comenzar una nueva vida en la que un pacto de olvido y silencio debería ser obligatorio entre los dos. Ambos se presentarían como viudos, que era cierto, pero sin descendencia anterior a su matrimonio. Para todos sus conocidos y amigos, eran un matrimonio con dos hijos y tan sólo en Robledillo de Gata, podrían descubrir otra historia, pero eso era algo muy improbable ya que más de cien kilómetros separaban sus dos realidades.

Los seis años que habían transcurrido desde que perdió a sus hijas

junto con el nacimiento de sus dos hijos varones y la obligación de olvido que se impuso a sí misma, ya iban transformando a la nueva Matilde, ahora esposa del Capitán Francisco Maldonado.

—Matilde recuerda que el próximo sábado debemos acudir a la Primera Comunión de la hija del Coronel.

—No lo he olvidado, precisamente mañana voy con María Inmaculada a la última prueba del traje. Nos lo ha hecho la mejor modista de Cáceres, unos trajes magníficos para la ocasión. Y para los niños les ha hecho unos conjuntos preciosos, van a estar guapísimos. ¿Cómo crees que iba a olvidarlo si María del Carmen lleva meses hablando de la comunión de la niña? La celebración será en el Casino de la Concordia. ¿Te podrías hacer socio también, no? Casi todas mis amigas son socias por sus maridos.

—En un par de años me ascenderán a Comandante, hasta entonces no creo que pueda ser socio.

—¿Pero cómo? Hay capitanes que son socios.

—Entran con la recomendación de algún superior.

—Pues no sé a qué esperas,...que te recomiende el Coronel.

—Ya veré cómo lo hago, tú quédate tranquila, para cuando nuestros hijos hagan la comunión ya podremos celebrarlo allí. ¿Cómo lleváis vuestra labor en el orfanato?

—Muy bien, las niñas son tan aplicadas que estamos recibiendo pedidos de jóvenes casaderas para confeccionar su ajuar. Las hermanas están muy contentas, es un dinero extra que les viene de perlas. Hay algunas que bordan como los ángeles, da gusto ver las puntadas tan perfectas.

—Matilde quería comentar contigo algo que me dijo el Coronel hace días. Ya te he dicho que en dos años me ascenderían a Comandante pero me ofrecen un traslado a Tetuán en unas semanas con el grado de Comandante de inmediato.

—¿Tetuán? ¿En Marruecos? ¿Irnos de Cáceres?

—Sí, todo eso. ¿Qué me dices?

—Pero entre mis amigas hablan del lugar como muy peligroso...

—No te creas todo lo que dicen, tenemos el Ejército de Tierra allí. Además viviríamos en un chalet con militares velando por nuestra seguridad. Serían sólo unos años, quizá dos o tres, el salario es más del doble que aquí y a la vuelta puede que me asciendan de nuevo. Teniente Coronel,...son palabras mayores, aquí me llevaría años conseguir el grado.

—Entonces ya lo has decidido, no?

—Aún no he dado mi respuesta.

—Yo confío en ti, si crees que es lo mejor para nosotros, adelante, no seré yo quien ponga trabas a tu carrera en el Cuerpo de la Guardia

Civil.

—Todo irá bien. Si tú me apoyas en esto, este mismo sábado se lo diré al Coronel.

3

1948 Tetuán

Matilde jamás se había interesado por la situación de las colonias españolas en Marruecos, era algo que le caía muy de lejos. En realidad, hasta que no salió de Robledillo, Matilde ignoraba que España tuviera colonias en África o en cualquier otro punto del mundo. Para ella, colonia, era algo muy diferente a un territorio dominado por otro país diferente al propio. Hasta que Francisco le explicó, tan sólo significaba agua perfumada con distintos aromas. Como la mayoría de mujeres de su edad, su asistencia a las escuelas de la época había sido escasa e incluso nula. Ella al menos sabía leer y escribir así como algo básico de matemáticas. La historia del mundo no era importante para la vida de una mujer cuyo futuro pasaba por contraer matrimonio, crear una familia y cuidar de la misma. En ese sentido, Matilde fue una joven afortunada, se había casado enamorada y con un buen hombre al que conocía desde niña ya que sus granjas lindaban y que nunca le dio una mala vida. Ambos trabajaban en la granja de sol a sol, codo con codo, y al llegar la noche, mientras Nicolás descansaba del duro trabajo del día, Matilde se afanaba en las labores de la casa y en la crianza de sus hijas, como cualquier mujer.

Nada anormal...

A la mujer no se le reconocía el cansancio.

La mujer no se cansaba.

Cuando contrajo matrimonio con el Capitán Maldonado, las noticias sobre el sitio de Tetuán eran cotidianas tanto en su casa como en sus reuniones con esposas de otros militares o guardias civiles. De escuchar situaciones, acontecimientos o informaciones que le llegaban de primera mano, Matilde supo esa parte de la historia de España que nunca le habían contado. Comprendió y conoció la difícil y peligrosa situación que a menudo se vivía alrededor de la Alta Comisaría española.

Desde dos años antes, al tiempo que a Francisco le proponían Tetuán como destino puntual, solo para un par de años, Matilde se propuso a sí misma conocer en profundidad el escenario en el que vivirían. Dado que el traslado se retrasó por problemas burocráticos,

la llegada del matrimonio a Tetuán coincidió con el otoño de 1947 y Matilde ya era consciente de que no sería fácil vivir en la ciudad donde el nacionalismo marroquí estaba arraigado con más fuerza. Era la cuna del líder del Partido Reformista Nacional, Abdeljalaq Torres, y por lo tanto el lugar donde el estado español decidió reforzar los efectivos militares para evitar cualquier levantamiento que pusiera en peligro la estabilidad de las colonias.

La vida de Matilde en Tetuán, viviendo en un lujoso chalet rodeado de una alta valla y con varios militares que custodiaban la seguridad de su familia, no parecía peligrar en absoluto. Ni era tan tranquila como la que había llevado con anterioridad a su matrimonio con el ahora Comandante Maldonado, ni tan libre como la que había llevado en Cáceres donde sus entradas y salidas no estaban controladas por nadie. En Tetuán la vigilancia de sus pasos era férrea, debía de dar cuenta del lugar al que iba, hora de vuelta aproximada así como las personas que la acompañarían. Cada vez que cruzaba la verja que rodeaba el chalet, los militares de guardia tomaban nota de cada detalle por insignificante que pareciera, incluso la ropa que vestía. Todo importaba en el hipotético caso de un levantamiento inesperado o un simple retraso en la vuelta a casa.

Así era la vida en las colonias y así lo acató Matilde.

Se acostumbró a esa vida vigilada y se resignó a perder algo de libertad en pro del confort, los privilegios y la felicidad que le reportaba.

Nada quedaba de aquella joven de pueblo que vivía con dedicación absoluta a su familia y a las labores de la granja y el hogar. Se había convertido en una mujer elegante y refinada, con amistades poderosas dentro del círculo que le estaba permitido frecuentar. Tampoco Matilde hacía referencia jamás a esa vida anterior y su esposo le ayudaba en esa tarea mostrándose orgulloso de ella ante los altos mandos que aprovechaban cualquier excusa para acercarse a conversar con esa mujer que había llegado desde la península y que en nada se parecía a las mujeres comunes que vivían el la Alta Comisaría Española. Dedicada en cuerpo y alma a su formación y a ella misma, iba consiguiendo a pasos agigantados ser una mujer bella y culta que causaba admiración en los círculos que frecuentaba. Poco a poco Matilde fue enterrando sus recuerdos más dolorosos en su corazón para comenzar una nueva vida en la que con el paso de los años, ya no tuvieron cabida ni lugar, su pasado, sus hijas y cualquier otra vivencia anterior a su segundo matrimonio. Parecía una mujer feliz, centrada en sus dos mellizos de apenas tres años, en su esposo y en su vida social que cada día era más intensa. Era muy consciente de la admiración que despertaba y la alimentaba a diario mediante la

lectura de la prensa, libros o preguntando a Francisco por cualquier tema que no dominara.

A solas con sus pensamientos y a espaldas de esa nueva vida, Matilde se reservaba cada día unos minutos para recordar los rostros de sus hijas, el tono de sus voces infantiles y el sonido de sus risas. Recuerdos que iban manteniendo encendida la llama de cuatro vidas que otros habían hecho desaparecer sin más. Necesitaba recordarlas porque ese recuerdo era la única prueba de que habían existido. Matilde no ambicionaba el poder, lo necesitaba como único vehículo para llegar a sus hijas.

Francisco cumplía a rajatabla la promesa de olvido que hicieron y tan solo sus dos hijos ocupaban su vida y sus preocupaciones. La sangre de esas cuatro niñas no corría por sus venas y además podían complicar su vida de manera trágica.

Eran hijas de un republicano.

Incluso su esposa actual, Matilde, había estado casada con uno de ellos.

No debía de existir esa otra vida.

Vivir en Tetuán, cuando el movimiento nacionalista marroquí daba muestras de rebelión, podía ser muy peligroso. Matilde recibía la orden expresa de mantenerse dentro del chalet custodiada por la Policía, mientras las fuerzas del orden mantenían a raya a los manifestantes. En esos días de soberano aburrimiento sin salidas sociales, de soledad, porque Francisco hacía vida en la Alta Comisaría mientras duraba el conflicto, cuando lograba que los niños se fueran a la cama, se permitía rememorar años pasados. Dedicaba mucho más tiempo a refrescar el recuerdo de sus pequeñas e imaginaba posibles encuentros en los que a veces eran aún pequeñas y otras, en las que las veía mayores, casadas, felices.

También solía mantener la radio funcionando durante todo el día, era la única manera de tener información sobre el estado de las manifestaciones. A los militares que la custodiaban no les estaba permitido facilitar información alguna sobre el conflicto.

Mientras en la cadena española, la propaganda franquista daba a entender—en el terreno internacional—que las relaciones con los nacionalistas eran buenas y que las negociaciones iban por muy buen camino, la cadena marroquí contrarrestaba esas afirmaciones denunciando las mentiras de la diplomacia española así como el despilfarro económico que existía en la Alta Comisaría mientras el pueblo estaba en una extrema pobreza y desabastecimiento debido a las últimas sequías que habían dejado los campos desiertos de cultivos. A veces, solo a veces, la cadena marroquí lograba filtrar estas noticias, ya que eran revisadas minuciosamente por altos cargos antes

de ver la luz. Intrusiones en directo, inesperadas y con todo el personal desprevenido, lograban dar a conocer la verdadera situación de la colonia, que de otra forma, jamás se hubiera conocido a nivel internacional.

El movimiento nacionalista marroquí, no tenía otra forma de dar a conocer la lamentable situación del pueblo si no era mediante la entrada, a la fuerza, en las emisoras. Mientras un grupo retenía encañonados, a los locutores y demás trabajadores, otros lograban sacar al aire el verdadero estado de las colonias.

Una vez pasada la crisis nacionalista, Matilde de nuevo volvía a esa vida y a esa sociedad que le gustaba cada día más. A menudo pensaba que con su segundo matrimonio había acertado de pleno y bendecía el día en que conoció a Francisco. Quizá el amor que ya sentía por él no era el mismo que sintió por Nicolás cuando apenas era una adolescente, era otro tipo de amor más sereno, más maduro, sin la pasión de aquella juventud, pero que le daba todo lo que ella necesitaba para ser feliz. Además era un buen hombre, que la respetaba y la trataba con cariño y le había dado dos hijos preciosos que eran el orgullo de ambos.

No existía nada más. Esto era suficiente para la mujer en que se iba convirtiendo Matilde.

Su pasado solo le pertenecía a ella.

En su actual situación y a pesar de su edad, madura ya, Matilde se veía y se sentía bella cuando se reflejaba en un espejo. Nunca se había dado cuenta de lo hermosa que era, hasta entonces. Ahora la vida le permitía perder el tiempo recreándose en su belleza delante de un espejo.

Definitivamente esta vida era perfecta y maravillosa.

Se codeaba con el más alto poder de la colonia, se movía con soltura entre ellos como si no hubiera hecho otra cosa en su vida y se la respetaba como a pocas mujeres de la época.

Matilde aprendió rápido que, tener poder, era el único camino para recuperar a sus hijas.

4

1956 Tetuán

Casi once años pasó Matilde en Tetuán. Se podría decir, sin temor a equivocarse, que fueron los más felices de su vida hasta ese momento.

A pesar de que vivieron situaciones de verdadera peligrosidad. A pesar de que vivieron en una continua amenaza por parte de los nacionalistas.

A pesar del control absoluto que tenían de su vida y la de su familia. A pesar de todo, Matilde fue feliz.

La distancia con la Península, el mar que separaba sus dos vidas, se iba llevando entre sus olas los amargos recuerdos pasados. Su historia anterior se fue hundiendo en el mar. Adheridos a la pesada losa de su conciencia, sus recuerdos, bajaron hasta el fondo del océano para quedar enterrados entre arena, algas, pecios antiguos y peces ciegos.

La nueva Matilde, de la que solo conocían lo que ella les quiso contar, era la esposa del Comandante Maldonado, la madre de sus dos hijos, la mujer valiente y desenvuelta con la que departían e incluso flirteaban los más altos cargo de la Alta Comisaría. Como tal era tratada y respetada.

Con la libertad que da saber que nadie sabrá más de lo que quieras contar, vivió Matilde durante esos once años. Reinventó su vida.

Tuvo tiempo suficiente para dedicarlo a su persona, a renacer como una mujer cultivada, elegante, mundana y con una hermosa madurez que la hacía destacar en cualquier recepción a la que acudía junto a su esposo.

La Alta Comisaría fue sede de numerosas fiestas organizadas en honor de dignatarios extranjeros, sobre todo alemanes, que eran invitados a conocer las colonias españolas. Matilde se movía como pez en el agua entre los asistentes y destacaba entre las mujeres de los oficiales, que llegaron a admirarla y a disputar su amistad entre ellas.

Con el tiempo, sus sentimientos por Francisco fueron en aumento, sobre todo porque Matilde se obligó a ello. ¡Cómo no obligarse si la vida que le brindaba era perfecta!

Francisco no era un oficial que se distinguiera por su heroicidad,

tampoco intervino en grandes batallas de las que contar experiencias decisivas para la actual historia de España, era un buen oficial que acataba las órdenes de sus superiores sin discusión. Un buen hombre con el carácter justo y necesario para llevar a cabo las misiones encomendadas con disciplina y dedicación.

Matilde nunca tuvo motivos para no amarlo, Francisco adoraba a la mujer en que se había convertido y así se lo demostraba continuamente. Ese carácter bonachón tan inusual en los militares de la época, le dio a Matilde la oportunidad de convertirse en la mujer que quiso ser, sin reprocharle jamás que, en ocasiones, estuviera por encima de él mismo. No era como otros oficiales que mantenían a sus esposas apartadas del mundo y sometidas a su voluntad. Era un hombre insólito dentro de ese mundo de hombres. Quizá esa fue la razón más importante para que Matilde llegara a amarlo con devoción durante el resto su vida.

En esos once años en Tetuán, vio crecer a sus queridos mellizos, adoraba a esos dos niños que ya casi entraban en la adolescencia. Tuvo todo el tiempo del mundo para estar a su lado, para dar cada paso con ellos, les enseñó a disfrutar de la vida que les había adjudicado el destino. En esa burbuja protegida por el ejército español y a la sombra de sus padres, crecieron los mellizos y allí se sentían seguros.

Cesar y Octavio fueron los nombres elegidos para ellos, sobre todo por Francisco, gran aficionado a la historia del Imperio Romano. Afición que contagió a Matilde y que ahora compartían como dos expertos. Tenía tiempo de sobra para convertirse en experta en cualquier tema que se propusiera y utilizó cada segundo de su vida en hacerlo.

Pero Matilde siempre tuvo un plan de futuro.

Un plan oculto, escondido junto a su pasado en el fondo del mar y al que a veces, tiraba las redes para rescatarlo, mejorarlo y esconderlo de nuevo bajo las aguas, hasta una nueva oportunidad.

Un plan al que no tenían acceso ni Francisco ni sus hijos.

Por amor a ellos y a sus cuatro hijas, el plan debería ser perfecto.

A sus 11 años, los mellizos se iban convirtiendo en unos atractivos adolescentes. Uno era rubio el otro moreno, ambos altos y delgados, buenos, educados y acomodados en esa vida amparada por el régimen franquista. Con esa edad, su desconocimiento sobre la existencia de otro tipo de vida era total. Solo existía esa, que vivían tanto en casa como en el selecto colegio donde estudiaban, así como entre sus amistades. Alejados de la Península, en casa se hablaba de levantamientos nacionalistas, de encuentros entre los líderes de

Marruecos, España y Francia, cierres y aperturas de fronteras entre colonias y territorios marroquíes, visitas de dignatarios extranjeros o españoles...Temas cotidianos que a ellos poco le importaban a su edad y que no repercutían en su vida diaria.

Nada conocían de otros tipos de problemas o situaciones que tanto su madre como su padre, habían vivido años atrás en la Sierra de Gata. Por no saber, no sabían ni que su madre había nacido en un pequeño pueblo de Cáceres, Robledillo de Gata. Asimismo, desconocían que en esos años, en los que ellos vivían con comodidad en Tetuán, aquel pueblecito de donde partió su madre, aún era la viva imagen de la posguerra. Sus calles, seguían pobladas de asnos, cerdos y ovejas y sus habitantes aún vivían sin luz eléctrica, sin agua corriente, no conocían el tren y el teléfono más cercano lo tenía a más de 25 kilómetros. Para ellos, su vida era la normal, la que toda España vivía…Sus mentes aún no imaginaban que pudiera haber otro tipo de vida diferente de la que ellos llevaban.

Otra España en la que tener un trozo de pan en la mesa cada día, era un auténtico lujo.

Desde que llegaron a Tetuán siendo apenas unos bebés, nunca habían vuelto a la Península. Francisco, al igual que Matilde, eran hijos únicos cuyos padres no vivían ya, por lo que nunca hubo abuelos a los que visitar ni familiares cercanos, afortunadamente para Francisco y Matilde, que pudieron inventar una vida a su gusto sin testigos indiscretos.

Cuando el 2 de Marzo de 1956, Francia y España reconocen la independencia marroquí, la vuelta del ejército a España y el desmantelamiento de la Alta Comisaría, fueron inminentes. La próxima vuelta a la Península supuso un mal trago para Matilde que ya se había construido otra vida con la esperanza de que fuera muy duradera a pesar de que, desde que llegaron a Tetuán, sabían que sólo duraría unos años. Finalmente fueron casi once, más de lo que en un principio pensaron y eso hizo que Matilde se ilusionara con la idea de que fuera un destino definitivo. Allí fue realmente muy feliz.

Pero ese plan de futuro que fraguaba sin prisas pero sin pausa, necesitaba avanzar y en Tetuán había agotado las fuentes para alimentarlo. Volver a la Península le proporcionaba la posibilidad de seguir hacia adelante.

Un buen motivo para volver...pero no a cualquier lugar.

Tanto Francisco como Matilde se mantenían en vilo a la espera de su próximo destino que, en principio, vendría determinado por una orden del Ministerio de Defensa. Tal como le prometieron, el Comandante Maldonado volvería a la Península como Teniente Coronel tras su paso por Tetuán. A la espera del nuevo destino, el

matrimonio estaba esperanzado en que fuese un lugar alejado del suroeste de España, un lugar donde pudieran seguir manteniendo la mentira de sus vidas sin riesgo a ser descubiertos.

Matilde albergaba además, otra esperanza añadida.

Lejos del suroeste, pero una Comandancia relevante para el Gobierno de España.

El nuevo ascenso de Francisco a Teniente Coronel debería llevarle a ese lugar deseado y necesario para ella, pero ante el gran traslado de toda la Alta Comisaría a la Península, cualquier lugar les podría tocar en suerte.

En el verano de 1956 recibieron con regocijo la noticia del destino que el Ministerio de Defensa había elegido para el recién nombrado Teniente Coronel Maldonado, así como para algunos de sus compañeros en Tetuán. Valencia fue el lugar de destino, la Comandancia de la Guardia Civil. Allí estaría al mando de la Academia de Oficiales. Matilde seguiría ejerciendo como esposa del Teniente Coronel y como madre de Cesar y Octavio a tiempo completo y alejada de ese otro lugar cuyo nombre, trataban de olvidar, Robledillo de Gata.

Desde el momento en que supo su próximo destino, Matilde se entregó a la tarea de investigar qué importancia tenía la Comandancia de Valencia, qué oficiales la llevaban, qué visitas recibían así como la vida y ocupaciones que llevaban las esposas en dicha casa cuartel.

1980

LA ESPERANZA

1

1980 Guadalajara

La mesa del salón de Tina apenas dejaba ver un trozo de la madera con la que estaba fabricada, decenas de papeles esparcidos llenaban toda la superficie. Trataba de organizar la abundante documentación sobre sus hermanas. El abultado sobre que recibió de Consuelo contenía mucha información pero totalmente desorganizada.

Supuso que habían sido sacados en muchas ocasiones y en algunas de ellas devueltos al sobre con demasiada prisa. Arrugadas y desordenadas, fue sacando una a una todas las hojas. Comenzó ordenando por fecha, después pensó que era mejor por el nombre de cada una de sus hermanas. Agarró tres cajas de zapatos y las colocó sobre la mesa, cada una con su nombre, Asunción, Dolores e Isabel. Una a una iba agarrando las hojas, buscando el nombre al que hacía referencia y colocándola en su caja correspondiente. Toda la tarde le llevó ese primer orden que inició.

Mamita Dolores la acompañaba sentada en una mecedora. A veces miraba la televisión y otras desviaba su mirada hacia ella con lágrimas en sus ojos. Interiormente recriminaba la actitud de Consuelo. "¡Cuánto dolor le hubiera ahorrado a la niña si hubiera contado lo que sabía!—se decía pesarosa"

Ella, que siempre había arropado en sus brazos a Tina, había limpiado sus lágrimas, la había acunado en su desconsuelo, sin saber que todo lo que contaba era verdad. Ahora comprendía su dolor,...

"¿Por qué tuvo que sufrir tanto dolor? ¿Cómo Consuelo fue capaz de soportar esa mentira?—se preguntaba.

En los días que habían pasado desde su muerte, Tina no la había mencionado, ni para bien ni para mal. Dolores intuía que no la había perdonado y que fue su intención que muriera sola. Ella hubiera subido para que Consuelo no se sintiera tan desamparada en su último suspiro, pero Tina no le advirtió de su agonía final, fue su venganza, dejarla sola en su muerte, quiso que sintiera la soledad que ella misma había sentido cuando le privó de sus hermanas. Cuando mamita Dolores llegó a la habitación, Consuelo ya no vivía, tan solo pudo

limpiar sus últimas lágrimas y cerrar sus tristes ojos justo antes de que llegara el doctor.

—Mamita ¿Por dónde crees que debo comenzar? Me gustaría volver a ver a mi madre pero por otra parte reunir a mis hermanas e ir juntas en su busca sería bonito, ¿Te imaginas la sorpresa que le daríamos? Debe de ser muy mayor ya, ¡ay! ¡Cómo me gustaría verla!

—Hija, no es por desilusionarte pero ten en cuenta que la búsqueda va a ser complicada y larga. Puede que la menor de tus hermanas no recuerde siquiera que existís. Tienes que estar preparada para cualquier circunstancia. Esto es una posibilidad de reencuentro, aún no es una realidad y no me gustaría verte sufrir otra vez. Tómalo con calma y ábrete a todas las posibilidades.

—¡Mamita no quiero pensar en eso! Ya estuve demasiados años sin ellas. Las voy a buscar y las voy a encontrar. No pueden haber olvidado, Asunción no, ella tenía 7 años, seguro que tiene recuerdos. ¿Sabes? Imagino a mamá en la granja trabajando aún en sus cultivos. Era una mujer fuerte, seguro que no ha dejado nunca de trabajar. Teníamos una granja muy bonita, la mejor del pueblo. Cuando papá se fue, se quedó ella a cargo de todo. Papá habrá vuelto ya y estará con ella. Pero ya ves mamita, por darnos un futuro mejor, le quitaron a sus hijas. No logro recordar su rostro pero sí su llanto, nunca lo he podido olvidar. Me gustaría volver al pueblo, ver de nuevo la granja, el río donde nos bañábamos en verano y sobre todo a mamá.

—Tina, en todos estos años, ¿Nunca has pensado en visitar tu pueblo? Comprendo que siendo una niña no era una opción pero a partir de tu boda con Alfredo, ya nada te lo hubiera impedido. Tenías tu verdad y eras libre, nadie te hubiera puesto trabas a ese viaje.

—Alfredo ha conocido mi vida ahora, tras la muerte de Consuelo, nunca le conté nada de mi pasado. Cuando nos casamos supo que era adoptada por la documentación que tuvimos que presentar en el juzgado. Yo tampoco entré en detalles. No quería empañar unos días que deberían ser felices. Además no recordaba el nombre del pueblo, recordaba la granja, sus calles, el río, el campanario, sus montañas, pero olvidé el nombre. O quizá nunca lo supe o nunca me interesó saber el nombre del lugar donde vivía. Tenía apenas 10 años. En estos documentos lo he leído y no ha sido un recuerdo precisamente. El nombre del pueblo ha sido algo nuevo en mi mente. Creo que nunca supe el nombre. Esta herencia me ha traído mi pasado completo.

—Pues es el momento querida niña.

—Si mamita, después de muchos años hoy siento que puedo volver a ser feliz.

Alfredo, siempre dispuesto a hacer agradable la vida de Tina y ahora más que nunca, comenzó a preparar con ilusión y esperanza ese

viaje a la niñez de su esposa.

—Tina nos tomamos todo un fin de semana. Reservamos un hotel en Cáceres y hacemos turismo. Tengo entendido que es una ciudad preciosa, es todo un monumento y que paseando sus calles te transportas a la época medieval. Desde allí, el sábado nos dirigimos hacia tu pueblo y...

—¡Y veo a mi madre!—exclamó Tina emocionada.

—¡Ojalá querida!—le contestó Alfredo abrazando a la nueva mujer en que se iba convirtiendo su amada Tina.

2

1980 Robledillo de Gata

Casi dos meses después de la muerte de Consuelo y cuarenta años más tarde de su partida, Tina del Corral volvía a Robledillo de Gata.

A medida que se iban acercando, los paisajes algo cambiados le iban devolviendo recuerdos que ella creía olvidados. La entrada al pueblo apenas había cambiado y las mismas casas y calles de su niñez la recibieron provocándole añoranzas.

Volvió a tener diez años.

Aparcaron el coche en la Plaza Francisco Pizarro donde tantas veces había jugado con sus compañeras del colegio. El olor del pueblo tampoco había cambiado y la envolvió como una nebulosa. Cerró los ojos para verse corriendo por las calles aledañas a la plaza. Serían las once de la mañana de un sábado y Tina extrañó la ausencia de niños por las calle. El pueblo parecía haber envejecido. Se quedaba mirando fijamente a cada mujer con la que se cruzaban buscando un parecido, un gesto, una voz que trajera algún recuerdo a su memoria. Sus pasos la guiaban de manera involuntaria por las calles que llevaban hasta las afueras, donde siempre estuvo la granja. Muchas puertas estaban cerradas y bastantes casas mostraban el abandono de los lugares que llevan tiempo sin habitar. Seguía manteniendo su antigua arquitectura, con sus casas fabricadas en pizarra, adobe y madera. La Calle de la Rua la llevó hasta la parte del río Árrago que pasaba junto a la granja. La vio de lejos, su casa, sus cultivos, sus árboles frutales, muy crecidos. La cerca de piedras que la rodeaba, era ahora más alta, o eso le pareció a Tina. Aceleró sus pasos impacientes por volver a cruzar la pequeña puerta que daba entrada desde el pueblo, cruzando el río. Junto a esta puerta estaba otra mayor que daba a una carretera de tierra, ahora asfaltada, que llevaba directamente a las calles de salida del pueblo. Esa puerta por la que salió hacía cuarenta años, montada en un automóvil negro. Nada más cruzar la portañuela, se agachó a recoger un puñado de tierra para recordar el aroma del terruño mojado por el río. Cerró sus ojos mientras aspiraba ese olor tan familiar, el olor de su casa.

Se quedó mirando hacia la única edificación que había, el corazón

le palpitaba a mucha velocidad, buscó la mano de Alfredo.

—Se ve diferente, es mi casa pero la veo distinta. No se ve a nadie. ¿Estará mamá en casa? ¡El corazón me va a salir por la boca! Han pasado cuarenta años... ¿Me reconocerá?

—¿Estás bien?—le preguntó Alfredo agarrando su mano con fuerza.

—Sí, creo que sí.

—¿Vamos?

Cuando iban a dar el primer paso hacia la entrada a la casa, la puerta comenzó a abrirse y un hombre de mediana edad con una cerveza en la mano y un palo mondadientes con aceitunas ensartadas, en la otra, les miraba contrariado mientras se acercaba a ellos.

Habían roto su momento del aperitivo.

—¿Desean algo? Esto es una propiedad privada, no está abierta a los turistas.

—No, no somos turistas—se apresuró a decir Alfredo.

—Buscamos a la dueña de la granja—contestó Tina.

—El dueño soy yo.

—Esta granja siempre fue de mi familia...Mi madre...

—¿Cuántos años hace de eso Señora?—le contestó impaciente—Yo hace veinte años que la compré a una familia que vivía aquí. Se mudaron porque tenían hijos adolescentes que se fueron a estudiar a la capital.

—¿A una familia dice que se la compró? ¿No era una mujer?

—No, no..., a un matrimonio con varios hijos. Llevaban también muchos años aquí en la granja. No le puedo dar más información porque yo me mudé aquí cuando la compré, soy oriundo de la parte de las Hurdes. Cuando llegué, no conocía a nadie del pueblo. Quizá allí le puedan dar norte de la mujer a la que buscan. Por la tarde suele estar en la plaza el señor Gregorio, es muy mayor pero tiene una cabeza privilegiada. Cuenta historias del tiempo de la guerra como si las estuviera viviendo y conoce a cada vecino del pueblo con nombre y apellidos. Estoy seguro de que si su familia estuvo aquí como asegura, él sabrá qué pasó con ellos.

—Sí, sí, gracias—contestó Alfredo mientras miraba a Tina que con los ojos acuosos no podía articular palabra—preguntaremos allí en el pueblo.

La desilusión de Tina era tan patente que parecía haber envejecido, su cuerpo se había encorvado de pronto y lloraba de impotencia. Minutos antes se había podido imaginar abrazada a su madre y ahora había perdido su rastro, el único lugar donde siempre la recordaba parecía haber pasado de mano en mano alejando cualquier pista sobre ella. Abatida y tomada del brazo de Alfredo, volvieron sobre sus pasos de vuelta al pueblo con la esperanza de que aún hubiera alguien que

recordara a Matilde.

La fortuna no estaba del todo en su contra y en la misma plaza una señora mayor le indicó la casa donde vivía el señor Gregorio. Por el aspecto, debería ser de una edad parecida a la que tendría su madre y Tina no perdió la oportunidad de preguntar por ella.

—Señora, ¿Es usted del pueblo?

—No hija pero llevo casi toda la vida aquí, desde que me casé bien jovencita.

—Estamos buscando a una mujer que vivía en la granja que rodea al río, a las afueras, se llamaba Matilde.

—¿En la granja grande?—preguntó la señora.

—Sí, supongo.

—Yo le compro toda la verdura y fruta al dueño actual y antes se la compraba a la familia que la tenía, pero no recuerdo que se llamara Matilde.

—No, fue anterior a esa familia. Una señora que tenía cuatro hijas y que según tengo entendido se las llevaron los del *Auxilio Social*...

—¡Ah, esa historia! Algo he oído por el pueblo, el cura contaba cosas, pero nunca conocí a esa mujer y tampoco creía demasiado lo que escuchaba, era una cosa un poco rara, eran leyendas de la guerra. Yo llegué aquí después. Pero mira, Gregorio te puede contar... ¡Lo que no sepa él...!

—Gracias Señora, iremos a verle.

—¡Con Dios, que tengan buen día!

La casa del señor Gregorio era una de las que hacía esquina con la plaza. Era una casa de pueblo, con fachada de piedra y balconada de madera llena de geranios en flor. A ambos lados de la puerta varios macetones de plantas verdes bien frondosas, ocupaban toda la fachada. El portón de madera estaba abierto de par en par y Tina apostada en el umbral pidió permiso para entrar. Desde un lateral se asomó una mujer mayor.

—¿Quién va?

—Buenas tardes Señora, disculpe que la interrumpa. ¿Es esta la casa del señor Gregorio?

—Pues sí. No me ha dicho que esperara visita alguna.

—No, no, verá, venimos de Guadalajara en busca de una información y nos han dicho que él nos puede ayudar. Buscamos a una mujer que vivió aquí.

—¡Ah! No se queden en la puerta, pasen, pasen. El está en el corral arreglando sus plantas. Voy a avisarle. Tomen asiento, por favor, enseguida viene él.

Ayudado de un bastón, con las piernas un tanto corvas por la edad o por el peso, pantalón de pana marrón anudado con una cuerda por

debajo de la barriga, camisa de cuadros en tonos verdes y una boina tapando su cabeza calva y redonda, apareció desde el patio el señor Gregorio. Un hombre de pueblo, de esos que ya Tina no recordaba.

—Muy buenas, bienvenidos a mi casa, soy Gregorio—les dijo alargando su mano para saludar.

—Alfredo, encantado de conocerle, ella es mi esposa, Tina.

—Pues ustedes dirán, me dijo mi mujer que buscan a alguien que vivió en el pueblo—Gregorio tomó una butaca y la acercó hasta donde estaban sentados Tina y Afredo.

Gregorio les puso al día de todo lo que sabía sobre Matilde hasta el momento en que se fue a vivir a Cáceres. Efectivamente tenía una memoria grandiosa, recordaba a las tres hijas mayores de Matilde y casi le describió sus caras, las había visto innumerables veces jugar en la plaza. Tina había olvidado muchas vivencias que volvieron a su memoria con el relato del anciano. Ahora incluso le recordó de joven, sentado en la puerta de su casa mientras miraba jugar a los niños en la plaza.

—Después están las historias que la gente y el "curilla" cuentan—prosiguió Gregorio—Yo les cuento lo que viví aquí. Hay versiones que aseguran que Matilde vendió a sus hijas porque no podía criarlas ella sola o que se vio obligada a hacerlo para evitar ser detenida como esposa de un republicano. Que las vendió a familias de la capital y que el párroco, el viejo don Samuel, les buscó a esas familias. Otras cuentan que el párroco que llegó nuevo, se las quitó engañándola porque eran hijas de un republicano y las mandó a un Preventorio para que las educaran en la fe católica. Se contaron demasiadas cosas en aquellos años. Mi mujer le compraba las verduras y frutas y siempre me decía que después de que las niñas se fueran, Matilde desvariaba, se la veía triste, hablaba tonterías a veces, hacía como que las esperaba y lavaba y planchaba su ropa continuamente a la espera de que llegaran. Después, la muerte de Nicolás, fue un duro golpe para ella. Creo que volvió a casarse para huir del pueblo y sus recuerdos, es mi opinión. ¿Y usted la conocía? ¿Era familia de ella?

—Yo soy su hija mayor—le respondió Tina.

—¡Celestina!—exclamó Gregorio haciendo alarde de una prodigiosa memoria—¡Cómo no te he reconocido! Eres igual a ella.

3

1980 Guadalajara.

En busca de Asunción

Mamita Dolores esperaba impaciente la llegada de Tina y Alfredo, preparada para consolar a su niña. Desde la noche anterior conocía lo que habían descubierto en el pueblo y sabía que tras la alegría que supuso para ella tener toda la información que le entregó Consuelo, este fallido reencuentro la hundiría de nuevo.

Tal como esperaba, Tina llegó desolada, en sus pensamientos no solo estuvo la esperanza de encontrar a su madre, sino que pasados aquellos convulsos años, también tenía la certeza de que su padre habría vuelto a casa. En su mente estuvo la imagen de un encuentro con ambos. De su padre, apenas tenía recuerdos claros, casi no recordaba su rostro pero la esperanza de que hubiera vuelto a casa, siempre estuvo presente. Por lo menos mamá no viviría en soledad el dolor de la ausencia de sus hijas. Le confortaba pensar que estaban juntos. No lo dijo a nadie, porque el recuerdo de su padre no era tan fuerte, pero era una ilusión que su corazón albergaba y que ya nunca sería realidad. Ahora sabía que su padre había muerto poco después de que ella y sus hermanas se fueran y que su madre había vuelto a contraer matrimonio con un guardia civil de los que rondaban el pueblo.

Con la edad, Tina había ido comprendiendo muchas cosas que de pequeña le pasaban desapercibidas. Una de ellas, sin duda, era la razón por la que su padre abandonó la casa para esconderse en los montes tal como le había contado el señor Gregorio.

—Mamita, mi madre se volvió a casar, y lo hizo con el hombre que perseguía a mi padre. ¿Lo puedes entender? ¿Cómo te puedes enamorar de un hombre que sabes que se acerca a ti buscando información sobre tu esposo para apresarlo? ¿Tanto cambió mi madre?

—No la juzgues querida, tú no estabas allí para saber las circunstancias de ella. Una mujer viuda y sola no era la situación ideal en aquellos años.

—Intento no juzgarla mamita pero no puedo evitar este

desconcierto. Se ve que mi padre tenía las ideas demasiado claras y mi madre se dejaba llevar por la brisa que le llegaba.

—No olvides que ella vivió momentos muy dolorosos y difíciles, los tiempos eran peligrosos. Quizá tan solo se pasó al bando de los vencedores para vivir en paz. Estaba sola, muy sola y todos sabían dónde y por qué había huido tu padre. Quizá ese hombre con el que se casó, la protegió y evitó que la pasearan por el pueblo con la cabeza rapada. Ese hubiera sido su destino más probable. ¡Da gracias a que alguien la protegió! También pudo ser que ese hombre la obligara de algún modo a casarse con él, ya sabes,... Aquella época fue muy difícil hija, difícil y terrible. Se contaban tantas cosas...

—Tienes razón, pero... ¿Y ahora? Estamos en otros años diferentes. Poco o nada queda de aquella represión. ¿Crees que nos estará buscando? Y yo... ¿Por dónde empiezo a buscar ahora? No tengo ni siquiera el nombre del hombre con el que se casó. Y que se fueron a vivir a Cáceres es solo una apreciación del señor Gregorio. Parecer ser que ni ellos mismos sabían a ciencia cierta dónde irían a vivir tras la boda. Cáceres era una posibilidad que se barajaba o que oyeron por el pueblo. Según dice, mi madre se volvió reservada, apenas salía de la granja y el único contacto que tenían con ella era cuando bajaban a comprar verduras o frutas.

—Supongo que ha pasado demasiado tiempo para que alguien recuerde con exactitud y Cáceres es una posibilidad. Podrían preguntar en el Cuartel de la Guardia Civil que seguro guardarán documentación de sus hombres y los destinos de aquellos años.

—Ni siquiera tengo el nombre... ¿Por quién pregunto?

—Por alguien destinado en el pueblo ese, en el año en que te fuiste. Empieza por ahí.

—Esto va a ser muy largo.

—Será más largo si no haces nada hija.

—¿Sabes mamita? En el pueblo hay gente que dice que mi madre nos vendió..., es una de las versiones que circula sobre ella ¡Ya no sé qué pensar! Su llanto, cuando nos íbamos, no se me ha olvidado nunca y parecía sincero, era desgarrador, o a mí me lo pareció. Por otra parte, fue ella misma la que nos contó que íbamos a un lugar mejor a cursar estudios y que tras finalizarlos volveríamos. Ahora sabemos que Consuelo y Ernesto pagaron 100.000 pesetas por mi adopción. ¿Ese dinero era para mi madre? Supongo que por mis hermanas también pagaron esa cantidad. Yo no soy madre pero como hija me volvería loca saber que mi propia madre me vendió... ¡Es horrible!

—¿Cómo va a vender una madre a sus hijos? ¡La gente está loca! Yo no he sido madre, tú eres lo más parecido a una hija que he tenido. Tan solo llevabas unos meses en casa y ya no podíamos vivir sin tu presencia. Y no fuiste una niña fácil, no lo fuiste. ¡No, no..., eso no es

posible! Ese dinero estoy segura de que fue al internado. Ese y más, mucho más que Consuelo donaba para las niñas. Además, Consuelo pagó ese dinero al Obispo que insistió en que te adoptaran. Si algo de ese dinero llegó a tu madre, sería una miseria. ¡Con la Iglesia hemos topado!

—Bueno...gracias a que no fui fácil, Consuelo se interesó por saber la verdad.

—¡Ay hija! Yo sé que Consuelo hizo mal al guardar todo aquello, pero si lo hubiera sacado a la luz y te hubieran llevado de vuelta a tu pueblo... ¡No quiero pensarlo! Hubiéramos muerto de pena..., todos, los tres, eras nuestra alegría y nuestra razón de vivir. Ernesto era más serio, le costaba demostrar sus sentimientos, pero te quería, te quería muchísimo. Nunca perdimos la esperanza de que llegara el día en que fueras de verdad nuestra pequeña. Eras tan bonita, tan obediente, tan aplicada,...nunca perdimos la esperanza de que fuéramos al fin, la familia que te hiciera feliz.

—¿De verdad que tú no sabías nada de lo que escondía Consuelo?

—Te juro por Dios hija mía que si yo hubiera sabido esto, tú no estarías buscando hoy a tu familia. Consuelo me conocía bien, quizá por eso nunca me contó nada y compartíamos muchos secretos, muchas confidencias, muchas intimidades, pero esto no..., esto lo ocultó muy bien.

Alfredo, a espaldas de Tina para no darle falsas esperanzas, comenzó a indagar entre sus conocidos con el fin de llegar a alguien que pudiera ponerle en comunicación con alguna persona allegada al cuerpo de la Guardia Civil que a su vez pudiera contactar con el cuartel de Cáceres e intentar saber qué efectivos estaban durante esos años en Robledillo de Gata.

Alfredo era un funcionario de carrera, bien situado, con buenos contactos, pero en el ámbito de las Fuerzas de Seguridad del Estado tan sólo conocía a los amigos o compañeros de su suegro con los que había coincidido alguna vez. Utilizó el nombre del Coronel Ernesto del Corral para abrir puertas pero nunca dijo con la intención que lo hacía.

Aún no había pasado un mes desde que comenzó su investigación particular, cuando le informaron de que, en aquellos años, el Capitán Francisco Maldonado y un joven, recién incorporado al cuerpo, estaban destinados en aquellos pueblos pequeños de la Sierra de Gata. Que, efectivamente, el Capitán Maldonado se incorporó a la casa cuartel de Cáceres tras contraer matrimonio con una señora viuda, de Robledillo de Gata y que dos años más tarde fue ascendido a Comandante y trasladado a Tetuán para colaborar en la Alta Comisaría de las colonias marroquíes. A partir de ahí, no sabían nada de él. El Ministerio de Defensa tendría toda la información de

posteriores destinos, pero perteneciendo a los cuerpos de defensa, era muy difícil que le proporcionaran información a cualquier persona que no fuera familiar directo. En ese momento, Alfredo supo además que, cuando abandonaron Cáceres, el matrimonio era padre de dos mellizos de apenas un año. Lo supo porque la persona que estaba al otro lado del teléfono le preguntó si era uno de sus hijos y Alfredo se interesó por el tema de su descendencia.

Mientras Alfredo hacía sus pesquisas sin informar de momento a Tina, ella había decidido centrar su búsqueda en su hermana Asunción hasta que decidiera cómo seguir los pasos de su madre.

Según los documentos, unas semanas más tarde de que ella llegara a la familia Del Corral, Asunción llegó a Albacete y fue entregada a la familia formada por Martín Ruiz Velasco y Herminia González Sanjurjo. Si todo había sucedido como en su caso, Asunción ahora llevaría los apellidos Ruiz González y tendría 47 años y la familia la habría conseguido previo pago de 100.000 pesetas al igual que ella.

Asunción tenía 7 años cuando se separaron y probablemente era la única que la recordaría perfectamente, por lo que encontrarla significaría un apoyo fundamental para seguir buscando el resto del pasado. Si Asunción seguía viviendo en Albacete, trescientos kilómetros la separaban de ella.

Según las fechas de adopción que aportaban los documentos, sus hermanas habían estado solas durante más de tres semanas en aquel caserón horrible edificado con piedras oscuras donde la violencia y las vejaciones eran el pan de cada día. ¡Tres semanas! No quería ni pensar qué podría haber pasado en esas semanas en las que ella ya no estaba para protegerlas.

Tina había intentado borrar de su memoria su recuerdo más terrorífico. No lo había conseguido, era un recuerdo que torturaba sus noches. Ahora, recordar a sus pequeñas hermanas entre esas mujeres que las trataban como a una piara de cerdos, volvía a desgarrarle el alma. Volvía a traerle su maldito recuerdo.

Su mente la devolvió a sus 10 años y con una claridad tan transparente que parecía llevarla de vuelta a su infancia, se vio de nuevo aquella madrugada..., aquella madrugada que siempre intentó olvidar, volvió, tan clara, tan viva...

El silencio era total, todas las niñas dormían o parecían hacerlo. Tina despertó sobresaltada al sentir que unos brazos tiraban de ella y una mano taponó su boca evitando un grito. En la cabecera de la cama, el doctor le indicaba que guardara silencio y que le siguiera. Ella le siguió, descalza, con su vieja camiseta blanca que servía de camisón, abrazando su torso para no sentir el frío que comenzó a

recorrer su cuerpo. El pasillo desierto y oscuro les llevó hasta el consultorio. Tina como una autómata seguía los pasos del doctor. Desobedecer no era una opción en el internado. Ya en el consultorio, el doctor cerró la puerta con llave y ocultó la ventana tras cortinajes oscuros. Encendió la luz. Hacía mucho frío allí. Los labios del doctor la miraban con una media sonrisa que terminó por congelar su cuerpo. Sus manos comenzaron a acariciar los hombros de Tina y a bajar la amplia camiseta por su rígido cuerpo."Así que aún no eres una mujer completa" le iba diciendo mientras le bajaba las bragas. "Mejor para todos...¿Qué íbamos a hacer con un bastardo rojo?" Tina no entendía nada de lo que hablaba. "Vamos a explorar un cuerpo virgen. Vas a estar calladita y quietecita hasta que termine mi trabajo". Tina asintió con la cabeza y se dejó llevar por el doctor hasta la mesa blanca. Desnuda, la colocó de bruces sobre la mesa. La mano del doctor presionaba su espalda y la inmovilizaba. La otra mano hurgaba entre sus piernas hasta encontrar un hueco, desconocido para ella, donde introdujo sus dedos provocando un leve dolor en su interior. El cuerpo de Tina se sobresaltó pero no pudo moverse, una mano lo mantenía inmóvil. Durante un buen rato, Tina sintió en su interior esos dedos que entraban y salían de su cuerpo con rapidez, con fuerza, haciéndole cada vez más daño. Sus lágrimas rodaban como cascadas aguantando un dolor que se incrementaba por minutos. "Te estás portando muy bien, zorrita roja, estás muy calentita por dentro... ¿Te gusta...eh? Mira cómo se abre tu coño para mí. Ahora vas a ver lo que es bueno. Voy a quitar mi mano de tu espalda, no te atrevas a moverte". Las dos manos del doctor abrían sus piernas, abrían la parte más íntima de su cuerpo mientras el llanto de Tina, silencioso y compulsivo se iba convirtiendo en un llanto de terror que tapó con su propia mano evitando que se escuchara en la sala. Un dolor intenso y desgarrador removió todo su cuerpo, un dolor insoportable, parecía que su cuerpo se partía en dos. Un dolor acompañado por empellones contra la mesa que amenazaban con descolgar su cintura. "Llora zorra, llora por todos tus putos muertos. Lástima que no puedas ver mi polla entrando en tu coño calentito y abierto para mí. ¿Te imaginas cuando entre en el coño de tus hermanas? Me derrito solo de pensarlo. ¡Oh Dolores, 5 añitos! La voy a enseñar a ser una gran zorra. ¡Ábrete bien puta, allá voy otra vez!".

Tina recuerda su vuelta al dormitorio con la mirada puesta en el suelo donde pequeñas gotas de sangre iban marcando su camino. El dolor no había mermado, le dolía el cuerpo y el alma. Nunca pudo saber si sus hermanas habían caído en las garras de ese doctor y eso aumentó sus pesadillas. Dos días más tarde ella abandonó el internado con una terrorífica vivencia que jamás salió de su boca. Nunca pudo

verbalizar ese horror.

Tina revivió el maldito recuerdo con el mismo dolor que sintió aquella noche. De nuevo lloró con desconsuelo y así la encontró mamita Dolores, en su habitación, sentada en el borde de la cama, temblando igual que aquella vez...

—¡Mi niña del alma! No pasa nada, las encontraremos, ya verás— mamita Dolores abrazaba a Tina consolando su dolor pero sin saber realmente el por qué de su desesperación.

Sintió que Tina la necesitaba más que nunca y decidió que permanecería a su lado hasta que terminara con esta nueva pesadilla. Ya se había acostumbrado a la casa, ya incluso sabía llegar al mercado de abastos tan importante para ella y cada día se acercaba con su carro a comprar viandas frescas para la casa. Ya conocía a los vendedores y depositaba su confianza en aquellos que no le engañaban con los productos. El regreso a Madrid para ingresar en el asilo de sus amigas monjitas, quedaba finalmente postergado y sin fecha. Cada día se sentía más a gusto al lado de su pequeña Tina.

4

Adopción de Asunción.

Asunción Ruiz González

Tras la marcha de Celestina, Asunción sufrió una conmoción emocional, una crisis que la mantuvo en cama durante cuatro días. La fiebre subía y bajaba sin control a cualquier hora sin que el médico del preventorio encontrara enfermedad alguna que pudiera provocarla. Sus dos hermanas pequeñas no se movían de su lado siempre que se lo permitían. A veces, escapaban del férreo control de las cuidadoras, para estar junto a la cabecera de Asunción hasta que eran devueltas a su lugar tras recibir su castigo ejemplar por desobediencia. Sobre la misma cama de Asunción, para que fuera testigo de las consecuencias de una falta de obediencia, bajaban sus braguitas y golpeaban sus nalgas hasta dejarlas rojas y doloridas. Los gritos de las pequeñas, torturaban aún más a Asunción que lloraba con rabia su incapacidad para defenderlas. La pequeña Isabel, sin cumplir aún los dos años, no entendía que se la llevaran del lado de su hermana, con la que siempre había jugado sin que nadie lo impidiera. Lloraba hasta enrojecer, su rostro y su cuello parecían a punto de estallar como un globo inflado. Llamaba a su madre con desesperación mientras sus manitas frotaban sus pequeñas y rojas nalgas.

Al quinto día, la fiebre desapareció tal como había llegado y Asunción pudo levantarse para regocijo de sus hermanas. Dolores e Isabel estaban demasiado tristes tras la marcha de Celestina y, la enfermedad de Asunción, las sumió en una completa soledad y desamparo. Las tres hermanas permanecían siempre juntas y Asunción asumió el papel de hermana mayor tal como lo había hecho Celestina hasta su marcha. Sus preguntas sobre la vuelta de Celestina, nunca obtuvieron respuesta y unas semanas más tarde, fue la propia Asunción la que abandonó el preventorio en el mismo automóvil negro de siempre, propiedad del Obispado, rumbo a Albacete. La imagen de sus dos hermanas pequeñas, desoladas y agarradas fuertemente por las cuidadoras para que no corrieran hasta donde ella estaba, la persiguió durante el viaje, en todos sus sueños posteriores,

en cada uno de los días que amanecía y todos y cada uno de los instantes de su vida. Su imaginación le jugaba malas pasadas suponiendo el trato que debieron de recibir tras su marcha, el castigo por llorar la ausencia de otra de sus hermanas. Nunca pudo imaginar una situación parecida a la que vivió Celestina porque, debido a su enfermedad, se libró de las garras del médico que, aunque la miraba de manera libidinosa, no se atrevió a profanar su débil cuerpo. Pero no se libró de ver algunos de los castigos que infringían a las internas y sobre todo uno, quedó grabado para siempre en su memoria. Sabía que la pequeña Isabel podría sufrirlo cualquier día.

Todas las niñas estaban obligadas a presenciar cualquier castigo que sufría alguna de sus compañeras para que se cuidaran mucho de caer en la misma falta. El miedo a sufrir un castigo, jugaba a veces, malas pasadas a las internas. En una ocasión, una pequeña se hizo pis encima mientras recibía una reprimenda por no terminar su desayuno a tiempo. Trató de esconderlo cruzando sus temblorosas piernas, pero las sonrisas maliciosas que no pudieron aguantar las demás niñas que habían visto cómo el pis se escurría por sus pantorrillas, terminaron por descubrir su inocente falta. La cuidadora no tuvo compasión con esa pequeña de apenas 5 años. Haciendo un círculo con todas las internas, colocaron en medio a la niña que había cometido el error de no aguantar el pis. En el centro y desnuda de cintura para abajo, la pequeña lloraba a sabiendas de que sería el blanco de un castigo. Un castigo que tenía que servir de ejemplo para todas las demás. Un cruel castigo que consistió en colocar bajo sus nalgas una vela encendida. Una llama sin compasión que produjo una grave quemadura en sus cándidas carnes. Los alaridos de la pequeña se oían en todo el recinto pero nada podía hacer para evitar el castigo. Tres cuidadoras la inmovilizaban mientras otra mantenía, impasible, la llama bajo sus nalgas.

Así era aquel lugar en el que habían prometido a su madre que estarían mejor y más protegidas que en la granja.

Varias horas después y tras recorrer más de trescientos kilómetros, el automóvil se detuvo en una de las calles principales de Albacete. Asunción desde la ventanilla vio cómo el chófer entraba en una de las casas que estaban en la acera de la derecha para unos minutos después salir acompañado por un hombre y una mujer de una edad parecida a la de su madre, aunque más elegante, mejor vestida, muy bien peinada. Le pareció muy guapa. Era un tipo de mujer que solo había visto en revistas que, muy de vez en cuando, llegaban al pueblo y corrían de mano en mano.

Ninguna mujer de su pueblo tenía el aspecto de aquella que estaba parada junto al chófer.

La mujer de negro que siempre acompañaba a las niñas, también había salido, tan sólo ella se mantenía en el interior del automóvil y miraba con curiosidad todo lo que había a su alrededor y que los cristales le permitían ver. Vio cómo entraban los cuatro de nuevo en la casa y se removió impaciente por la tardanza. Asunción no sabía por qué la habían sacado del internado y estaba ansiosa por volver con sus hermanas. Celestina aún no había vuelto y Dolores e Isabel eran demasiado pequeñas para que estuvieran solas ante tanto horror. "Devoción y obediencia" "Devoción y obediencia" "Devoción y obediencia" Palabras que tenía grabadas desde que llegó al preventorio.

Un buen rato después, que a Asunción, se le hizo eterno, la señora de negro salió de la casa junto con el chófer y abrió la puerta del coche. Aliviada, la niña suspiró. "Por fin nos vamos"—pensó.

—Sal pequeña, te voy a presentar a unas personas—le indicó la señora.

—¿Y después nos vamos?—preguntó Asunción contrariada.

—Este matrimonio que has visto no tiene hijos, Dios no les bendijo con ninguno. Te quedarás con ellos para cursar tus estudios tal como sabías que sucedería.

—Pero... ¿Y mis hermanas?—preguntó asustada.

—No podéis estar todas juntas, no hemos encontrado una casa donde pudierais estar las cuatro.

—¡No quiero quedarme sola! ¡Quiero estar con mis hermanas!

—¡No seas terca Asunción! Esas personas te van a querer como si fueras su hija, te van a cuidar muy bien, debes estar agradecida. Eres una niña muy débil y necesitas cuidados especiales.

—¡No quiero! Por favor...quiero volver con usted a donde están mis hermanas. ¿Dónde está Celestina? ¿Va a volver?—suplicaba Asunción.

—Celestina ya está en su nueva casa, está contenta y muy feliz. Tiene una familia que la quiere. Ésta será la tuya. ¡Vamos, sal ya!

Ante la negativa de la niña a salir del coche, el chófer tuvo que sacarla mientras pataleaba y luchaba contra esos brazos que tiraban de ella con fuerza. Fue complicado dejarla junto al matrimonio formado por Martín Ruiz Velasco y Herminia González Sanjurjo.

Todo el cariño que no recibían en el preventorio, se desplegó de momento para convencerla de que en ese hogar sería feliz.

Esa misma tarde, Asunción recayó en otra crisis emocional y la fiebre volvió a tenerla en cama durante varios días. Pasaron por la casa diversos doctores sin que ninguno encontrara razón alguna para esta extraña fiebre que venía y se iba a su antojo. Herminia pasaba las noches en la cabecera de su cama aplicando paños fríos en la frente de

Asunción y dando baños de alcohol por todo el cuerpo con el fin de mantener a raya su temperatura. A veces la fiebre subía hasta extremos peligrosos haciendo delirar a la pequeña. Se removía sudorosa en la cama y hablando entre sueños.

—¡Mamá…mamá!

—Estoy aquí hija, tranquila, todo va a ir bien—le decía con ternura Herminia.

—¡Celestina ven pronto…ven…!

Herminia con los ojos bañados en lágrimas acunaba a la niña y trataba de serenar su zozobra. "Pobre pequeña"—pensaba—El dolor que habrá soportado con tan solo 7 años"

Martín y Herminia, oficialmente habían adoptado a una niña huérfana de 7 años, sin familia, de nombre Asunción y que tras el pago de 100.000 pesetas pasaba a llamarse Asunción Ruiz González. En el contrato que habían firmado con el Obispado ya rezaba la niña con sus apellidos, provenía del Preventorio de Guadarrama, sin ninguna información adicional sobre ella y su procedencia. Era una huérfana de la guerra, como tantos cientos de niños más. Ambos eran conscientes de que la adaptación de una pequeña con 7 años sería difícil pero se mostraban ilusionados y pacientes con ella. Juntos intentarían darle todo el amor que tenían guardado y conseguirían que la pequeña les considerara como sus padres en un plazo de tiempo aceptable.

La familia Ruiz González era de clase media, Martín era funcionario, Interventor del Ayuntamiento de Albacete y Herminia ama de casa con dedicación completa a sus labores domésticas. Siempre soñaron con tener una prole numerosa pero el destino decidió lo contrario y finalmente optaron por acoger o adoptar. Martín, en su puesto del Ayuntamiento tenía una información privilegiada sobre los internados que existían por todo el territorio nacional así como del funcionamiento de los mismos. No le fue difícil que el Obispado de Albacete le pusiera en contacto con el de Madrid y gestionara la adopción de un huérfano de la guerra. Hubieran preferido un bebé pero éstos estaban muy cotizados y nada más llegar al orfanato, desaparecían rápidamente. Las familias poderosas y pudientes pagaban un precio muy alto por conseguir un bebé. Martín y Herminia tuvieron que conformarse con una niña de 7 años, era lo que ellos podían pagar.

Cuando vieron a Asunción tan pequeña, tan frágil, con esa carita triste y llorosa, tan bonita, con unos ojos verdes como el mar, enrojecidos de tanto llorar, olvidaron que hubieran preferido un bebé. Tras haberla visto, ya no la cambiarían por nadie, esa pequeña los necesitaba y estaban dispuestos a darle la vida y el amor que la guerra

le había quitado.

5

1980 Viaje a Albacete en busca de Asunción

El silencio del Ayuntamiento de Albacete ponía de muy mal humor a Tina. Por teléfono, ya le habían negado la información sobre cualquier ciudadano, pero le indicaron que podía solicitar por escrito, a la oficina que custodiaba el Padrón Municipal, los datos que necesitaba. También le anticiparon que no estaban obligados a comunicar datos confidenciales sobre sus ciudadanos a menos que lo solicitara una administración del estado o que la causa fuera justa y su importancia constatada. Tina no era partidaria de utilizar las influencias de sus amistades sobre todo porque nunca había sido demasiado amiga de nadie y ahora parecía que la única forma de saber si el matrimonio que adoptó a su hermana Asunción seguía viviendo en Albacete, era mediante la utilización de nombres influyentes a los que no se les pudiera negar ese pequeño favor.

En realidad, Tina solo tenía a Alfredo.

—¡Sólo son datos! ¿Qué piensan que voy a hacer con ellos?— comentaba Tina a su esposo un tanto desesperada por la ineficacia de su búsqueda.

—Tina, piensa que a ti no te gustaría que cualquiera pudiera preguntar por tu vida en el Ayuntamiento de Guadalajara. ¿Cómo saber con qué intenciones pregunta alguien por tu domicilio actual? Es complicado y peligroso facilitar datos sin el consentimiento del propio interesado.

—Llevas razón...no lo había pensado. Pero entonces ¿Cómo puedo saber si mi hermana sigue viviendo en Albacete? ¿Voy al domicilio que muestran los documentos y me presento sin más diciendo que soy hermana de Asunción? ¿Y si ya no viven allí? ¡Me podrían tomar por loca! No sé cómo empezar esta búsqueda... ¡y la necesito tanto...!

—No te preocupes, tienes mucha documentación oficial que confirma la razón por la que buscas a esa familia. Cualquier Ayuntamiento te ayudaría, pero tienes que personarte allí con todos los datos y documentos, demostrar qué fin buscas con la información, quién eres, por qué los necesitas,...en fin, algo que fundamente tu búsqueda. Verás cómo lo consigues, verás cómo lo conseguimos, los

dos, estoy contigo en todo. Ahora por fin puedo ayudarte—Alfredo trataba de animar a Tina mientras le tomaba la mano con todo el amor que le tenía.

—Entonces tendremos que viajar a Albacete.

—Y lo haremos, en cuanto yo pueda tomarme unos días.

—No sé cómo agradecerte todo lo que haces por mí. Eres tan maravilloso Alfredo, que me siento culpable por todos estos años que no he sabido o no he podido valorar lo que me dabas. Siempre estaré en deuda contigo.

—¿Deuda? Prefiero que me ames por lo que soy. No me pagues con tu amor, solo ámame de la forma en que sepas amar. Nunca te pedí más.

—Es un sentimiento que no puedo evitar Alfredo. No te amo porque me sienta en deuda contigo, pero me duele no saber amar como tú lo haces.

—Nunca es tarde amor. Solo te pido que no finjas lo que no sientes, por simple agradecimiento. Te quiero tal cual eres, así te conocí y así me enamoré de ti. ¿Sabes que el aura de misterio que te rodeaba te hacía muy atractiva?—le dijo Alfredo con una mirada pícara.

—Ya no hay misterio...—le dijo Tina sonriendo apenas y consciente de que aún guardaba el más horrible de sus secretos. El hecho que aún no era capaz de verbalizar y que era el causante de la escasa pasión que siempre había rodeado la vida sexual del matrimonio.

Quizá Alfredo no era consciente del cambio que iba sufriendo Tina, sin embargo, mamita Dolores, que la observaba continuamente, había percibido una dulzura desconocida en ella que no era fingida, era real como también lo eran las carcajadas que a veces le escuchaba y que jamás le oyó antes.

Tina nunca había reído con pasión, ella sólo sonreía.

Tina había cambiado, Tina había vuelto a la vida, Tina ahora amaba de otra forma, ella lo había notado, ¡era tan patente...!

Dos semanas después, Alfredo consiguió esos días de vacaciones que solicitó y junto a Tina, abandonaron Guadalajara rumbo a Albacete. Entre sus brazos llevaba un sobre nuevo con toda la documentación sobre Asunción. Le sudaban las manos de apretar el envoltorio.

Desde que supo que viajarían hasta Albacete, Tina casi no dormía, pasaba las noches imaginando cómo sería el encuentro con su hermana. En ocasiones la imaginación la llevaba por otros derroteros y suponía por un momento que la familia se hubiera trasladado a otro lugar.

“¿Estará casada? ¿Tendrá hijos? ¿Me recordará? ¿Sabrá algo de Dolores e Isabel? ¿Le habrán mentido como a mí?”—eran mil preguntas sin respuesta que esperaba desvelar pronto.

Los trescientos kilómetros que los separaban de Albacete le parecieron mil. Cuando comenzaron a ver los primeros edificios de la ciudad castellana, el corazón de Tina latía descontrolado. Tenían pensado dirigirse en primer lugar a la dirección que se mostraba en la documentación y sólo en el caso de que no fuera la correcta, acudirían al Ayuntamiento en busca de ayuda.

Casi una hora les llevó encontrar la calle en que, supuestamente, habían entregado a Asunción. En la puerta de la casa, Tina tuvo que tomarse un tiempo para respirar y calmar su zozobra antes de entrar. Todo su cuerpo sudaba a mares, le temblaban las manos y no le salía la voz.

Tras tocar el timbre del domicilio en concreto, oyeron acercarse unos pasos.

—Buenas tardes, buscamos a la familia Ruiz González. Nos dijeron que este es su domicilio—tuvo que ser Alfredo el que tomara las riendas ante la imposibilidad de hacerlo Tina que parecía a punto de desmayarse.

—Les dijeron bien. Soy Martín Ruiz—les contestó un hombre mayor, bien vestido, erguido a pesar de la edad y con un buen corte de pelo totalmente cano que le daba un aspecto muy atractivo—¿En qué les puedo ayudar?

6

Albacete, recordando a la niña Asunción

Asunción resultó ser una niña dócil que no tardó demasiado en entregarse a Herminia y a Martín. Cualquier cosa era mejor que vivir atemorizada en aquel internado.

Las humillaciones, el hambre, el frío, el maltrato, el miedo... ¿Quién lo echaría en falta?

Su único dolor era haber dejado allí a sus dos hermanas pequeñas, pero confiaba en que salieran de ese lugar muy pronto para tener una familia como la que ella tenía, hasta que las llevaran de nuevo junto a su madre. Quizá su frágil salud contribuyó en gran medida al acoplamiento casi perfecto con ese matrimonio que se desvivía por ella. Fue una niña enfermiza que sufría con demasiada periodicidad esas crisis que la mantenían en cama con una fiebre descontrolada. Ya desde los primeros meses, que Herminia se mantuviera en la cabecera de su cama noches enteras cuidando de ella, había creado un vínculo entre las dos que difícilmente podría romper el hecho de que no fueran madre e hija biológica. Fue una etapa de mucho sufrimiento para la familia que, con tanta ilusión, había acogido a esa pequeña de 7 años.

Asunción, a veces, preguntaba por sus hermanas, en otras ocasiones recordaba a su madre, su casa, la granja, su pequeño pueblo. Martín y Herminia se miraban con dolor en sus ojos tratando de encontrar el momento de comunicar a la pequeña que su anterior familia ya no estaba en este mundo. Dudaban de que a su corta edad pudiera comprender que jamás volvería a verles. Que no la habían abandonado, que seguían queriéndola y protegiéndola desde el cielo. Era una niña tan dulce que no se animaban a provocar ese dolor tan inmenso en su pequeño corazón.

Durante meses, recorrieron todas las consultas médicas que les iban recomendando en busca del motivo de esas crisis que parecían no parar nunca. Uno de los doctores que visitaron les aconsejó consultar a un Psiquiatra. No había motivo aparente, habían estudiado cada centímetro de su cuerpo en busca de una anomalía que provocara esa sintomatología sin encontrar causa alguna. Tan solo les quedaba la opción de que fuera motivado por vivencias pasadas que sí podrían

haber dañado su salud mental.

Los años de la guerra fueron muy crueles y la posguerra estaba siendo muy dura. A saber qué podía tener la niña en su pequeña cabeza, qué había vivido, qué había visto. Quizá estaba emocionalmente destrozada y eso sólo lo curaba el tiempo.

En manos del Psiquiatra dejaron, Martín y Herminia, el momento de comunicar a Asunción el triste final de su familia. Él sabría cómo y cuándo estaría preparada para recibir la noticia.

Unas semanas más tarde, cuando Asunción llevaba ya varias sesiones de terapia, el matrimonio se felicitaba por haber seguido el consejo del último médico. Realmente desde que acudía al Psiquiatra, sus crisis habían bajado en intensidad y en cantidad. Llevaba tres semanas sin enfermar, acudía al colegio diariamente y parecía más feliz.

Durante las noches, Herminia aún vigilaba su sueño. Algunos días dormía en una cama junto a la de la pequeña, otros se levantaba varias veces en la noche a tocar su frente.

Todo parecía haberse normalizado.

Así pasó el primer año de Asunción en su nuevo hogar. Las visitas al Psiquiatra se habían espaciado acudiendo una sola vez al mes. Parecía que la adaptación a la nueva familia estaba dando buenos resultados pero la niña aún les llamaba por sus nombres de pila, en su mente, su mamá era Matilde. Los tres, formaban una bonita familia que disfrutaba estando juntos.

En casa, Asunción había dejado de nombrar a sus hermanas o a su madre poco tiempo después de llegar. Era pequeña pero comprendió desde el principio que su interés por otras personas hacía daño a Martín e Higinia. Lo veía en sus ojos. Se tornaban tristes. Sin embargo, en el Psiquiatra encontró a la persona justa para preguntar sin provocar dolor. Habían pasado muchos meses y nadie le hablaba de sus hermanas, nadie le decía cuándo iría a visitar a mamá. No quería hacer daño a Higinia pero estaba segura de que el doctor le ayudaría.

Asunción decidió preguntarle en su siguiente visita, le contaba muchas cosas, a él le había contado su vida en la granja con su madre y sus hermanas, cómo era su pueblo, cómo vivían cuando papá se fue, el ruido de los aviones sobre su casa, el viaje al internado y todo lo que vivió allí dentro.

En su cita mensual, Herminia dejó a Asunción en la consulta del Psiquiatra como hacía siempre, para pasarla a recoger una hora más tarde.

—¡Hola Asunción!—la saludó alegremente la chica de la recepción—Siéntate, enseguida pasamos a la consulta.

—¡Bueno, bueno...ya está aquí mi paciente favorita! La más guapa de todas—el doctor siempre la recibía con halagos cariñosos—¿De qué vamos a hablar hoy? ¿Qué me vas a contar?

—¿Por qué mi mamá no viene a verme?... ¿Ya no me quiere? ... ¿Crees que ha ido a ver a mis hermanas?—Asunción preguntó todo lo que traía en su mente antes de que el doctor propusiera otros temas para hablar.

—Son muchas preguntas juntas, no? Vayamos despacio, una a una.

—¡Vale!

—¿Extrañas mucho a tu mamá y a tus hermanitas?

—No sé...pero no han venido a verme.

—Tienes una mamá ahora que te cuida.

—Es como mi mamá, pero no es mi mamá. Yo la quiero y también a mi mamá...creo.

—A veces ocurren cosas muy malas y nos ponemos muy tristes. También ocurren cosas muy buenas y nos dan alegrías. ¿Tú estás contenta viviendo con Herminia y Martín?

—Si claro, estoy muy bien.

—¿Y sabes por qué fuiste a vivir con ellos?

—Porque mamá quería que estudiáramos mejor que en el pueblo.

—Pero después de eso, ocurrió una desgracia. ¿Sabes qué es una desgracia?

—Una cosa muy mala.

—Eres una niña muy lista. Bien, cuando tú te fuiste, tu mamá enfermó, estuvo muy enferma durante muchos días. Ningún doctor podía curarla y entonces Dios se la llevó con él para que no sufriera dolor alguno. Ahora tu mamá te ve desde el cielo y te cuida, pero no puede estar contigo porque sufriría mucho dolor aquí en la tierra. Cuando esa desgracia ocurrió, también sucedió algo muy bueno. Herminia y Martín quisieron ser tus nuevos papás. Tuviste mucha suerte, no todos los niños encuentran otros padres tan buenos como los tuyos. Debes de estar contenta, con ellos vas a ser muy feliz.

—¿Y por qué no son también los papás de mis hermanas? Ellas no tienen papás ahora, deben de estar muy tristes.

—Verá pequeña, tú estabas solita en el orfanato, nadie te acompañaba. Eso me dijeron tus padres adoptivos.

—Eso no es verdad, yo estaba con Dolores y con Isabel. Celestina se fue un día y no volvió. ¿Crees que tiene otros papás?

—A eso no te puedo contestar Asunción pero si lo que dices es verdad, seguramente tendrán otros papás.

—¿Y debo llamar mamá a Higinia y papá a Martín?

—Eso sería correcto Asunción pero lo debes decidir tú. A ellos les gustaría mucho que les llamases así. Para ellos eres su hija.

—Ellos son muy buenos conmigo. Como si fueran mis papás.
—Lo sé, te quieren muchísimo. ¿Estás triste?
—¿Por qué?
—Por la desgracia que ocurrió a tu mamá.
—No sé.
—Si te pones triste vienes a verme.
—Vale.

Después de mucho tiempo sin sobresaltos, esa noche Asunción tuvo una crisis aguda. Además de Higinia y Martín, un doctor estuvo toda la noche en casa tratando de controlar la temperatura de la pequeña que subía a extremos peligrosos. Ya casi amanecía cuando el doctor decidió que la niña tenía que ser ingresada en un hospital, solo así controlarían esos altibajos de temperatura y podrían hacer las pruebas oportunas para descubrir qué ocasionaba estas crisis. Higinia y Martín no dudaron ni un momento de la decisión facultativa pero estaban seguros que, tal como les dijo aquella vez uno de los doctores, eran crisis emocionales y no físicas. De hecho, había vuelto a reincidir justo el día en que le comunicaron la muerte de su madre biológica. A pesar de que el Psiquiatra les comentó que la reacción de Asunción había sido buena y tranquila, su corazón y su mente no actuaron de la misma forma una vez asimilada la noticia o mientras trataba de comprenderla.

Fue la primera estancia de Asunción en un hospital y durante una semana soportó con valentía las decenas de pruebas que el equipo de pediatría decidía hacer, en busca de una causa que, para desesperación de todos, nunca encontraban.

Los años fueron pasando en una rutina de ingresos hospitalarios, al menos uno anual, estancias en cama, a veces frecuentes en el tiempo y otras espaciadas, meses en que la normalidad volvía a casa y parecían olvidar que existían esos malos momentos, y temporadas de vacaciones felices en las que Asunción conoció el mar, la nieve, las montañas o ciudades como Madrid o Sevilla.

Asunción era dulce y agradecida y Herminia y Martín eran un matrimonio con mucho amor para dar, que se volcaron en esa preciosa niña. No le costó demasiado considerarlos como sus padres y llamarlos como tal para regocijo del matrimonio. Asunción era una niña frágil y delicada que encontró protección y mucho amor en esos nuevos padres.

Cuando Asunción cumplió 17 años, era una adolescente hermosa, con una familia a la que adoraba y que la adoraban, no solo sus padres, detrás había otra gran familia de primos, tíos y abuelos que la cuidaban igualmente. En la fiesta por sus 17 años, ante un expectante

grupo de familiares y amigos que esperaban que soplara sus velas, Asunción cayó al suelo desplomada cuando tomaba aire suficiente para apagarlas.

El diagnóstico no pudo ser más demoledor, Asunción sufría una Leucemia Linfoblástica aguda. Un estudio médico determinó que todos los episodios anteriores de fiebre descontrolada podían haber sido causados por el inicio de esta enfermedad en un estadio tan temprano que difícilmente podían haber detectado. Intentaban comprender por qué el desarrollo había sido tan lento, por qué estos linfocitos inmaduros no aparecieron nunca y sobre todo por qué el único síntoma detectado era la fiebre persistente en el tiempo.

Desde el día de su cumpleaños y hasta 8 meses más tarde, el hospital fue el único hogar que conoció Asunción al igual que Higinia, que jamás se separó de su cabecera. Fue una paciente a la que el equipo de médicos y enfermeras que la trataban, querían con verdadera devoción por su carácter dulce, porque jamás se quejó a pesar de los dolores que la enfermedad le provocaba y porque siempre trataba de animar a su madre haciéndola reír en esos duros momentos.

Nada pudieron hacer por ella. Asunción murió cuatro meses antes de cumplir 18 años.

1957-1970

EL PODER

1

1958 Valencia

Aunque Madrid era el lugar donde se concentraba el poder, Valencia era una ciudad importante, con cierto renombre, suficiente para empezar y lo bastante alejada del sur como para que Matilde pudiera dar sus primeros pasos y continuar forjando ese plan de futuro que rescató cuando salió de Tetuán.

A su llegada a la III Región Militar de España, la Comandancia quedó constituida por varios oficiales recién llegados de Tetuán y al mando de la misma, oficiales que habían pertenecido a la Quinta Columna y en los que el Gobierno había depositado toda su confianza. En este grupo de oficiales al mando de la Comandancia, quedó incorporado Francisco Maldonado como Teniente Coronel. Francisco nunca perteneció oficialmente a la Quinta Columna pero su abnegado y fiel cumplimiento de las órdenes superiores, le hacían parecer uno de ellos. A la cabeza de la Comandancia estaba desde tiempo atrás el Teniente General Armando Hernández, madrileño de nacimiento y hombre de confianza del Presidente del Gobierno además de miembro activo de la Quinta Columna. Su sanguinario recorrido, durante la Guerra Civil y la posguerra, era conocido de sobra entre los oficiales de la capital levantina. Un hombre de carácter seco al que temían en toda la Comandancia, incluidas su esposa, Adela Sanchez y su hija Adelita que, a sus 20 años, seguía viviendo bajo las estrictas normas de su padre.

En la ciudad de Valencia, terminó de forjar, Matilde, el carácter que la acompañaría definitivamente. Llegó siendo la esposa del Teniente Coronel Maldonado, las demás mujeres, junto a las que vivía en la Comandancia, la trataban y la miraban con respeto. Sabían, por otras mujeres que llegaron también procedentes de Tetuán, de la admiración y respeto del que había disfrutado en la Alta Comisaría Española. Su aspecto de mujer fuerte y experimentada, su vida y experiencias en Tetuán, sus conversaciones, todo en ella distaba de lo que aparentaban las demás.

Era diferente. Existía un mundo entre ella y el resto de mujeres de

la Comandancia.

A Matilde comenzó a agradarle bastante esa superioridad que le otorgaban. A la larga, significaba poder y el poder siempre estuvo entre sus pretensiones como único camino para recuperar a sus hijas.

A sus 48 años, si hubiera permanecido en la granja de Robledillo, sería una señora mayor, avejentada, con un cuerpo y un rostro envejecido por horas al sol, al aire o al frío helado de las mañanas de invierno. Sin embargo, como esposa de Francisco, había vivido con ciertos privilegios y una más que notable comodidad que le daban un aspecto maduro, pero rejuvenecido, elegante, y refinado. Nunca descuidaba su físico, en verdad, tenía tiempo de sobra para cuidar del mismo, se trataba con mimo y no escatimaba esfuerzos para sentirse hermosa.

Tampoco descuidaba su papel de esposa y madre.

Al lado de Francisco, ejercía con soltura cualquier misión que le encargaran.

En Valencia, al poco de llegar, ya lideraba el grupo de esposas de oficiales de alto rango de la Guardia Civil que representaban a la Excelentísima esposa del Generalísimo. En su nombre y en otras ocasiones acompañando a doña Carmen, hacían visitas oficiales a Orfanatos, Asilos, Colegios Públicos, inauguraciones, apertura de centros a su nombre y cualquier otro evento en el que se requiriera su presencia. Hasta la llegada de Matilde, la esposa del Teniente General, había recibido y acompañado a doña Carmen en algunos actos, pero el carácter apocado y anodino de Adela no satisfacía demasiado las expectativas puestas en ella. Doña Carmen exigía otro tipo de acompañante, una mujer que estuviera a la altura de su posición, con la que pudiera conversar y en la que pudiera delegar asuntos de poca importancia. La primera vez que se topó con Matilde, fue un flechazo a primera vista, supo con certeza que ella sí era adecuada para cumplir las necesidades del cargo.

Acompañar a doña Carmen era algo que todas deseaban, pero comprendieron que no podían competir con la preparación y las cualidades de Matilde. Además ya la había elegido la propia doña Carmen como acompañante.

Apenas llevaba unos meses en Valencia y ya había logrado compartir mesa con ella así como múltiples momentos de descanso entre actividades programadas. Adoraba esos momentos de conversaciones íntimas. La Señora aparentaba un carácter seco y distante que abandonaba en esos minutos de solaz mostrando su faceta más amable y familiar ante Matilde. Aún no se podría decir que eran amigas, tan solo compartían momentos de trabajo, pero entre ellas iba naciendo una complicidad que el tiempo se encargó de hacer

sólida. En cada evento al que debía asistir la Señora por tierras valencianas, se requería desde Madrid, la presencia de Matilde para acompañarla. Intentaban dar una imagen de doña Carmen, cercana, amigable, amiga de sus amigas y la prensa del momento publicaba titulares similares a "acompañada siempre de su gran amiga...".

Este buen hacer de Matilde, enorgullecía al Teniente Coronel Maldonado así como a sus dos hijos que, a sus 13 años, ya preparaban su próxima entrada en la Academia de la Guardia Civil para seguir los pasos de su padre tras terminar la Educación Básica.

Para Matilde, fomentar su incipiente amistad con la Señora y que la prensa la mostrara tan cercana a ella, era fundamental para conseguir su objetivo. Su nombre comenzaba a sonar entre las altas esferas del país. La propia Iglesia, que se tiraba a los pies de la Señora, ya conocía a Matilde de oídas y algún domingo, tras su asistencia a misa, el propio oficiante se había acercado a saludarla y a preguntar por la Señora.

La compañía de Matilde cada vez era más cotizada.

Con el paso de tiempo, Matilde fue capaz de copiar e imitar casi con perfección a la esposa de Franco. Comenzó a actuar de la misma forma aparentemente distante y seca y a mostrarse cercana y familiar sólo en momentos de intimidad y con quien ella decidiera que merecía su confianza. Este talante altivo y ufano que mostraba en público y su cercana relación con la Señora, la situaba a mucha distancia de las demás mujeres. Solo unas cuantas privilegiadas tenían el honor de considerarse cercanas a ella. Por supuesto siempre eran las esposas de los oficiales con mayor rango que Francisco que, para desgracia de sus maridos, no poseían el porte y las dotes de Matilde para ejercer ellas de anfitrionas de doña Carmen. Eran mujeres apocadas, acostumbradas a vivir por y para su familia y sobre todo, eran mujeres que sus propios esposos habían anulado como personas hasta convertirlas en simples amas de casa al servicio de los miembros varones de la familia. Matilde las elegía a ellas por motivos obvios. Las manejaba a su antojo con facilidad, las hacía sentir importantes con pequeños halagos y a la vez hacía un tremendo favor a su propio esposo que lograba codearse con los altos cargos y tener siempre una puerta abierta para escalar en el cuerpo con más posibilidades. Su más íntima amiga, por razones evidentes, era Adela, la esposa del gran jefe.

Octavio y César, sus hijos, vivían igualmente en esa nube privilegiada que les otorgaba la posición de sus padres en la Comandancia. Sus amigos eran, asimismo, los hijos de los oficiales de alto rango, los que compartían con ellos la ventaja de poder mostrarse

superiores al resto de jóvenes de la Academia que no provenían de familias pertenecientes al cuerpo.

En casa, en familia, Matilde no había cambiado, seguía siendo amante esposa de Francisco y devota madre de Octavio y Cesar. Era ella, la auténtica madre y esposa. Era la mujer afable, generosa, cariñosa y amante de su familia que siempre fue. El cambio de actitud que mostraba nada más salir a la calle era, tanto para Francisco como para sus hijos, un simple papel que ejercía a la perfección y que era necesario para seguir manteniendo el estatus al que pertenecían por méritos propios. Méritos que fueron importantes para la escalada de Francisco a lo largo de su carrera militar.

A medida que pasaba el tiempo y a la par, Matilde se reinventaba cada vez con más perfección, más poder, más influencias y más envidiada entre las demás mujeres. Si Francisco era un hombre diferente en el mundo de los hombres, Matilde era una poderosa mujer dentro de un mundo de mujeres sumisas, obedientes y discretas. Formaban un matrimonio anómalo y quizá esa era la razón de que ambos fueran respetados y a veces temidos por los oficiales de más alto rango que Francisco. El poder que la Señora ejercía sobre el Generalísimo, era de sobra conocido entre los más cercanos a él, y la amistad de Matilde con ella, era una razón más que suficiente para tener en cuenta tanto sus decisiones como sus palabras, sin discusión alguna.

2

1963 Valencia.

Una compañera perfecta

Cinco años después de la llegada de la familia a Valencia, Matilde había afianzado con solidez su posición como anfitriona de la esposa del Caudillo. Junto a Francisco, eran asiduos en las recepciones ofrecidas en Madrid, en el Palacio del Pardo. Desde la Comandancia de Valencia, tan solo el Teniente General Armando Hernández, su esposa Adela y el matrimonio formado por el Teniente Coronel Maldonado y su esposa Matilde, eran los únicos invitados a dichas recepciones.

Francisco se iba perfilando como futuro sustituto al mando de la Comandancia.

Matilde había sabido utilizar muy bien su cercana relación con doña Carmen. En sus momentos de confidencias, además de ensalzar la labor de su esposo en la Comandancia y sus aptitudes para desarrollar una encomienda de más envergadura, había logrado que, en uno de sus viajes a Madrid, fuera recibida por el Obispo de la diócesis madrileña. Oficialmente, Matilde solicitaba un confesor para sus estancias en la capital y extraoficialmente, necesitaba que fuera cercano al propio Obispo. Le fue adjudicado un sacerdote, de total confianza del Obispo, de mediana edad, cercano al régimen, y muy conocido entre las damas de la alta sociedad madrileña. Llevaba unos veinte años como secretario y mano derecha del propio Obispo y era confesor de las más rancias e influyentes familias de Madrid.

Sin prisas, para no tener la opción del fracaso.

Sin aspavientos, para no levantar sospechas.

Matilde, como una cazadora experimentada, se acercaba de manera sigilosa y certera a su presa.

En menor medida y cuando entre la Señora y ella comentaban asuntos familiares, alababa también la inteligencia y la responsabilidad de sus dos hijos que, a sus 18 años, seguían formándose en la academia con buenos resultados, siguiendo la estela familiar. Algún día quizá fueran destinados a Madrid y no les venía

mal la cercanía con la familia Franco. Matilde hilvanaba con astucia, puntada a puntada, iba consiguiendo que el nombre de Octavio y Cesar Maldonado sonaran con fuerza en los ambientes cercanos al poder.

Con paciencia, inteligencia y sutileza, había logrado convertirse en la perfecta acompañante, sabía escuchar, siempre se mantenía un paso por detrás de la Señora, alababa en público su bondad y su preocupación por los más desfavorecidos y por supuesto, su disposición para estar siempre en el lugar que le necesitaran. Escuchar a Matilde hablar de doña Carmen, se podía confundir con una descripción de sí misma, de la mujer en que se iba convirtiendo de cara al público. Ella disfrutaba de ese papel que ejercía perfectamente, ella sonreía de verdad, acariciaba a los niños con una ternura que no era fingida y hablaba con los necesitados alentándoles y brindando su ayuda sincera. La Señora, a su lado, sonreía con un rictus a todas luces fingido, no se acercaba demasiado a los niños y saludaba desde una prudencial distancia a los desfavorecidos.

Ya lo hacía Matilde en su nombre.

Llevaba años estudiando el carácter de la esposa del Caudillo con minuciosidad, palabra a palabra, gesto a gesto, paso a paso. Matilde era muy consciente del poder que tenía la opinión de doña Carmen. No necesitaba convivir con ella para saber que algunas de las decisiones de su esposo, Jefe del Estado español, se basaban en criterios propios y en informes que la buena mujer le hacía llegar.

Muchas eran las mujeres que intentaban acercarse a Matilde para que rogara clemencia a la Señora e intercediera por algún familiar condenado.

Jamás lo hizo.

Las escuchaba y les prometía hacer lo que estuviera en su mano, pero tenía dos razones poderosas para no importunar a doña Carmen con peticiones de esa índole. La primera era que no se podía permitir que, por ayudar a desconocidos, pudieran relacionarla con personas afines a los condenados y ahondar en su vida hasta descubrir lo que ella llevaba años ocultando. Los tentáculos del gobierno eran infinitos y nunca se sabía hasta dónde podían llegar. Tiraría por tierra un plan fraguado durante años. La segunda razón era personal y egoísta, prefería no hacer nada que pudiera entorpecer o deteriorar la buena relación que mantenían, porque a pesar de que la Señora presumía públicamente de su caridad cristiana, de su fe, de su extraordinaria relación con la Iglesia y de sus bondades, en realidad, nunca la vio llevar a la práctica tales bondades. En visitas a orfanatos de niñas de la guerra, las monjas habían intercedido alguna vez por ciertos condenados cercanos a la congregación, recibiendo siempre una fría

sonrisa y ninguna respuesta por parte de ella. Nunca más volvía a visitar ese lugar. La cercanía entre condenados y congregaciones religiosas le producía estupor.

En todo ese tiempo a su lado, aunque sólo fuera en un par de ocasiones al año, la había conocido demasiado bien y había aprendido de la primera dama todo lo que Matilde consideró de utilidad para ella misma y su familia. Cuando recibía el encargo de representarla en algún acto porque en ese momento la Señora no podía viajar hasta allí, Matilde llegaba al lugar, acompañada de las esposas de los oficiales, con Adela a su lado y asumía el rol de la Señora haciendo una imitación exacta, por la que, desde Madrid, recibía las felicitaciones de la organización. Posteriormente, era la propia doña Carmen la que le agradecía su buen hacer mediante una llamada telefónica privada. Llamada que Matilde le agradecía de corazón alabando la "humildad" que demostraba llamándola porque al fin y al cabo, "soy su fiel servidora—le decía". Al terminar la llamada, Matilde colgaba el auricular y levantaba dos dedos en señal de victoria mientras hacía chiribitas con sus ojos.

Un gesto sin testigos.

Un gesto que tan solo servía para aliviar su conciencia.

Un gesto que le salía del corazón. Un corazón maltrecho que solo esperaba ser recompensado algún día.

En el ámbito familiar, Matilde ya no era una esposa al uso, se consideraba y la consideraban tanto su esposo como sus hijos, un miembro más al servicio del país. Era una mujer admirada y respetada en su casa a la que Francisco debía el hecho de estar propuesto para Coronel en un futuro no lejano. Aunque hacía tiempo que se codeaba con altos cargo y se le invitaba a actos destinados a niveles superiores, Francisco era consciente de que por detrás estaba la mano de doña Carmen que hacía esta distinción, por su relación y el buen hacer de Matilde.

3

Final de 1963 Valencia

En una de las recepciones a la que fueron invitados en Madrid, la esposa del Teniente General, Adela, coincidió al lado de Matilde. En dicha recepción celebraban que había sido aprobado por el Congreso el Estatuto de Autonomía de Guinea Ecuatorial. Fue un último intento del gobierno por evitar la pérdida del control de Rio Muni y Fernando Poo.

Matilde le contaba a Adela anécdotas de su vida en las colonias de Marruecos y fantaseaba con la idea de viajar algún día hasta aquel país subsahariano del que tanto escuchaban hablar en los últimos meses. Adela apenas tenía vivencias para contar y escuchaba embobada a Matilde. ¡Cómo le hubiera gustado ser como ella! La admiraba y sobre todo admiraba la soltura de la charla de Matilde así como de cada uno de sus refinados movimientos.

Matilde le tenía especial cariño, era su acompañante en ausencia de la Señora y casi su única amiga en la Comandancia de Valencia. En bastantes ocasiones habían estado juntas representando a doña Carmen. Era una mujer apocada cuando su esposo estaba delante y extrovertida y alegre cuando no sentía sus ojos sobre ella. Matilde le tenía un poco de lástima también. Nunca le había preguntado la edad pero suponía que pocos años variaban entre ellas. El matrimonio tenía una sola hija, Adelita, a la que Matilde conocía de dos formas diferentes. Cuando estaba con sus padres, era apocada y silenciosa, como su madre. Sus hijos, en cambio, la nombraban como el alma de las fiestas, divertida, risueña y alocada. Tenía 25 años y realmente los representaba cuando estaba en compañía de sus padres, pero alejada de ellos, se convertía en una adolescente viviendo esa época loca que no había tenido la oportunidad de disfrutar con plenitud encerrada en la Comandancia. Adelita era asidua en la casa de Matilde, a veces por sus hijos y otras por estar un rato charlando con ella. Conversaciones que le habría sido imposible mantener con su madre.

—Matilde, tú que estás más acostumbrada a organizar eventos— le comentaba Adela—Están próximas las fiestas de Navidad y los

chicos ya son un poco mayores para compartir con nosotros el fin de año. Adelita me pidió que te convenciera para organizar una fiesta joven, para todos ellos. Quizá ella te lo ha dicho ya. El salón de actos podríamos usarlo para la fiesta nuestra y el salón pequeño de reuniones para ellos. Serían unos treinta chicos y chicas entre 14 y 25 años, los que viven aquí en la casa cuartel y los hijos de los invitados que siempre acuden esa noche.

—No, no me dijo nada... ¿Y tu esposo está de acuerdo?—le preguntó sorprendida por la propuesta de Adela.

—Aún no se lo he dicho. La niña tampoco. Te queríamos preguntar cómo lo ves tú. Si la propuesta sale de ti, no pondrá objeciones. En cambio a nosotras nos lo va a negar. Ya le conoces...

—Está bien, lo hablaré antes con Francisco y con los chicos. Yo no lo veo mal. Sería una buena fiesta y sobre todo los tendríamos aquí con nosotros, sin salir del cuartel. ¡Se lo pasarían bien! ¿Crees que todos aceptaran?

—No lo sé Matilde, nunca lo hemos hecho antes pero los hijos crecen y algo habrá que concederles. Adelita es el primer año que me pide cambiar un poco la costumbre,...y la comprendo, allí poca cosa hay para divertirse y Armando no es de los que permiten que salga fuera del cuartel por las noches y menos de fiesta. Tiene edad de conocer a alguien, con un año más que ella yo estaba casada.

—Pues allí...todos han crecido juntos, son como familia entre ellos, no veo problema en que se diviertan también juntos. Todos son buenos chicos.

—Armando vive aún en la Edad Media, creo que en su mente está encontrar a un joven, que a él le agrade, para emparejarlo con nuestra hija. Temo que llegue ese momento, porque si Adelita se negara a sus deseos... ¡No sé qué podría ocurrir!

—¡Mujer! Eso pasó a la historia Adela. Armando es como es...pero llegar a eso...

—¡Créeme Matilde! Yo le conozco—Adela, con gesto resignado, trataba de captar la atención de Matilde para poder contar con una aliada cuando llegara ese temido momento. Armando sólo conocía a la hija dulce y obediente, recatada y siempre dispuesta a agradar a su padre. En cambio ella también conocía la otra faceta de su hija. La alegre y alocada, la disconforme y soñadora, la faceta que las chicas jóvenes de aquellos años y sobre todo las de las más rancias familias, debían ocultar para seguir siendo consideradas como señoritas.

Durante la recepción, Matilde tuvo ocasión de compartir unos minutos con la anfitriona de la recepción y amiga personal. Tanteando la opinión de la Señora, le comentó la idea de la fiesta de fin de año con el propósito de tener una aliada especial a la hora de solicitar el

permiso del Teniente General.

—Querida Matilde, hazlo y que los chicos no salgan de vuestra protección. No tienes idea de los peligros que hay en la calle. A veces, cuando Paco me cuenta sus preocupaciones, me da miedo. Ya no es la sociedad que conocimos Matilde. ¡Tenemos enemigos y cada día son más!

—¡Me asusta Señora!—le contestó Matilde—¿Tan grave es?

—Esperemos que las fuerzas del estado hagan bien su trabajo y podamos vivir tranquilas—le contestó la Señora resignada.

Por parte de Francisco no hubo objeción alguna en que Matilde organizara una fiesta paralela a la de los oficiales para que los jóvenes se divirtieran entre ellos, pero siempre con el permiso del Teniente General. Matilde le había contado lo que le dijo la Señora y descubrió que Francisco no era ajeno a lo que había fuera de la seguridad de la Comandancia.

Durante las semanas previas a la Navidad, Adelita visitaba cada día a Matilde. La joven también era consciente de que era la única que podría conseguirlo. Matilde disfrutaba de esas visitas, de esa alegría natural que mostraba la joven a espaldas de su padre. Era una chica jovial, simpática, llena de vida e ilusiones y además bonita. En suma, la mujer que cualquier joven soñaría con llevar al altar, era la joven con la que la propia Matilde podía soñar para cualquiera de sus dos hijos, pero la edad no acompañaba, sería impensable. Adelita era menuda, bella y llena de vida, no estaba curtida por los años. Al lado de sus hijos no despegaba en absoluto pero la realidad era que tenía varios años más que ellos y una relación amorosa con una mujer mayor no era una opción, no estaba bien visto. Ni siquiera para ella que tenía la mente un poco más abierta, era normal que cualquiera de sus hijos contrajera matrimonio con una mujer mayor que ellos.

La conversación con el Teniente General se produjo tan solo una semana antes de que llegase la fecha señalada. Solo necesitaban su permiso, todos los demás preparativos estaban listos y decididos con anterioridad pero mantenidos en el más absoluto secreto. Tan sólo los mellizos, Francisco, Adelita, Matilde y Adela eran conocedores del plan que fraguaban entre ellos.

En un primer momento, el Teniente General, permaneció mirando a Matilde seriamente a los ojos, mientras con la mano derecha rascaba su incipiente calvicie. Se podría decir que le tomó totalmente desprevenido la petición de esa mujer a la que, muy a su pesar, admiraba y respetaba, aunque no lo hubiera admitido nunca. Solamente por esa razón había accedido a su solicitud de cita privada para tratar asuntos importantes.

“¿Asunto importante una fiesta para jóvenes?—pensó”

Tras unos segundos de desconcierto, trató de recomponerse y preguntó a Matilde con cierta autoridad y tono un tanto subido, si ella consideraba "asunto importante" el tema que le había llevado hasta él. Antes de que ella pudiera contestar, añadió que no le parecía adecuado que los jóvenes tuvieran su fiesta, aparte de la que se programaba oficialmente. A medida que hablaba y mientras Matilde permanecía en silencio a la espera de poder intervenir, el Teniente General iba subiendo el tono de sus palabras.

—Es indecente, está fuera de lugar esta petición—seguía diciendo —no lo veo oportuno ni normal.

Matilde casi no había escuchado nada, en silencio, preparaba el contraataque.

—Teniente General, disculpe si le he importunado con esta petición, pero cuando asistimos a la última recepción en el Palacio del Pardo, fue la propia Señora quién me aconsejó esta fiesta para evitar que nuestros jóvenes salgan de la Comandancia y se codeen con ciertos movimientos peligrosos que están surgiendo. De hecho, ella estaba preparando una en El Pardo para su nieta Carmencita y un grupo de amigos—Matilde mentía deliberadamente sabiendo que una llamada a Madrid para corroborar sus palabras no se iba a producir de ningún modo. El Teniente General no se atrevería a llamar al Palacio del Pardo para preguntar por esa fiesta—La prepararíamos aquí, en la Comandancia y por supuesto les acompañaría algún oficial de bajo rango, el que tuviera la guardia ese día. No pensaba dejarles solos, como usted bien dice, sería una indecencia. Le reitero mis disculpas.

—Espere Matilde—el Teniente General había suavizado el tono de su voz y de nuevo se rascaba la cabeza pensativo—¿Dice usted que la hija del Caudillo celebrará una fiesta para jóvenes amigos de su hija en El Pardo? ¿Qué edad tiene Carmencita?

—Así es Teniente General, así me lo dijo la Señora. Carmencita va a cumplir 16 años. También me explicó que les acompañaría la dama que desde pequeña estuvo al cuidado de su hija y ahora de su nieta. Ella velará porque la fiesta se celebre con normalidad y para que los jóvenes disfruten de su edad adecuadamente. En confianza le puedo decir que los invitados a esa fiesta son elegidos con minuciosidad porque la finalidad principal es que Carmencita pueda conocer a su futuro esposo entre los jóvenes invitados. Como comprenderá todos son de familias seleccionadas con rigor—Matilde seguía inventando motivos con el único fin de que los utilizara también el Teniente General para su propia hija.

—De esa forma y celebrándose aquí mismo en el cuartel la cosa cambia. Y como usted dice, esa noche les podrían acompañar la pareja de efectivos que permanecen de guardia. Déjeme que piense un poco sobre el tema, para Adelita sería una oportunidad perfecta para

conocer a su futuro esposo. Es tan apocada y discreta que parece más una monja que una joven en busca de novio. Tiene una edad...

—Entonces... ¿Estaría de acuerdo en que la preparásemos?—le dijo Matilde mostrando alegría y sumisión, fingida por supuesto, tal como sabía que era del agrado del Teniente General—¡No sabe usted la alegría que me da! Ya estoy deseando contarle a la Señora que haremos lo mismo con nuestros jóvenes gracias a usted—Matilde sabía agradar a cada uno según sus preferencias y la del Teniente General eran sin duda, imitar cada paso de su admirado Caudillo.

4

1963 Valencia.

Fiesta de Nochevieja

La fiesta de Nochevieja de ese año fue inolvidable para todos. Como cada año, el salón de oficiales estaba engalanado para celebrar un evento por todo lo alto. Los oficiales iban vestidos de gala y sus esposas de largo como correspondía. Primero sirvieron una cena en la que los mejores géneros del mercado lucían cocinados con esmero por reputados chefs contratados para la ocasión. A esta fiesta, no sólo acudían los oficiales que residían en la Comandancia de Valencia, también fueron invitados todos los oficiales de alto rango de la provincia que pertenecían al Cuerpo de la Guardia Civil.

Esa noche eran dos los salones engalanados para celebrar el fin de año. Tras la cena que compartieron todos juntos, los jóvenes hijos de las familias asistentes, se separaron de sus padres en una fiesta diferente, con música adecuada a su edad y en la que, a excepción de los efectivos encargados de la guardia y custodia de los jóvenes, todos los asistentes a los que se le permitió asistir tenían entre 16 y 27 años. Adelita, la hija del Teniente General, no aparentaba sus 25 años. Era una chica menuda, alegre y divertida a espaldas de su padre, y a la que siempre habían mantenido en una burbuja protectora, alejada del mundo real, lo que hacía que su inocencia y su desconocimiento de la vida le dieran una apariencia que no distaba de la de otros chicos y chicas menores que ella. De hecho, sus mejores amigos eran una joven de 19 años, hija del cuerpo y los mellizos de Matilde que tenían 18 años. Adela, la esposa del Teniente General y madre de Adelita, a esa edad ya estaba casada, pero seguía viendo a su hija tan inocente y vulnerable que no la sentía preparada para afrontar un matrimonio y una familia propia. Aún era su pequeña, su niña del alma y no podía siquiera pensar en el día que saliera de su casa casada, para no volver a tenerla junto a ella. Su esposo en cambio, no paraba de dar vueltas a la edad de su hija. No conocía la faceta divertida e inocente de Adelita. En su presencia su hija se comportaba de otra forma, era seria, formal, madura y adulta. Una de las razones principales por las que accedió a esa fiesta que le propuso Matilde, fue la esperanza de

que entre todos los jóvenes que asistieran, encontrara Adelita a su futuro esposo. Entre los que vivían en la Comandancia, Armando no encontraba ninguno adecuado para su hija ya que eran todos más jóvenes que ella, pero entre los que asistieran como invitados desde cualquier lugar de la provincia, podría estar su futuro yerno. En realidad, ya había hablado con algunos oficiales que tenían hijos, aún solteros, con edad adecuada a su hija que, o bien seguían cursado estudios universitarios o bien estaban terminando en la Academia Militar para entrar en algún Cuerpo de Seguridad del Estado. Todos habían sido invitados expresamente por el Teniente General a esa singular fiesta joven que se celebraba por primera vez en la Comandancia. A su vez, estos jóvenes iban aleccionado por sus padres para intentar conquistar a la hija del Teniente General Armando Hernández.

Adelita, además de menuda, divertida y jovial, también era bastante hermosa, por lo que esa noche, se vio rodeada de jóvenes que trataban de llamar su atención, sus compromisos de baile estaban repletos de peticiones. No fue una noche divertida para ella, casi no pudo compartir tiempo y risas con sus amigos de siempre. Sus padres le habían advertido sobre cómo debía de comportarse en esa fiesta. Sentada en una hilera de sillas colocadas para ese fin, debería esperar que los chicos la invitaran a bailar.

Separación adecuada y correcta en cada uno de los bailes.

Hablar con ellos lo justo y necesario mientras bailaba, respondiendo a sus preguntas, si las hubiera, con monosílabos o sin extenderse demasiado en sus respuestas.

Debería volver a la silla cuando terminara el baile y quedar a la espera de otra invitación.

No bailar demasiadas veces con el mismo chico para no dar motivo de habladurías.

Si alguno se interesara en ella más que otros, debería comunicarlo al día siguiente para que su padre estudiara la conveniencia o no, de hablar con su familia para una posible relación.

Finalmente y ante tantas normas de comportamiento, Adelita optó por abandonar la fiesta tras dos horas de baile. No podía saltar ninguna de esas normas, los dos efectivos de guardia, estaban bien aleccionados por su padre para que la joven actuara de la manera indicada. A ella le había llamado la atención Lucas, un universitario guapo, alegre y con extraños pensamientos con el que había bailado más de lo permitido mientras le contaba mil batallas universitarias. Ante la advertencia de los “cuidadores”—que ya estaban al tanto de que había bailado más de lo permitido con el tal Lucas— abandonó la fiesta porque no le apetecía bailar con ningún otro chico.

Sentada en su silla, entre baile y baile, había contado decenas de

veces las baldosas que separaban una pared de la de enfrente, las sesenta y dos bombillas de luz que tenía la enorme araña que colgaba del techo y las patas de las treinta sillas repartidas por el salón. Había mirado demasiadas veces a sus amigos, los mellizos, tratando de cruzar los ojos con ellos para hacerles algún tipo de señal para que la sacaran a bailar aunque sólo fuera una vez. Con ellos, sería un baile divertido, podrían hablar y reír, serían unos minutos de libertad y esparcimiento. No hubo lugar para tales momentos de solaz, parecía que todos sabían que, en esa fiesta, Adelita debería de elegir a su futuro esposo y se alejaban en busca de otras parejas de baile.

Los hermanos, Octavio y Cesar, aparecieron esa noche muy guapos y elegantes. Vestidos con el uniforme de gala de la Academia. Ambos se parecían a Matilde pero tenían la altura y la perfecta complexión atlética de su padre. Cursaban los dos primeros años y ya habían elegido sus especialidades para cuando terminaran con el grado de Teniente. Octavio se había decantado por la rama de Intervención de Armas y Explosivos y Cesar por el cuerpo de la Policía Judicial. Matilde se mostraba orgullosa de sus hijos y aún no mostraba interés alguno en que eligieran mujer para un futuro. La posición de sus hijos era privilegiada, eran hijos de Matilde, la amiga y acompañante de la esposa del Caudillo y del Teniente Coronel Maldonado, eran un bocado exquisito para cualquier chica. En su momento, podrían elegir libremente y Matilde esperaba que fueran inteligentes en esa decisión y optaran por integrarse en una de las grandes familias de España. Eran muy jóvenes aún y en pocos años serían destinados a otras ciudades fuera de Valencia. Madrid sería un lugar idóneo para entablar amistades con chicas de esas grandes familias cercanas al poder.

También iban aleccionados a esa fiesta, pero al contrario de Adelita, ellos iban con el “consejo” de no intimar demasiado con ninguna joven asistente.

Ellos tenían que aspirar a lo más alto.

Su madre llevaba años trabajando en ello.

Matilde, seguía sin permitir que nadie accediera a conocer sus más hondos recuerdos, su pasado. Parecía que no tenía historia anterior a 1941, oficialmente no se conocía. Para el mundo en el que vivía, toda su vida comenzaba cuando conoció a Francisco. Nadie podía siquiera imaginar que aquella hermosa mujer que se movía como pez en el agua en este ambiente, que acompañaba e incluso reemplazaba a la Señora en muchos actos con una perfección absoluta, con un comportamiento que no despegaba un ápice del de la mismísima esposa del Generalísimo, que era importante en esa comandancia donde vivía, que sus opiniones contaban en la decisiones

que se tomaban en relación a temas de mujeres e hijos, nadie podría imaginar que provenía del mundo agrícola. Que hasta que conoció a Francisco, era una mujer sin cultura ni preparación y que fue esposa de un republicano que abandonó a su familia para luchar contra las mismas personas que ahora formaban parte de su vida. Matilde no tenía pasado conocido, no tenía historia ni pueblo, ni ascendencia, ni descendencia a excepción de Octavio y Cesar, ni otra vida que no fuera ésta, que parecía adorar y que a vista de todos, le hacía inmensamente feliz. A sus 55 años, Matilde tenía una madurez espléndida, próxima a entrar en el comienzo de la vejez, pero se mantenía delgada y cuidaba la piel de su rostro con mimo, retrasando en lo posible que los años hicieran mella en su patente belleza.

Aquella noche de fin de año, consolidó a Matilde también, como la perfecta anfitriona. Recibió numerosas felicitaciones por la fiesta de los jóvenes que ella, con una fingida humildad quitaba importancia y añadía a la esposa de Teniente General, Adela, como la principal mentora de esa fiesta. Adela sonreía a su lado con agradecimiento y mostraba su orgullo por la amistad con Matilde, amistad que todas las mujeres de la Comandancia anhelaban pero que sólo conseguían las elegidas. Las elegidas por Matilde, por supuesto, y que tenían mucho que ver con el grado o poder que ostentaban sus esposos.

Nadie, ni siquiera Francisco, sabía que la verdadera Matilde, estaba compuesta de dos caras o dos personalidades muy diferentes.

Su vida a partir de Francisco no era una mentira, era real y como tal la disfrutaba.

Su vida anterior a Francisco, también era real y fue decisiva para que se consolidada la actual.

Ambas caras compartían espacio en su vida pero solo una era pública.

A estas alturas de su vida, Matilde se consideraba afín al régimen que le había proporcionado esta vida maravillosa. Dentro del más exclusivo grupo de entre los vencedores, ella reinaba con soltura. A la misma vez, utilizaba el poder que le otorgaba su posición para no olvidar su pasado. Una posición con la que pretendía ahondar en ese doloroso pasado hasta dar con los culpables del robo de sus hijas.

Matilde era paciente.

No tenía prisas.

Habían pasado más de 20 años, pero ya había logrado un paso decisivo.

Ya estaba dentro del Obispado.

5

1964 Valencia.

Años difíciles

La década de los 60, no fueron años fáciles para el régimen. Los jóvenes universitarios ya no pertenecían a la generación de la posguerra, conocida como "generación del silencio". El miedo de sus progenitores no había calado en la mente de los jóvenes. La guerra les quedaba lejos, la conocían de oídas. Tan sólo sentían que no les gustaba lo que vivían. El miedo de los padres dio paso a la agitación de los hijos y los estudiantes fueron los primeros en traspasar esa frontera que tan bien resguardada había estado hasta entonces.

La frontera entre la conformidad y la discrepancia.

Juntos se sentían fuertes y decidieron luchar contra un gobierno que les negaba derechos fundamentales y les llenaba su existencia de carencias importantes. Entre ellos fue naciendo una cultura de oposición al régimen que comenzó a erosionar la ideología franquista.

Las familias que convivían dentro de la Comandancia, habían logrado mantener a sus retoños alejados de estos movimientos estudiantiles, pero los militares que tenían su residencia en la capital valenciana o en alguno de sus pueblos importantes, veían con preocupación, cómo sus hijos universitarios iban siendo absorbidos por estos movimientos e iban modificando su pensamiento, su forma de vivir y adaptándose a esos nuevos tiempos que los alejaban ideológicamente de sus respectivas familias.

Estos jóvenes que fueron invitados a la fiesta de fin de año de la Comandancia, aquella primera celebrada en 1963 y que asistieron más por complacer a sus padres que por "motus propio", lograron acaparar la atención de muchos de los chicos y chicas asistentes y sobre todo de los que no habían salido aún de la burbuja protectora en la que los mantenían sus familias.

En aquella fiesta ya se escuchó el nombre de directores de cine como *Juan Antonio Barden* o *García Berlanga* por sus películas y de escritores como *Rafael Sanchez Ferlosio* o *Carmen Martín Gaite* que con sus obras, iban contribuyendo a crear esta generación antifranquista.

Si los mellizos no mostraron interés alguno por estas nuevas ideologías, Adelita en cambio, tuvo que escucharlas casi por obligación y después por propio interés, en boca de los posibles pretendientes que sus padres habían elegido para ella. Tanta ilusión y fuerza ponían en sus charlas que era obvio que su curiosidad la llevaría a querer saber más. Eran conversaciones en las que sólo hablaban ellos, pero de tanto escuchar lo mismo, llegó a sentir que se estaba perdiendo algo importante por la simple razón de vivir en la Comandancia.

En ningún momento se atrevió a preguntar en su casa. Sin conocer apenas, ya intuía que lo que estaba pasando fuera, no era del agrado de sus padres, en particular de su padre. A sus amigos, a Octavio y a Cesar, sí que se animó a preguntar sobre aquel tema.

—¿No tenéis curiosidad por ver esas películas o leer esos libros?—les preguntó un día en el que los tres compartían un rato de charla por la tarde, en un parque situado frente a la Comandancia. Un lugar a donde sus padres le permitían salir, acompañada por supuesto, cercana y a la vez alejada de oídos peligrosos.

—¿Te vas a creer todo lo que contaban esos fantasmas?—le preguntó Octavio mirándola extrañado por esa curiosidad—¿Tú no vives bien? ¿Qué falta en tu vida? ¿Careces de algo? ¿Por qué iba a estar naciendo un movimiento contrario al régimen? ¡Como tu padre se entere de que quieres ver esas películas...! Muestran mentiras, situaciones que no existen...Directores de cine de los que nadie ha oído hablar, escritores que nadie conoce...Utilizan cualquier cosa para alcanzar la fama.

—¿Tú crees?—le preguntó Adelita un poco confusa por la cantidad de cuestiones que le había propuesto Octavio—Pero...¿Por qué no vamos un día al cine y las vemos?

—Te fuiste de la fiesta muy temprano y ahora resulta que te apetece conocer lo que te estaban contando ¡Ya podías haberte quedado más tiempo y así te informabas bien! Mi madre nos dijo que esos chicos no eran buena influencia para nosotros y que con seguridad, sus padres no sabían nada de dónde andaban metidos.

—¿Vuestra madre lo sabe?—preguntó impresionada por esa confianza que ella no tenía con su propia madre.

—Se lo contamos a ella, a mi padre no. Mi madre nos aconsejó que no lo hiciéramos. Son hijos del cuerpo y no quiere tener problemas con sus familias. Nos aseguró que eran tonterías de jóvenes, que siempre había sido así. La disconformidad de la juventud les llevaba a formar parte de grupos contrarios al gobierno. Yo te aconsejo que no indagues más porque te vas a buscar un problema.

—¿Y si uno de ellos pretendiera formalizar una relación conmigo?—Adelita veía muy normal que esa posibilidad existiera ya que habían

sido invitados precisamente para que la conocieran. A ella y a otras jóvenes casaderas de la Comandancia. Pero ella, al ser hija del Teniente General, tenía más posibilidades que las demás.

—Eso no va a suceder Adelita. No te ilusiones porque conociendo a tu familia es casi imposible que uno de ellos quiera formar parte de ella. La ideología es contraria a la suya y si de verdad piensan lo que dicen...no se van a meter en la boca del lobo. El día que te cases, lo harás con un tipo como nosotros, de los nuestros.

Aquella noche de fin de año y todo lo que conoció mientras bailaba con los jóvenes asistentes a la fiesta, habían impresionado a Adelita más de lo que ella misma reconocía. Ahora su vida le parecía aburrida, lo que hasta entonces era su cotidianidad le resultaba algo tediosa. Había algo ahí fuera que quería conocer. Quería salir de ese lugar y no sólo al parque, quería recorrer la ciudad, hablar con gente que no perteneciera al cuerpo, acercarse a los estudiantes y preguntar, quería conocer esa otra vida que decían que había fuera y que al parecer era diferente de la que ella vivía dentro del cuartel. Hasta ahora, sus salidas, siempre habían sido acompañada de su madre, a comprar ropa, regalos en Navidad, visitar familias amigas o cuando era más pequeña, al colegio que estaba situado a dos manzanas de la Comandancia.

Con los mellizos no podía contar para esa salida, ya los había descartado, conocía su pensamiento y su postura contraria a esos conflictos estudiantiles. Pero su madre...Matilde, podía ser su aliada, era una mujer moderna, abierta a nuevas ideas y se llevaba muy bien con ella, sobre todo cuando estaban a solas. ¡Cómo le hubiera gustado que fuera su madre o que su madre fuera como Matilde!

Adelita dejó pasar un tiempo prudencial antes de visitar a Matilde en su casa, asegurándose antes, de que ni su esposo ni sus hijos estaban presentes. A sus padres les dijo que le iba a llevar unas prendas de ropa antigua a Matilde, las que ya no usaba, para que pudiera llevarlas a algún orfanato o asilo donde le dieran uso. Adela, su madre, intentó acompañarla, siempre era buen momento para conversar en intimidad con Matilde, pero Adelita se lo impidió aludiendo a su edad y a su necesidad de comenzar a vivir por sí sola sin la protección constante de sus padres. Desilusionada, Adela tuvo que quedarse en casa, su esposo dio la razón a su hija, había llegado la hora de que Adelita comenzara a volar con sus propias alas. El Teniente General ya tenía en mente algún que otro pretendiente para su hija. Debería ser una boda rápida, un noviazgo que no fuera demasiado largo, la edad de la joven no lo permitía. En su lugar, otras que no pertenecieran a una familia importante, ya serían solteras de por vida.

Agradeciendo esta inesperada ayuda por parte de su padre, Adelita le dio un gran beso y le guiñó un ojo con complicidad olvidando, por una vez, esa seriedad y esa madurez que era habitual en presencia de ellos.

Agarró una bolsa de ropa vieja, en desuso desde hacía años, y salió hacia la casa de Matilde, alejada de la suya unos cincuenta metros. En la misma acera de casas, como seis portales más allá de la de sus padres.

—¡Adelita, qué sorpresa!—exclamó Matilde al abrir la puerta—¿Qué te trae por aquí? Los chicos aún no llegan.

—No los busco a ellos, en realidad quería charlar un rato contigo—contestó Adelita.

—¡Ah! Pues adelante, pasa, estás en tu casa. ¿No se te habrá ocurrido hacer otra fiestecita? ¿Te apetece que tomemos un café?—a Matilde le gustaba mucho Adelita y a la vez sentía un poco de lástima por ella. Una joven hermosa, simpática, alegre, de muy buena familia, pero tan protegida, que no le habían dado la oportunidad de conocer a otros jóvenes de su edad. La edad de procrear en una mujer pasaba rápida y Adelita tenía toda la pinta de quedarse soltera.

—No, Matilde, estoy bien. Quería salir un poco de casa y charlar contigo. De hecho, me traje ropa que no uso para que la entregues a los necesitados. Una excusa para venir. Ya sabes cómo es mi casa, a veces el aire es irrespirable con tanto protocolo.

—Ya lo sé—le dijo Matilde acariciando su mano—Bueno, ¿De qué querías hablar?

—Sé que tus hijos te comentaron algo sobre la fiesta de fin de año, algo que nos contaron otros chicos que están en la Universidad—Adelita comenzó con ese comentario poco controvertido, sin exponerse demasiado hasta ver la reacción de Matilde.

—Sí, algo me contaron, pero tampoco fue importante, más bien criticaron su actitud.

—Eso me dijeron a mí, pero... ¿Tú qué piensas? ¿Crees que lo que cuentan es verdad?

—Mira Adelita, yo sé lo mismo que tú. Siempre he vivido junto a Francisco de un lugar a otro. Mi vida ha sido maravillosa, al igual que la tuya, apenas he salido de los cuarteles y cuando lo he hecho, jamás vi lo que ellos cuentan. No he tenido carencias. Francisco es un buen hombre, igual que tu padre. Los estudiantes, sobre todo los universitarios, siempre se oponen a todo lo establecido, es como una costumbre. Para ellos nada es suficiente, siempre quieren más.

—Pero nos hablaron de unas películas que se estaban viendo ahora y que muestran un país diferente, nos comentaron de unos autores que leen a escondidas y que muestran una realidad muy alejada de la que vivimos nosotras. Tú tienes experiencia, has vivido fuera de España,

has visto mucho mundo.... ¿Existe eso que cuentan?

—Querida Adelita. Todo es una farsa, es un complot contra el Gobierno. En otros tiempos, en los años posteriores a la guerra civil, puede que existieran esas situaciones, ese miedo, todos teníamos miedo hija, la guerra fue muy cruel y dolorosa. Pero ahora..., no creas nada y por supuesto no comentes nada en tu casa. Tu padre se podría sentir muy mal si sabe que pones en duda su honestidad, si crees que utiliza el poder militar para acabar con los derechos y hasta con la vida de los que no piensan como él.

—Pero Matilde, esos jóvenes que estuvieron aquí, son los mismos que invitó mi padre. Si yo me prometiera con alguno de ellos...

—Tu padre no permitirá que te comprometas con ningún joven con esos pensamientos.

—Él no sabe nada, sólo que son hijos del cuerpo y los considera adecuados para mí.

—¿Te gustó alguno de ellos? ¿Alguno te insinuó algo?

—Si, es posible. Hablaba con tanta pasión de ese movimiento antifranquista al que pertenecían, que me pareció demasiado real lo que contaba. De hecho, te vine a decir que me gustaría ver una de esas películas. Tus hijos se negaron a acompañarme y puse todas mis esperanzas en ti. Podríamos decir que vamos de compras.

—Adelita, me pones en un compromiso—le contestó Matilde espantada ante semejante proposición—A mi me conocen muchas personas, salgo en los diarios acompañando a doña Carmen. ¿Cómo te podría acompañar? Es imposible. ¿Te imaginas que alguien me viera entrar en esas salas? ¡Además, no me llama la atención ver algo que va contra nosotras, contra nuestra vida, contra algo que es demasiado obvio que es verdad! Es tu vida, la mía...y son reales.

—Vaya, no había pensado en eso—contestó apenada—A mi apenas me conoce nadie, pasaría desapercibida.

—¡Olvídate de eso Adelita! Cuando conozcas a algún joven y te cases, abandonarás el cuartel, probablemente vivirás en otro lugar. Entonces, quizá puedas ver y leer todo lo que quieras aunque sea a escondidas de tu esposo.

—¡Pues que sea pronto! Cada día aguanto peor esta vida tan esquematizada y protocolaria.

—¡No te quejes! ¡No sabes lo que hay ahí fuera!—Matilde se alteró un poco en su respuesta. Quería a esa niña y temía que fuera de su casa, sin la protección paterna, la hicieran sufrir.

—Pensé que me habías dicho que ahí fuera, hay lo mismo que aquí dentro.

—Bueno, ya me entiendes…Aquí estás protegida, ahí fuera estarías sola. Eres una joven privilegiada y eso no todos lo tienen…la envidia existe y podrían hacerte daño.

Matilde había cometido un error inesperado. Ella, tan organizada, ella que medía sus palabras al milímetro, ella que actuaba de manera tan perfecta...se había desarmado por un segundo de descontrol. Porque en el fondo ella sí sabía lo que había fuera del conjunto de la población protegida por el régimen.

6

1964 Madrid.

Viaje de Matilde

En la primavera de 1964, Matilde recibió una inesperada invitación al Palacio del Pardo. No se celebraba ningún evento, ni tenía conocimiento de ningún acto que justificara esa llamada. Madrid no era un lugar en el que se requiriera su presencia para acompañar a la Señora. De hecho, las amigas, las de siempre, las que compartían tardes de café y charlas con doña Carmen, eran las que solían acompañarla en los actos oficiales de la capital.

—Debe de ser algo importante—le comentaba preocupada a Francisco—¡Y urgente! Dentro de tres días envían el coche oficial a recogerme. Esto no es una invitación...parece una orden. ¡No sé si preocuparme o alegrarme! De momento me desconcierta.

—¿La notaste rara o preocupada la última vez que hablaste con ella?

—No, no..., igual que siempre. A veces amable, otras fría, en ocasiones distante y cuando le apetece o le conviene, muy amistosa. Ya sabes cómo es...

—Pues…, como no puedes rechazar la invitación, saldremos de dudas cuando vuelvas.

Tres días más tarde y un poco antes del oscurecer, el coche oficial que llevaba a Matilde, llegaba a la puerta del Palacio del Pardo, donde el personal del servicio la esperaba para acompañarla hasta la habitación de invitados que ocuparía durante su estancia. Un mayordomo ya había entrado con su equipaje y Matilde caminaba al compás de la que parecía ser la Jefa del Personal de Servicio.

—Doña Carmen le da la bienvenida al palacio. La verá mañana en el desayuno, hoy no se siente bien y le ruega disculpe su ausencia en la cena—su acompañante como una autómata le hablaba sin mirarla mientras recorrían los fastuosos pasillos que llevaban hasta su dormitorio—Si lo desea, se le puede subir la cena a su habitación.

—Sí, creo que sería lo mejor ya que la señora está indispuesta, desearía cenar en la habitación. Ha sido un viaje largo y me gustaría

descansar. Envíele mis deseos de mejoría y mi más sincero agradecimiento por recibirme en su casa.

—Así lo haré—respondió, sin que ninguna emoción variara un músculo de su rostro—El desayuno se sirve a las 7.30 horas. La señora suele desayunar en su habitación pero si se encuentra mejor mañana, tiene previsto acompañarla a usted. A las 7.20 horas, una doncella la estará esperando para llevarle hasta el salón de desayuno. Sobre la mesita encontrará el menú de la cena. Cuando haya descansado, solo tiene que pedir que se la suban desde el teléfono interior. Hasta las 23.00 horas la cocina permanece abierta para cualquier cosa que necesite. A partir de esa hora debe marcar desde el teléfono, el número 2 para cualquier otra petición o deseo que le surja de manera extraordinaria—tras las indicaciones, la mujer calló durante unos segundos a la espera de alguna respuesta por parte de Matilde—Si no desea nada más, solicito su permiso para retirarme.

—Eh…sí claro, claro, puede retirarse. Gracias.

Matilde, a pesar de haber estado en el Palacio en varias ocasiones con motivo de eventos oficiales, nunca se había adentrado más allá del lugar donde se celebraba. Era la primera vez que recorría y ocupaba la parte del edificio considerada infranqueable para el resto de los humanos, era la intimidad de los Franco, donde cada detalle iba contando la historia de la familia.

La dependencia que ocupaba Matilde, contaba con una sala anterior al dormitorio, el dormitorio en sí y un cuarto de baño privado. Era casi tan grande como su casa en Valencia. Los ventanales, adornados con cortinajes dorados, daban a la parte ajardinada que conformaba la entrada al palacio. La habitación estaba pintada en amarillo ocre y varios cuadros religiosos se repartían por los muros. Dos camas con colchas doradas, a juego con las cortinas, se situaban sobre una gran alfombra colorida y compartían un crucifijo situado en el medio. La decoración seguía el mismo estilo que el resto del palacio.

En la mañana y tal como le anunciaron, a la hora convenida una doncella la esperaba en el pasillo frente a la puerta del dormitorio para acompañarla hasta el salón de desayuno. Unos minutos más tarde que Matilde, llegó doña Carmen acompañada por una dama que desapareció una vez que las dos mujeres se sentaron a la mesa tras los saludos de rigor.

—Me alegra verle de nuevo doña Carmen. Sobre todo, ver que se encuentra bien. Me preocupó su llamada. Es inusual y pensé que había ocurrido algo inesperado.

—En realidad ocurrió algo inesperado, pero no te llamé para hablar de ello. Al contrario, intento olvidar por unos días ciertas cosas

y tu compañía me hace bien.

—Vaya, espero que no sea grave. ¿Y sus amigas?

—Hace tiempo que no tengo amigas Matilde. Amigas en quién confiar. Antes, cuando Paco era un simple militar, tenía amigas. Ahora se acercan a mí con otros fines. ¡Siempre hay otros fines! Tener amigas y confidentes es algo que no me puedo permitir. Pero no hablemos de mis cosas, le llamé precisamente para salir de la rutina y olvidar los problemas.

—Como usted quiera. Para mí es un placer serle útil, ya lo sabe.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—¿A mí?—preguntó sorprendida Matilde—Estoy a su disposición. Si le soy sincera, había pensado, ya que estaba en Madrid, pasar por el Obispado y hablar con mi confesor. No tengo demasiadas oportunidades para hacerlo.

—Me parece una gran idea, Matilde. Yo aprovecharé mientras para hablar de unos asuntos con el Obispo. Después iremos a almorzar a algún lugar privado.

Doña Carmen tocó una campanita que tenía a su lado. La dama que le acompañaba apareció inmediatamente para recibir las órdenes.

Poco después, el coche oficial salió del palacio en dirección al Obispado.

Durante toda la noche, Matilde había preparado concienzudamente el encuentro con su confesor. La historia que le contaría y la petición que le haría.

7

1964 Valencia.

Encuentro de Adelita con Lucas

En la Comandancia de Valencia, ningún oficial era ajeno a lo que estaba ocurriendo en la Universidad. Trataban de manejar el asunto siguiendo las directrices marcadas por Madrid, pero sin dar demasiado pábulo al tema, sobre todo dentro del acuartelamiento donde vivían y estudiaban varias decenas de jóvenes que aún desconocían el fondo y la importancia de los movimientos estudiantiles.

O eso querían pensar sus propias familias. En realidad, la fiesta de fin de año había dejado entrar en la Comandancia los nubarrones que presagiaban tormenta, entre su juventud.

En aquellos años 60, la Universidad aún era posible, sólo para los hijos de la burguesía, familias adineradas y partidarias del régimen, defensoras del mismo, que ya miraban con preocupación el futuro e instaban al Gobierno a actuar con dureza contra estos movimientos estudiantiles enfrentados al régimen. Eran sus propios vástagos los que promovían y alentaban los movimientos. Por supuesto, culpaban a otros alumnos que provenían de los sectores bajos de la sociedad y que habían sido becados por méritos propios. Ellos sin duda eran los que metían esas ideas a los demás.

Necesitaban poner freno a esos universitarios, para seguir manteniendo sus privilegios. Ninguna familia aceptaba que sus hijos formaran parte de “aquella barbarie” pero en el fondo sabían que las posibilidades jugaban en su contra.

Los nuevos aires europeos que proclamaban las libertades individuales, el fin de esa visión mística de la mujer, derechos hasta ahora negados, entraron con fuerza en España y lo hicieron a través de las universidades.

Corbatas y faldas estrechas, se olvidaron dando paso a los vaqueros, las melenas y los trajes largos y desiguales. A pesar de los numerosos intentos por silenciarlos y en ocasiones con dudosos métodos, el movimiento estudiantil agarraba fuerza cada día. Todo se cuestionaba en sus asambleas cada vez más numerosas. Se pedían

nuevas leyes de educación, nuevos programas de estudio, revisar el contenido de las asignaturas y por supuesto la libre circulación de libros y autores hasta entonces vetados por el régimen.

Los universitarios pertenecientes a familias de militares, se cuidaban bastante de que sus actuaciones y pertenencias a estos grupos, fueran desconocidas en el seno de sus hogares. De hecho, algunos de ellos, se lamentaban de haber soltado su lengua la noche de fin de año ante aquellos "inocentes" jóvenes del cuartel, que desconocían lo que estaba ocurriendo tras las tapias de la Comandancia. El poco alcohol que les habían permitido beber, tuvo mucho que ver en esas apasionadas conversaciones.

Cuando meses después, unos de ellos, Lucas, fue invitado oficialmente por el Teniente General de la Comandancia a tomar café en su casa, fue muy bien aleccionado por sus compañeros para que negara cualquier cosa fuera de lugar dicha aquella noche. Nunca pensó que fuera una invitación cordial, su primera impresión fue que la joven Adelita, con la que había bailado buena parte de la noche, había informado a su padre de estas conversaciones y éste le citaba para reprender su actitud. La hija del Teniente General le había gustado y quizá por eso se había animado más de lo que debiera, tratando de llamar su atención. Ahora lamentaba ese hecho en primer lugar por la represalia que le podía acarrear y en segundo lugar porque había perdido la oportunidad de conocerla mejor y tener un posible futuro con ella. Ya no tenía otro remedio que aceptar las consecuencias de sus actos, negar sus propias palabras e intentar que su familia continuara siendo desconocedora de sus pasos en la Universidad.

En la casa del Teniente General, sin embargo, era otro ambiente el que se respiraba con esta invitación.

Adelita, tras apurar las opciones que tenía de salir del cuartel, sin éxito alguno, comenzó a hablar, a nombrar a Lucas, como un joven encantador con el que había disfrutado aquella noche de fiesta. Le había gustado y entre todos, fue el más apasionado, el que con más ímpetu comentaba lo que ocurría dentro de la Universidad. Aparte, estaba próximo a terminar su carrera de Ingeniería y por edad era el más acorde a ella. Era un buen candidato, no iba a negar lo evidente, pero esa actitud beligerante contra el régimen, en aquel momento, le había dado más miedo que paz. Tras la conversación con Matilde, su curiosidad había aumentado. ¿Qué sabía Matilde de lo que estaba ocurriendo fuera? ¿Era real esa España que mostraban las películas que Matilde se negaba a ver? ¿Qué había de verdad en esos libros y autores prohibidos? Tenía que quemar un último cartucho y lo haría tratando de que sus padres vieran a Lucas como un posible candidato

a esposo.

Adela, tras escuchar en varias ocasiones a su hija Adelita hablar ilusionada de Lucas, se lo había comunicado a su esposo y así decidieron esa invitación a la que Lucas llegó con total desconocimiento de lo que se esperaba de él.

Para esa cita, Lucas, aparcó sus vaqueros y asistió con chaqueta y corbata como el protocolo señalaba. En realidad, cada día salía de casa de esa forma y en los lavabos de la Universidad se hacía el cambio de personalidad. Agarraba de su taquilla unos vaqueros comprados a espaldas de su familia, una camisa de cuadros y frente al espejo se despeinaba, adoptando esa nueva identidad con la que se encontraba totalmente reflejado.

Adelita también se había vestido acorde al encuentro con Lucas, quería gustarle, necesitaba gustarle. Al igual que el joven, también estaba nerviosa por el encuentro, pero por diferentes motivos.

A Lucas le abrieron la puerta de la casa, el Teniente General, su esposa Adela y su hija Adelita. El semblante de todos era agradable y distendido, lo que ocasionó un poco de desconcierto en Lucas que esperaba otro recibimiento.

Los minutos iban pasando y nada hacía presagiar que le esperara una reprimenda, muy al contrario la actitud de todos era cada vez más cordial. Poco a poco, tomó conciencia de que la joven Adelita no le había delatado y por las preguntas que el matrimonio le hacía, intuyó que era otro el motivo de esa invitación. Lucas se fue relajando al comprobar que Adelita también se había fijado en él y el resto de la tarde lo pasó conversando e intentado demostrar al Teniente General que era un buen partido para su hija.

8

1964 Madrid.

Confesión de Matilde

El confesor de Matilde, la estaba esperando en su despacho del Obispado. Desde que le fue adjudicado, nunca había confesado de la manera habitual. No utilizaban el confesionario. El despacho del sacerdote o una salita privada eran escenarios de sus charlas.

—Me alegra verte de nuevo Matilde. Hace meses que no venías por aquí.

—Así es padre y no podía dejar pasar esta oportunidad que me dio doña Carmen. A veces, en mis visitas a Madrid no me queda tiempo para verle, ya sabe... En esta ocasión dispongo de tiempo suficiente y no pude dejarlo pasar.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes hija, Dios es comprensivo con sus hijos. Además, una buena mujer como tú, no tendrá mucho de lo que arrepentirse.

—La verdad es que es otro asunto el que me trae por aquí. Estoy segura de que me puede ayudar.

—Si está en mi mano, cuenta con esa ayuda.

—Pues verá padre, como sabe, cuando me casé con Francisco perdí un poco el rastro de mi familia. Estuvimos muchos años en Tetuán, años difíciles como sabe y después vinimos a Valencia. Hace unos meses me enteré que poco después de contraer matrimonio con Francisco, murió una prima mía. Mi familia es muy corta, sabe? En aquellos años tan solo quedábamos ella y yo, por lo que teníamos mucha relación. Estábamos muy unidas. Cuando junto a Francisco comencé a recorrer distintos destinos, nadie pudo comunicarme su muerte. Nadie sabía el lugar exacto donde residía. Quizá también fue culpa mía..., mis recuerdos de aquella época no son demasiado agradables. La guerra, el hambre, el miedo..., pienso que inconscientemente quise olvidar y nunca envié una carta siquiera para saber de ella. Fue un gran disgusto conocer su prematura muerte. Al preguntar por sus hijas, tenía cuatro, me dijeron que el párroco se había hecho cargo de ellas y que las trajo a Madrid, a un internado. Me siento tan culpable de no haber intentado saber de mi prima...

Padre, me gustaría tanto encontrar a sus hijas...Las dejé siendo muy pequeñas. ¿Hay algún internado aquí que se hiciera cargo de esas niñas? ¡Qué habrá sido de ellas! Desde que supe de la muerte de mi prima, no se van de mi cabeza sus hijas.

—¡Vaya! Lo siento Matilde. Por lo que dices, debió ser por los años 40.

—Sí, claro. Debió morir a principios de los 40.

—En esos años yo estaba ya aquí, en el Obispado. Los huérfanos que nos traían, si eran niños, quedaban en el internado a cargo del Seminario y a las niñas las llevábamos al internado de Guadarrama. Allí deben de tener aún la documentación de todas ellas. ¿Dices que las trajo el párroco?

—Bueno, eso me dijeron. La abuela de las pequeñas había sido la asistenta del párroco anterior, hasta que murió la buena mujer. Supongo que por eso se hizo cargo de las niñas. Mi prima era como una hija para él. Don Samuel se llamaba.

—¿Y del padre de las niñas sabes algo?

—Quedó viuda en la guerra padre. Ya le digo que fui su único apoyo. ¡Y la abandoné sin más! Siento que Dios nunca me va a perdonar.

—¡No digas eso mujer! Dios es misericordioso y siempre perdona. Esto que haces ahora, te redime de tus faltas. Eres una buena mujer, Matilde. Dios te ayudará a encontrar la paz junto a tus sobrinas.

—¿Y cree usted que en Guadarrama me dirán algo de ellas?

—No es fácil Matilde, todas las niñas eran adoptadas y a veces, en los documentos constan los nuevos apellidos. Las hermanas no daban abasto a cuidar tantas niñas que llegaban. Fueron años muy complicados.

—Pero padre, cuatro hermanas, seguro que fueron adoptadas juntas... ¿Cómo las iban a separar?

—¡Ay Matilde! Se ve que siempre has vivido con holgura. Eran años de mucha hambre y pocas familias había en España que pudieran hacerse cargo de cuatro miembros más. Quizá las adoptaran de dos en dos o incluso por separado. Cuando se separaban, se intentaba que fueran adoptadas por familias de la misma ciudad, para que no perdieran la relación. Tengo dudas sobre el destino que pudieron tener. A Guadarrama iban muchas niñas, hijas de republicanos muertos o desaparecidos. Viniendo de una familia cristiana y con el párroco como responsable..., igual ni llegaron allí. Pero claro...eran cuatro, demasiadas...

—De todos modos me gustaría intentarlo padre.

—Yo te podría dar una recomendación para que intentaran mirar si llegaron allí. ¿Sabe sus nombres?

—Sus nombres creo recordarlos, pero su apellido paterno... ya no

lo recuerdo.

—Mi recomendación te puede servir pero si vas con doña Carmen lo van a mirar seguro. Ella es la que mejor te puede ayudar, ya sabes cómo es con los desfavorecidos, tiene predilección por los orfanatos de niñas.

—No, no quiero que doña Carmen intervenga en esto. No quiero abusar de su amistad. Por eso recurrí a usted. Como confesor me guardará el secreto y no le dirá nada a ella. Sé que me ayudaría de mil amores pero por nada la pondría en ese compromiso.

—Como quieras Matilde. No te preocupes, yo te hago la carta de recomendación y la llevas cuando decidas ir.

—Gracias padre, le estaré eternamente agradecida. No iré inmediatamente, he venido solo unos días a acompañar a doña Carmen y eso haré. En otro momento iré a Guadarrama.

—¡Ojalá encuentres a tus sobrinas Matilde! Dios te ayudará.

—Seguro padre, Dios sabe lo que estoy sufriendo desde que me enteré.

9

1964 Valencia

En esos tres días que Matilde pasó en Madrid, sintió a doña Carmen alicaída y un tanto triste, pero no le contó la razón que la mantenía en ese estado. Salieron de compras, pasearon por los jardines del palacio, compartieron cafés y charlaron de sus hijos y de los nietos de la Señora. Ambas mantuvieron sus desvelos en secreto.

Matilde volvió a Valencia con el documento del Obispado que le daba entrada libre a los archivos del internado de Guadarrama. Durante el viaje, comenzó a planear la visita que podría significar su retorno al pasado, a sus hijas y quizá a un cambio en su vida que no estaba segura de querer en ese momento.

Su continuo dilema existencial.

Elegir entre esa vida que amaba y otra que le podría caer en suerte con consecuencias desconocidas.

Para Matilde comenzó un tiempo en que el corazón y la razón se enfrentaban en una lucha a muerte. De un lado, su hijos, su vida, su posición privilegiada, su poder. Del otro, sus cuatro hijas, las que le arrancaron de sus brazos a dolor, su deseo de venganza y la necesidad de volver a abrazarlas, olerlas, sentirlas.

Ahora que sabía que los culpables aún vivían y continuaban en el Obispado de Madrid, su deseo de venganza se reavivaba, pero estaba sola.

Este año, 1964, fue especialmente importante para Matilde. La esposa del Caudillo seguía preocupada y parecía que no remontaba. En sus escasas apariciones públicas era patente un rictus amargo que trataba de disimular con medias sonrisas que no lograban su objetivo. De todos era conocida la expresión fingida y casi falsa de la Señora, pero en esos meses la amargura era real y una pregunta comenzó a revolotear por las alteas esferas. ¿Qué ocurre en el palacio?

A Matilde le fueron encargados muchos de los actos que requerían la presencia de doña Carmen, argumentando una repentina indisposición. Actos que la llevaban por toda la zona de Levante, Murcia y norte de Almería. La presencia del coche oficial en la Comandancia se había vuelto habitual. Ya no significaba la llegada de

algún alto cargo del gobierno. Casi siempre llegaba para recoger a Matilde y a Adela o, a traerlas de vuelta tras representar a doña Carmen en algún acto.

Matilde casi se había convertido en una copia exacta de la Señora, incluso imitaba su forma de vestir y hasta su típico peinado.

Mantenían conversaciones telefónicas, al menos una por semana en la que era instruida con minuciosidad en cuanto al vestuario a llevar y las palabras a decir. Inauguraciones, visitas a cárceles de mujeres llevándoles su mensaje, orfanatos y otros actos de menor importancia quedaron en manos de Matilde.

Siempre asistía acompañada de Adela, esposa del Teniente General Armando Hernández y a veces les acompañaba un grupo reducido de mujeres de la comandancia.

Llevaba un guión perfectamente orquestado desde Madrid y que Matilde cumplía a rajatabla. Tanto sus palabras, como sus gestos y cualquier otra acción las ensayaba a conciencia durante los días previos al acto. Nada podía fallar y nada fallaba. Cumplía con éxito cada una de las misiones encomendadas. Posteriormente recibía la felicitación personal de la Señora así como del departamento que organizaba los actos de la misma. En la prensa nacional se recogían estos actos acompañados de fotografías en las que en algunas ocasiones, se podía ver con claridad a Matilde y en otras, en las que la fotografiaban de lejos y de espalda, se nombraba como si fuera la propia Señora la asistente. Tal era el parecido que había conseguido Matilde. Las noticias al respecto no eran demasiado explicitas y si a veces se nombraba a la esposa del Teniente Coronel Maldonado como sustituta, otras la nombraban como acompañante de la Señora dando a entender la asistencia de la misma al acto. Matilde era 10 años más joven que ella pero desde lejos, ambas podían pasar por la misma persona. De cerca, la edad y la belleza madura de Matilde las hacía inconfundibles.

Como compensación a esta ayuda desinteresada que prestaba al gobierno, ese verano, Matilde fue invitada al Pazo de Meirás el día 16 de Julio con motivo de la onomástica de doña Carmen y para que asistiera a la celebración familiar como amiga personal.

Desde que se lo comunicaron unas semanas antes, Matilde no cabía en sí de felicidad y nerviosa, se preparaba para asistir a esa celebración familiar como “amiga”. Era algo inimaginable para ella. Lo que comenzó como una rutina que cumplía para ayudar a su esposo e hijos, se había convertido en algo similar a un trabajo no remunerado pero que la estaba aupando a lo más alto de la sociedad española. Comenzaba a considerarse una trabajadora más del gobierno, a las órdenes de la esposa del Generalísimo. Su nombre

sonaba más que el de su propio esposo. Esto no acarreaba enfrentamiento alguno con él, Francisco se mostraba orgulloso de su mujer y la alentaba a seguir escalando posiciones al lado de la Señora. No en vano, la situación de Matilde, siempre le beneficiaría también a él.

En la soledad de su habitación, en muy contadas ocasiones, el matrimonio recordaba en susurros un pasado que sólo existía allí, en la intimidad del dormitorio. Francisco y Matilde además del amor que se profesaban, se admiraban mutuamente bendiciendo el día en que se conocieron, día que les llevaba inexorablemente al pasado que prometieron borrar por completo de sus vidas.

Pasado que Francisco pudo borrar porque no le unían lazos de sangre al mismo.

Pasado que Matilde nunca pudo olvidar a pesar del pacto de silencio.

En uno de esos ratos de solaz que compartía con Adela, le contó ilusionada la invitación que había recibido desde Madrid. La felicitación de Adela también llegó con otra buena nueva.

—¡Qué alegría Matilde! Yo también tengo una gran noticia que darte. Quizá a final de año podamos anunciar el compromiso de Adelita. Creo que Lucas le gustó desde que lo vio por primera vez y parece que él también se fijó en ella. Estamos muy felices. Lucas acaba su carrera el próximo año, si todo sale bien, no tardarán en contraer matrimonio. ¡Estoy tan feliz Matilde!

—Me alegro Adela, de verdad, es una gran noticia para todos. Adelita es un encanto y se merece un buen hombre.

Desde aquella tarde en que fue invitado por el Teniente General, Lucas siguió visitando con asiduidad a Adelita. Le gustaba esa joven y ella se mostraba ilusionada. Pocos días después de su primer encuentro, Adelita le había comentado en voz baja, que no hablara allí de lo que le contó la noche de la fiesta pero que estaba muy interesada en escuchar todo lo que sabía y hacía. Ambos conversaban de nimiedades ante Adela, que les acompañaba en las tardes de visita y dejaban otros temas para los escasos momentos en que permanecían a solas. Cuando Lucas logró convencerse de que podía confiar en ella, dio rienda suelta a toda la información y planes que tenían en la Universidad.

Con la llegada del verano, Lucas, ya contaba con cierta confianza en la casa como para pedir al Teniente General que le permitiera acompañar a Adelita al centro de Valencia a pasear, a tomar un helado e incluso a mostrarle la Universidad donde estudiaba. Las tardes estivales eran largas y se prestaban a disfrutarlas junto a otros amigos en las plazoletas del centro. Para sorpresa de ambos, aceptó

con la condición de que trajera de vuelta a su hija antes de las 10 de la noche.

El Teniente General no era desconocedor de todo lo que ocurría en la Universidad pero tenía fe ciega en Lucas, era hijo del cuerpo y estaba seguro de que jamás se uniría a esos movimientos antifranquistas. Protegería a su hija de todos esos jóvenes desagradecidos a los que detestaba.

“Si me dieran un poco de poder desde Madrid, los encerraba a todos—se decía a menudo”.

Adelita siempre fue una hija perfecta, jamás le había dado un disgusto, era una joven seria y educada en la fe, la obediencia y las buenas costumbres. Estaba seguro de que había elegido a Lucas porque compartía con ella todos esos valores tan importantes.

Estaba muy orgulloso de ella.

10

1964 a 1970 Valencia

El cumpleaños al que asistió Matilde invitada por la propia homenajeada en el Pazo de Meirás en el mes de Julio de 1964, fue el comienzo de su total encumbramiento. Un coche oficial la recogió en la comandancia de Valencia y la llevó a La Coruña. Un viaje largo de casi mil kilómetros del que regresaría dos días más tarde en el mismo vehículo.

Allí, rodeada de toda la familia de la Señora y de otros invitados al cumpleaños, Matilde se codeó con lo más alto de la sociedad gallega. Fue presentada como amiga personal de doña Carmen y aunque todos los asistentes la conocían por la prensa, allí fue dónde comprobaron que efectivamente las dos mujeres estaban unidas por lazos sólidos de afecto mutuo. Los dos días que Matilde permaneció como invitada en el Pazo, consolidaron aún más esos lazos. Aunque Francisco no asistió a ese evento, ella no perdió la oportunidad de nombrarlo en numerosas ocasiones con la intención de que su nombre sonara cada vez más entre los militares cercanos al Generalísimo. Si ella escalaba puestos en la esfera social, Francisco lo haría con ella y a la vez arrastrarían en esa subida a sus dos hijos. Ya preparaba el terreno para que Francisco fuera el próximo mando de la Comandancia de Valencia, que significaría a la vez, su ascenso a Coronel. Que Francisco subiera en la jerarquía militar también beneficiaba sus planes. Más puertas abiertas, menos preguntas indiscretas y más información privilegiada y a veces, sin tener que justificar su finalidad.

En infinidad de ocasiones, Adela le había comentado su deseo de volver a Madrid cuando Adelita contrajera matrimonio. El Teniente General Armando Hernández ansiaba terminar su carrera militar al lado del Generalísimo. Quizá en un Ministerio, quizá en su propia guardia personal o quizá, soñando demasiado alto, como asesor, dos pasos por detrás pero siempre a su lado.

Entonces, Francisco sería su sucesor, y una vez que fuera Coronel, ella sería su “primera dama” en la Comandancia. Ya era una primera dama pero después lo sería oficialmente.

Durante estos seis años, hasta 1970, muchos fueron los acontecimientos que se vivieron en la Comandancia de Valencia.

Adelita

El noviazgo entre Lucas y Adelita, se hizo oficial antes de fin del año 1964 y la boda se celebró justo un año más tarde, en Diciembre de 1965, cuando Adelita tenía 26 años y Lucas 28 años, la carrera terminada y un puesto de trabajo como Ingeniero en una compañía naviera del puerto de Valencia.

Durante su corto noviazgo, Adelita había conocido en profundidad la verdadera realidad del país, de sus pueblos, de su gente, toda la verdad que había tenido vetada mientras vivió con sus padres. Tuvo tiempo de ver todas esas películas que mostraban la realidad de parte del pueblo español y la oportunidad de conocer las obras de escritores exiliados o escondidos hasta bien entrada la segunda mitad de la década de los 60.

Conoció por primera vez la historia de los derrotados en la guerra, conoció cientos de historias que hubiera preferido ignorar, conoció la represión que sufrieron los vencidos y cómo su propio padre había formado parte de esa cruel represión. Tanto Adelita como Lucas tuvieron que fingir un desconocimiento total de todos los movimientos antifacistas existentes en España, ante sus propias familias. Cada día se les hacía más difícil. Adelita ya no miraba a su padre con los mismos ojos que antes, le quería, sí, pero ya no sentía esa profunda admiración por él. Sus antecedentes no enorgullecían a la joven.

Una vez celebrada la boda, ambos comenzaron a vivir en un apartamento en el centro de la ciudad, independiente de las dos familias. Hasta entonces guardaron en secreto cada uno de sus movimientos. Una vez instalados en su propia vida matrimonial, Adelita y Lucas ya no se escondieron de nadie y con involucrados en todos los movimientos antifranquistas que se promovían en España.

Los movimientos en Mayo del 68 en Francia, dieron fuerza a los estudiantes españoles y aún sin conseguir la misma repercusión que aquellos, sí que dio paso a un periodo de “guerrillas urbanas” que preocupaban demasiado al Gobierno. A principios de 1969, el asesinato en Madrid del estudiante *Enrique Ruano*, marcó el punto de inflexión definitiva en la oposición a la dictadura. En las manifestaciones que los jóvenes promovieron en la misma puerta donde vivía el estudiante asesinado en Madrid, la prensa lanzaba sus objetivos captando el enfado de los manifestantes. Adelita y Lucas aparecían en las fotos, en primera plana de la prensa escrita sobre el acontecimiento.

Las familias del joven matrimonio no podían dar crédito a las fotografías mostradas en los periódicos. Hasta ese momento, sus

movimientos habían pasado desapercibidos para sus padres pero sí que existía un alejamiento real entre ellos y sus familias. Sus visitas eran escasas y en ocasiones muy señaladas. Tanto Lucas como Adelita preferían la compañía de sus amigos a la de sus propios padres. Día a día iban conociendo hechos y situaciones que no podían asumir ni perdonar, situaciones en las que habían intervenido directamente sus progenitores.

Avergonzados y cada vez más alejados de sus familias, no podían negar de quién eran hijos, pero eran los primeros en exigir justicia aunque ello conllevara pedir la cabeza de sus propios padres.

El día que sus rostros aparecieron en la prensa como activistas contra el régimen, recibieron las indeseadas pero esperadas visitas y coincidieron tanto los padres de Lucas como los de Adelita en el apartamento, dispuestos a pedir explicaciones sobre su presencia en la manifestación.

—¡Estáis locos! Lo de ese joven fue un suicidio y lo sabéis. ¿Cómo os atrevéis a ponernos en evidencia?—les increpaban.

Adelita un tanto cohibida por los gritos de los mayores, se mantenía agarrada del brazo de Lucas con las dos manos a la espera de la reacción de él. Lucas mirando con insolencia a sus padres y suegros, pasó su brazo por los hombros de Adelita haciendo ver que hablaba en nombre de los dos.

—En primer lugar quiero que os calméis todos, estáis en nuestra casa y aquí no tenéis graduación. Creemos además, que tenemos edad suficiente para pensar, hacer y actuar por nuestros propios medios sin que necesitemos vuestra dispensa. No vamos a discutir sobre historia, sería muy largo. Tanto mi esposa como yo, hemos tenido la oportunidad de conocer la parte que siempre nos habéis ocultado. Creo que hablo en nombre de los dos, cuando os digo que siempre seréis nuestros padres pero que no aprobamos la dictadura que apoyáis ni os admiramos por ser lo que sois. Hace tiempo que tuvimos conocimiento de vuestras sanguinarias acciones y haremos lo posible para que paguéis por ello. No será la última vez que veáis nuestros rostros en la prensa, estaremos en todas y cada una de las manifestaciones que se hagan en contra de vuestro régimen.

—¡Adelita!—le gritó su padre—¿Sabías cómo era Lucas o te ha coaccionado para que actúes como él? Puedo hacer que anulen vuestro matrimonio si es que...

—¿Desde cuándo piensas que soy tan versátil?—le interrumpió la propia Adelita—Precisamente eso fue lo que me enamoró de Lucas, su fuerza, sus ganas de combatir la injusticia, su lucha junto a los derrotados, esos a los que por ser los vencidos, negáis sus derechos ¿Crees que no sabía nada de lo que pasaba fuera del cuartel? Si lo hubieras sabido todo, no hubieras permitido que nos casáramos. Y yo

quería luchar a su lado. Porque existe una realidad que no queréis ver, que habéis escondido toda la vida,... ¿Quizá os avergüenza? ¡A nosotros, mucho!

Adelita, protegida por el brazo de su esposo se enfrentaba a su padre por primera vez en su vida y lo hacía con seguridad, con toda la seguridad que le brindaba y sentía, al lado de Lucas.

El Teniente General tenía el rostro desencajado y enrojecido de soberbia, no daba crédito a las palabras de su hija y se acercó a ella con la intención de abofetearla. Adelita levantó la cara ofreciéndola con descaro, pero la mano de Lucas sobre el pecho de su suegro impidió que se acercara lo suficiente para alcanzarla.

—¡No te atreverás a poner una mano encima de mi esposa!—Lucas le miraba de frente y su tono sin ser alto, tenía la suficiente fuerza y dureza como para que su suegro diera un paso atrás.

—¿¡De qué puta zorra habrás nacido!?—dijo entre dientes mirando a su hija que ya no reconocía en aquella joven insolente.

—¿Cómo te atreves papá? ¿Estás llamando zorra a mi madre?—le gritó con desesperación mientras miraba con lástima a su querida madre que sentada y hundida en un sillón apartado contemplaba apenada lo que acontecía en casa de su hija.

—¡A la madre que te parió! ¡Zorra y mil veces zorra! Quién me mandaría a mí pagar un dineral por recoger a la huérfana de un puto republicano. ¡La sangre.....todo se lleva en la sangre! ¡Me siento engañado!—la rabia con la que nunca había visto actuar a su padre le indicaba que realmente era un hombre peligroso. El rojo teñía su rostro y las venas de su cuello amenazaban con saltar la piel. Sus puños cerrados se mantenían paralelos al cuerpo y temblaban de rabia. Ese hombre que en casa era casi amable, se había convertido en un endiablado ser cuando las cosas no rodaban a su gusto.

Se hizo un silencio incómodo que nadie fue capaz de romper durante demasiados segundos. Miradas hubo, muchas, miradas interrogantes, miradas que pedían respuestas inmediatas a lo que acababan de escuchar. Pero el Teniente General Armando Hernández ya había abandonado la casa dando un portazo y jurando no volver a pisarla. El padre de Lucas salió tras él como pensó que correspondía en semejante situación. Adela y su consuegra, desconcertadas aún por lo ocurrido permanecían sentadas, con sus miradas atónitas y un tanto atemorizadas por el futuro próximo de la familia. Sobre todo, temían llegar a casa, ambas eran conscientes de que serían el blanco de la ira de sus respectivos esposos.

Ese día supo Adelita que no era hija biológica de ellos, que había sido adoptada en uno de los preventorios de la guerra. Aún no había cumplido los dos años cuando llegó a la casa. Todos los recuerdos de

Adelita eran allí, con ellos, con sus padres, no existía nada anterior. Ella siempre fue Adela Hernández Sanchez, hija de Armando Hernández Muñoz y Adela Sanchez Diaz. Los recuerdos de su infancia están casi todos en Valencia ya que allí llegó con apenas 5 años desde Madrid, donde vivieron hasta entonces. En Madrid siguen viviendo sus primos y su abuela materna.

Adela tardó un poco más de lo normal en salir de esa casa. Antes contó a su hija toda la verdad que siempre le había ocultado. Le pidió perdón, le dijo lo mucho que la quería y le prometió volver a verla aún a riesgo de sufrir la ira de su esposo. Cuando salió, hacía rato que los demás no estaban. Tomó un taxi para volver a la Comandancia. Rezó a su dios durante todo el camino para que la protegiera. Estaba segura de que sería la receptora del golpe que Armando no había podido dar a su hija.

Esta inesperada noticia que cayó como un jarro de agua fría sobre Adelita, el enfrentamiento que tuvo con su padre y la mala relación que comenzó a existir entre ellos, aceleró la partida del Teniente General y su esposa, de nuevo a Madrid, dejando el puesto de la Comandancia vacante.

El Teniente Coronel Francisco Maldonado, fue ascendido a Coronel y ocupó la vacante en 1970.

Días antes de volver de nuevo a Madrid, Adela, se fue a despedir de su hija con la que seguía manteniendo relación a pesar del distanciamiento que se había producido un año atrás. Le entregó un sobre con toda la documentación de su adopción, le rogó que no removiera el pasado, pero que tenía derecho a saber de dónde venía.

En su eterno abrazo de despedida, Adela agarraba con fuerza a su hija a sabiendas que tardaría mucho tiempo en volverla a tener entre sus brazos.

—Isabel…te llamabas Isabel, mi amor. Te cambiamos el nombre porque me hacía ilusión que te llamaras como yo y como mi madre. Y eras tan pequeña….—Adela con sus labios pegados al oído de su hija, la llamaba por primera vez con su nombre real.

Matilde

Poseer ese documento que le había entregado su confesor le abría las puertas del internado pero ahora necesitaba una buena excusa para viajar hasta allí sin levantar las sospechas de Francisco al que mantenía al margen de todas sus pesquisas. Hasta no tener información totalmente fiable, mantendría a su esposo en la ignorancia de su búsqueda. Tenían una promesa de olvido y silencio

que, aunque ella no la respetaba al completo, jamás involucraría a Francisco poniendo en riesgo su carrera militar.

Durante el año 1965, doña Carmen le volvió a poner en bandeja la excusa para viajar de nuevo a Madrid. Entre el circulo cercano al poder, el rumor de una enfermedad del Generalísimo, comenzó a correr como la pólvora. Nadie se atrevía a poner nombre a esa enfermedad pero los rostros apesadumbrados indicaban que algo grave ocurría.

Doña Carmen, recordándole los días tan agradables que habían pasado el año anterior, le insistió en repetir la experiencia. En esta ocasión su tono era anhelante y aunque estaba acostumbrada a dar órdenes, parecía más bien una súplica.

—¿Todo bien señora?—se atrevió Matilde a preguntar.

—...Podría ir mejor—acertó a contestar tras unos segundos de silencio.

Matilde no insistió, su respuesta le bastó para intuir que los rumores llevaban algo de realidad.

Supuso que en esta ocasión doña Carmen se lo diría directamente, en confianza, en base a esa confianza que nunca había traicionado.

Ya se había hecho pública la fecha del enlace de Adelita y sin embargo su padre, el Teniente General, se mantenía con un semblante inquieto que para nada se asemejaba a la alegría propia de esa deseada noticia.

Matilde preguntaba a Francisco con disimulo por ver si conocía alguna novedad sobre los rumores. Se interesaba por la evidente preocupación que parecía tener el Teniente General. Nada sabía o nada le contaba. En realidad, ella estaba más cercana al círculo del poder que su propio esposo.

En esta ocasión la cita no tardó en confirmarse y tan solo una semana más tarde, Matilde viajaba de nuevo a Madrid.

Su estancia, al igual que la anterior duró tres días, pero al contrario de la otra, no salieron del Palacio. Pasearon por los jardines, hablaron de temas intrascendentes, hijos y nietos copaban sus charlas. Matilde esperó pacientemente a que fuera la propia señora quién decidiera el momento de darle a conocer el motivo que tanto le preocupaba.

No fue hasta la media tarde del segundo día, cuando la doncella anunció la llegada del confesor de la señora para compartir con ellas la merienda.

En un pequeño salón privado al que Matilde nunca antes había accedido, se sirvió la merienda para tres.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa, Carmen?—preguntó el sacerdote—He venido en cuanto recibí tu recado ¿Algo grave?

—Es sobre la enfermedad de Paco, padre. Estoy muy preocupada. Avanza rápido y los rumores en la calle corren a la misma velocidad.

—¿Está enfermo el Generalísimo?—preguntó Matilde con una desesperación que era totalmente fingida.

—Querida Matilde, necesitaba compartir esto con una amiga que respetara la privacidad de este asunto. Estoy segura de que acerté al elegirte como confidente. Ya me has demostrado con creces que estás alejada de los chismorreos estúpidos que circulan cada vez que abro la boca. A veces, hacer creer a los demás que una es un poco idiota, es necesario para el buen fin de algunos propósitos. Ahora es más necesario que nunca que estemos al lado de Paco, encubriendo su enfermedad, saliendo al paso de los rumores.

—¡Me asusta señora—exclamó Matilde.

—El pasado año le diagnosticaron Parkinson. Es una enfermedad progresiva del sistema nervioso que afecta al movimiento. En principio solo fue un leve temblor en las manos, apenas se percibía. Pero avanza rápido. No tardará demasiado en que sea obvio. ¿Qué pasará cuando todos sepan que Paco ya no tiene la misma fuerza? Hay demasiados traidores que sólo esperan ver la debilidad en él para conspirar en su contra.

—Carmen—le interrumpió el sacerdote—no puedes obsesionarte de esta forma. Todos lo que le rodean le son fieles hasta la muerte y lo sabes. Cuentas con aliados importantes que no os darán la espalda…Matilde—continuó ahora dirigiéndose a ella—Espero que sepas lo importante que es saber guardar el secreto que te confía doña Carmen. Debes de estar a su lado, eres la única en la que ha confiado para desahogar sus pesares. Espero que actúes en consecuencia.

—¡No lo ponga en duda, padre! Señora, usted me conoce bien. Le agradezco la confianza que deposita en mí. No la defraudaré.

—Lo sé Matilde, lo sé.

Al día siguiente, a pocas horas de su vuelta a Valencia y mientras desayunaba junto a la señora, Matilde compartió con ella su necesidad de parar a la vuelta en el internado de Guadarrama explicando la misma historia que un años antes había compartido con su confesor.

—¡Pero cómo no me dijiste antes Matilde!—le dijo doña Carmen—Yo te podía haber acompañado, hace mucho tiempo que no visito ese internado.

—¡De ninguna manera doña Carmen, no quisiera hacer de esto una visita oficial. Quiero ir de manera anónima, no me gusta utilizar su amistad para menesteres propios. Para mí, nuestra amistad es algo sagrado y estoy a su servicio, en modo alguno utilizaría su nombre para abrir puertas.

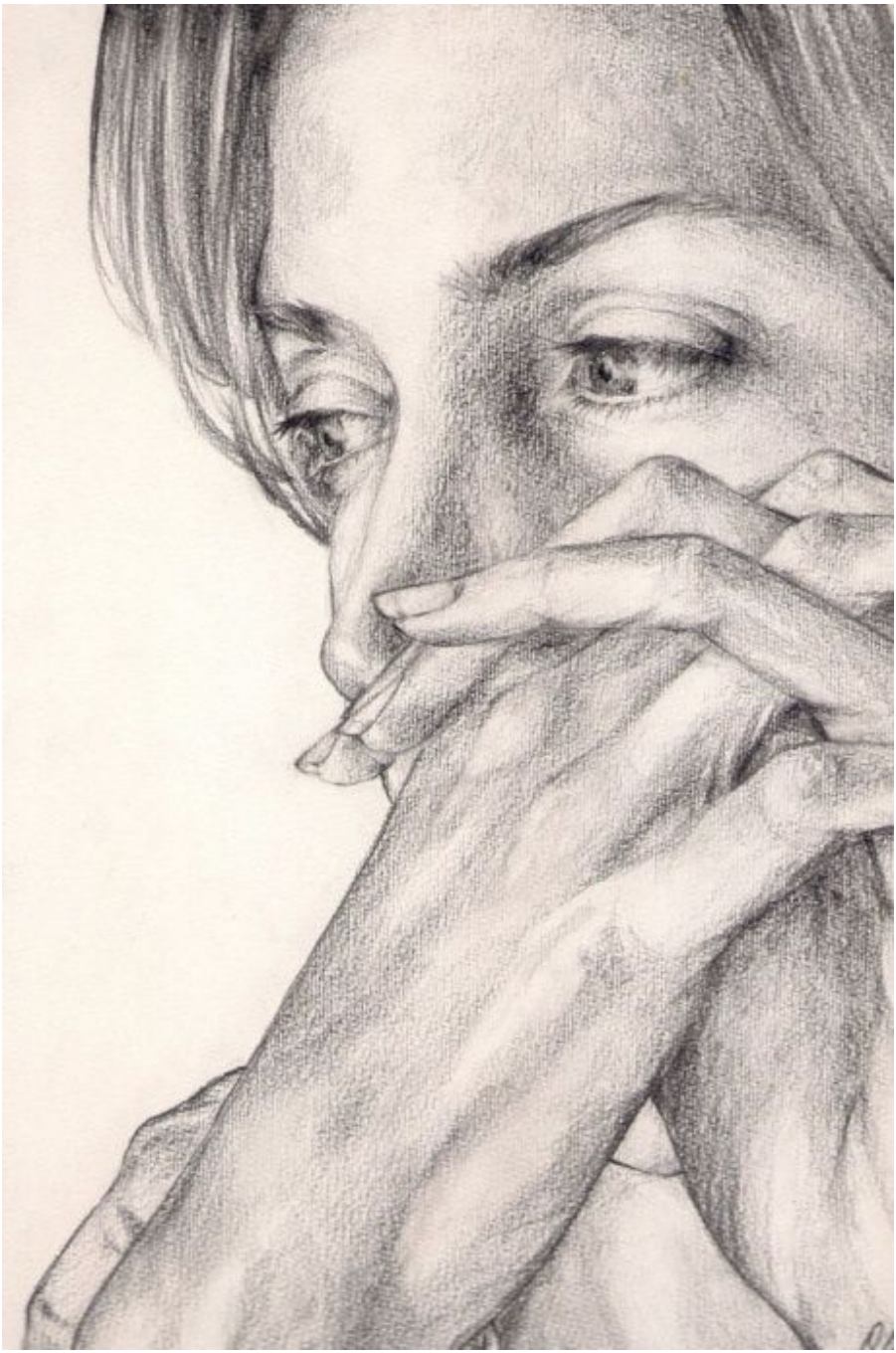
—Eres demasiado honesta Matilde…deberías tener un poco más de

picardía en tu vida. Siempre estás cuando te necesito, no dudes ni un momento en utilizar mi nombre si te pusieran algún problema para encontrar a esas niñas. Daré orden para que el mismo coche oficial que te lleva de vuelta, pase por el internado y espere a que termines tus gestiones. No creo que tengas que utilizar mi nombre, llegar en un coche oficial va a ser suficiente para que pongan toda la información a tu disposición.

—¡No sabe cómo se lo agradezco doña Carmen. Necesito encontrarlas, son la única familia que me queda por parte de mis padres. No pude estar al lado de mi prima. Solo quiero que ellas sepan que estoy aquí para lo que necesiten. Ni siquiera sé si me recuerdan.

1980

LA ANGUSTIA



1

1980 Albacete

Cualquier noticia sobre Asunción, de cualquier índole, incluso que no supieran nada de ella. Todo era preferible a lo que le estaban contando.

Martín e Higinia, tras explicarle Alfredo en la misma puerta, la razón por la que habían llegado hasta su casa, los hicieron pasar al salón, un tanto extrañados, sí, pero le aportaron tantos documentos que no pudieron dudar de la palabra de ese matrimonio que había llegado hasta su casa.

Con una taza de café delante, que Higinia les había ofrecido, escucharon con paciencia y dolor, toda la historia que Martín Ruiz Velasco les contaba y en ocasiones Higinia intervenía con anécdotas que sólo ella había compartido con Asunción. Habían pasado casi treinta años desde entonces, pero el matrimonio aún lloraba la muerte prematura de su querida hija Asunción. Tina también lloraba.

Pena, desolación, rabia por lo que les habían hecho.

Al conocer todos los detalles por Tina, el matrimonio Ruiz González se mostraba desconcertado. Ellos habrían acogido a las cuatro hermanas si se las hubieran ofrecido, así se lo aseguraron a Tina, ya hubieran buscado cómo pagar el alto precio por todas, pero la información que recibieron desde el Obispado de Madrid, señalaban a Asunción como huérfana de la guerra sin familia alguna. Toda su familia constaba como fallecida.

—Realmente tiene usted rasgos muy parecidos a mi Asunción—le dijo Higinia a Tina—De haber vivido sería igual de bella que usted.

Higinia sacó una caja donde guardaba todas las fotografías que conservaba de Asunción. Tina pudo conocerla hasta sus 17 años. Reconoció y se emocionó al ver de nuevo a su querida hermana Asunción tal como era cuando las separaron. Se reconoció en las fotos de los años siguientes, realmente eran muy parecidas. En sus últimos meses se mostraba a una joven excesivamente delgada, demacrada, la enfermedad se reflejaba en su cuerpo, casi se podía sentir, pero sus ojos parecían sonreír cuando posaba junto a Higinia. Era patente que se adoraban. Fue un gran consuelo saber que Asunción, al contrario que ella, había sido muy feliz con esta familia.

—Gracias por haberla hecho tan feliz en su corta vida—le dijo Tina sin poder contener el llanto—¿Me podría dar alguna foto de ella?

—Por supuesto, tome una, por favor.

—¡Gracias, gracias...!—repetía Tina con una fotografía en la mano —¿Podrían decirnos donde la enterraron? Me gustaría visitar su tumba.

Desde el que había sido el hogar de Asunción, se dirigieron al Cementerio Nuestra Señora de los Llanos con los datos que le había facilitado Higinia. Antes de entrar, compró un ramo de rosas blancas para depositar en su tumba.

El Panteón de la Familia Ruiz González, tan solo albergaba el cuerpo de Asunción. Estaba perfectamente limpio y con dos ramos de flores frescas. Sus padres adoptivos no la habían abandonado a pesar de los treinta años que habían pasado desde su muerte. Tina leía la lápida escrita sin poder creer aún que fuera su hermana Asunción quien yacía bajo esa losa.

"Aquí yace nuestra querida hija. Nunca podremos olvidar el amor que nos diste"
Asunción Ruiz González
(1934-1951)

De nuevo la vuelta a Guadalajara con las manos vacías, en esta ocasión, definitivamente vacías.

—¿Crees que todo va a ser igual?—preguntaba a Alfredo—Ya dudo si algún día lograré encontrar a alguien de mi familia.

—La muerte de Asunción no debe impedir que sigas buscando. Aún te quedan dos hermanas a las que encontrar. También queda seguir investigando el recorrido que hizo tu madre tras su matrimonio.

—Tenía mis esperanzas puestas en Asunción. Según nos contó su familia, en unas pocas ocasiones nombró a unas hermanas que había dejado en el preventorio, después dejó de hablar de ellas. Fue feliz, olvidó que tenía otra vida anterior. Si ella pudo..., las más pequeñas ni recordaran otra vida que no sea la que tienen.

—Nunca pierdas las esperanzas. Cada persona es única y actúa de diferente forma. Asunción quizá nunca olvidó, tan solo tomó el camino más fácil. Tú elegiste otro y jamás conseguiste ser feliz, tan solo lograste que dudaran de tu cordura..., ya ves.

—Yo no elegí, eligió mi mente. Mi corazón se negó a olvidar y a aceptar sin más la mentira que hicieron de mi vida. Si Consuelo hubiera actuado correctamente hubiera tenido la oportunidad de volver a ver a Asunción antes de su muerte. ¡Verla...saber de ella, saber que era feliz! Eso hubiera bastado. ¡Nunca podré perdonarles!

Ahora aún menos. Con su silencio, con su egoísmo, me privaron del derecho a estar al lado de mi hermana en el momento de su muerte. ¡Les odio! Espero que ardan en el infierno de su mentira.

—Cálmate Tina, te ciega el dolor.

A mamita Dolores le tocó de nuevo abrazar y consolar a su niña del alma. La destrozaba verla de esa forma. "¿Hasta cuándo estaremos pagando los errores de esa guerra?—se preguntaba"

Durante las semanas siguientes, Tina no tocó la documentación que seguía manteniendo en las cajas de zapato. Había guardado la fotografía de Asunción junto con toda la documentación sobre ella y había cerrado la caja definitivamente. Las otras dos, permanecían abiertas sobre la mesa. Paseaba por la casa como un alma en pena, asimilando la pérdida de una de sus hermanas, viviendo su duelo, reviviendo por segunda vez su pérdida.

Alfredo a su vez, seguía indagando sobre el paradero de Matilde.

Había llegado hasta el traslado a Tetuán. Tenía un contacto en el Ministerio de Defensa que quizá pudiera ayudarle, pero era un simple bedel sin acceso a demasiada información. Ver a Tina en ese estado de dejadez, angustia y desesperanza hizo que le contara lo que sabía hasta el momento con el fin de que no perdiera totalmente la esperanza de encontrar a su madre. Asimismo, le dio a conocer, que tenía dos hermanos mellizos fruto del segundo matrimonio de Matilde.

—¿Desde cuándo sabes eso Alfredo?—preguntó Tina desconcertada—¿Que tengo dos hermanos? ¿Y sus nombres? ¿Qué edad pueden tener ahora?

—Tina, es lo único que sé. El contacto que tengo en el Ministerio quizá pueda darme más datos, pero hay que esperar. Por las noticias que me dieron, esos niños podrían estar ahora en la treintena. Treinta y pocos años...

—¿Crees que puede seguir en Tetuán?

—No, eso seguro que no. Ya no hay militares españoles allí. Debieron darle un destino en la península. Eso es lo que intento averiguar.

—Bien. Entonces quedamos a la espera de alguna información sobre mi madre—le contestó Tina con el semblante un poco más esperanzado—Yo continuaré con mis hermanas. ¡Ojalá tenga más suerte con ellas! Dolores..., a ver qué fue de Dolores.

La documentación situaba a Dolores en Madrid, en concreto en una calle del Barrio de Salamanca. Tenía 5 años cuando salió del preventorio. No se especificaba el nombre del matrimonio que la acogió. Por seguridad, el nombre se ocultaba y en una nota añadida apuntaban que para cualquier información sobre la familia se debería

de acudir a la sede del Obispado de Madrid.

—¡Mira, lo que me faltaba ya!—exclamó Tina con ironía—¡Seguro que me facilitarán las cosas..., conociéndoles, me pondrán todas las pegas del mundo! Esto debería llevarlo con abogados, a ellos quizá no se lo nieguen tan fácilmente.

—Hija, con tus apellidos deberían abrirte las puertas—le decía mamita Dolores.

—Con mis apellidos y lo que les solicito...me darán con la puerta en las narices mamita.

—Bueno...Cuentas con una calle y un número, quizá corresponda con un edificio de viviendas. Tendrás varias opciones, pero no demasiadas, en ese barrio los edificios apenas tienen cuatro plantas.

—¿Y si ya no viven allí?

—¡Las personas no cambian de casa como de calcetas hija! Lo más probable es que sigan allí, por lo menos el matrimonio que la adoptó. Ella se habrá casado como es normal y puede que viva en otro lugar con su propia familia. Tus padres siempre vivieron en el mismo lugar, los de Asunción también. ¿Por qué iba a ser diferente con Dolores? Y si hubieran cambiado, otra familia del mismo bloque recordará a la familia de Dolores y tendrías otro camino para seguir.

—¿Sabes mamita? La casa de Consuelo aún la tenemos. ¿Qué te parece si nos vamos a Madrid unos días? Puedo dar una vuelta por la calle, como paseando y mirar, sobre todo mirar quién entra y sale de ese edificio. Estoy segura de que reconocería a Dolores si la veo. Si aún siguen allí, en algún momento la puedo ver entrar o salir.

—La casa lleva meses cerrada pero la pondremos en funcionamiento en un par de días. Me alegra que decidas usar esa casa, así vuelvo a ver a mis vecinos, a las monjitas de la residencia, a los tenderos del mercado.

—Con una sola condición...Que vuelvas conmigo a Guadalajara, no pienses que te voy a dejar allí.

—Está bien, vuelvo contigo. Ya sabes que estaré siempre que me necesites.

2

1980 Madrid.

Buscando a Dolores

A principios de Diciembre, Tina y mamita Dolores, entraron de nuevo en la casa donde vivió parte de su infancia y su adolescencia. Al abrir la puerta, el olor a humedad, a edificio cerrado, a abandono y el olor de su vida, de su adolescencia, se mezclaron provocando sensaciones diferentes a cada una de ellas. Para mamita Dolores era su olor, el aroma de toda su vida y aspiró con fuerza para llenar sus pulmones de recuerdos y añoranzas. Para Tina, esa mezcla de olores le provocaba náuseas y se tapó la boca y la nariz con su mano, mientras abría las ventanas y los balcones de par en par.

Un aire helado penetró en la casa y las corrientes entre ventanas fueron barriendo aquellos desagradables olores.

—¡Niña me estoy helando!

—Ya cierro mamita, parece que la casa se ha ventilado un poco.

—¿Ventilado? ¡Se ha congelado!

—¡No exageres!

Alfredo las había dejado un rato antes en la puerta del edificio. Aprovechando este viaje a Madrid quería pasar por el Ministerio de Defensa y ver si su contacto había logrado alguna información sobre el paradero de Matilde.

Era viernes y pasaría el fin de semana junto a Tina. El domingo, volvería sólo a Guadalajara dejando a las dos mujeres con la búsqueda de la siguiente hermana, Dolores.

Había quedado con el bedel para tomar café en un bar de las inmediaciones del Ministerio, allí donde cada día desayunaba junto a otros trabajadores. Entre estos compañeros que cada mañana coincidían en el desayuno, había otro bedel que ejercía su labor para la Subsecretaría de Defensa. Éste, a su vez, tenía cierto roce con uno de los secretarios del departamento, con acceso a cierta información de la clasificada como “no comprometida”, que podía indagar sobre el recorrido y los traslados de los oficiales. Esa era la única forma de llegar al departamento concreto que custodiaba la información sobre

cada uno de los efectivos que conformaban los cuerpos de seguridad del país. Escalando entre trabajadores que pasaban desapercibidos pero que en realidad eran custodios de grandes archivos que solo estaban al alcance de unos pocos elegidos.

—No tengo demasiada información aún—le dijo mientras desayunaban—Este compañero tan solo entra en los archivos cuando tiene un rato libre. Al no contar con una orden superior para esta búsqueda o una autorización, no puede hacerla a vista de todo el que entre en el archivo general. Nos hace este favor porque no es información comprometida pero debe de tener mucho cuidado. El Ministerio de Defensa cuida con celo toda su información como podrás comprender. Hasta ahora, ha logrado encontrar rastro del Oficial Maldonado hasta 1955. Hasta ese año, aún seguía en Tetuán. Me dice que por lógica debió tener un traslado al año siguiente, cuando se desmanteló la Alta Comisaría española. Lo próximo que buscará ahora son los traslados efectuados tras el desmantelamiento. Se ve que este hombre estuvo allí hasta el final del proceso.

—¡Es una buena noticia!—exclamó Alfredo—Saber que salió de Tetuán junto a todo el grupo de militares, facilita el camino. Debe de ser un único archivo el que tenga la información de cada uno de ellos.

—Eso me dijo. En cuanto tenga algo más te lo hago saber. Puede estar en cualquier parte del país, eran muchos y fueron repartidos por todas las comandancias. Yo, en su lugar, hubiera solicitado un destino cercano al lugar de donde procedía. Extremadura sería un lugar lógico, de allí partió hacia Tetuán.

—Si estuviera en la Comandancia de Cáceres lo sabría, pero allí no volvió. Nada saben de él desde que lo destinaron a Tetuán.

Durante el fin de semana casi no salieron de casa. Tina ya había llenado la despensa para toda una quincena. No tenía mucho más que hacer y a pesar de que el ambiente festivo de la cercana Navidad inundaba las calles de Madrid, conocer la historia de Asunción y su muerte, le había afectado más de lo que pensaba.

Tenía demasiadas esperanzas puestas en Asunción.

En realidad, las tenía todas.

A través de las cristaleras, Tina perdía la mirada en los grupos familiares que paseaban por las calles. La temperatura era extremadamente baja en el exterior pero no parecía importar demasiado a los niños que provistos de gruesas chaquetas, gorros de lana y guantes, contemplaban maravillados los escaparates llenos de juguetes coloridos, muñecas preciosas, circuitos mágicos por los que varios coches diminutos competían por llegar el primero a la meta. Una sonrisa con tintes de ternura, tristeza y añoranzas se dibujaba en sus labios.

¡Qué diferente fue su niñez!
¡Qué distinta era aquella vida del pueblo!
¡Maldita guerra que destrozó su vida!

El lunes a primera hora, Tina ya estaba situada junto al kiosko de prensa ubicado frente al edificio en el que, presuntamente, había vivido Dolores. Era un edificio muy antiguo, con una arquitectura señorial, muy bien conservado a pesar de los años. Tenía tres alturas. La entrada al inmueble era amplia, elegante, con tintes aristocráticos.

"Una casa así en el Barrio de Salamanca debe de costar una fortuna —se decía"

Casi todos los edificios de la calle tenían un estilo similar aunque unos estaban mejor conservados que otros. Ese estaba perfecto.

Tina paseó durante un rato por la calle, sin perder de vista la entrada al edificio. A media mañana, una joven de apariencia asiática y perfectamente uniformada salió del portal y cruzó la calle en dirección a la panadería situada a pocos metros del kiosko de prensa. Tina pensó en abordar a la joven pero no encontró excusa para hacerlo. ¿Por quién iba a preguntar? En concreto ¿Qué iba a preguntar?

Siguió los pasos de la chica hacia la panadería y entró tras ella. Dentro, la temperatura era cálida y el olor a pan recién horneado invadía la estancia. Varias mujeres guardaban la vez para hacer su compra. Tina se colocó detrás de la joven. Observó durante un rato su impecable uniforme negro. El blanco del delantal era perfecto así como el del cuello de camisa acoplado al uniforme. La melena recogida en un perfecto rodete en la nuca y la cofia inmaculada adornando su cabeza. Todo indicaba que servía a una familia de abolengo.

Tras el cristal del mostrador se exhibían las apetecibles piezas de pan en todas sus modalidades. Cuando le tocó el turno a la chica, otras dos mujeres esperaban ya tras Tina.

—¡Muy buenos días Imelda!—saludó alegre la panadera—¿Qué tal se encuentra Doña María?

—Bien, muy bien—le respondió la joven—En una horita saldremos a dar su paseo. Hace demasiado frío pero ella insiste en salir.

—¡Claro mujer! El frío no es excusa, hay que disfrutar de nuestra ciudad que está preciosa ahora. ¿Encontró chica de compañía ya doña Berta? Hace días que no veo a Lolina por aquí.

—¡Ay no! Aún siguen buscando. Sabe usted que doña Berta es muy especial, es muy buena, pero un poquito exigente y claro, es muy difícil. La señora Lolina está desesperada. Usted no la ve porque llega a la casa y allí se queda encerrada hasta que deja a su madre en la

cama.

—¡Pobre Lolina!—dijo la panadera mientras meneaba la cabeza con resignación—¡Cómo ha cambiado doña Berta desde que enviudó! Quién la ha visto y quién la ve....

Tina seguía la conversación de las dos mujeres con paciencia hasta que el nombre de Lolina le sobresaltó y puso en guardia toda su atención. Dolores...Lola….Lolina. ¿Podría ser? De momento su mente se puso a trabajar, a atar posibles cabos, a buscar coincidencias.

—Disculpen mi intromisión. Estoy buscando trabajo y les escuché decir....

—¡No mujer!—le dijo la panadera mirando a Tina de arriba a abajo. Para nada era el perfil de una señora necesitada—Es un trabajo para otro tipo de gente. Usted buscará algo de otras características.

—Busco cualquier cosa. He llegado a Madrid hace poco y por ahora me sirve todo.

—¡Señora usted no conoce a doña Berta!—le respondió la joven Imelda—Han pasado por su casa varias mujeres y todas abandonan al poco tiempo. Pero nada pierde con hacer una entrevista, así la va conociendo. Si le sirve cualquier cosa...Además vive sola en un piso enorme y es muy exigente con la limpieza...Ahora se la hace su hija, es la única que la aguanta.

—No pierdo nada por intentarlo—contestó Tina.

—Pues eso le he dicho, si no le gusta, la deja y aquí paz y después gloria...

—¿Cómo podría contactar con ella?

—Acérquese al portal ese de enfrente, el portero le puede informar de todo.

—Gracias, es muy amable.

—¡Por nada!—le contestó Imelda—Le deseo suerte, la va a necesitar.

La panadera continuaba vendiendo su pan a las clientas que llegaban mientras intentaba seguir la conversación entre Imelda y esa señora elegante, educada, de modales refinados y porte noble que incomprensiblemente buscaba un trabajo, cualquiera. Seguramente sería una dama de la alta sociedad venida a menos, no había otra explicación posible.

Tina siguió a Imelda hasta el portal mientras sus pensamientos se dispersaban ahora por otro camino. Posiblemente se hubiera precipitado en sus conclusiones, sería demasiada casualidad pero... ¿Por qué no? Su hermana Dolores fue a vivir a uno de esos pisos del edificio.

—Pregunte al portero, en la planta baja. De todos modos la señora Lolina estará a punto de llegar—le dijo Imelda despidiéndose

de ella.

—Bien, lo haré—le respondió agradecida Tina.

Cuando la joven desapareció por las escaleras del edificio, Tina aún seguía en la puerta. No se decidía a entrar mientras no tuviera un plan bien trazado. Mientras paseaba por la acera pensando qué hacer, su rostro preocupado y su caminar inquieto, habían alertado al portero que ya llevaba un buen rato observando a esa señora que no se alejaba del edificio y miraba hacia el interior con curiosidad cada vez que pasaba por la puerta.

—Señora, ¡eh Señora!

—¿Es a mi?—preguntó sobresaltada Tina.

—Sí, ¿Le ocurre algo? ¿Necesita ayuda?—le hablo amablemente el portero.

—No, no...Pero... Verá, estoy buscando trabajo y me indicaron por aquí, no sé...Me pareció escuchar que era para una señora mayor, Berta creo que era su nombre.

—¡Ah sí! Le indicaron bien. Doña Berta vive en el primer piso y tal como le dijeron busca una chica o una señora para compañía. Si le parece subo a preguntar si puede recibirla ahora.

—Sí por supuesto, ya que vine hasta aquí, me gustaría hablar con ella.

—Pero pase, pase Señora, no se quede en la calle, pase al recibidor. Yo subo enseguida y le hago el recado.

A los pocos minutos Tina oyó la puerta del piso cerrarse y los pasos del portero por la escalera.

—Lo siento señora, doña Berta no puede recibirle, está indispuesta.

—¡Vaya! Lo siento...volveré otro día.

—Espere señora, verá..., doña Berta es un poco especial, tiene un carácter difícil, seguro que no le ocurre nada. Está mayor y ya sabe...la edad le ha agriado un poco sus maneras. Si espera unos minutos podrá hablar con su hija, ella sí le atenderá. Debe de estar al llegar.

—Sí, sí, esperaré pero voy a estar en la calle, me siento un poco sofocada, el aire frío me hará bien.

—¿No quiere usted pasar a la portería?

—No, gracias, estaré bien.

—Si no se aleja demasiado, yo mismo la llamo en cuanto la señora Lolina llegue.

—Bien, estaré cerca.

En la acera, apoyada en la parte trasera de un automóvil, Tina se mantenía expectante mirando a uno y otro lado de la calle. Varias mujeres que podían estar en la cuarentena, pasaron por su lado mientras ella las miraba con disimulo tratando de buscar algún

parecido, algún gesto familiar, un rostro que le recordara a Dolores.

De pronto e inesperadamente, apareció por la esquina una mujer que provocó latidos acelerados en su corazón a la vez que sus piernas comenzaban a temblar.

3

1980 Madrid

Tina aún estaba descompuesta cuando el portero salió a buscarla para informarle de que la señora Lolina la esperaba dentro del portal. Con un caminar vacilante y las manos metidas en los bolsillos para esconder el temblor que no podía controlar, se dirigió hacia el interior del edificio. Su mente era un torbellino de emociones, había olvidado cada palabra que tenía preparada para la entrevista, temía que, estar cara a cara con su hermana Dolores, le provocara alguna reacción extraña o una actitud insegura que echara a perder todo lo que había preparado durante la mañana. Respiró con profundidad antes de pisar el umbral que daba paso a ese encuentro tan esperado como temido.

—Buenos días Señora—saludó Tina mientras la mano que ofrecía a Lolina temblaba descontrolada sin que pudiera hacer nada por detenerla.

—¿Se encuentra bien?—le preguntó Lolina ofreciendo su mano a la temblorosa mujer que tenía delante.

—Un poco nerviosa, nada más. Nunca he salido a buscar trabajo, no lo había necesitado y ahora...en fin, no sé cómo hacerlo, me siento un poco azorada.

—¿Nos conocemos?—preguntó Lolina mirándola fijamente.

—No, creo que no—contestó Tina nerviosa.

—Debo de haberle confundido con alguien, su cara me es familiar.

—No vivo en Madrid, solo vine a buscar trabajo.

—¿Tiene referencias?—preguntó Lolina.

—No. Es mi primera vez.

—Comprenda que necesito una mujer de confianza. Viviría con mi madre, interna y aunque yo vengo a diario, ponemos una casa en sus manos.

—¡Vaya! Lo siento. No puedo acreditar ningún trabajo anterior.

—Entonces es complicado que le pueda dar el trabajo. Mi madre es una persona difícil, no encuentro a nadie que esté con ella más de una semana seguida. Yo..., puede subir conmigo a conocerla y si no encontrara a nadie, podría ser usted. Sería una alternativa, pero no le puedo ofrecer más.

—...—Tina no había pensado en eso y ahora no tenía remedio. De

saberlo quizá hubiera conseguido de alguna familia conocida credenciales ficticias, su familia política, los padres de Alfredo le hubieran ayudado seguro.

—Suba conmigo Señora, si no es molestia claro—Lolina sabía que su madre no aceptaría a nadie sin referencias pero esta mujer le gustaba. Era educada, buen porte, buenos modales, bien vestida, sin duda había sido criada en una buena familia que por los avatares de la vida tenía ahora una situación de dificultad económica.

—Como desee—le respondió Tina.

Cuando subían, vieron a Imelda, la joven asiática, que limpiaba la puerta de entrada a la casa justo enfrente. Seguramente había escuchado toda la conversación entre Tina y Lolina.

—¡Buenas tardes señora Lolina y acompañante!—saludó con voz cantarina—¿Encontró alguien para acompañar a doña Berta?

—Buenas tardes Imelda. ¿Qué tal se encuentra doña María?—le contestó Lolina mientras abría la puerta del piso situado justo frente a la puerta que limpiaba.

La respuesta de Imelda la recibió ya con la puerta cerrada de nuevo y en el interior de la casa.

—Estas chicas tan jóvenes no le gustan a mi madre. Siempre me dice que son demasiado alcahuetas y que meten en la vida de todo el vecindario. Igual es verdad y sabe vida y milagros de mi madre y de mi familia, pero es buena... ¡Qué malo tiene que hablen!

Tina permaneció callada ante este comentario. La joven sólo había saludado con educación. Mamita Dolores siempre había sido tratada como de la familia y seguramente también sabía las intimidades de la casa y nunca las fue contando por ahí. Quizá doña Berta tenía algo que esconder...

—Madre, ya estoy aquí—Lolina desde la puerta avisaba de su presencia—Vengo acompañada.

—¿Con quién vienes?—sonó una respuesta de lejos en un tono no desagradable pero sí autoritario y seco.

—Quiero que conozcas a esta Señora—le dijo mientras besaba a doña Berta y se dirigía hacia las ventanas a descorrer los espesos cortinajes que mantenían en penumbra el salón—Si te agrada podríamos contratarla para acompañarte.

Doña Berta miró sin disimulo a Tina de arriba hasta abajo.

—¿Has leído sus referencias?—preguntó a su hija ignorando la presencia de Tina.

—No tiene Madre, es la primera vez que accede a un trabajo, pero quiero que la conozcas y decidas tú.

—¡Ya está decidido! Si no hay referencias no hay trabajo.

—¡Pero Madre...!

—¡Ya me has oído!

—Está bien, no te disgustes. Buscaré otra—Lolina miró impotente a Tina con un gesto de resignación en su rostro—Está imposible, lo siento—le dijo en un susurro—Casi esperaba esta respuesta.

—No se preocupe, no importa. Ya veo que es una mujer difícil.

—¿Qué estáis hablando? ¡No susurres Lolina! Ya sabes que me molesta—doña Berta las miraba alterada.

—Nada Madre, estaba despidiendo a esta Señora, por cierto...no me dijo su nombre.

—Tina, mi nombre es Tina. Diminutivo de Celestina, supongo que igual que usted, que entiendo que su nombre es Dolores—Tina quemaba un último cartucho para despertar la curiosidad en la que suponía su hermana Dolores.

—Celestina...—por un momento los ojos de Lolina parpadearon varias veces con rapidez—Sí, sí...mi nombre es Dolores.

—Bueno Señora si no desea nada más, me voy.

—¿Me podría dar un número de teléfono? Si no encuentro a nadie, mi madre no tendrá más remedio que aceptar.

—Estoy en Madrid en casa de unos familiares, estaré durante unos quince días a menos que encuentre trabajo antes. Aquí me puede localizar, en este número 91 ... ...Si es con posterioridad le doy otro número de Guadalajara donde también buscaré trabajo.

Tina abandonó la casa con la esperanza de que su nombre y su rostro hubieran provocado alguna reacción en la que suponía su hermana. De ser así, estaba segura de que recibiría una llamada aunque sólo fuera por curiosidad.

Lolina despidió a esa mujer con un sentimiento de desazón que no entendía. Su rostro, su nombre, no se le iban de la cabeza, pero no lograba recordar de qué la conocía.

4

1980 Madrid

Lolina

Tras despedir a Tina, Lolina suspiró desesperada por la actitud de su madre.

"¿Cómo podía haber cambiado tanto tras la muerte de su padre?—se decía"

Siempre fue una mujer activa, agradable, conversadora, una mujer que recibía en su casa a sus amigas con alegría, con desparpajo, que disfrutaba de tardes enteras jugando a la Canasta con ellas mientras bebían sus copitas de anís y reían sin parar contando anécdotas de sus propias vidas.

¿Dónde había quedado esa mujer?

¿Se quedó en la puerta del edificio aquella maldita mañana de 1970?

Hasta la casa parecía que había cambiado. Ya no era la misma de antes. Ahora la sentía oscura y casi tétrica. Los grandes ventanales que siempre habían dado luz y alegría al salón, hacía tiempo que se mantenían cerrados con cortinajes oscuros que apenas dejaban pasar la luz del sol. Ella, nada más llegar, los abría, esa oscuridad la deprimía. Pero al día siguiente, cuando llegaba de nuevo a la casa de su madre, las sombras inundaban el salón volviendo lúgubre la estancia. Doña Berta, a veces la esperaba sentada en su sillón, dormitando en el rincón más apartado de los balcones, en otras ocasiones, se quedaba en la cama hasta que Lolina llegaba casi a mediodía. Ahora era una mujer sin ilusiones, sin ganas de vivir, sin ganas de ver a nadie, con un carácter agrio y desagradable que no lograban dulcificar ni la visita de sus nietos, a los que en vida de su esposo adoraba, paseaba por el parque y se negaba a pasar un sólo día sin su compañía. A diario requería esa alegría que le daban sus preciosos nietos. Ahora, esos nietos habían crecido y cada vez les apetecía menos visitar a su abuela. Si en pasado deseaban llegar a esa enorme casa, donde tenían una habitación de juegos exclusiva para ellos, donde siempre les aguardaba alguna sorpresa en forma de golosina, paseos, viajes a la sierra con los abuelitos, ahora sólo

encontraban a una anciana que incluso había empezado a oler a vejez y que parecía estorbarle la presencia de los chicos. Les mandaba a callar argumentando un dolor de cabeza fingido, cerraba los ojos ignorando sus palabras o les decía que estaba cansada y que se iba a la cama. Era tan explícito y claro que su presencia les molestaba, que ya apenas la visitaban. Comprendían su rabia, pero ellos no eran culpables, ellos también sufrieron la muerte de su querido abuelo. Fue una muerte incomprensible, inesperada y cruel, pero la vida no se había parado, continuaba su caminar infinito, sus días pasaban sin pausa, al mismo ritmo, siempre igual.

Lolina se preguntaba a veces si el hecho de ser adoptada tendría algo que ver con estos cambios de comportamiento con sus hijos. No llevaban la misma sangre, pero todo había sido tan perfecto en vida de su padre, que era impensable que su madre hubiera fingido toda la vida un amor que no sentía. ¡No podía ser así! A ella la quería, de eso estaba segura, de hecho, era la única persona que lograba sacarle una sonrisa en contadas ocasiones. Era la única que aceptaba en casa con gusto, conversaban con normalidad de numerosos temas y sentía su tristeza cuando llegaba la hora de partir a su propio hogar. Ese cambio con sus hijos no lo entendía, su amor parecía sincero, su disfrute también y la ilusión por verlos era tan obvia... ¿La ira, la impotencia o quizá la vejez, cambiaba tanto a las personas?

La muerte de su padre fue dura para todos, aún le extrañaban a diario, cada momento, cada minuto, todo era diferente cuando vivía. Ya se habían cumplido 10 años desde aquel maldito día en que su coche voló por los aires casi en la puerta de su casa.

Tenían por costumbre desde que era una niña, salir por la mañana, los tres juntos, despedían a su padre, al que esperaba un coche oficial en la puerta y después, su madre la acompañaba hasta la puerta del colegio. Cuando ella abandonó su hogar para formar su propia familia, su madre continuó acompañando a su marido a la puerta cada mañana y, ante sus aterrorizados ojos, una mañana de 1970, vio saltar por los aires el coche que llevaba a su esposo hasta el Ministerio, a unos cien metros de la puerta de entrada. La onda explosiva le había llegado también a ella que aún permanecía en la calle, lanzando su cuerpo hacia la fachada del edificio y provocándole un fuerte golpe en la cabeza. No pudo ver más, cayó desvanecida sobre la acera. Lo siguiente que recordaba era su despertar en una cama de hospital, desorientada, preguntándose si era un sueño lo que había visto. No pudo asistir al funeral de su esposo, no pudo despedirse de él, del amor de su vida, de su compañero y ya nunca fue la misma. Tan sólo tres días después pudo estar en la misa que celebraron en su memoria.

Diez años no son suficientes para perdonar.

Toda una vida no es suficiente para perdonar.

Ni su madre ni ella habían perdonado, ni perdonarían jamás a los asesinos de su padre.

Pero ella había logrado vivir con esa angustia infinita, con ese dolor constante, lo había asimilado en su corazón y a veces, solo a veces, lo dejaba salir a través de algún comentario lleno de rabia e impotencia. Su madre en cambio, vivía un continuo tormento, no supo o no pudo seguir viviendo con ese dolor, con esa ira que le provocaba una muerte tan injusta y despiadada. Eran demasiadas familias las que habían pasado por un hecho similar y su vida continuaba, diferente, dolorosa sin duda, pero siempre adelante.

Pero la vida de su madre se había parado en aquel fatídico día. Desde entonces, ella acudía cada día a acompañar a su madre, intentaba transmitirle un poco de serenidad, trataba de enseñarla a vivir sin él. Berta no era fácil de conformar, no quería conformarse sin más. Sus visitas diarias se fueron alargando en el tiempo y ya hacía diez años que pasaba más de mediodía acompañando a su madre. Pero no siempre podía permanecer allí sin tiempo. Tenía su casa, sus hijos, su esposo, tenía que atender su hogar. Hacía ya unos años desde que comenzó a busca a una mujer que hiciera compañía a Berta, si pudiera ser, una interna que permaneciera las veinticuatro horas a su lado. La casa era muy grande y su madre había comenzado a descuidar su limpieza, parecía que no le importaba ver polvo en la superficie de los muebles, manchas en el suelo, sábanas que no se cambiaban nunca, cristales sucios. En un principio, Lolina se hizo cargo del mantenimiento pero era imposible mantener en orden dos casas al mismo tiempo. Acababa agotada. Ya no tenían apenas tiempo de conversar relajadas, de compartir algunas horas juntas sin otra tarea que hacerse compañía. Sus estancias en la casa de su madre se habían convertido en una carrera de fondo, en unas horas que no eran suficientes para terminar las labores cotidianas de una casa y además aportar un tiempo de compañía y charlas con ella. La ayuda de una interna era esencial para ella y para su madre.

Había entrevistado a decenas de chicas, algunas se quedaban hasta que no soportaban más el carácter de doña Berta. Las espantaba, todas le molestaban. Ninguna estuvo más de un mes en la casa.

Cuando vio a Tina, aún sin tener referencias de ella, renovó sus esperanzas casi perdidas. Era mayor, muy educada, era distinta a todas las anteriores, quizá esta mujer fuera la solución a sus problemas. Pero no tuvo suerte, su madre volvió a negarse.

—Celestina…—se repetía Lolina en apenas un susurro—Celestina..., me suena ese nombre. No es usual...Madre ¿Conocemos a

alguien de nombre Celestina?

—Yo no—respondió Doña Berta.

—¿Estás segura de que entre tus amigas no había una con ese nombre?

—¿Cómo no voy a conocer los nombres de mis amigas? Hace tiempo que no las frecuento pero no estoy tonta, aún recuerdo sus nombres.

—Pues no sé de qué me es familiar ese nombre. Al decirlo me produjo un algo, no sé qué, pero me removió un recuerdo, supongo...

—Alguna compañera de estudios—respondió Doña Berta.

—No, qué va a ser compañera, yo también recuerdo sus nombres. La cosa es que me es muy familiar, muy cercano. Jamás lo había oído hasta hoy y ha sido como volver a algún lugar. Ha sido extraño.

—¿Crees que pudo ser alguna niña de las que vivían contigo antes de que te adoptásemos? ¡Pero no..., eras demasiado pequeña para recordar sus nombres, apenas tenías 5 años!

—No creo..., pero…, podría ser—Lolina se quedó pensando—Madre esta mujer, la Celestina esta, a mi me gusta, me parece la mujer perfecta para acompañarte y cuidar la casa. Es diferente a todas las anteriores, tiene algo que me gusta, me da confianza. ¿Qué tal la ves?

—¿Qué pretendes, dejarme con una desconocida para no venir a verme?—le respondió doña Berta con desdén.

—¡Madre! Yo seguiré viniendo cada día, como siempre, pero no puedo hacerme cargo de todo, tengo mi propia casa, termino agotada, casi no veo a los chicos. Solo pretendo disfrutar de tu compañía y estar un rato contigo sin tener que hacer nada más que acompañarte, o pasear un rato, o ir de compras, cualquier cosa menos estar limpiando, lavando, ordenando, es que casi no estoy contigo. Estoy cansada Madre.

—Bueno...cuando encuentres la próxima te prometo que me lo pienso—contestó doña Berta en ese tono infantil y caprichoso que a veces adoptan los ancianos para seguir haciendo su voluntad sin recibir una reprimenda por ello.

—¿Cómo la próxima? Tengo el teléfono de esta mujer. Puedo llamarla y hablas con ella, después decides si te gusta o no.

—Haz lo que quieras, pero hoy no. Ya si acaso mañana la entrevisto. Yo sin referencias me siento muy insegura. ¿Qué sabemos de ella? Desde lo de tu padre no confío en nadie desconocido. Incluso puede ser comunista, no lo sabemos.

—¿Qué más da lo que sea? ¡Comunista....! ¿Qué piensas que es ser comunista? Estamos en Democracia, cada uno puede ser lo quiera y no significa ser mejor o peor que nosotros.

—¡No quiero comunistas en casa! ¡Eso no..., nunca! Por ahí no pasaré jamás.

—Recuerda que los comunistas no mataron a Papá, fueron terroristas, ETA madre.

—Parecido, si no lo mismo—contestó con rotundidad doña Berta—En la guerra mataron a muchos de nuestros conocidos.

—¡Pero qué guerra Madre! Hace cuarenta años que se acabó la guerra. Pon tus pies en la tierra, no puedes seguir viviendo en la prehistoria.

—¡Qué sabrás tú de la guerra!

—En fin..., sabes que no voy a discutir contigo sobre eso. Veré que puedo hacer, pero por favor escucha a las personas antes de espantarlas.

5

Adopción de Dolores

Dolores Quintanilla Aguado

Sebastián Quintanilla Orta y Berta Aguado de la Riva habían contraído matrimonio en 1937. El enlace no pudo celebrarse en su momento, España se hallaba inmersa en una guerra civil que mantenía el país totalmente dividido. La incertidumbre y el miedo, teñían el ánimo de los españoles.

Ambos pertenecían a dos grandes familias de Madrid que unían sus fortunas y su patrimonio con el enlace de sus respectivos primogénitos. Fue una boda por amor, Sebastián y Berta vivieron un corto pero apasionado noviazgo que terminó en un inesperado embarazo. En una pequeña capilla y ante sus padres y hermanos, un sacerdote bendijo su unión a una hora muy temprana, apenas amanecía cuando salieron convertidos en marido y mujer. Berta iba embarazada de dos meses, de ahí las prisas. Las familias acordaron el matrimonio en una rápida pedida de mano así como que su primer nieto, sería prematuro. El nacimiento de un hijo no era posible programarlo pero la tensión de la guerra que se libraba, la juventud de Berta y cualquier otra causa que ya pensarían, iban a provocar un parto anticipado. Todo era preferible a admitir que Berta había perdido la honra antes de pasar por el altar.

Las circunstancias en Madrid no permitían una celebración por todo lo alto como hubiera sido el deseo de ambas familias y el continuo desarrollo de la contienda hizo que nunca llegara esa celebración que iban posponiendo a medida que se sucedían los hechos bélicos, los avances de las tropas, la entrada en Madrid.

Ninguna de las dos familias estaba oficialmente posicionada políticamente hablando. Ambas tenían amistades en los dos bandos en que se dividió la sociedad madrileña. Nunca tomaron partido por nadie para no señalarse, mantuvieron un silencio bien estudiado y vivieron sin destacar hasta que no estuvieron bien seguros de quién serían los vencedores. Durante esos años de la contienda, permanecieron en un encierro voluntario para evitar codearse con sus amigos de toda la vida, ahora divididos en dos ideologías totalmente opuestas. Quizá fue la postura más cómoda, la menos arriesgada, la

única que les permitiría seguir conservando sus propiedades y viviendo como lo habían hecho hasta ese momento. Fue la postura que tomaron muchas familias, en realidad la mayoría de las más ilustres familias que posteriormente se posicionaron al lado de los vencedores.

Berta, con apenas 24 años, era una joven inexperta, criada entre algodones, siempre vivió protegida por su familia. Vivió ilusionada los preparativos de su boda y la decoración de su nuevo hogar, el que compartiría con su gran amor. Una casa que le pareció demasiado grande y demasiado solitaria cuando comenzó su etapa de mujer casada. Allí se sentía asustada, tenía miedo de salir a la calle y pasaba los días encerrada y a veces llorando, extrañando la presencia y la protección de sus padres y hermanas. Cuando llegaba su esposo, su semblante cambiaba, se tranquilizaba y disfrutaba de esa nueva experiencia. Pero eso sucedía casi al anochecer. Durante todo el día, Berta estaba en casa sola, solía esconderse bajo una cama cuando escuchaba los bombardeos en Madrid, los escuchaba como si estuvieran al lado. También escuchaba pasar por la calle las milicias de los partidos de izquierda y de los anarquistas que recorrían Madrid evitando le entrada del ejército nacional en la capital. Aterrorizada, se ovillaba como una niña en el rincón más profundo de su casa y allí esperaba la llegada de su marido. Aún no conocía a sus vecinos del edificio, les escuchaba a través de las ventanas pero no se atrevía a conversar con ellos. Su madre le advertía sobre el peligro de entablar nuevas amistades sin saber qué clase de personas eran.

Un día en que los bombardeos eran intensos y frecuentes, Berta, escondida, con sus manos tapando los oídos, sintió que sus piernas estaban muy mojadas, hilillos de sangre las recorrían hasta los pies. Corrió a la cama asustada, se tapó la cabeza y se mantuvo totalmente inmóvil hasta que dos horas más tarde escuchó la puerta de la casa.

Había esperado demasiado tiempo sin llamar a un médico, Sebastián la encontró sobre un charco de sangre, casi no podía hablar, apenas le quedaban fuerzas y su rostro tenía el color de la cera.

Berta perdió a su hijo cuando estaba en su sexto mes de gestación.

En una operación a vida o muerte, con nervios, con prisas por terminarla antes de que la luz del quirófano se interrumpiera o se cortara durante algún bombardeo, quedó imposibilitada para volver a concebir. Se había perdido demasiado tiempo y demasiada sangre. Tan sólo la fuerza de su juventud impidió que también perdiera la vida.

Durante varios meses, Berta se trasladó de nuevo a casa de sus padres mientras recuperaba sus fuerzas, pero nunca imaginaron que su recuperación le llevaría algunos años. Tras saber que jamás podría volver a quedar embarazada, entró en una espiral de emociones que la

llevó a estar ingresada en un Psiquiátrico en varias ocasiones por intentar atentar contra su vida.

En 1941, ya posicionados en el bando vencedor, Sebastián apoyaba económicamente y con su presencia cualquier acto franquista. En estos actos, donde la Iglesia era asidua, comenzó a conocer y compartir momentos y charlas con personajes importantes de la más rancia sociedad madrileña. Algunos eran conocidos de toda la vida y reforzaban su amistad en esos actos. A otros conocidos de años anteriores, se les perdió la pista, desaparecieron sin más y Sebastián nunca preguntó por ellos. Allí comenzó a conocer la existencia de los niños recogidos de la calle durante la guerra y los que seguían llegando cada día, huérfanos, hijos de republicanos, y que permanecían en los orfanatos hasta encontrar familias adoptivas.

Tras hablar de este tema con Berta y observando el brillo acuoso que inundaron los ojos de ella, decidieron adoptar a uno de ellos. Pequeño, por supuesto, querían disfrutar de su niñez como no pudieron hacerlo con su propio hijo. Eligieron a Dolores porque su edad coincidía con la que hubiera tenido su hijo en aquel momento. Su cara de tristeza les enterneció, esa bonita cara que les miraba con miedo desde el suelo. Esa pequeña les rompió el alma y con una sola mirada, Berta y Sebastián supieron que era ella la elegida.

Dolores abandonó Guadarrama igual que sus hermanas. Previo pago de 200.000 pesetas, porque la edad de la pequeña así lo requería. Llegó a una casa muy grande, muy blanca, con mucha luz y muy poca alegría hasta ese día. En aquellos momentos, Dolores era la única de las cuatro hermanas que aún permanecía en el preventorio. Unos días antes se habían llevado a la pequeña Isabel.

Su partida fue la menos dolorosa de todas, allí no dejaba a nadie, realmente fue un alivio salir de aquel infierno.

Llegó para iluminar la vida de ese matrimonio y la suya propia, tras salir de ese lugar oscuro, frío y espantoso de donde provenía.

Cuando llegó a su nueva casa, ya tenía una habitación exclusiva para ella, de color rosado, llena de juguetes y muñecas, llena de color y luz. Los ojos de Dolores, totalmente abiertos y asombrados, recorrían la habitación de lado a lado sin atreverse a dar un paso hacia aquellas preciosas muñecas que hubiera querido abrazar. En el internado también había muñecas pero eran tan viejas, sucias y feas que Dolores temió tocar a estas que eran verdaderas princesas, por temor a que no fueran para jugar.

—Son todas para ti, pequeña—le dijo Berta arrodillada a su lado y acariciando su carita—Todo lo que ves es tuyo.

Asombrada y algo desconfiada, Dolores seguía mirando sin querer tocar nada de lo que tenía delante. Miraba hacia la puerta como si

esperase ver entrar a una cuidadora para agarrarla del pelo y sacarla de ese sueño mientras se mofaba de ella. Era pequeña pero el infierno que había vivido no era fácil de olvidar.

Los minutos pasaban y esa mujer amable seguía a su lado asegurando que todo era suyo. Ninguna cuidadora entraba en la habitación.

—¿Hasta cuándo puedo estar aquí?—preguntó tímidamente a esa señora.

—Esta será tu casa Dolores, para siempre será tu casa. Esta será tu habitación y todas estas muñecas son para ti, son tuyas, nosotros las compramos para ti.

La vida de Dolores en esa familia fue feliz, muy feliz. Recibió amor a raudales. Su adaptación fue relativamente fácil. Su cambio de nombre no vino impuesto por sus padres adoptivos, fueron sus propias compañeras del colegio las que empezaron a llamarla Lolina para distinguirla de otra alumna, a la que ya conocían por Loli.

Lolina Quintanilla.

Cuando cumplió 18 años, ya estaba prometida al que sería su futuro esposo. Los recuerdos de Lolina eran vagos y lejanos pero siempre supo que provenía de otro lugar, aunque en casa nunca se hablara de ello. A esa edad, a los 18, preguntó y sus padres le hablaron de su adopción, del aborto de su madre adoptiva, de la imposibilidad de concebir y de la decisión que tomaron de adoptarla. Le hablaron de la luz que había aportado a su vida, de cómo la amaban sin condiciones, de lo poco que importaba que no hubiera nacido del vientre de Berta. Era su hija, su adorable y querida hija.

—Necesitaba saber, solo eso—le dijo a sus padres—Para mí no existe otra familia que ésta. Me habéis hecho tan feliz que no quiero pensar que fuera otra, sois todo lo que tengo y os quiero con el alma. No necesito saber nada más. No sé el tiempo que estuve en ese lugar tan horrible, a veces tengo recuerdos vagos de otras niñas que estaban conmigo. ¡Ojalá todas hayan tenido la misma suerte que yo!

La vida de Lolina Quintanilla fue perfecta hasta aquella mañana de 1970 en que perdió a su padre.

6

1980 Madrid.

La llamada

La llamada de Lolina Quintanilla no sorprendió a Tina, en realidad la estaba esperando. Algo dentro de su corazón le decía que el encuentro no había sido en vano. Había sentido cómo su nombre, Celestina, turbaba por unos segundos a Lolina.

Le dijo que su madre estaba dispuesta a entrevistarla aún sin tener referencias y la citó en una cafetería del centro de Madrid, quería hablar algunos temas con ella antes de que fuera su propia madre quién la entrevistara, temas importantes que no podían comentar delante de Berta pero que eran de suma importancia para comprender su actitud huraña y desagradable.

Tina ya le había contado a mamita Dolores todo lo que ocurrió la mañana anterior así como la seguridad que tenía de que la volvería a llamar.

¡Ya había localizado a Dolores, ya sabía dónde encontrarla!

Ahora no tenía interés en aceptar el trabajo, de hecho, no lo iba a aceptar pero sí iba a escuchar todo lo que le contara y por descontado iba a intentar recuperar a su hermana.

A las seis de la tarde, Tina llegó puntual al encuentro con Lolina.

Ella aún no había llegado y Tina ocupó una de las primeras mesas para estar visible y a la vez respirar bien hondo cuando la viera entrar. Eran tantas cosas las que tenían que hablar que Tina rogaba para que Dolores la escuchara. No sabía si era conocedora de su adopción, apenas tenía 5 años y sus recuerdos quizá habían quedado en el olvido. En su bolso, llevaba los documentos que probaban la veracidad de todo lo que le iba a contar.

—¡Disculpe mi retraso Tina! Cuando llega la hora de dejar la casa de mi madre, siempre se le ocurren cosas que hacer o hablar—Lolina llegó apresurada, corriendo por la acera de la calle hasta el café donde tenían la cita.

—No se preocupe, en realidad acabo de llegar—mintió Tina—Aún no me dio tiempo a pedir nada.

—Me pone tan nerviosa mi madre. Ella no era así, de verdad se lo digo, era la persona más encantadora que he conocido pero las

circunstancias de la vida la volvieron del revés. Le pido disculpas en su nombre.

—No se preocupe Lolina, las personas mayores cambian. Solo hay que tenerles un poco de paciencia.

—En serio se lo digo, yo la estoy perdiendo con mi madre y eso me causa mucha ansiedad. He tenido la mejor madre del mundo, estoy segura, los mejores padres que se pueden tener. Cuando pierdo la paciencia con ella me siento muy culpable y desagradecida, porque tengo tanto que agradecerle, que me juzgo continuamente. Es un cargo de conciencia que me pesa y me hace parecer una hija horrible.

—Supongo que entre una madre y una hija todo se perdona, todo pasa a un plano menor, ante el amor que se profesan—Tina muy atenta a sus palabras, trataba de aliviar un poco la conciencia de Dolores. Se preguntaba si ella era la única de sus hermanas que lo había pasado tan mal, la única que no se había adaptado a esa nueva vida y escuchando a su hermana, ponía en tela de juicio su propio comportamiento con sus padres adoptivos.

—Debe de ser así porque cuando discutimos, pasan diez minutos y todo está olvidado. Soy hija única y siempre ha habido una unión muy especial con mi madre. ¿Sabe? No soy su hija biológica, fui adoptada, no tenemos la misma sangre y a pesar de eso, nuestra relación fue desde el primer momento profunda y espiritual—Lolina, con la taza de café en sus manos, hablaba mirando al infinito. Su tono era apasionado y bajo, parecía que hablaba consigo misma, era como si estuviera reconociendo en público y por primera vez, el inmenso amor que tenía a su madre.

—Me alegra oír eso, yo también fui adoptada, sabe? Pero nunca logré amar así a mis padres adoptivos.

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! ¿Y a qué familia pertenece? Ayer me pareció que le conocía de algo, lo comenté con mi madre pero no logramos sacar conclusiones. Su nombre me es familiar, no es un nombre usual y su cara me recordó a alguien. ¿Pudimos coincidir en el mismo orfanato? Pero..., yo era muy pequeña, a esa edad los recuerdos son tan vagos… Recuerdos que vienen y van, son visiones repentinas que apenas duran un segundo y no dejan huella en la memoria.

—Dolores...—suspiró Tina antes de continuar—Tú eras muy pequeña pero yo tenía 10 años cuando nos separaron... ¡Nunca os he olvidado!

—¿Cómo?—los ojos de Lolina parecían querer salir de sus órbitas, incredulidad, estupor, intriga, todos los sentimientos se iban reflejando en los parpadeos y muecas que su cara iba manifestando.

—Somos hermanas Dolores y fuimos cruelmente separadas de nuestra madre y después no nos permitieron seguir juntas. Éramos

cuatro hermanas.

—Tina, esto que me cuenta..., tendrá pruebas de lo que dice. ¿Tan segura está usted para abordarme como lo ha hecho? ¿Usted fue buscando trabajo hasta mi casa o me buscaba a mí?—Lolina se estaba poniendo muy nerviosa.

—Dolores, tranquilízate, por favor y escúchame. Aquí solo tengo los documentos de tu adopción, pero en mi casa tengo todo el expediente completo de nuestra familia. Si no estuviera segura jamás hubiera venido a buscarte. Y sí, llevas razón, no busco trabajo, te buscaba a ti.

—¿Puedo verlo?—exigió Lolina.

—¡Por supuesto!

—Y si esos documentos son de mi adopción... ¿Por qué los tiene usted?

—¡Dolores no me trates como a una extraña! Me duele, tutéame por lo menos—Tina, con las lágrimas asomando a sus ojos, le acercó los documento que llevaba en su bolso.

—Efectivamente son documentos de adopción de una niña llamada Dolores, hija de Matilde y padre republicano, sin nombre, procedente de Robledillo de Gata. Aparece la dirección de mi casa pero no el nombre de mis padres. ¡Esto no prueba que seamos hermanas!

—Los tengo todos, los de las cuatro. Todos son idénticos. Aparecen los nombres de los padres adoptivos en el expediente mío y en el de Asunción. En el tuyo y en el de Isabel no lo aportan por seguridad.... ¡dice!

—¿Cómo a llegado esto a ti?

—Es una larga historia, pero hace muy poco que los tengo en mi poder. Ahora que mi madre adoptiva ha muerto ya no importa que salgan a la luz, fueron conseguidos de manera ilegal...digamos. Me los entregó antes de morir, llevaba años guardando esta información. No todas las adopciones son iguales, yo no logré amar a Consuelo ni a Ernesto a pesar de que me dieron una buena vida y ahora los odiaré mientras viva por haberme privado de mis hermanas y de mi madre. Hay dos imágenes que nunca olvidaré, que me persiguen continuamente. La primera es de nuestra madre biológica llorando desesperada en la puerta de nuestra casa cuando nos llevaron al orfanato y la segunda...sois vosotras, Asunción, Isabel y tú llorando y pateando a las cuidadoras cuando me sacaron de allí para llevarme con otra familia. Dejaros solas con esa gente malvada y cruel ha sido lo más doloroso que me ha pasado en la vida.

—Celestina..., Asunción..., Isabel..., Celestina..., Asunción..., Isabel...—Lolina, con los ojos cerrados y restregando sus manos nerviosa, pronunciaba una y otras vez los nombres de sus hermanas como si nombrarlos continuadamente le fuera trayendo recuerdos

lejanos y olvidados en su mente.

—Sí, esos son nuestros nombres, los nombres de tus hermanas.

—Tina discúlpeme, me voy a mi casa, tengo que pensar, asimilar y comprender todo esto que me cuenta. Tengo que recordar, quiero recordar, en alguna parte de mi cabeza están esos recuerdos. Me pondré de nuevo en contacto con usted, deme unos días, los necesito. Este es el número de teléfono de mi casa. Me gustaría ver todos esos documentos que dice tener y estar completamente segura de lo que cuenta. ¿Ha contactado con las otras dos?

—De momento solo Asunción.

—¿Y reaccionó bien? ¿Creyó lo que le contaba?

—No tuve oportunidad de hablar con ella, solo con sus padres adoptivos. Asunción murió con 18 años.

—¡Oh!—Dolores se tapó la boca con la mano en un gesto de dolor.

Se despidieron con la promesa de volver a verse en unos días. Tina iba feliz por ese primer encuentro. Sentía que Dolores la había creído. La miró alejarse en dirección a su casa.

Lolina se alejaba preocupada por lo que acababa de saber pero le creía, había visto en los ojos de Tina mucho dolor y verdad.

7

1980 Madrid

Charla entre doña Berta y su hija Lolina

Lolina volvió a su casa abatida y algo desconcertada por lo que acababa de contarle Tina. Tenía que verla de nuevo y comprobar todos esos documentos que decía tener. Parecía sincera, Tina no aparentaba ser una mujer con otras pretensiones. Era educada, había vivido con una buena familia, era obvio que económicamente estaba bien situada. Lolina no lograba encontrar otra razón en Tina que no fuera la de mostrarle una verdad que no conocía y la de volver a ver a esa familia de la que fue separada y de la que ella apenas recordaba nada. Si no hubiese sido por Tina, jamás hubiera recordado esos nombres que ahora le eran tan familiares.

Asunción, Isabel, Celestina…

Esa noche contó a su esposo e hijos su encuentro con Tina. Mientras les relataba cómo la había conocido y su posterior encuentro en la cafetería, Lolina se descubrió contando de manera emocionada cómo le había dado un vuelco el corazón al conocer la muerte de Asunción.

—No la recuerdo, no logro poner rostro a Asunción, no es nadie—contaba emocionada—Pero conocer su prematura muerte me produjo desasosiego y tristeza. No es la misma tristeza que sientes por la muerte de una persona joven, es un desconsuelo que viene del corazón, de dentro, fue algo extraño.

Tanto su esposo como sus tres hijos, la animaron a ese nuevo encuentro y si finalmente todo era verdad, la alentaron a acompañarla en la búsqueda de la hermana menor y de su madre biológica, si aún vivía.

—¡Pero si vamos a tener primos!—dijeron alegremente sus hijos.

—¡Y yo cuñadas!—añadió su esposo dando un toque desenfadado al tema que había puesto algo triste a su esposa.

—Bueno…no os emocionéis tanto. Antes hay que comprobar muchas cosas. Mañana hablaré con la abuela para ver si sabe algo de esto.

Al día siguiente, como cada día, Lolina llegó a casa de su madre rondando el mediodía. Ya estaba doña Berta levantada y sentada en su sillón, con el salón a oscuras. Lolina comenzó su tarea diaria abriendo cortinas y ventanas hasta que el salón quedó inundado por los escasos rayos de sol que habían conseguido salir esa mañana de finales de diciembre. Arregló la habitación de su madre, pasó el cepillo a la casa, puso una lavadora, hizo el guiso que ambas compartirían en el almuerzo, bajó a la panadería y mientras tanto, pensaba cómo abordar el tema que tenía que hablar con su madre.

—Madre, ¿Recuerdas si cuando me adoptaron te dijeron que yo tuviera hermanas?

—Hace demasiado tiempo hija...pero creo que no tenías. De haberlas tenido hubieran estado aquí contigo, nunca nos dijeron que tuvieras hermanas. No nos hubiera importado. Dos años después de que tú llegaras, quisimos adoptar de nuevo pero ya sólo quedaban niños con una edad que más bien eran adolescentes. ¿A qué viene esta pregunta ahora?—si segundos antes doña Berta había respondido con un tono afable y casi melancólico, con su pregunta final había recuperado su tono intransigente y arrogante con los temas que no le interesaban.

—La señora que vino buscando trabajo, esa a la que no quisiste recibir, después me encontré con ella.

—¿Para qué? Te dije que no me gustaba.

—¡Escúchame por favor! En realidad no venía buscando trabajo, dice ser mi hermana...—Lolina puso al corriente a doña Berta de todo lo que había hablado con ella—Nos veremos de nuevo, quiero ver esos documentos.

—¿Pero cómo se atreve a venir a mi casa con esas intenciones? Además no puede saberlo de ninguna forma, en tu adopción no figuraban nuestros nombres, por seguridad. ¡Ten mucho cuidado con ella! Algo busca...no me gustó.

—Llevas razón en cuanto al nombre, pero sí figuraba la dirección. Así me encontró.

—En la caja fuerte están todos los documentos, puedes verlos y comprobar si te dice la verdad.

—Madre los documentos que ella tiene provienen del propio orfanato, no sé cómo los consiguió pero son los que dan fe de la entrada nuestra y la salida de cada una de nosotras. Asegura que éramos cuatro hermanas. Madre yo creo que recuerdo algo, pero demasiado lejano.

—Pero hija... ¿Vas a creer a la primera persona que te diga que es una hermana tuya? ¿Tan fácil? Todas las niñas erais huérfanas.

—Pues además asegura que tenemos madre, en verdad, asegura

que fuimos robadas a esa madre.

—Bueno, bueno, bueno...lo que me quedaba por escuchar. ¿Aún la crees?

—Estoy confundida.

—Hija no me des el disgusto de volver a ver a esa mujer. ¿Es que no te da miedo? A saber qué pretende, qué intenciones tiene. Estoy muy nerviosa, qué disgusto por dios, qué disgusto.

—Madre, madre, tranquila, no la veré más. De verdad, quédate tranquila. Si esto supone hacerte daño, no la veré.

—¿Es que no hemos sido unos buenos padres, hija de mi vida?—preguntaba doña Berta sollozando.

—¡Los mejores que pude tener madre! No imagino otros que superen el amor que me habéis dado.

—¿Entonces qué buscas hija? Olvídate de ella.

—Yo no la busqué madre, ella me encontró y me causó curiosidad, solo eso.

—¡Me acusa de robar niños!—seguía sollozando doña Berta.

—¡Madre, por dios! Eso no es cierto, ella no te acusa de nada. En el caso de que fuera verdad, no eres tú la responsable.

Aunque Lolina había asegurado a su madre que no la vería, solo fue para evitarle el sufrimiento. Unos días más tarde la llamó y se vieron de nuevo, en el mismo lugar. En esta ocasión Tina portaba una abultada carpeta donde guardaba toda la documentación que había podido sacar Consuelo durante el tiempo que ayudaba en el Orfanato de Guadarrama.

—Ya ves que no te he mentido, Dolores. Aquí tienes todos nuestros datos y el de nuestra madre biológica. Cuando fui a Robledillo a buscarla, me enteré de que, un año después de irnos de allí, nuestro padre murió. Tengo algunos datos de ella ya que contrajo un nuevo matrimonio. Según cuentan, se casó con un guardia civil que estaba por el pueblo. Después de la boda se fueron de allí y estamos intentando saber cuáles fueron sus destinos. Sabemos que estuvo en Tetuán cuando era colonia española pero ya no tenemos más información.

—¿Contrajo matrimonio con un militar?

—Sí, eso parece. Ya ves...contradicciones de la vida.

—Y sobre Isabel... ¿Sabes algo?

—Fue con una familia de Madrid también, pero al igual que tú, debía de ser muy importante porque no hay datos de ellos... ¡por seguridad! No tengo idea por donde comenzar a buscarla. Ni siquiera aporta dirección.

—Yo podría intentar averiguar algo sobre el lugar al que fueron los militares de Tetuán. Mi padre trabajaba en un Ministerio, era un alto

cargo. Mi esposo también trabaja en el Ministerio, no es un alto cargo pero quizá nos pueda ayudar. No es en Defensa pero entre ellos hay cierta confianza para temas que no son secreto nacional.

—Dolores, ¿Me crees o aún dudas de mi palabra?

—No, no. Te creo, de verdad, pero tendrás que disculparme. Enterarme que tengo hermanas a mi edad y que tengo un pasado que nunca me contaron…Tienes que darme tiempo. Tú lo sabías desde el primer momento, nunca olvidaste, pero para mí todo es nuevo.

—Por supuesto, Dolores. Tómate todo el tiempo que quieras. No pretendo que me sientas como una hermana hoy mismo. Yo os quiero, a todas, nunca dejé que quereros. Te agradezco tu ayuda por supuesto y si me acompañas en la búsqueda todo será más fácil.

—Cuenta conmigo, pero mi madre no debe saber nada.

—Gracias, gracias… me encantaría darte un abrazo. Hace tanto tiempo de la última vez que te abracé y te consolé…

Al despedirse, ambas estaban de pie, una frente a la otra, en la puerta de la cafetería. Se miraban fijamente a los ojos sin saber qué decir o qué hacer. Tina movía los brazos nerviosa en un intento por tocar a Dolores, aunque sólo fuera acariciar su brazo. Dolores notaba ese nerviosismo de Tina y tampoco sabía qué hacer. Abrazar a una persona que, tan solo unos días antes, era una perfecta desconocida, no era usual pero algo en su corazón le pedía dejarse abrazar por ella. Su cuerpo lanzaba señales adelantando unos centímetros el torso o asintiendo levemente con la cabeza mientras se miraban. Pero Tina era demasiado respetuosa, su timidez no le permitía dar el primer paso. Dolores alzó su mano derecha y acarició el hombro de Tina.

—¡Dame ese abrazo! Quizá ambas lo necesitemos.

1965-1971

LA SOSPECHA

Preventorio de Guadarrama

1

1965 Internado de Guadarrama

Visita de Matilde

Como ya doña Carmen le previno, a la puerta del internado le esperaba toda una corte de hermanas, cuidadoras y el capellán del centro. Matilde, que ignoraba que desde el Palacio del Pardo habían anunciado su visita, se sorprendió de esa bienvenida que se asemejaba a la que recibía cuando el acto era oficial. En ese escenario, tan solo faltaban las niñas uniformadas, repeinadas y colocadas en filas perfectamente alineadas.

El Capellán y la Hermana Superiora, tras el saludo al personal que la esperaba, acompañaron a Matilde hasta el despacho dedicado a recibir visitas ilustres.

—Bienvenida a nuestro humilde hogar doña Matilde. Nuestra querida y excelentísima señora nos informó de su llegada. Está usted en su casa—la Hermana Superiora esperó que Matilde tomara asiento antes que ella.

—Muy agradecida hermana. Ya sabe cómo es doña Carmen. Incluso quería acompañarme. ¡Todo corazón! Ya la conocen.

—Hace tiempo que no nos honra con una visita—intervino el Capellán—Si usted fuera tan amable de trasladarle nuestro deseo de recibirla en nuestra casa, le estaríamos eternamente agradecidos. Como puede ver, este edificio se hace viejo y necesita algunas reparaciones. Sabemos del amor de la Señora por las huérfanas. Estamos seguros de que no va a consentir que vivan en estas condiciones precarias.

—Por supuesto Padre. Le trasladaré su deseo la próxima vez que hable con ella. No sé si también les contó el asunto que me trae aquí.

—Adelante, cuéntenoslo. Ella nos adelantó algo, pero nada concreto—contestó la superiora—Yo llegué aquí hace unos 10 años, conozco poco sobre los años inmediatamente posteriores a la guerra pero nuestro capellán sí estaba aquí entonces. Le ayudará en todo lo que precise.

Matilde volvió a relatar la historia de la prima que ya tenía bien aprendida y añadió un dato que hasta ese momento le había pasado

desapercibido.

Ahora era importante suponiendo que en los documentos constara el nombre de la madre.

—Mi prima también se llamaba Matilde, como yo. Por nuestra abuela materna.

—Va a tener usted suerte doña Matilde—le decía el sacerdote mientras caminaban hacia la sala donde se guardaban los archivos del centro—Eran muchas las niñas que llegaban en aquellos años y apenas teníamos tiempo de documentar su procedencia y posterior destino. Muchas eran las mujeres que se acercaban hasta aquí para ayudar a las hermanas con el cuidado y la educación de las niñas. Recuerdo que una de ellas ordenó el archivo por años. Era meticulosa y ordenada. ¡Una gran benefactora de nuestra casa! Hasta el año 1950 está todo perfectamente archivado. Hemos intentado seguir el orden que ella comenzó pero es complicado. Demasiadas niñas y poco personal para llevar a cabo esta impagable tarea de su educación.

—Lo comprendo Padre. Estas niñas tienen suerte de tener un techo donde dormir. Vuestra labor es maravillosa. ¿Qué sería de ellas si no estuvieran aquí? ¡Sólo Dios sabe qué hubiera sido de estas pobres niñas!

—Bueno...hemos llegado. Como puede ver hasta 1950 el orden es perfecto. Del polvo no vamos a hablar...Tendré que decirle a la superiora que envíe a alguien a limpiar un poco.

—No se preocupe Padre, si me consigue una bata, el polvo será lo de menos.

—Enseguida le traigo una—el sacerdote, solícito, salió en busca de una de las batas blancas que llevaban las cuidadoras.

Mientras tanto, Matilde, paseaba frente a la estantería que contenía los primeros años de la posguerra. Había cinco cajas con el año 1940 escrito con números bien grandes en el frontal. Considerando que sus hijas salieron del pueblo en el mes de septiembre, lo lógico sería que la documentación que buscaba estuviera en una de las tres últimas.

—Aquí tiene doña Matilde. Me dieron un guardapolvo y unos manguitos.

—Gracias padre. Tengo localizado el año y como bien dice está bien organizado. No me llevará demasiado tiempo—Matilde se iba colocando el guardapolvo—No es necesario que me acompañe, seguro que tiene cosas importantes que hacer.

—Pues si no le importa doña Matilde, voy a mis quehaceres y si necesita ayuda no tiene más que llamar. Estamos a su disposición.

—Muy agradecida padre. Le llamaré si le necesito.

A Matilde no le costó demasiado tiempo localizar el mes de septiembre de 1940. Dentro de las cajas había carpetas que contenían

datos individuales de cada interna. Comprobó que las entradas de las niñas, no existían como tal, sino que se detallaba el origen de cada una dentro de la carpeta correspondiente a la salida del internado. Cogió una al azar en la que se especificaba la adopción de una pequeña con 4 años en la fecha del 30 de Septiembre de 1940. A partir de ahí documentaban su procedencia, el nombre de su familia biológica así como los datos de la familia adoptante.

Una a una fue revisando carpetas hasta dar con una en la que constaba, en la primera página de la documentación, que la niña Celestina del Corral Vazquez había sido adoptada por Ernesto del Corral y Consuelo Vazquez, el día 2 de Noviembre de 1940. Añadía dirección completa de la familia.

En la siguiente página pudo ver Matilde su nombre, su pueblo y otros datos que apenas pudo leer cuando las lágrimas comenzaron a emborronar su visión. Con sus manos temblorosas que apenas podía dominar, comenzó a tomar datos en un cuadernillo. En las páginas siguientes buscó infructuosamente el nombre de sus otras hijas.

Celestina había sido adoptada en solitario.

Poco a poco fue encontrando las carpetas que contenían la salida de Asunción, Dolores e Isabel. Todas fueron adoptadas por familias de Madrid menos Asunción. En las dos últimas no constaba el nombre de la familia adoptante pero sí la dirección donde había llegado las niñas. Eso en el caso de Dolores y se encontró sin nada en el caso de Isabel.

Desconsolada, Matilde lloró con rabia la separación de sus hijas. Se imaginó el dolor que debieron de sentir. Siempre imaginó que sus pequeñas, aunque separadas de ella, seguían juntas y eso le daba la conformidad que ahora no sentía. La amargura y la rabia se cruzaron en su corazón. No era su vida la que habían destrozado, también quebraron la de sus hijas.

¿Quién fue el culpable de su separación?

¿Fue una venganza contra ella?

¿Fue un castigo por ser hijas de un republicano?

¿Qué culpa tenían sus pequeñas?

Matilde devolvió cada carpeta a su caja y con los ojos aún hinchados por el llanto, se dirigió al despacho del sacerdote.

—¡Doña Matilde!—sobresaltado por el aspecto que presentaba, el capellán se levantó de un salto y corrió al lado de Matilde—¿Qué le ocurre? ¿No las encontró? ¡Siéntese por favor! Dígame... ¿Qué le tiene es semejante estado?

—Las encontré, sí...—le contestó sollozando—Pero me rompió el corazón descubrir que mis cuatro sobrinas fueron separadas. ¿No hubo ninguna familia que acogiera a todas? ¡Ya sufrieron la muerte de su madre! Hay que ser muy cruel para separar a las niñas. ¡Mi querida prima se estará revolviendo en su tumba! ¿Quién decidió separarlas,

Padre? Hubiera sido preferible que permanecieran en el internado hasta la mayoría de edad, por lo menos seguirían unidas. No puedo dejar de llorar... ¡Quién dio la orden de que fueran separadas! Estoy segura de que la superiora de entonces y usted mismo tratarían de evitarlo. Dígame Padre por qué fueron separadas...

El sacerdote la escuchaba apesadumbrado por el dolor que mostraba. No sabía exactamente de qué niñas estaba hablando pero sí que recordaba que fueron separadas muchas hermanas en aquel entonces. Las órdenes venían directamente del Obispado y ellos obedecían sin más. Sobre todo eran hijas de republicanos que sufrían en sus pequeños cuerpos la venganza que no pudieron acometer contra sus padres. Pero este caso era diferente, doña Matilde no pertenecía a esa clase de gente y supuso que su difunta prima tampoco. Eran huérfanas, sin más—pensaba el sacerdote.

—Tranquilícese doña Matilde, eran años difíciles. Había muchas necesidades, mucha hambre entre las familias. Seguramente no encontraron quien pudiera acoger cuatro bocas más que alimentar. Esa debe de ser la única explicación para separarlas. Estoy seguro. De todos modos tendría que mirar sus expedientes.

—Podrían haberlas dejado aquí juntas—contestó con rabia Matilde.

—Eran demasiadas las niñas que nos llegaban. No teníamos medios para alimentarlas y educarlas a todas. Usted vivió esos años doña Matilde, sabe lo difícil que era vivir.

—¡No hay excusa para eso Padre!

La ira de Matilde comenzaba a asustar al sacerdote que veía cómo se estaba poniendo en riesgo la esperada ayuda de doña Carmen para el internado. Si no lograba apaciguar el malestar de doña Matilde, veía difícil conseguir que hablara en favor de ellos.

—Doña Matilde, le prometo indagar en el asunto. Me ocuparé personalmente de saber qué fue de esas niñas y le mantendré informada. Confíe en mí, se lo ruego.

—No me cabe la menor duda de que lo hará Padre. Estaré esperando su información. Yo trataré de buscarlas también con los escasos datos que aportaban sus expedientes. No lo olvide Padre, es muy importante saber de ellas.

—Me pongo a ello de inmediato doña Matilde. No le fallaré. Tiene que haber una explicación importante que estará debidamente documentada. Si faltara algún dato, en el Obispado sabrán completarlo. Su confesor nos ayudará. Sé de buena tinta la fabulosa relación que le une a él. Tenga fe.

—Gracias Padre—contestó en un tono seco—Disculpe mi enfado, sé que me ayudará. Estoy muy disgustada. No sé cómo se lo voy a contar a doña Carmen...estaba tan ilusionada con que encontrara a

mis sobrinas....—Matilde recalcaba su amistad y le recordaba, con una clara indirecta, que la ayuda que necesitaban dependía en gran medida de lo que ella contara a doña Carmen.

Era el camino para obtener todos los datos que faltaban y sobre todo saber quién fue el despreciable ser que lo ordenó. Estaba segura de que el párroco que llegó a Robledillo tendría mucho que contar sobre eso. Ahora no le temía. Ella tenía más poder que él.

El viaje de vuelta le resultó más largo que de costumbre. Deseaba llegar a casa y compartir con Francisco todo lo que sabía.

Ahora le contaría todo lo que llevaba años esperando.

2

1965 Valencia

Unas horas más tarde de lo esperado, el coche oficial dejó a Matilde en la puerta de la Comandancia de Valencia. El chófer, portando su maleta, le acompañó hasta la puerta de su vivienda. Desde el otro extremo, Francisco cruzaba, en dirección a ella, el gran patio central alrededor del cual se ubicaban las viviendas de los oficiales.

—¡Bienvenida querida Matilde!—la saludó Francisco afectuosamente besando sus mejillas—Me avisaron desde Madrid de que tu vuelta se retrasaría un poco debido a una visita privada que harías en el camino.

—Sí, sí, sí...después te cuento Francisco. Es largo y es algo que debemos hablarlo en privado.

—¿Debo preocuparme? Te noto nerviosa.

—Ya hablamos esta noche. No te preocupes. Estoy un poco alterada por cosas de las que he tenido conocimiento, pero son cosas del pasado..., de mi pasado.

—¿Puedo saber por lo menos dónde hiciste la parada privada?

—En Guadarrama...en el internado.

—¡Dios Matilde! Prometimos....

—¡Son mis hijas, Francisco! Ninguna promesa puede estar por encima de mi sangre. Pero no tienes por qué preocuparte, fui en calidad de familiar de esas niñas. Nadie sabe que son mis hijas.

—¡Han pasado más de cuarenta años Matilde! Tenemos una vida, una familia...

—Una familia en la que también podrían entrar mis hijas, Francisco.

Esa noche, en su habitación, único lugar en el que, en muy escasas ocasiones, se habían atrevido a nombrar el secreto del pasado que compartían, Matilde puso al corriente a Francisco de todos y cada uno de los pasos que había ido planeando desde años atrás y con mucha paciencia, para intentar saber qué fue de sus cuatro hijas. Cuando su amistad con la Señora fue firme, tomó conciencia de que la búsqueda era posible sin levantar sospechas. Comenzó a elaborar un

plan y por fin, cuarenta años más tarde, tenía la posibilidad de volver a verlas.

—¡Es una locura Matilde! Cualquier desliz que cometas puede arruinarnos la vida. ¿Qué harás con todos esos datos que tienes?

—De momento nada. Tengo que pensar cómo hacerlo. Tengo que saber qué clase de familias adoptaron a las niñas. ¿Por qué las separaron? He tardado años en conseguir esta información. No me voy a precipitar, ya me conoces. Si esperé tantos años…

—¿Qué le diremos a nuestros hijos?—preguntó preocupado Francisco.

—Aún nada. Francisco, necesitaba compartir todo esto contigo. Eres la única persona con la que puedo hablar con libertad sobre mi pasado. Pero no quiero que signifique una preocupación más para ti. Por nada pondré en riesgo nuestra vida, nuestra posición, ni tu futuro. Sé que en algún momento tuviste dudas, ahora ya lo sabes. Nunca te mentí...mis hijas existen y están en algún lugar del país. Existen a pesar de que alguien quisiera borrarlas de este mundo. Existen y fueron utilizadas para vengarse de su padre. Es demasiado cruel, Francisco. Te juro por ellas que el culpable lo pagará. Hoy, mañana o dentro de veinte años, pero viviré para que pague lo que hizo.

Durante los cuatro años siguientes, la vida de Matilde seguía su rutina habitual aunque algo había cambiado en ella y en su corazón. Poco después de su visita al internado recibió la llamada de su confesor, secretario del Obispado. Había investigado sobre aquellas niñas tras la petición que le hizo el Capellán del internado. Según anotaciones de la época, el párroco de Robledillo de Gata las enviaba para que fueran educadas en la fe y en las costumbres cristianas. Las tachaba de niñas maleducadas, hijas de republicanos desaparecidos y que, a pesar de su corta edad, actuaban de manera insolente y desvergonzada. Les indicaba que no tuvieran piedad con ellas, que fueran duros en su educación y que no merecían siquiera ser llevadas al internado.

Estas palabras solo hicieron afirmar lo que Matilde sospechaba. Todo fue una venganza del párroco que llegó al pueblo.

A la pregunta de su confesor sobre la verdad de estas contundentes afirmaciones, Matilde solo pudo negar sus palabras con la misma contundencia con las que habían sido escritas en el informe. “Mi prima era viuda y nada tenía que ver con ninguna inclinación política. Solo era una pobre mujer que trataba de sacar adelante a sus hijas—le dijo Matilde a su confesor llorando de rabia más que de dolor.”

Los viajes de Matilde a Madrid se intensificaron con el tiempo. En calidad de amiga, era invitada varias veces al año al Palacio del Pardo. Poco a poco se fue convirtiendo en la mejor confidente de doña

Carmen. En estas estancias en la capital, Matilde estuvo frente a la casa donde vivía el matrimonio que adoptó a su hija Celestina. Desde una cafetería cercana vigilaba la entrada a la espera de ver aparecer a su hija.

Nunca la vio.

También estuvo junto a un kiosko de prensa frente al edificio en el que vivía o había vivido su hija Dolores.

Nunca la vio.

De Isabel no conocía apenas nada y a Asunción la suponía en Albacete.

La adopción de Isabel resultó ser un secreto muy bien guardado, hasta el punto de que los datos exactos sólo los conocía el anterior Obispo, fallecido ya. Su confesor, sobre la adopción de Isabel solo pudo decirle que hubo casos excepcionales en que la familia adoptante era muy poderosa y exigía su anonimato. Era casi imposible saber el paradero actual.

Fueron muchas las ocasiones en que Matilde trató de cruzarse con Celestina o Dolores acudiendo a los domicilios indicados. Todas infructuosas.

En 1970 la banda terrorista ETA acabó con la vida de un alto funcionario del Ministerio de Defensa, en la misma puerta de su casa. Francisco y Matilde acudieron a una misa en su honor, celebrada días después de su muerte, representando a la Comandancia de Valencia. Tras dar el pésame a su viuda doña Berta Aguado, con la que había coincidido en algunas ocasiones en el Palacio del Pardo y a su única hija Lolina Quintanilla, volvieron a Valencia donde se fraguaba por aquel entonces el ascenso de Francisco a Coronel para hacerse cargo del mando de la Comandancia.

3

1970 Valencia

Traspaso de poderes

El Teniente General Armando Hernández y su esposa Adela, siempre habían deseado la vuelta a Madrid. Desde que su hija Adelita contrajo matrimonio y abandonó su casa, no dejaban de pensar en esa deseada vuelta al lugar donde estaba toda su familia y sobre todo al lugar donde Armando ocuparía un lugar destacado junto a su idolatrado Generalísimo. La vuelta se había ido retrasando en el tiempo porque todos los destinos que ofrecían a Armando no cumplían sus expectativas, él volvería cuando quedara vacante un puesto de confianza al lado del General Franco. Adela había disfrutado de todos y cada uno de esos días que la vida le daba para seguir junto a su amada hija, a la que visitaba a menudo en su nuevo hogar. Quizá esperaba disfrutar de un nieto antes de volver a Madrid, algo que tras cinco años de matrimonio aún no había sucedido. Adelita y Lucas daban largas al momento de ser padres—a pesar de la edad de ella—y no mostraban señal alguna ni deseo por aumentar la familia. Lucas seguía en su puesto de trabajo en el puerto y Adelita se ocupaba de la casa. Ambos seguían metidos en los movimientos antifacistas que tuvieron su origen años atrás y que además de universitarios, lo formaban hombres y mujeres de todas las edades y de todas las clases sociales. Sus asambleas eran en ocasiones interceptadas por la Policía impidiendo que se celebrara, en otras, lograban esquivar el control y mantenían la reunión sin contratiempos.

El joven matrimonio había conseguido escapar de cada una de las redadas que “los grises”—nombre por el que era conocida la Policía Franquista entre ellos—habían organizado para dispersar a los asistente a las asambleas. No fue hasta esa manifestación frente a la casa del estudiante asesinado cuando sus rostros aparecieron en la prensa haciendo pública su militancia en esos grupos antifacistas.

Para entonces, Adelita había perdido el miedo totalmente a las represalias que pudiera sufrir y sobre todo había perdido el miedo y el respeto a su padre, el Teniente General Armando Hernández, del que había logrado conocer toda su historia desde que comenzó a luchar

bajo las órdenes del General Franco allá por los años de la Guerra Civil española. En cambio, su madre era una víctima más de su autoridad como la había visto durante toda su vida. Ella también lo fue hasta que salió de su casa. Sentía lástima de su madre y celebraba sus visitas agasajándola con todo el cariño que no recibía en su casa. Por eso no pudo soportar que su padre la llamara "maldita zorra" aquella tarde. Fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Para ella el único "maldito" era él por todo lo que hizo al lado de su "amadísimo" General. Aquel día se enfrentó a su padre con toda su fuerza y la que le daba sentir que Lucas estaba a su lado. Se enfrentó al hombre que ahora sabía que no era su padre biológico.

Con los documentos de su adopción en la mano—que su madre le había entregado justo antes de partir hacia Madrid—Adelita sintió un dolor absoluto por Adela y una serenidad grandiosa por saber que ese hombre cruel y despiadado no llevaba su sangre. Repasó su vida para cerciorarse de que alguna vez le había amado. Sí, le amó e incluso ahora sentía por él algo que no sabría definir. Amor y odio—las dos caras de la moneda—mantenían una lucha a muerte en su corazón. Esos documentos la definían como una huérfana de la guerra, sin familia, sin historia anterior a su llegada a la familia Hernández y un nombre, Isabel, que le pusieron sus padres biológicos. "Huérfana de la guerra" leía una y otra vez Adelita.

—¡Un motivo para agradecer!—le dijo Lucas acogiéndola entre sus brazos—Algo para no vivir odiando eternamente. Quizá el destino te acercó a ellos para unir nuestros caminos.

—Sí, me queda la conformidad de los idiotas—le contestó resignada Adelita—O preguntarme toda la vida ¿Qué hubiera sido de mi vida si...?

—O buscar tus orígenes, tan fácil como preguntar en el Orfanato de Guadarrama, cómo llegaste allí.

—¿Y?—le preguntó Adelita.

—¿Y si fueras hija de un grandioso guerrillero del que sentirte orgullosa?—le dijo Lucas.

—Sí, para compensar la balanza—le sonrió Adelita—¿Nacer con la sangre de un gran guerrillero y vivir con el hijo de puta que lo mató? ¿Eso es lo que podría encontrar?

—¡No estaría mal, mi amor! Una historia interesante que contar...

Mientras tanto, en la Comandancia de Valencia, Armando y Adela, ultimaban los preparativos para su vuelta a Madrid. Esperaban el furgón militar que transportaría sus enseres a su nuevo destino. No era justo al lado del General Franco, pero le habían prometido que en un año estaría dónde quería. Tras el enfrentamiento con su hija, nada le quedaba en Valencia y aunque sabía que Adela la visitaba con

asiduidad, él había roto relaciones con ella y con su yerno.

Adela ya se había despedido de todas las mujeres del cuartel y en especial de Matilde a la que le unía una gran amistad. Hasta ese día no le había contado lo ocurrido y el por qué de la precipitada decisión de volver a Madrid. La seriedad y desconcierto que mostró Matilde cuando le contó lo sucedido en casa de su hija, lo achacó a la cercanía que iba a tener ahora con el Generalísimo.

"Seguramente Matilde pensará en la posibilidad de que yo ocupe su lugar con la Señora y eso no le gusta, claro"—se decía Adela.

Adela siempre había deseado ser como Matilde, puede que en Madrid pudiera tener el lugar que siempre había ansiado.

El Teniente General paseaba nervioso por la casa, impaciente por la tardanza del furgón. Ellos viajarían detrás, en un coche oficial.

—¿Dónde fuiste esta mañana?—le preguntó a Adela.

—A despedirme de las mujeres, dónde voy a ir—le contestó una Adela un tanto asustada por el tono de su esposo y porque tratara de indagar un poco más en el motivo de su ausencia.

—¡Fuiste a despedirte de tu hija…!—le remarcó Armando—¿Crees que soy imbécil?

—No te disgustes Armando, por Dios—le suplicó Adela—Es nuestra hija a pesar de todo, la criamos y la hemos querido.

—¡Tu hija!—acentuó Armando—Fuiste tú quien se empeñó en traer a nuestra casa una niña extraña, sin nuestra sangre, a saber de dónde...¡No debí consentirlo nunca! Siempre fuiste una caprichosa.

—No teníamos hijos Armando y los deseábamos, lo habíamos hablado—le dijo Adela atemorizada.

—¡Deseábamos hijos nuestros Adela! ¡Nuestros…!—le gritó—¡Nuestros, con nuestra sangre! Tiré 400.000 pesetas, demasiado dinero por una maldita roja.

—¿Cómo podíamos saberlo?—lloraba Adela—La hemos educado muy bien, siempre estuviste orgullosos de ella. Era una buena niña.

—¡La sangre es la sangre! ¡Qué vergüenza, qué decepción! Si pudiera le quitaría mis apellidos, no se merece nuestro nombre.

Al atardecer, todos los habitantes del cuartel despedían el coche oficial en el que Armando y Adela se marchaban para siempre de la Comandancia de Valencia. Matilde—que siempre había deseado que llegara ese momento para que Francisco ocupara por fin la jefatura—miraba alejarse el coche con una seriedad incómoda en su rostro. Su charla con Adela, cuando ésta fue a despedirse, le había revuelto todo su cuerpo, su mente y su pasado. Adelita había sido adoptada en Madrid, con el nombre de Isabel, con apenas dos años y tenía la edad que ahora tendría la menor de sus cuatro hijas. Sus hijas, encerradas en un pasado que había callado y que la vida le devolvía una, con

toda la desfachatez del mundo, colocándola a su lado durante años, para que la viera crecer. La alegría de ver a Francisco ascendido a Coronel y ocupando la jefatura de la Comandancia, quedó totalmente empañada por esa otra realidad que había descubierto por casualidad.

Quería a Adelita porque la había visto crecer, esa joven adoraba charlar con ella, Matilde era su confidente. Se descubrió queriendo a Adelita que en realidad era su pequeña Isabel. Se sintió mareada, confusa, descompuesta y volvió a su casa despacio, con la cabeza baja para que nadie fuera testigo de sus ojos acuosos. Su marido y sus hijos la miraron con cariño, sabían de su amistad con Adela pero no pensaban que fuera tan profunda como para llorar en su despedida.

4

1970-1971 Valencia

¿Adelita o Isabel?

Tras la marcha del Teniente General, Francisco asumió el mando de la Comandancia por sustitución, a la espera de que en unos días llegara desde Madrid la orden oficial en la que se le ascendía a Coronel y quedaba destinado de manera indefinida al mando de la misma. Era algo deseado y a la vez esperado, todos en el cuartel sabían que Francisco sustituiría a Armando, el día que éste volviera a Madrid. Matilde llevaba años preparando este camino que al fin tenían en sus manos. Llevaba años presumiendo y alabando las virtudes y las dotes de Francisco ante la Señora a fin de conseguir lo que ahora tenía. Sin embargo, todos estaban extrañados de que, tras el éxito profesional de Francisco, Matilde no mostrara la alegría que hubiera sido normal, su sonrisa era forzada y su contento distaba de ser el que el propio Francisco hubiera esperado. A veces la miraba mientras recorría la casa y la sentía ausente, con la mirada perdida en la nada. Por la noche escuchaba su respiración que por momentos se agitaba. Mientras aparentaba estar dormido, la miraba cuando se levantaba de madrugada y la escuchaba dar vueltas por la casa para volver de nuevo a la cama. La escuchaba trajinar en la cocina, quizá preparando una infusión. Esta actitud que había comenzado el mismo día de la partida de Armando y Adela ya comenzaba a preocupar a Francisco. En principio lo achacó a la pérdida de la mujer que estaba más próxima a ella y con la que compartía ratos de charla y actos representando a la Señora. No era lo que hubiera esperado, Matilde se valía por sí misma perfectamente sin necesidad de compañía alguna, pero había minusvalorado la estima que le tenía a la esposa del Teniente General. Ni sus propios hijos la hacían reír como antes. Hacía días que el sonido de su risa franca y cantarina no se escuchaba en la casa.

Conocía la preocupación de Matilde por saber de aquellas hijas que perdió, pero hacía varios años que tenía en sus manos la documentación para encontrar a tres de las cuatro y aún no había hecho nada al respecto. O eso pensaba. En sus viajes a Madrid quizá había intentado saber algo más pero Francisco ignoraba todo lo

relacionado con este tema. No quería saber, no quería poner en riesgo su carrera militar, no quería que le relacionaran con algo así y Matilde lo sabía. En los últimos años no le había contado nada más que lo que averiguó la primera vez en el propio internado.

Francisco estaba seguro de que esa cuestión no era la causa del desasosiego que mostraba su esposa. Desasosiego que aumentaba cada día.

Matilde quería contarle a Francisco lo que había descubierto, pero sabía las reticencias de él con respecto a ese tema y no encontraba el momento de revelarle que el pasado había vuelto a ella de nuevo. Sin esperarlo, el destino le ponía delante a la única hija que faltaba por localizar. A sus 60 años la vida la premiaba mostrándole que aunque había perdido parte de la vida de tres de sus hijas, la cuarta la había visto y disfrutado, si no como madre, por lo menos como un familiar cercano. Habían sido muchos años al lado de Adelita, viéndola crecer, incluso había estado junto a ella el día de su boda ayudándola a vestir el traje de novia. La había tenido en su casa, con sus hijos, en innumerables ocasiones. Ahora, tras conocer la realidad, miraba fotografías antiguas de ella y encontraba el lógico parecido entre madre e hija. Encontraba el lógico parecido que le había pasado desapercibido durante años.

En el año 1971, sus hijos Octavio y Cesar, también abandonarían la Comandancia de Valencia. Cursaban el último año de academia y cada uno iría a un destino diferente a seguir con la especialidad elegida. Por primera vez se separaría de ellos. Era ley de vida que los hijos volaran solos algún día, pero el momento que pasaba Matilde, hacía aún más dolorosa esta separación.

Ese verano del 70, cuando recibió la ya habitual invitación al Pazo de Meirás a celebrar la onomástica de la Señora, por primera vez excusó su presencia aludiendo problemas de salud. No tardó demasiado en recibir la llamada de doña Carmen interesándose por ella, tampoco tuvo que inventar demasiado, su voz apagada y triste fue suficiente para comprobar que algo grave le ocurría. En esa conversación se cruzaron felicitaciones por el ascenso de Francisco, agradecimientos por la ayuda recibida y una invitación a Madrid en septiembre cuando estuviera recuperada de su enfermedad.

La insistencia de Francisco por saber qué le ocurría también la excusó Matilde con un malestar general que no desaparecía.

—Deberías visitar al doctor, llevas demasiado tiempo con ese malestar.

—Sí, pediré cita, pero no te preocupes, quizá no esté enferma y

sólo sean tristezas.

—¿Tristezas?—le preguntó extrañado Francisco.

—¿Sabes Francisco? Mi malestar es conocido, un viejo conocido. Me siento igual que cuando me quedé sola. Por eso no me preocupo demasiado, aquella vez pasó y ahora pasará. Solo es cuestión de tiempo. Que los chicos se vayan en unos meses, me pone triste, es la primera vez que dejan nuestra casa y pienso que ya no volverán. Conocerán a chicas, se casarán, tendrán destinos lejanos y nos quedaremos solos. Es como revivir de nuevo una pérdida.

—Mi amor, esta soledad es diferente, aunque no estén aquí, ellos sí estarán en cualquier lugar donde podamos verlos y disfrutar de ellos. Comprendo que será duro, extrañaremos su presencia, sus risas, su juventud, pero ellos siguen estando.

Mientras Francisco la abrazaba, Matilde se dejó llevar por su tristeza y lloró en su hombro como hacía años que no lloraba. Su dolor no era solo la próxima ausencia de sus hijos, era sobre todo la presencia de su pequeña Isabel. Presente y ausente. Cercana y lejana. Real pero intocable de momento.

El día que Matilde concertó cita con el doctor, previamente había telefoneado a Adelita para tomar un café juntas. No podía ser en el apartamento de la joven, a ella no la podían ver entrando en una casa donde era más que conocido que vivían personas contrarias al régimen. Pero tenía que verla, poco importaba a Matilde dónde estuviera posicionada Adelita, era su hija, su pequeña Isabel, y nada le iba a impedir regresar a ella.

La joven se alegró de escuchar a Matilde y sobre todo de saber que no todos en el cuartel la repudiaban, como a una enemiga. Siempre supo que Matilde era diferente.

—¡Qué alegría me da verte Matilde!—Adelita la abrazó con cariño.

—¡Qué guapa estás pequeña!—Matilde la miraba intentando contener las lágrimas emocionadas por tener tan cerca a su niña, tocarla, sentirla de nuevo, olerla.

—¿Te contaron todo lo que pasó?—le preguntó Adelita.

—¡Pobre Adela! Estaba destruida, desconsolada. Por ella se hubieran quedado aquí para estar cerca de ti. Tu madre lo está pasando realmente mal.

—Fue demasiado horrible Matilde. Ella me llama a veces, cuando él no está en casa. Me siento rara, aún estoy asumiendo que no soy su hija. Y me alegro de no ser hija de ese engendro del diablo, no sabes la de cosas que hemos averiguado sobre él. Me avergüenzo de haber vivido en su casa, en la casa de un Guardia Civil.

—Hija no todos son iguales, Francisco...

—También sé que Francisco no es así, no te preocupes. Vamos

averiguando vida y milagro de todos los que pertenecían al ejército nacional. Pero él, ese hombre con el que he vivido... Hasta me apetece cambiarme el nombre... ¿Sabes que me llamaba Isabel?

—Sí, me lo dijo tu madre—a Matilde le dio un vuelco el corazón al oír el nombre.

—A veces Lucas me llama así, ya sabes, cuando se pone cariñoso—le dijo sonriendo con picardía—Me encanta escuchar mi nombre en sus labios...Isabel.

—Es un nombre bonito...

—¡Ah, Matilde, transmite mi enhorabuena a Francisco! Ahora eres la primera dama, estarás contenta.

—Bueno la vida no cambia demasiado, es la misma. Pero pronto se irán Octavio y Cesar a sus destinos y eso si que cambiará mi vida. Entonces nos quedaremos solos. Me da tristeza, es la primera vez que me separo de ellos.

—Lo sé, ya me contaron que se van.

—¿Los has visto?—se extrañó Matilde.

—Los veo a menudo, no querían que tú lo supieras. Como estoy repudiada...Nos vemos en lugares discretos y nunca vienen de uniforme. También tratan de convencerme para que nos alejemos de los grupos antifacistas, por el momento, y yo trato de explicarles que existe otra realidad diferente a la que conocen. Tan solo me conforma el hecho de que cuando se den de bruces con esta otra realidad, podrán seguir con la cabeza alta, nunca tendrán que avergonzarse de su padre. Francisco nunca estuvo en el grupo de los "carniceros". No me gustaría que sufrieran como yo.

—Habéis sido amigos desde siempre, me gusta que sigáis juntos. De hecho me encantaría que esa relación no se rompiese nunca, pero con tus antecedentes...en algún momento tendrán que dejar de verte.

—¡Esto no va a durar eterno Matilde! Las cosas van a cambiar, ya lo verás.

—¿En qué sentido?

—Lo verás, ten paciencia. Lo único que siento es que tu amistad con esa mujer no te va a beneficiar en los nuevos tiempos.

—¡No digas tonterías! No tengo nada que esconder y su amistad me ha beneficiado.

—Hasta el día de hoy—le dijo Adelita con autoridad—En un futuro nadie sabe.

Matilde volvió a casa renovada, casi feliz, ese café con Adelita le había devuelto parte de las fuerzas perdidas. La había visto, tocado, abrazado, besado, tenía de nuevo a su pequeña Isabel y se preguntaba si eso era bueno o malo. Dejaría que el tiempo decidiera por ella. Mientras tanto seguiría disfrutando de su hija. Adela le había dejado

libre el camino hacia ella y no pensaba dejar pasar la oportunidad de recuperar algo que le robaron cuarenta años atrás. Seguiría manteniendo su secreto, Francisco no sabría nada de lo que había descubierto y mantendrían la ficción de su pasado inventado. Porque a esa vida no pensaba renunciar por nada, ahora menos que nunca, tenía de nuevo a una de sus hijas y aunque nunca supiera que ella era su madre, le bastaba con tenerla cerca.

Si algún día lograba localizar a las otras tres....

En Septiembre cuando volviera a Madrid, frente a esos dos edificios tan conocidos ya, intentaría de nuevo localizar el rostro de alguna de sus hijas entre las mujeres que entraban o salían de los mismos.

Matilde, sin ser demasiado practicante, solía pedir en sus oraciones por ese ansiado encuentro. Tan sólo pedía ver, aunque fuera desde la otra acera, ese rostro familiar, ese querido rostro en el que se viera reflejada.

Después…

1980-1981
LA
INCREIBLE
REALIDAD

1

1980 Madrid

Tina y Lolina

Los pocos segundos que duró el abrazo de Lolina y Tina, fueron suficientes para que unos olvidados olores se fundieran en la memoria de ambas mujeres. Pudo ser el contacto de nuevo, con una piel tantos años olvidada o dos almas que se reconocieron cuarenta años más tarde. La verdad es que algo pasó, algo que ninguna supo definir pero que hizo que volvieran cada una a su casa con los ojos brillantes y acuosos, llenos de un sentimiento desconocido, llenos de una sensación que ya conocían pero habían olvidado.

Con ese abrazo, Lolina supo que no le costaría demasiado querer a Tina, era solo recordar un querer, que ya había existido, un amor fraternal, que en algún momento de su vida había sido real.

Lolina no volvió a nombrar a Tina, ni el asunto que la había traído hasta ella, en las conversaciones con su madre, pero sí que lo hacía en su casa, con su familia. Tanto sus hijos como su esposo la animaron a seguir en contacto con ella, ya estaban convencidos de que contaba la verdad.

Juntos habían intentado descubrir e incluso imaginar cualquier trampa o maniobra sutil que Tina pudiera estar orquestando contra su esposa y madre, inventar una mentira para conseguir algo, pero no encontraban razones para esa posible realidad. Tina no parecía ser ese tipo de mujer.

Ahora, Lolina tendría que recuperar algún tiempo perdido, aprender y disfrutar de tener una hermana y por supuesto intentar buscar a Isabel y a su madre biológica si aún estaba viva.

—Antes quiero conocerla a ella—les decía Lolina cuando su familia la animaba a comenzar de inmediato esa búsqueda junto a Tina—Quiero volver a quererla como una hermana, ese sentimiento debe de volver en algún instante. Sé que me voy a sentir mal ocultando todo esto a mi madre pero no quiero preocuparla y tampoco quiero negarme la oportunidad de conocer mi pasado. Ella me llama Dolores y...creo que me gusta que me llame así. Creo que le gusta a mi corazón.

—Me parece bien que antes quieras conocerla a ella—le animó su

esposo—De todos modos, la próxima vez que la veas, toma nota de todos los datos que hayan conseguido de tu madre biológica y yo trataré de averiguar algo a través del Ministerio. Estas cosas suelen llevar tiempo.

Tan solo unos día más tarde, ya en vísperas de navidad, tras salir de casa de su madre, volvió a encontrarse con Tina. En esta ocasión, en la misma calle donde siempre había vivido, en una cafetería cercana a la casa de Consuelo y Ernesto.

—Justo aquí al lado he vivido desde que me adoptaron. Sus nombres son Consuelo Vazquez Albói y Ernesto del Corral Gomez. Él era militar del Ejército de Tierra. Ambos murieron ya y yo vivo aún con la mujer que les ayudaba en casa. Se llama como tú, Dolores, aunque yo siempre la llamé mamita.

—¿Nunca tuviste hijos?—le preguntó Dolores.

—No y no sé si porque Alfredo o yo tenemos algún problema o simplemente mi cuerpo se negó a quedar encinta. Mi vida no ha sido fácil pero me recompensó con un gran hombre. Alfredo y mamita Dolores son las dos únicas personas por las que he vivido...hasta ahora. Parece cruel decirlo pero la muerte de Consuelo me abrió de nuevo la puerta a la esperanza.

—¿Siempre los nombras por sus nombres de pila?—le preguntó Lolina intrigada.

—Nunca logré aceptarlos como mis padres. Recuerda que yo tenía 10 años y nada ni nadie me podían convencer de que, lo que yo había vivido antes, era una simple ilusión. Me sentí engañada cuando no me dejaron volver tras terminar los estudios. Entonces fue cuando comprendí todo. Nos había robado a nuestra familia. Poco después de ser adoptadas ya teníamos los apellidos de nuestras nuevas familias, todos se acogieron a un Decreto Ley de 1941 por el que cambiaron nuestros apellidos para no poder ser reclamados por nuestra familia biológica. Tenía esperanzas de que Asunción me recordara, fue otro duro golpe conocer su muerte tan prematura.

—¡Cómo me cuesta pensar que mis padres pudieran hacer eso!—se lamentó Lolina.

—Ellos no sabían nada Dolores, no les puedes culpar. Ellos creyeron la historia que les contaron. Deseaban un hijo y se lo entregaron, previo pago...¿Lo sabías? Y con una historia inventada por los responsables del Obispado. Si Consuelo no hubiera intentado saber más...Por eso no la puedo perdonar, porque ella sí sabía lo que había pasado y aún así me privó de mis hermanas y de mi madre.

—Bueno, mi madre siempre me contó que hicieron un donativo al orfanato. Supongo que fue el pago que me comentas, cada cual lo llama a su manera. Y la señora que vive contigo,... ¿Tampoco sabía

nada?

—No, todo lo que sabe es lo que yo le he contado, pero ella fue lo más parecido a una madre que tuve en esa casa. Ella me escuchaba sin poner en duda mi salud mental. Sus abrazos y su amor me mantuvieron cuerda. ¿Y tu esposo y tus hijos qué piensan de todo esto?

—Pues casi se convencieron antes que yo de que era real lo que contabas. Me animan continuamente a buscar nuestro pasado juntas. Mi madre, sin embargo, se llevó un gran disgusto, no quiere que te vea, desconfía de ti. Claro, si ellos no sabían nada... ¡Tina aún me cuesta creer todo esto! No dudo de ti, de verdad, te creo, pero es tan difícil y complicado lo que me cuentas. Esas historias de niños robados que todos hemos escuchado alguna vez y que nos horrorizan... ¿Cómo puedo ser yo una de ellas?

La tarde pasó rápida con innumerables intercambios de recuerdos, vidas pasadas, experiencias vitales y un lazo emocional que cada vez se iba estrechando más. Lolina volvió a casa con muchos datos nuevos para que su esposo comenzara a indagar sobre la vida de Matilde. También le había pedido a Tina conocer a “mamita Dolores” y en un próximo encuentro la llevaría con ella.

En su caminar, Lolina se iba preguntando si su madre podría conocer aunque fuera de oídas a la familia de Tina. ¿Podría incluso conocer, de oídas también, a ese Capitán Maldonado que contrajo matrimonio con Matilde? No sería extraño, hubo un tiempo en que las familias acomodadas de Madrid coincidían en muchos eventos, en cenas celebradas en el Palacio del Pardo con motivo del nacimiento de los nietos de Franco o en recepciones en honor a los dignatarios extranjeros que visitaban nuestro país. Se invitaba a lo más granado de la capital, a familias de todos los sectores afines al régimen, en representación del resto. Berta le había contado en muchas ocasiones cómo eran esas recepciones en el palacio y la gente que asistía desde diferentes puntos de España invitada por el Generalísimo. Tenía que idear alguna historia creíble para preguntar a su madre. Debería hacerlo con curiosidad pero sin importancia, como algo intrascendente para que no sospechara otro interés solapado. Berta se estaba volviendo muy cauta en sus conversaciones desde la aparición de Tina y antes de contestar a cualquier interrogante de su hija, sopesaba su respuesta con detenimiento.

2

1981 Madrid

El rostro de Matilde

Las fiestas de navidad que ese año, tras la muerte de Consuelo, pensaba celebrarlas Tina en su casa, en Guadalajara por primera vez. Pero volvieron a tener como escenario la casa familiar donde había vivido. Tras encontrar a su hermana Dolores, Tina necesitaba estar cerca de ella y aunque cada una las pasó en su casa, pudieron encontrarse varias veces, pasearon por el centro de Madrid, se contaron su vida y trataron de conocerse y recuperar ese amor que Dolores había olvidado.

Alfredo seguía viajando cada fin de semana a Madrid y en esos escasos dos días disfrutaba de esta nueva mujer en la que se iba convirtiendo Tina. De su nueva alegría, de su nueva apariencia, porque el brillo de sus ojos, la hacía aún más hermosa.

Durante los primeros dos meses del nuevo año, casi no hicieron nada por seguir el rastro de Matilde o por encontrar a la pequeña Isabel. Se concentraron en encontrarse ellas mismas, en comenzar a ser hermanas tras cuarenta años separadas.

Lolina seguía con su rutina habitual y seguía asimismo sin encontrar a una mujer que aceptara su madre como acompañante.

—Mamá, por dios, disfruta de estos días de sol—Lolina de nuevo llegaba a la casa de su madre y como hacía a diario, antes de desprenderse del abrigo, descorría cortinas y abría los balcones rompiendo la penumbra del salón—La primavera está llegando y tú sigues viviendo en la oscuridad.

—¡No me gusta la luz!—respondía Berta enfurruñada.

—¡Pues será ahora! Bien que disfrutabas del sol y de la calle antes.

—Deja de hablar de otros tiempos que ya nunca volverán. Aquello era pura vida, esto es un despropósito.

—Ahora que te refieres a aquellos años... ¿Recuerdas haber coincidido alguna vez o haber escuchado el nombre de un militar de apellido Maldonado? Creo que era Teniente o Coronel. Por lo visto estuvo muchos años en Tetuán.

—Coincidimos con muchos militares en aquellos años. Imposible

recordar sus nombres y apellidos. Si acaso conocería a su esposa. En aquellas recepciones terminábamos los hombres por un lado con el Generalísimo y las mujeres por otro con la Señora.

—Pues su esposa se llamaba Matilde y creo que eran padres de unos mellizos.

—¿Matilde? Recuerdo a una Matilde que sí que era madre de mellizos, hablaba mucho de ellos, demasiado, pero había que sonreír a toda su charlatanería, era la amiga íntima de doña Carmen. Era como una copia de ella. Era esposa de un militar de Valencia pero han pasado demasiados años para recordar sus apellidos. ¿Y ese interés? ¿Es que alguno de esos mellizos trabaja con tu marido? No me extrañaría, deben de tener unos buenos puestos en Ministerios o alguna otra administración. Ya su madre se encargaría de facilitarles el futuro, tenía mano..., mucha mano con la Señora.

—¿Tan importante era esa mujer?—preguntó intrigada Lolina.

—Mucho. Y tenía un carácter agrio y seco, daba miedo enfrentarse a ella. Se paseaba ufana y altiva por el Palacio del Pardo, como si fuera su casa. La recuerdo por eso, realmente conversar con ella creo que no lo hice nunca, por lo menos personalmente, de tú a tú. Coincidí en el grupo de mujeres con ella...No era demasiado popular, era más temida que popular.

—¿Y no tienes ninguna fotografía de aquellos tiempos en la que aparezca ella?

—Seguro que alguna debe de haber, la prensa siempre estaba en la recepciones.

—¡Me gustaría ver la cara de esa mujer tan poderosa!—le dijo Lolina en tono jocoso y con un poco de regodeo para no despertar intrigas en su madre.

—En la lata vieja están las fotografías de la época aquella. Cuando tu padre murió dejé de asistir a las recepciones, me invitaban igualmente, pero para mí ya no era igual. Nunca más entré en el Palacio del Pardo. Pero este interés repentino..., aún no me has contado de qué te vino ese nombre.

—Ahhh, no es nada importante, pero como bien dices, los hijos están muy bien relacionados—mintió Lolina utilizando la razón que le había facilitado la propia Berta.

—Seguro, si tu padre no hubiera muerto y hubiéramos seguido frecuentando ese círculo de amistades, tú también tendrías un buen puesto de trabajo hoy.

—No me quejo mamá, nunca he trabajado, he disfrutado mucho de mis tres hijos y vivimos bien. Tú no trabajaste nunca y yo fui muy feliz teniendo a mi madre siempre en casa. Voy a buscar la lata de las fotos antiguas. Tengo curiosidad por ver a esa mujer.

—Ya verás, era casi una copia de la Señora. ¿Qué habrá sido de

ella? ¿Vivirá aún? Era más joven que doña Carmen.. .¿Seguirán siendo amigas? Ya me había olvidado de esa mujer y ahora que tú la has nombrado me entró la curiosidad por saber qué ha sido de ella. Tras la muerte del Generalísimo no todos los que le rodeaban siguieron arriba, algunos cayeron en desgracia.

Lolina ya había sacado del fondo de un cajón la vieja lata, abollada y descascarada que tantas veces había visto cuando era niña. Sus padres solían sacarla en noches de invierno, sentados en la mesa camilla y recordar a través de las fotografías, su juventud, su noviazgo, su boda, la niñez de Lolina y todas esas recepciones y fiestas a las que asistían junto a toda la alta sociedad de Madrid y otras grandes ciudades. Había varios cientos de fotos de diferentes tamaños que recorrían toda una vida. No tenían orden alguno, amontonadas permanecían en aquella caja que hacía muchos años que estaba abandonada en un cajón, a oscuras, como la propia casa de su dueña. Al abrir la caja, el olor añejo se esparció entre las dos mujeres.

—Mamá un día las vamos a ordenar por fechas y colocarlas en un álbum. Da pena verlas así.

—A mí ya me da igual todo hija. Las guardas para ti y para los niños. Para que siempre se sientan orgullosos de su abuelo, que dio la vida por su país.

—Claro que me las quedaré, pero eso será el día que tú faltes. Mientras, se quedarán contigo. Donde deben estar.

Ya tenían todas las fotografías sobre la mesa, amontonadas. Berta parecía ilusionada como hacía tiempo que no la veía Lolina. Las separaba en montoncitos según fechas o acontecimientos. Noviazgo, boda, niñez de Lolina, Sebastián con amigos, Berta con amigas, cumpleaños de Lolina, recepciones oficiales, fiestas de año nuevo en el Casino de Madrid,...

Lolina miraba el montón de las recepciones oficiales con impaciencia, le hubiera gustado agarrarlas todas en ese momento, pero se contuvo y siguió ordenando al compás de Berta. Cuando la caja quedó completamente vacía, Berta, agarraba emocionada una de aquí, otra de allá, recordando sus buenos tiempos como ella misma los definía.

—¿No me ibas a mostrar a esa mujer?—Lolina, impaciente apremiaba a Berta a tomar las del montón que le interesaba.

—¡Ah! Sí, es verdad. A ver...—Berta comenzó a pasar rápidamente fotografías de recepciones y paraba cuando descubría alguna del grupo de mujeres asistentes. La miraba con detenimiento buscando a Matilde. A veces la confundía con la Señora si estaba de lejos. Pasaban por sus manos rápidamente fotos en color, en blanco y negro y hasta algunas en color sepia—¡Mira! Aquí se ve con claridad a Matilde.

La fotografía sería de las últimas recepciones a las que acudió su madre porque era de tamaño grande y a color. Mostraba un grupo de unas veinte mujeres que rodeaban a la Señora y miraban al fotógrafo, sonrientes. Muchas mujeres de la época utilizaban el mismo peinado que la Señora pero una cara llamó poderosamente su atención. Acercando la fotografía a sus ojos, pudo ver a una mujer con un tremendo parecido a Tina, vestida de los años 60 y peinada igualmente, pero era ella sin duda. También vio rasgos suyos en esa mujer, no se parecía tanto como Tina pero si aún tenía alguna duda, aquella fotografía le mostraba una realidad dolorosa que ahora comenzaba a ser mucho más cruel, porque en ese momento era ya una verdad indiscutible. Su rostro un tanto descompuesto, llamó la atención de Berta.

—Parece que hubieras visto un fantasma.

—Para mí es un fantasma. Observa bien a esa mujer en esta fotografía. ¿Qué ves?

—A Matilde, es ella.

—Mírala bien. ¿No ves un rostro conocido en ella?

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas a la mujer que estuvo en casa en diciembre?

—¿A la comunista?

—Mamá, por favor, te hablo en serio.

—No recuerdo su cara, ni ganas que tengo—añadió Berta muy seria.

—Pues mírame a mí y mira de nuevo a esa mujer.

—¿Qué tratas de decirme?—el tono de Berta se volvía enérgico y desagradable.

—Mamá, tranquila, no te alteres. Siempre supe que era adoptada, papá y tú nunca lo habéis ocultado. Pero ahora veo que os mintieron, os contaron que era huérfana, que no tenía familia. Tina vino a contarme algo que me pareció increíble. Durante dos meses he estado averiguando si decía la verdad o era alguna artimaña extraña como tú misma me advertiste. Esta fotografía es la prueba de que todo lo que me contó era verdad. ¡Mamá, no llores, no sufras! Tú eres y siempre serás mi madre. Papá y tú habéis sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero en la verdadera historia de mi pasado hay una mujer a la que, presuntamente, le robaron a sus cuatro hijas. Una mujer que sufrió mucho. Esa mujer es Matilde.

—¿Que a Matilde le robaron sus hijas? ¿Quién se cree eso? Nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Menuda era Matilde—sollozaba Berta mirando con incredulidad a su hija.

—Fue anterior a todo eso. Ella contrajo matrimonio con el tal Maldonado después de que se llevaran a sus hijas.

—Nunca escuché nada de esa historia. Ella sólo tuvo a los mellizos,

nos aburría hablando de ellos. Si hubiera tenido más hijos lo hubiera dicho y si se los hubieran robado, con más razón...no sabes el poder que tenía. Hubiera podido destruir a quien se las hubiera robado.

—Eso es verdad pero es que todo coincide, las fechas, las adopciones, su nuevo matrimonio. Tina fue a su pueblo a buscarla y allí le contaron qué fue de ella hasta que lo abandonó casada con el militar.

—¡Por dios te pido hija mía que no remuevas el pasado! A veces es muy peligroso remover el pasado, sobre todo cuando hay gente importante involucrada en lo que te han contado. La Iglesia tiene mucho poder y los militares también, menos que cuando vivía el Generalísimo, pero aún mantienen gran parte de ese poder.

—Mamá, Tina lo va a remover conmigo o sola. Encuentre lo que encuentre, tú siempre serás mi madre, nadie va a ocupar tu lugar, ahora solo quiero comprender por qué pasó aquello. Fue una injusticia, eso no tiene justificación posible. Mamá...fui una niña robada.

—¡No digas eso mi amor! Nosotros no te robamos, te quisimos más que a nuestra propia vida, fuiste la luz de esta casa, la alegría, fuiste todo para nosotros pero...no te robamos...

—Me comprasteis, 200.000 pesetas, verdad? No fue una donación mamá, era el precio que yo tenía. Me vendieron como si fuera un animal. Y no os culpo mamá, de verdad, vosotros también fuisteis víctimas de las mentiras de esos vendedores despreciables. Me da igual quién estuviera detrás, la Iglesia, el régimen, los militares, todos contribuyeron a ese horror y todos fueron inhumanos y depravados. No voy a remover el pasado mamá. ¿Y sabes por qué? Porque estoy segura de que alguien movería hilos para que los únicos perjudicados y culpables fueran las familias adoptantes, familias que sólo querían colmar de amor a unos niños y niñas desamparados, dar una vida decente a esos “huérfanos” de la guerra. Tan sólo intentamos buscar a esa mujer y resarcir el dolor que otros le provocaron.

Berta y Lolina permanecían abrazadas, llorando, conocedoras de una despiadada verdad, víctimas de la inhumana actitud de otros.

3

1981 Madrid

Lolina y Tina.

Nada más salir de la casa de su madre, Lolina no pudo contener la información que tenía. No pudo ni siquiera llegar a su casa. Desde la cabina de teléfono situada en la esquina de la calle, telefoneó a Tina.

—Tina tenemos que vernos, tengo suficiente información como para pensar que Matilde sigue viva y dónde podemos encontrarla— Lolina se había apresurado a llamar a Tina tras el descubrimiento que había hecho con las fotografías que tenía guardadas su madre.

—¿En serio Dolores? ¿Estás segura de lo que dices? ¿Cómo la has conseguido?

—Estoy segura Tina. Ha sido algo casual, tengo incluso fotografías de ella, todo concuerda—le contaba emocionada y nerviosa a la vez.

—¿Cuando podríamos vernos Dolores?—le preguntó Tina.

—Ahora, si puedes. Acabo de salir de la casa de mi madre.

—¿Te apetece subir a mi casa? Así conoces a mamita Dolores.

—Por supuesto. Todo lo que llevo es mejor verlo y hablarlo en privado. Tomo el Metro y me acerco.

Mamita Dolores y Tina contemplaban las fotografías que les había llevado Lolina, asombradas, incrédulas y también algo desconfiadas. Era innegable el parecido con Tina, el nombre coincidía y asimismo que su esposo era militar, pero toda esa historia que les contaba Lolina era tan increíble que no podía ser ella. Una granjera, viuda de un republicano, sin preparación, sin estudios, a la que habían robado a sus cuatro hijas... ¿Íntima amiga de la esposa del General Franco? ¿Una mujer con mucho poder?

—No puede ser ella Dolores—le dijo Tina—¿A ti te parece?

—A mi no me parecía hasta verla fotografiada. ¿No te das cuenta de que es igual que tú? Sería demasiada casualidad que todo coincidiera. Su nombre, su estancia en Tetuán, su esposo Guardia Civil. Los mellizos. ¿No te basta Tina? ¡Es ella! La hemos encontrado.

—Me parece que ha sido demasiado fácil encontrarla, quiero creer que es ella Dolores. Me parece tan disparatado todo esto...

—Mi madre coincidió con ella en todos los actos hasta 1970 en que, tras la muerte de mi padre, dejó de asistir a esos eventos. Hasta entonces vivía en Valencia. Si tan importante era debemos empezar a buscar en los periódicos a partir de ese año. Incluso mi marido podría preguntar directamente por ella, tenemos muchos datos y en el Ministerio hay funcionarios que llevan allí por lo menos veinte años más que él.

—No quiero emocionarme demasiado Dolores, tu madre lleva mucha razón cuando dice que una mujer con tanto poder hubiera hecho pagar caro al que le robó a sus hijas. Yo no tengo hijos, tú tienes tres. ¿Qué hubieras hecho en su lugar?

—Mis hijos son intocables Tina, no puedo ponerme en su lugar porque me es imposible pensar que me los robaran. Pero ten por seguro que daría la vida por ellos, los buscaría debajo de las piedras si fuera necesario. Y si tuviera poder aplastaría la cabeza del que me los robó.

—¿Ves? Eso sería una actuación normal.

—Tina, si esa mujer es Matilde, la Matilde que buscamos, no me atrevería a juzgarla antes de escuchar su versión.

—Si esa mujer es nuestra madre, podría tener sentido una de las versiones que ruedan por el pueblo. ¿Podría ser que nos vendiera?... ¡Digo!...¡No me miréis así! Quizá tras conocer a ese guardia civil quiso cambiar de vida y le estorbábamos—insinuó Tina.

—¡Niñas, dejad de decir barbaridades!—las interrumpió mamita Dolores—¿Qué madre vende cuatro hijas? ¿Desde cuándo los hijos están en venta? ¿Es que es legal vender hijos? ¡Estáis locas! Investigad sobre ella, tenéis mucha información y en caso de que aún viva, id a verla, sólo ella os aclarará lo sucedido.

La estancia de Tina en Madrid se había alargado más de lo que ella hubiera esperado. Lo que en principio iba a ser una corta estadía de unos quince días ya pasaba de los tres meses. Alfredo no tuvo otro remedio que acostumbrarse a viajar a Madrid el viernes para estar con Tina y volver a Guadalajara el domingo. Jamás hubiera pensado que la búsqueda que inició Tina comenzaría a dar resultados tan pronto. Las últimas noticias que le había contado Tina situaban al Teniente Coronel Maldonado en la Comandancia de Valencia y a su esposa, “la presunta madre biológica” de Tina, al lado de la mujer más poderosa de España. Era increíble, pero tenía toda la pinta de ser cierto. Desde Guadalajara telefoneó a su conocido en Madrid para contarle toda la información que tenía y así facilitarle la búsqueda de esa familia en la actualidad. No tuvo que esperar demasiado, al día siguiente, el bedel le contaba toda una historia de esa mujer.

Por su parte, el esposo de Lolina, aportando los nuevos datos,

había conseguido, igualmente, saber toda la historia de la familia del actual Coronel Maldonado.

Tina lo supo todo por boca de Alfredo y Lolina por su esposo. Ambas historias coincidían. Sin duda era ella. Ahora tenían que verla y escuchar lo que tuviera que decirles. Aún quedaba por saber qué había sido de Isabel, pero tendría que esperar esa búsqueda, lo importante era escuchar a Matilde.

Para eso tendrían que viajar hasta Valencia donde aún seguía viviendo junto a su esposo. No tenían noticias de que ninguno de los dos hubiera fallecido, solo de que, una vez jubilado, el Coronel Maldonado y su esposa habían abandonado la Comandancia para vivir en la ciudad.

4

1981 Madrid

Durante semanas, Tina y Lolina se vieron casi a diario. Visitaban las Hemerotecas en busca de todas las noticias existentes sobre Matilde. La prensa de los años anteriores a la muerte de Francisco Franco la repasaban hoja por hoja deteniéndose en cada noticia relacionada con la Señora. Escudriñaban cada fotografía, rastreaban cada rostro que aparecía en busca de esa cara familiar. Incluso la encontraron sentada en los primeros bancos de la Capilla del Palacio del Pardo durante el funeral del Generalísimo. Vestida de negro riguroso junto a esposas de Ministros y altos cargos del gobierno.

—Aún no doy crédito a lo que veo—Lolina se pasaba las manos por los ojos como si pensara que al abrirlos de nuevo, nada sería real—¿Crees que nos habrá buscado alguna vez? ¿Sabrá dónde estamos?

—Si Consuelo pudo obtener toda la información, no dudes que Matilde lo hubiera tenido muy fácil—respondió Tina con la misma sensación incrédula que su hermana—Me surgen las mismas dudas que a ti. Pero..., si sabe de nosotras ¿Por qué nunca ha intentado vernos?

—¿Estaremos siguiendo una pista falsa?

—Demasiada casualidad...

—Me da cierto pudor presentarme en la puerta de su casa y con toda la frialdad del mundo, de repente...decirle “hola Matilde, somos tus hijas”. No me veo en esa situación.

Ninguna de las dos hermanas era consciente de las innumerables veces que, desde diez años antes, Matilde había estado a pocos metros de la puerta de sus casas, a la espera de ver sus rostros, con la esperanza de que algún día pudiera verlas entrar o salir de esos edificios.

—¿Te gustaría ver el pueblo donde nacimos? La granja, el río donde nos bañábamos cada verano, hablar de nuevo con don Gregorio, incluso acercarnos a la Iglesia y que el Párroco nos de información nuestra de los archivos. Creo que tu memoria podría recuperar momentos vividos en tu infancia. Situaciones que has

borrado porque nunca nadie te las recordó. No te llevaría nunca al edificio del Orfanato porque recuperarías momentos dolorosos, pero en ese pueblo, en Robledillo, los recuerdos solo pueden ser amables y dichosos.

—Sí, sí que me gustaría y de paso también visitaría ese edificio donde nos llevaron. La memoria debe volver íntegra con todos sus momentos. Mi problema es mi madre, cómo dejarla unos días sola, no sé si mi hija se haría cargo de acompañarla.

—Espera ¿Le propongo a mamita Dolores que la acompañe en los días que estemos fuera de Madrid? Ella siempre estuvo con Consuelo. Sabría acompañarla, sus edades son similares, seguro que se llevarían bien.

—Le encontrará algún impedimento, ya sabes cómo es.

—¡Pues no será porque no tiene informes! Lleva toda la vida haciendo lo mismo.

—Se me ocurre algo que puede funcionar. Si mamita Dolores acepta, yo se la presento como una candidata a vivir allí, con sus informes. No tiene por qué saber que fue tu niñera, no te nombro. Ya habrá tiempo de que se entere de la verdad. De momento necesitamos que ambas acepten la propuesta. ¡Podría ser la candidata perfecta Tina!

Mamita Dolores, muy elegante con su vestido negro—como correspondía a su edad y a su estatus—subió las escaleras hasta el primer piso donde le esperaba Lolina.

Había aceptado la propuesta de Tina, todo lo que ayudara a su niña del alma lo haría sin dudarlo. De hecho, iba a volver a hacer lo que siempre había hecho, cuidar de otra señora, acompañarla, estar a su lado. Le habían anticipado ya el carácter seco de doña Berta y sus posibles reacciones. Le habían puesto al corriente de cómo actuarían, no debería nombrar a Tina. Era, simplemente, una mujer que buscaba este tipo de trabajo.

—Señora Dolores, pase por favor, mi madre le espera.

—Gracias.

—Mamá, ha llegado la Señora Dolores.

—Sí, la he oído—fue la respuesta seca de Doña Berta—¿No es usted demasiado mayor para buscar trabajo?

—Quizá tenga razón doña Berta, pero es lo que he hecho siempre. Mi última señora ha fallecido. No tengo propiedades, no tengo dónde ir. Debo seguir trabajando o ingresar en un asilo. A pesar de mi edad, me encuentro fuerte y en buenas condiciones para este trabajo.

—¿En cuántas casas ha estado? Por saber cuántas señoras han muerto en sus manos—le preguntó con sarcasmo Doña Berta—No me gustaría ser su próxima víctima.

—¡Mamá!—le increpó Lolina—Me prometiste que ibas a intentar

ser amable.

—Estoy esperando su respuesta—dijo Doña Berta ignorando el comentario de su hija.

—Pues verá, en realidad solo una. Siempre estuve en casa del Coronel Ernesto del Corral. He cuidado a su esposa hasta que murió a finales del pasado año—le contestó ignorando también su comentario anterior.

—¿Consuelo murió?—preguntó de repente Doña Berta incorporándose del sillón donde permanecía sentada.

—¿Conocía a Doña Consuelo?—preguntó mamita Dolores.

—¡Por supuesto que la conocía! En alguna ocasión ha estado aquí cuando nos reuníamos a jugar a las cartas. Hace años que no la veía. ¡Pobre Consuelo! Como no salgo ni recibo a nadie no me he enterado de su muerte. Cuénteme, doña Dolores, ¿Cómo estaba? Quedó viuda muy pronto, igual que yo. El Coronel murió demasiado joven, como mi Sebastián. ¡Qué casualidad! ¿Y qué pasó con esa hija que tenía? Me contó que era un poco difícil de llevar. Que tenían problemas con ella. Supongo que ha sido ella la que la ha echado de su casa. ¡Qué desagradecida!

—No, doña Berta, la niña era buena, daba problemas como cualquier niña, no se crea. No me ha echado. Ella no vive en Madrid y yo no quiero irme de Madrid. Quería llevarme con ella. Pero, ¿sabe usted? Yo no me veo viviendo en otro lugar.

—¡Qué disgusto lo de Consuelo!—decía doña Berta—¿Sabe usted que mi Lolina también es adoptada? Igual que la niña de Consuelo. Yo tuve mucha suerte, mi niña siempre ha sido maravillosa.

—Se ve que doña Lolina es una buena mujer, seguro que usted tuvo mucho que ver en eso—le decía mamita Dolores haciendo méritos para que el plan funcionara.

—Hija—dijo doña Berta mirando a Lolina—doña Dolores me gusta. ¡Tenemos tanto de qué hablar! Tiene que ponerme al día sobre Consuelo—le decía a mamita Dolores—Estoy muy desconectada del mundo. ¿Cuándo puede empezar Dolores?

—Cuando usted quiera doña Berta. Estoy a su entera disposición.

—Por mí se puede quedar hoy.

—Gracias doña Berta. Tendría que ir a por mis cosas, aún están en la casa de doña Consuelo.

—¡Vaya, vaya!—le apremiaba doña Berta—¿Ves hija? Dolores es perfecta para mí y de total confianza. Ya estoy deseando que se mude a esta casa.

—¿Sería mucho problema empezar mañana? Aparte de recoger mis cosas, me gustaría dejar la casa arreglada y hablarle a la hija de Consuelo para que sepa dónde voy a estar.

—Un día más no tiene importancia Dolores y dígale a ella que

puede visitarla aquí cuando venga a Madrid.

—Muchas gracias doña Berta, es muy amable.

En la puerta del edificio, Lolina y mamita Dolores se abrazaron celebrando la victoria.

—De momento solucionado. Hacía tiempo que no la veía tan animada. Gracias Dolores. Lo peor vendrá cuando usted vuelva con Tina...

—No te preocupes por eso hija. Todo a su tiempo. De momento podéis seguir vuestra búsqueda con tranquilidad. Yo estaré con doña Berta todo el tiempo que sea necesario. ¡Qué casualidad que conociera a Consuelo! Alguien desde arriba os está ayudando.

—Pues espero que no sea Matilde—contestó Lolina—Toda esta búsqueda para saber que ha fallecido...

—Aunque así fuera. Que sus hijas volváis a estar juntas después de cuarenta años no tiene precio hija.

5

1981 Robledillo de Gata

Cuando Lolina y Tina se subieron al coche para salir hacia el pueblo de donde habían partido juntas cuarenta años atrás, cruzaron una mirada cargada de emoción y miedo. Decidieron encontrarse con su pasado a solas. Desecharon la idea de ir acompañadas por sus respectivos esposos. Ellas en solitario se iban a enfrentar con sus recuerdos y aunque Tina ya había hecho ese mismo viaje, sentía que en esta ocasión todo sería distinto.

Lolina, conducía el viejo Mercedes Benz que había pertenecido a su padre, viejo en edad porque fue adquirido a finales de los 60 pero que se conservaba en perfectas condiciones. Aún podía sentir el olor de su padre en el interior del automóvil.

Mientras recorrían las calles de Madrid en dirección a la salida hacia Extremadura, ambas mantenían un silencio nervioso. A veces sus labios temblaban queriendo romperlo sin que las palabras fluyeran. Lolina con su mirada al frente, sentía los ojos de Tina que a cada momento se volvían hacia ella. Apenas habían pasado unos meses desde la primera vez que se encontraron. Desde entonces Tina había vivido Madrid, aún no había vuelto a Guadalajara y pensaba seguir hasta completar toda la información sobre su madre. A ella, que siempre vivió aferrada a su pasado, no le costó volver a amar a su hermana Dolores. O nunca dejó de amarla y solo lo recordó. Para Lolina habían sido unos meses vertiginosos, donde los acontecimientos se fueron dando con más rapidez de la que hubiera deseado. Aún no asimilaba una noticia cuando llegaba otra más impactante. Sus sentimientos fueron paso a paso durante ese frenético espacio de tiempo. De la indiferencia al aprecio, del aprecio a la estima, de la estima a un querer, vacío aún de contenido y por último el paso a llenar ese vacío con el amor fraternal que comenzaba a brotar desde su corazón. Tina comprendió y aceptó todas las reticencias de Lolina, todas sus inseguridades, sus dudas, sus tiempos, ese amor que recuperó a cuentagotas y que ahora lo sentía casi pleno. Todo mereció la pena.

—¿Estás nerviosa?—preguntó Tina rompiendo el incómodo silencio.

—No sé... ¿Y tú?

—Un poco. Volver contigo es diferente a cuando vine con Alfredo.

—Tina...no te ofendas con mis palabras, pero para mí esta vuelta al pueblo está más motivada por la curiosidad que por cualquier otro sentimiento. Encontrarte a ti, sí ha sido fantástico, nos estamos conociendo, te estoy conociendo y siento que cada día nos acerca más. Siempre extrañé una hermana y tenerte es importante y espero que nuestra relación se consolide y no volvamos a separarnos. En cambio..., nunca extrañé a una madre, yo la tuve y la disfruté, aún la tengo y la quiero con el alma. No tengo esa necesidad en mi vida. Comprendo tu postura y aquí estoy contigo, te apoyaré en su búsqueda porque sé que tú sí necesitas tenerla. Si alguna vez la tenemos delante...no sé cómo voy a reaccionar, para mí no es nadie...

—Lo sé y no me ofenden tus palabras. Como bien dices, para mí es importante encontrarla, es la única madre que recuerdo y reconozco. Necesito abrazarla, sentirla, besarla, dormir acurrucada junto a ella, tengo carencias en mi vida que solo ella puede reparar.

—Y sobre esos dos hermanos que, supuestamente tenemos...Con ellos sería diferente. Si todo es tal como hemos descubierto, si resulta que esa tal Matilde es nuestra madre...Sí que me gustaría tenerlos como hermanos, ya ves, mis carencias van por ahí...Nunca es tarde para llenarme de esos hermanos que tanto extrañé durante mi infancia.

—Alfredo tomó los datos de los chicos y va a investigar algo en estos días. No será demasiado complicado, ambos son militares y no será difícil dar con ellos. Ellos no me preocupan, sé que los encontraremos. Me preocupa más encontrar a Isabel. No hay datos fiables para su búsqueda, ni siquiera una dirección, ni una ciudad.

—¿Crees que seguirá existiendo el orfanato?

—Por Guadalajara se cuenta que ahora es un edificio abandonado. Aunque vivo cerca, nunca me animé a ir hasta allí.

—A la vuelta lo vamos a comprobar.

—¿Tú te animas a volver allí?

—Sólo si tú quieres. Para mí no significa nada, no tengo recuerdos de ese lugar, ni buenos ni malos.

A pocos kilómetros del pueblo pararon en una venta de carretera a comer, llevaban casi tres horas de camino y mucha vida contada en el trayecto.

—¿Por qué me miras continuamente?—preguntó Lolina sonriendo con ternura.

—Porque me aseguro a cada momento de que eres real. Tenerte a mi lado es tan increíble que me sigue pareciendo una ilusión. Temo que desaparezcas de pronto.

Al entrar en el pueblo, el majestuoso Mercedes Benz, llamó la atención de los hombres que tomaban el sol en la Plaza de Pizarro.

—Mira, en esa esquina vive don Gregorio. Después le visitaremos, igual se acuerda también de ti.

—Y por esa otra calle se va hasta la granja—contestó Lolina como una autómata señalando con el dedo índice hacia la calle que llevaba hasta el río, ante la estupefacción de Tina que la miraba procesando lo que acababa de escuchar.

—Dolores...

—Yo tenía mucha sed...tú querías volver a casa...yo quería beber...hacía calor...me senté en el suelo...justo ahí—Lolina rememoraba un momento de su vida que recordaba con tal claridad que comenzó a sentir la misma sequedad en su boca—Tú tirabas de mí y yo gritaba...la señora...no recuerdo su nombre...esa casa, la señora de esa casa se acercó y me llevó con ella...un vaso de agua fría...aún puedo sentir su frescura...

Como si el fantasma del pasado la hubiera poseído, Lolina daba vueltas sobre sí misma sin dejar de mirar cada uno de los edificios que rodeaban la Plaza de Pizarro. Cada esquina, cada ventana, cada puerta, los rústicos bancos de la plaza, cualquier detalle le proporcionaba una cascada de recuerdos que por primera vez llegaban a su memoria. También por primera vez le vino el rostro de Celestina siendo una niña. Una niña que ahora reconocía en esa mujer que le acompaña, indudablemente era ella.

—¡Quiero ver la granja!—añadió tomando el camino que ella misma había indicado minutos antes.

Tina la seguía emocionada.

No podía creer lo que estaba sucediendo.

Sin poder pronunciar palabra alguna, gesticulaba con sus manos lo que no lograba articular con su boca.

Era más de lo que hubiera esperado en esa visita al pasado. Era el propio pasado quien se había apoderado de la mente de Dolores.

Si en el viaje de ida, el silencio había sido protagonista de innumerables momentos, en la vuelta, parecía que se hacía corta la distancia y el tiempo que tenían hasta llegar a Madrid. Lolina y Tina hablaban sin parar, a veces en un diálogo sin sentido cuando los recuerdos llegaban uno tras otro y ambas hablaban a la vez.

Lolina insistió de nuevo en pasar por el internado donde vivieron sus primeros meses tras salir de su casa. Ya sabían desde antes de comenzar ese viaje que el internado, como tal, cerró sus puertas en 1975. No sabían qué se iban a encontrar y a pesar de que Tina tenía sus reticencias con respecto a esa visita, cedió ante la insistencia de su hermana.

El camino privado por el que se accedía al internado tenía un firme desigual y agujereado por la acción del agua, la nieve y los años sin mantenimiento. La entrada al recinto aún mantenía la cancela de hierro. Oxidada y medio caída, la puerta ya daba cuenta del abandono que sufría. Ninguna de las dos hermanas recordaba esa entrada, quizá en aquel tiempo el uso de las instalaciones mantenía en buen estado todo lo que ahora presentaba ese aspecto descuidado y lúgubre. El edificio en sí, cerrado a cal y canto, provocó que el corazón de Tina se acelerara.

Caminando alrededor descubrieron una ventana rota, desde el exterior, asomadas pudieron ver esa sala blanca y terrorífica donde el doctor tenía su consulta.

La sala del horror. Ahora estaba sucia, con el suelo lleno de cascotes, cristales y trozos de madera, pero aún así, seguía dando miedo.

No necesitaron ver nada más, ambas se alejaron a la vez, de aquella ventana que les trajo de pronto el horror y el miedo vivido cuarenta años atrás.

6

1981 Madrid

Regreso del pasado

Desde Guadarrama a Madrid, los pensamientos de cada una, el silencio y el llanto fueron una ligera cura que apaciguó un poco el dolor que Lolina y Tina sintieron al ver de nuevo el edificio del internado. Cada cual recordaba sus propias experiencias, diferentes, pero igual de dolorosas y horribles. La única que tenían en común fue la noche de su llegada. Las que habían vivido individualmente, las guardaban para sí mismas, quizá se avergonzaban de verbalizarlas o quizá tan solo intentaban olvidarlas.

Pero el horror vivido allí ni podía ser verbalizado ni era fácil de olvidar.

Habían pasado tres días juntas. Después de visitar Robledillo, pasaron dos noches en Cáceres. Lolina telefoneó a su madre en dos ocasiones comprobando que Berta y mamita Dolores habían congeniado a la perfección. Berta parecía otra persona, hasta su voz era diferente.

Les había salido bien el plan que prepararon. Lo difícil vendría ahora cuando mamita Dolores volviera con Tina a su casa.

Lolina dejó a Tina en la puerta de la casa de Consuelo y continuó hasta la casa de su madre.

Nada más abrir la puerta, la animada charla de las dos ancianas la sobresaltó. No estaba acostumbrada a esa algarabía, el silencio era el único sonido que reinaba en la casa cada vez que ella llegaba.

El silencio y la oscuridad.

En esta ocasión, el sonido alegre de dos voces de mujer y la claridad que inundaba la casa, hizo recordar a Lolina tiempos mejores.

—¿Lolina eres tú?

—Sí, mamá...¿Quién si no? ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Hacía tiempo que no me encontraba tan a gusto hija. Esta mañana hemos salido a oír misa a la Parroquia de la Virgen del Pilar.

—¡Me alegra tanto escuchar eso, mamá! Hace años que no te sentía tan animada—le dijo Lolina besando a Berta con ternura—¡Gracias señora Dolores! Ha conseguido hacer lo que llevo años intentando.

—Por nada hija, para mí también han sido unos días especiales.

Lolina relató por encima el viaje que había hecho con su hermana obviando quien era la "amiga" que la había acompañado y la finalidad del mismo así como los sentimientos que le había provocado. Sobre todo por evitar el dolor de su madre. Le sabía mal engañarla pero era aún peor que supiera que estaba haciendo, justo lo que ella le había pedido que no hiciera. Remover el pasado.

Removiendo ese pasado había logrado recordar, lo había sentido, pero por encima de todo estaba el amor a su madre adoptiva. Comprendía que para su madre biológica debió de ser horrible perderlas, que Tina sentía un dolor inmenso porque nunca había olvidado y aunque seguiría adelante en la búsqueda, nunca haría ni diría nada que provocara el mínimo dolor a Berta, la única madre que había conocido, la que le había abrazado y amado desde que tenía recuerdos. Por encima de todo siempre estaría ella.

Por primera vez en años, el ambiente de la casa de su madre era agradable y acogedor y si no fuera porque deseaba ver y contar su viaje a su esposo e hijos, se hubiera quedado más tiempo con ellas. Eran dos ancianas adorables disfrutando de la presencia de una hija y era una hija complacida por el inesperado cambio de su madre.

—Ya dejé el coche en el garaje mamá, vuelvo a casa en taxi. Se me hace tarde y veo que estáis perfectamente sin mí—les dijo sonriendo—Mañana me pasaré por aquí.

—Te acompaño a la puerta—le dijo mamita Dolores.

En el rellano de la escalera y a salvo de los oídos de Berta, mamita Dolores le hizo señas para que se acercara.

—Hija, no sé qué pensará Tina o tú misma, pero creo que mi sitio ahora está junto a tu madre. Es una mujer encantadora y para mí sería un placer cuidarla...cuidarnos mutuamente. Aquí siento que no estorbo, me siento útil y a la vez me siento acompañada. Somos de edades parecidas, tenemos los mismos gustos, hablamos de temas propios de nuestra edad....No necesito salario, no tengo necesidades especiales...hemos congeniado y nos sentimos bien juntas. ¿Qué piensas tú? ¡No me mires así...! ¿No estás de acuerdo?

—Señora Dolores, la miro así porque es la mejor noticia que podía darme. Temía el momento de contar la verdad a mi madre. Temía sobre todo, después de verles juntas. No sé qué pensará Tina de esto pero para mí es una maravillosa noticia. Hablaré con ella mañana.

—El problema que tenemos es que Tina es como una hija para mí y desearía que pudiera visitarme igual que lo haces tú con doña Berta. ¿Cómo le explicamos a tu madre esta situación sin que se sienta engañada?

—Pensaremos en algo. No se preocupe Dolores. Antes de nada

debo hablar con Tina. Entre las tres algo se nos ocurrirá.

7

1981 Tina vuelve a Guadalajara

Más de cuatro meses habían pasado desde que Tina y mamita Dolores, habían vuelto a la casa de Madrid buscando el rastro de Dolores. Después de todo lo que había acontecido en esos meses, la casa ya no le parecía tan siniestra como cuando entró. Hasta su olor había cambiado. Tina tenía la impresión de que aún siendo algo inanimado, las fuerzas del universo concentradas entre sus muros, habían querido resarcirle de todo el dolor que había sufrido durante años.

La tarde anterior a su vuelta a Guadalajara, su hermana Dolores había estado allí para despedirse de ella con sus tres hijos y su esposo. La casa se había llenado de voces y risas como nunca recordaba. La llegada de la primavera les había bendecido con una tarde soleada y desde los balcones llegaban olores frescos de azahar y flores recién abiertas. Alfredo también había llegado ese mismo día para regresar a Guadalajara con Tina al día siguiente. Por fin había conocido personalmente a su cuñada Dolores y a esos tres sobrinos políticos que habían llegado a la vida de Tina devolviéndole la ilusión y las ganas de vivir. Parecía otra mujer. La sonrisa no abandonaba sus labios ni la ternura su mirada. Aún quedaba mucho por conseguir para reunir a toda la familia pero este primer encuentro había sido un gran resorte para continuar la búsqueda.

Mamita Dolores no volvía con ella, se quedaba con doña Berta. Habían hablado y había convencido a Tina de que ese era ahora su lugar y allí se encontraba como en su casa. Ya no la necesitaba a su lado, tenía a su hermana Dolores, y para seguir juntas la búsqueda, el mejor lugar para ella era acompañar a doña Berta y dejar libertad de movimientos a Dolores.

Doña Berta aún ignoraba la relación entre Tina y su ahora compañera Dolores, ignoraba que Tina era la hija difícil y rebelde de Consuelo.

A ella, la compañía de Dolores, también le había cambiado la vida, el carácter y la relación con el mundo. Doña Berta volvía poco a poco a ser la mujer que era antes de enviudar. Tanto Lolina como Tina decidieron que doña Berta siguiera ignorando todos esos detalles que

podrían dar al traste con sus recuperadas ganas de vivir y con los planes de ambas para encontrar al resto de la familia.

Al anochecer, se despidieron con la promesa de hablar a diario y compartir cualquier información nueva que fuera llegando a sus manos. Lolina prometió visitarla pronto en Guadalajara y Tina prometió volver a menudo a Madrid.

Ahora Tina tenía una maravillosa excusa para volver.

Por la mañana, antes de cerrar la casa, telefoneó a la inmobiliaria anulando la venta del piso.

El viaje de vuelta a Guadalajara fue bien distinto al de la ida. En aquella ocasión la tristeza por la muerte de Asunción y el rastro perdido de su madre mantenían a Tina en un oscuro túnel del que no encontraba la salida. En esta ocasión, la conversación fluía sola, las risas del matrimonio y la sensación de felicidad llenaron cada kilómetro que iban recorriendo. Una nube de ilusión les envolvía hasta tal punto que Tina sintió que iba desapareciendo de su corazón el sentimiento de furia y odio contra Consuelo. Pensar en ella ya no le provocaba nauseas. Otro tipo de sentimiento iba solapando al anterior, aún no era un perdón definitivo pero podía tratarse de un inicio de comprensión. Se descubrió buscando motivos sólidos para guardar ese secreto y así poderle otorgar el perdón que no le pudo dar el día de su muerte.

Entrar en su casa después de tanto tiempo le produjo una sensación de bienestar que no había sentido antes. No era la casa, ni su olor, ni sus cosas, era ella la que había cambiado. Entraba como una mujer nueva y entraba convencida de que ahora habitaba el mismo mundo que Alfredo, ahora compartían una misma realidad.

1972-1980

EL INCIERTO FUTURO DEL ALARMANTE PRESENTE

1

1972 Valencia

¡Mi hija Isabel!

Desde que Matilde tuvo la certeza absoluta de que había recuperado a una de sus hijas, esa vida que tanto le costó crear y en la que se sentía como pez en el agua, comenzó a resquebrajarse como una copa de fino cristal. Escondía en su corazón un doloroso secreto del que no podía exteriorizar ni el más mínimo resquicio. La mujer orgullosa y altiva seguía reinando sobre la madre desmembrada que fue un lejano día. Pero el contacto asiduo con Adelita-Isabel, iba logrando que esa madre desmembrada, escalara posiciones con fuerza provocando un vaivén de sentimientos que amenazaba su cordura.

Adelita-Isabel, ante la ausencia continua de su madre, encontró en Matilde esa figura que tanto extrañaba. A Matilde no le costó demasiado usurpar el puesto de Adela. Tan solo tuvo que aumentar los encuentros con la joven—se veían una vez por semana y se telefoneaban casi a diario—mostrarse comprensiva y a veces cómplice con ella, aconsejarla como haría una madre. Poco a poco, Adelita-Isabel fue confiando en ella y hasta le hacía partícipe de cada acción, asamblea o movimiento en que participaba. Sabía que sus charlas eran privadas, ni Francisco las conocía, eran momentos especiales que solo compartían ellas, como madre e hija, porque Adelita-Isabel necesitaba la presencia de una madre y la suya no estaba. Matilde era la figura más parecida a una madre y la joven no dudó ni por un momento en acogerla como tal. Ambas tenían sus diferencias y discutían por ellas, pero como madre e hija, las discusiones eran meras palabras que minutos más tarde se olvidaban.

A Matilde no le gustaba su pertenencia a esos grupos antifranquistas.

A Adelita-Isabel no le gustaba su amistad con la Señora ni su afinidad con el régimen.

Esas eran sus diferencias y sus preocupaciones.

Matilde no podía ni pensar que algún día su pequeña pudiera dar con sus huesos en la cárcel. Adelita-Isabel no quería ni pensar que, cuando todo cambiara—y estaba muy segura de que cambiaría—

Matilde fuera señalada y despreciada por pertenecer al entorno del dictador.

A través de estos encuentros, Matilde fue obteniendo conocimiento de todo lo que iba sucediendo en el país y que Francisco le ocultaba. Quizá por no preocuparla, debería de ser eso, evitarle cualquier preocupación ahora que sus hijos estaban lejos de ella y sin la protección de la familia. Desde que en 1968 la banda terrorista ETA asesinó al Guardia Civil *Jose Antonio Pardines* mientras dirigía el tráfico en Guipuzcoa y al jefe de la Brigada Político Social—también en Guipuzcoa—*Melitón Manzanas*—con sólo dos meses de diferencia—la preocupación de Matilde había ido en aumento. Pero nunca hacía partícipe de esa preocupación a Francisco, al contrario, siempre intentaba transmitirle su tristeza por la muerte del compañero pero acentuando que eso sólo sucedía en el País Vasco, en Valencia estaban seguros. A Adelita-Isabel en cambio sí que le hablaba de su temor a que algún día Francisco fuera también objetivo de la banda terrorista.

La joven le contaba cómo iba cambiando la sociedad, cómo se iba perdiendo el miedo a las represalias, cómo se perdía el respeto a ese régimen en decadencia que más pronto que tarde caería en picado.

De todos estos temas que en esos años 70 iban cambiando a la sociedad española, tampoco se hablaba en casa, pero Matilde era conocedora en profundidad de los mismos. Esa chica, a la que ya adoraba, ponía en su boca las mismas ilusiones, las mismas ganas y la misma fuerza que— en un lejano pasado—le había visto a Nicolás.

Era digna hija de su padre.

En su casa, Francisco trataba de que Matilde volviera de nuevo a ser la mujer que era tan solo unos meses atrás. Sentía sus vaivenes emocionales. Un día la veía feliz, alegre y fuerte y al siguiente se mostraba nerviosa, inquieta y triste. Se interesaba continuamente por su estado porque la conocía muy bien, estaba seguro de que Matilde guardaba algo dentro que le provocaba esos desajustes. Por la mente de Francisco también pasó la idea de que, con la edad, la fortaleza iba disminuyendo al compás que la vida y por momentos temió que aquel pasado olvidado y enterrado estuviera volviendo a su cabeza y a su memoria. No se lo mencionaba a ella, por la promesa que hicieron, pero no podía evitar que ese pensamiento volviera una y otra vez a su cabeza. Matilde tenía la información necesaria para dar con sus hijas y si hasta ese momento la había mantenido oculta, sabía que algún día la sacaría a la luz. Si no lo había hecho ya, era con toda seguridad para no poner en riesgo su carrera y la de sus hijos.

Cuando Octavio y Cesar partieron para sus nuevos destinos, Francisco pensó que recaería en su tristeza. Sin embargo la vio exactamente igual que antes de la partida de sus hijos. Ni más alegre

ni más triste. Ni más serena ni más inquieta. Si acaso, la pudo sentir más cercana a él. Ahora que estaban solos, Matilde volvió a dedicarse en cuerpo y alma a su esposo.

Una rutina se fue instalando en la casa cada noche de la semana. Los lunes y jueves recibían la llamada de sus hijos. Casi todos los martes recibía una llamada de la Señora que a veces era tan solo por preguntar por su delicada salud, otras para encomendarle alguna que otra visita o inauguración y otras requiriendo su compañía en algún acto oficial. Los viernes era Adelita la que llamaba o Matilde la llamaba a ella. Con esa llamada programaban su próximo encuentro.

—Matilde, querida, yo también le tengo afecto a Adelita pero creo que no es adecuado que te llame a ti en vez de a su madre.

—Es una niña Francisco. A pesar de su edad está perdida, sobre todo después de lo que pasó. Está muy sola, solo nos tiene a nosotros.

—No tan niña Matilde. Tiene a su esposo y a su madre que aunque esté en Madrid puede hablar con ella igual que lo hace contigo.

—Adela no puede hablar con ella tanto como quisiera, ya lo sabes. Armando no quiere ni oír hablar de su hija. A la juventud hay que entenderla, son rebeldes, comprometidos con sus ideales, aunque estén equivocados. Francisco yo...a veces...Ya sabes que voy al doctor..., que no me encuentro bien..., yo...no sé cómo...

—¡Matilde por dios! ¿Qué tratas de decirme? Me estás asustando...

—No quiero que te enfades Francisco. No te lo he contado nunca....

—Matilde sé que escondes algo... ¡Dilo ya por favor! Me estás preocupando.

—Es que no solo hablo con Adelita..., nos hemos visto algunas veces. Hemos tomado un café. Pero en lugares discretos, de verdad, no me he puesto en riesgo.

Francisco era un buen profesional, un buen hombre, un buen esposo, jamás había recriminado nada a su querida Matilde, ella también era una gran mujer, nunca había actuado de manera deliberada o imprudente, tenía que agradecerle incluso su ascenso a Coronel porque aunque su expediente era impecable, podía haber sido otro el que ocupara la vacante en la Comandancia. Pero esta noticia le sacó de sus casillas, Matilde había puesto en riesgo no solo su carrera profesional sino también su honor y su palabra. Era la primera vez que Matilde le veía en ese estado, de hecho era la primera vez que le escuchaba gritar.

Aquel día de 1972 en que por primera vez se enfrentaron Matilde y Francisco, significó un antes y un después en la vida de ambos. Tras escuchar los desquiciados gritos de Francisco increpando la despreocupada y peligrosa actitud de Matilde, ella—que ya llevaba más de un año compartiendo tiempo, noticias y confidencias con

Adelita-Isabel—le miró con el respeto que siempre le guardó, respiró bien hondo y cuando estuvo segura de que no iba a volver a gritar, tomó la palabra.

—¿De verdad piensas que verme a escondidas con Adelita pone en riesgo tu honor y tu nombre? ¿Estás ciego? Igual lo haces por protegerme, pero creo que eres tan consciente como yo de que verme o no con una joven contraria al gobierno ya no tiene la más mínima importancia. Si lo hago a escondidas es sólo por ti. Mis encuentros con ella, es el menor de los problemas menores de nuestro gobierno. Más de medio país está en contra y ya nadie se esconde, se ha perdido el miedo. Ese es el verdadero problema del gobierno, tener a medio país en contra y no saber satisfacer sus peticiones o hacerlo de manera chapucera. España es un país anticuado, nos hemos quedado a la cola del mundo, el régimen ya no tiene fuerzas ni poder para evitar que los españoles se abran al mundo y que ese mundo penetre en nuestras fronteras cambiándolo todo. Tus propios hijos, Octavio y Cesar..., nunca les hemos preguntado, dimos por hecho que eran afines al régimen, pero han crecido y viven entre jóvenes diferentes, jóvenes sin miedos. Ellos también se ven con Adelita y sus amigos y también lo hacen a escondidas, por ti. Si hay que seguir fingiendo que no pasa nada, lo haremos, pero es indudable y tan obvio que sí pasa, que es ridículo ignorarlo.

Francisco la escuchaba con atención y a medida que Matilde avanzaba en sus explicaciones su rostro se volvía preocupado y sus manos se movían nerviosas. Claro que conocía el delicado momento que pasaba el país pero ignoraba por completo que su mujer lo supiera igual que él o incluso con más detalles de los que ellos tenían. Su desmesurada reacción tan solo estaba provocada por el miedo, miedo a que Matilde fuera descubierta en una de esas visitas. Conocía bien las represalias y aunque él nunca había participado directamente, los comentarios de los que sí participaban, le ponía los vellos de punta.

—Disculpa mi reacción Matilde, pero si algo te ocurriera, si tomaran represalias contra ti, no podría soportarlo. Sé perfectamente lo que está ocurriendo y tenemos órdenes de evitar cualquier movimiento en contra del régimen. No puedo ni imaginar que algún día te detuvieran junto a Adelita.

—Tengo un cuidado excesivo en que nunca me reconozcan cuando estoy con ella. Por ti, por mi, por nosotros, pero no puedo dejar de verla.

—Eso es ridículo Matilde, podrías conformarte con saber de ella por teléfono, no es necesario que te arriesgues de esa forma. Tu cara está en la prensa, eres conocida. Debes apartarte de ella en estos momentos, todo está muy complicado, es difícil sostener un gobierno con parte de la población en contra. En Madrid están muy nerviosos.

—Este gobierno está en decadencia…y lo sabes. Nadie puede frenar el avance de los nuevos tiempos, las nuevas tendencias, la juventud clama por una libertad que disfrutan en toda Europa. Esto es imparable Francisco y mientras se decide quién serán los vencedores, hay que apostar por los dos bandos. Discretamente por supuesto, pero sin dar la espalda a ninguno.

Durante los cinco primeros años de los 70, España era un hervidero, era una olla a presión que podía estallar en cualquier momento.

Lo sabía el Gobierno.

Lo sabía la cúpula militar que rodeaba al Caudillo.

Lo sabían todos los cuerpos de defensa de España.

Y no pudieron hacer nada por evitarlo.

Los jóvenes decidieron borrar de un plumazo el miedo y el silencio de sus padres.

Volvieron el país del revés.

Dieron luz a una España sumida en la oscuridad.

Tomaron el mando del movimiento que debería concluir la anterior etapa.

2

1972-1975 Valencia

Cambios determinantes

Estos cuatro años que finalizaron con la muerte del General Franco en Noviembre de 1975, fueron para Matilde los peores de su vida. No recordaba sentir ese miedo, esa inseguridad, ese desasosiego, ni siquiera en los años de la guerra civil.

El régimen daba muestras de debilidad, tanta como la salud del Jefe del Estado. Se respiraba esa debilidad, esa decadencia.

Las fuerzas de seguridad, a pesar de tener la orden de luchar con saña contra los grupos antifranquistas, apenas lograban resultados. Muchos de ellos estaban cansados y desmotivados por este régimen condenado al fracaso. Otros formaban parte literalmente de esos movimientos que les ordenaban reprimir, y sus actuaciones, eran una mera pantomima, una simple puesta en escena, sin resultado alguno.

La patente debilidad del régimen tampoco pasó inadvertida para la banda terrorista ETA que durante esos cuatro años actuaron sin piedad ni reparos contra el cuerpo de la Policía Nacional, la Guardia Civil e incluso en una simple cafetería en Madrid donde murieron 14 personas.

En Diciembre de 1973 el Presidente del Gobierno, el Almirante Carrero Blanco fue víctima del atentado más importante que sufrió el gobierno desde el final de la guerra civil.

La sociedad española quedó impactada por este asesinato, el propio Franco que siempre pensó que Carrero Blanco sería su sucesor, quedó asimismo profundamente afectado por este asesinato. Enfermo y con una más que avanzada edad, miraba con pesar cómo se desmoronaban todos sus planes para España. Para la futura España, posterior a su muerte.

Matilde pertenecía a esa clase amenazada por la banda terrorista y tenía tres miembros dentro del cuerpo de la Guardia Civil. Por otra parte tenía a su hija Isabel, ahora llamada Adelita, metida de lleno en los grupos antifacistas. El miedo que ya tenía olvidado, volvía a convivir con ella día y noche. El ambiente en la Comandancia también

se había vuelto extraño, todos vivían en un sin vivir.

Octavio y Cesar, destinados en Madrid, hablaban a diario con sus padres, trataban de infundirles tranquilidad. También contactaban a menudo con Adelita-Isabel, ella era la única que sabía que ambos formaban parte de ese grupo de la Guardia civil que al igual que ella, luchaban contra el franquismo. Por ellos conocía las órdenes que daba el gobierno con respecto a estos movimientos y a través de ella sabían los hermanos Maldonado, cuándo y dónde se iban a celebrar marchas, asambleas o protestas contra el régimen.

Una vez en Madrid y apartados de la influencia paterna y de la Comandancia, los mellizos habían comprobado la veracidad de todo aquello que un lejano día negaron. Eso y las vivencias del grupo en el que estaba Adelita-Isabel terminaron por convencerlos. Ellos, en la clandestinidad, junto con otros jóvenes compañeros, fueron imprescindibles para los grupos antifacistas.

La relación de Matilde con la Señora durante estos años siguió más telefónica que presencial. Los tiempos estaban demasiado complicados y la salud del Caudillo tenía a doña Carmen totalmente ocupada en ocultarlos al máximo. Ocultar una debilidad que era tan patente le resultó muy complicado y también fueron tiempos difíciles para ella. Las visitas e inauguraciones quedaron relegadas por otros asuntos de más importancia. Matilde tampoco quería separarse más de lo necesario de Valencia y en estos años tan solo dos visitas privadas a sus hijos en Madrid la tuvieron alejada de Francisco.

En estas visitas a la capital, Matilde no olvidó pasar por las dos calles que tan conocidas le eran ya, ni mirar durante un buen rato, la entrada de esos dos edificios de los que ya conocía hasta el número exacto de baldosines que formaban su fachada.

En Diciembre de 1973, Francisco tuvo que viajar a Madrid para asistir a los funerales del Almirante Carrero Blanco. En esta ocasión iba acompañado de buena parte de los oficiales de la Comandancia. Matilde aprovecho la ausencia para quedar con Adelita-Isabel. Sabía que Francisco sufría bastante por esos encuentros y casi siempre trataba de ocultárselos.

Se encontró con una joven exultante que celebraba el atentado como algo maravilloso para el futuro del país. La juventud de esos años aún confiaba y creía en ETA como un grupo que luchaba por la libertad de una España inmersa en el oscurantismo y la antigüedad.

Matilde no compartía esa opinión con ella. La violencia no era el camino. Pero la escuchó con una sonrisa en los labios porque veía en ella la fuerza y la ilusión de Nicolás.

“Digna hija de su padre—pensaba continuamente”

Durante ese tiempo, sus encuentros con Adelita-Isabel le

compensaban de lo poco que podía hacer por encontrar a sus otras tres hijas.

En Noviembre de 1975, la muerte del Caudillo llevó de nuevo a Matilde a Madrid que acudió rápidamente a acompañar a su amiga. Durante tres días estuvo a su lado, vestida de negro riguroso al igual que la viuda y toda la familia Franco. La prensa de esos días dio cuenta de la presencia de Matilde al lado de la viuda en todos los actos del funeral.

—¿Qué va a pasar ahora doña Carmen?—le preguntó Matilde en un momento de privacidad de ambas mujeres.

—No te preocupes Matilde. Para nosotros todo debería de continuar igual. Paco se ocupó de ello—le contestó tranquilizando a su amiga—Dejó todo bien atado.

3

1976 Valencia

Nueva España, nueva Matilde

Tras la muerte del dictador, todos sus partidarios y afines pensaron que Juan Carlos I de Borbón continuaría su legado como el propio Franco les aseguró en su día. Pero la sociedad española había sufrido demasiados cambios en los últimos años y jamás consentiría en la continuidad del régimen. España pasaría de un sistema dictatorial a una Monarquía Parlamentaria que se consolidó en las primeras elecciones tras la dictadura, el día 15 de junio de 1977.

Durante el tiempo que duró la llamada transición a la democracia, Matilde vivió con inquietud todo el proceso. Los cuerpos de seguridad del estado se encontraban a la espera de que se consolidara esta nueva etapa. Dentro de estos cuerpos continuaba la guerrilla interna que mantenían los afines y los contrarios al régimen anterior. Francisco volvió a mantener su postura neutral hasta dar por concluido el proceso. En la nueva etapa, seguiría cumpliendo las órdenes de sus superiores sin importar a qué bando pertenecían.

Doña Carmen, tras enviudar, abandonó el Palacio del Pardo y se trasladó a la calle Hermanos Bécquer, situada en el madrileño Barrio de Salamanca. A principios de 1976, Matilde fue a visitarla a su nueva residencia en calidad de amiga. Fue la primera y única vez que la visitó tras la muerte de Franco. Matilde fue recibida con educación y amabilidad pero la propia doña Carmen no parecía la misma. Había cambiado. Tras tomar un café con pastas, informó a Matilde de que se retiraba de la vida pública así como de las personas que la habían acompañado. Pensaba dedicarse a disfrutar de sus nietos y bisnietos sin importarle lo que sucediera en España. Se sentía decepcionada con demasiadas personas que hasta ese momento habían estado a su lado y ya no podía confiar en nadie. No le dijo directamente que no fuera a visitarla pero sus continuas insinuaciones de abandonar totalmente su anterior vida y todo lo que conllevaba, indicaron a Matilde que ella entraba en ese grupo del que pensaba prescindir en adelante. Cuando abandonó la casa de doña Carmen, tan sólo le dejó un número de teléfono donde podía localizarla en el caso de que quisiera verla. La

Señora le agradeció todo lo que había hecho por el país en vida de su esposo y le deseó suerte para el futuro.

Matilde intuía que nunca más volvería a verla. Sintió un poco de pena porque la amistad con ella la había elevado a lo más alto de la sociedad española y romperla sin más, la entristecía. Pero también le daba alas para pensar, actuar y relacionarse con quién quisiera sin tener que ocultar su identidad. El dictador había muerto y los rumores apuntaban a que la ansiada libertad de pensamiento y obra iba asentándose entre la sociedad.

Tras abandonar la casa de Hermanos Bécquer y mientras caminaba hacia la Castellana, pasó por la puerta del edificio donde podía vivir su hija Dolores. Era la primera vez que estaba en la misma puerta. Anteriormente había vigilado la entrada desde el kiosko de prensa o desde la otra esquina.

Como impulsada por una fuerza desconocida, Matilde entró en el edificio superando los dos escalones que lo separaban de la calle. Se quedó parada frente a los buzones de correo colgados en el muro a su izquierda. Eran tan solo cuatro vecinos. Miró sus nombres por si pudieran recordarle algún apellido que hubiera leído en la documentación del Orfanato. Uno de ellos llamó la atención de Matilde, “Doña Berta Aguado viuda de Sebastián Quintanilla”.

Matilde recordaba perfectamente ese apellido porque nunca pudo olvidar el atentado terrorista del que fue víctima el señor Quintanilla. Además conocía a doña Berta de algún acto en el que habían coincidido en el Palacio del Pardo. No era exactamente amiga, apenas había cruzado con ella un par de palabras en alguna ocasión, pero se conocían. Además Matilde había asistido al funeral de Sebastián Quintanilla y había dado el pésame a su hija y a ella misma. Ahora recordaba que Berta estaba aún convaleciente en el hospital y no pudo asistir al funeral, pero sí a la misa oficiada en su honor a la que asistió Matilde.

Salió del edificio y continuó caminando con el pensamiento en esa familia. “Qué casualidad—pensaba”

La viuda de Quintanilla vivía en el mismo edificio que la familia que había adoptado a su hija Dolores. “Quizá algún día me anime a preguntar—se decía—doña Berta me recordará de algún evento y quizá recuerde si alguno de sus vecinos adoptó a una niña tras la guerra.

Matilde aún tenía que ver a sus dos hijos antes de volver a Valencia pero ya iba pensando en la manera de lograr una cita con doña Berta en su próximo viaje a Madrid.

Durante el viaje de vuelta, sus pensamientos vagaban entre la conversación que había tenido con doña Carmen, la libertad que tenía

ahora para ver a Adelita-Isabel sin esconderse de nadie y la casualidad de descubrir a alguien conocido en el mismo edificio dónde buscaba a su hija Dolores.

También repasó el cambio sutil que había notado en sus hijos. No le habían aclarado nada pero la actitud de ambos con todo lo que estaba sucediendo, indicaba que se sentían de todo menos tristes por la muerte del General Franco.

Pero eso ya no le preocupaba a Matilde.

4

1977 Valencia

El año 1976 fue un año difícil, peligroso y muy complicado políticamente hablando. España no contaba con un gobierno a la usanza. Se trataba de lograr una transición a la democracia, justa, tranquila y en el menor tiempo posible. El llamado *Gabinete de Suárez*, constituido en julio, era una especie de gobierno salido de la legalidad franquista y fue el encargado de llevar al país hasta las primeras elecciones tras la dictadura, en junio de 1977.

Fue un año en el que se sucedían actos terroristas, movilizaciones de grupos de exaltados franquistas, que gritaban en las calles ¡Ejército al Poder!, huelgas multitudinarias convocadas por la Coordinadora de Organizaciones Sindicales que salían a la calle exigiendo la legalización de los partidos de izquierdas, secuestros de personas relevantes del gobierno como el caso de *Antonio María de Oriol y Urquijo*, Presidente del Consejo de Estado.

Año complicado para todos. Gobierno y pueblo vivían con la incertidumbre de saber si lograrían llevar al país hasta la ansiada Democracia.

Para Matilde no fue diferente que para el resto de españoles. Lo vivió con intranquilidad, con incertidumbre y con el terror y la angustia que le provocaba tener a tres miembros de su familia dentro de los cuerpos amenazados por los terroristas.

En la primavera de 1977, Matilde preparó su 67 cumpleaños rodeada de su familia, de sus dos hijos y de Adelita-Isabel y Lucas, que desde la muerte de Franco ya eran asiduos en la casa. No tenía demasiadas ganas de celebración, los acontecimientos se sucedían en el país uno tras otro y a ella le superaba el miedo a que su familia fuera en algún momento diana de cualquier atentado.

En enero, la matanza de los cinco abogados en la calle Atocha de Madrid le había afectado demasiado. Un grupo de extrema derecha había entrado en el bufete de los abogados laboristas disparando a todos los que allí se encontraban.

Le preocupaban sus hijos. Estaban en Madrid y no era un secreto

para nadie, que pertenecían a los grupos de defensa de la Democracia. Las luchas internas entre los cuerpos de seguridad del estado eran peligrosas. Nadie se posicionaba con claridad y cualquier comentario hecho delante de la persona equivocada podía colocarte en el punto de mira.

Ellos podían estar en el punto de mira y eso le aterrorizaba.

Su relación con Adelita-Isabel era un leve consuelo en sus inquietudes y desasosiegos. Ya no tenían por qué esconderse en sus encuentros. La relación entre ellas se había consolidado tras la muerte de Franco y se veían tan a menudo como podían. Para Adelita-Isabel fue una inesperada alegría el alejamiento unilateral que doña Carmen había impuesto en su vida, con respecto a la anterior.

—Matilde, te ha hecho un tremendo favor—le decía—Esa amistad no te iba a traer nada bueno en esta nueva etapa.

—Hija es una pobre anciana ¡Qué peligro tiene! Me da hasta un poco de pena verla tan sola—le respondía Matilde.

—¿Pobre anciana? No sabes lo que dices. Esa mujer tuvo un gran poder durante la dictadura y no faltarán almas vengadoras que se la tengan jurada. Y tú estabas allí, a su lado. Lo mejor es alejarse para que no te salpique la sangre.

—¡Por dios, Adelita!—le decía sonriendo—Tengo que dar la razón a tu padre cuando te dijo que la sangre roja corre por tus venas.

—¡No es mi padre! ¡Ni lo nombres, Matilde!—le respondió con una seriedad que asustó a Matilde.

—¡Ay...disculpa hija!—le dijo apesadumbrada—Me salió del alma, no pensé que te molestaría. Me refería a ese otro padre que dice que tienes.

—Disculpa Matilde, no te ofendas. Aceptaría de buen agrado a ese otro padre. A Armando no quiero ni verle ni tenerle en mi vida.

—¿Hace mucho que no hablas con tu madre?—le preguntó Matilde intentando mediar en el conflicto—Adela debe de estar sufriendo mucho.

—Sí que hablo, cuando él no está. Pero no la deja venir a Valencia y yo no tengo intención de ir a Madrid... ¡Pensar que puedo cruzarme con él me da nauseas! Matilde...mi madre está conforme con lo que le tocó, no sé si le tiene miedo o es que no sabe vivir de otra manera. Debería enfrentarse de una vez por todas con él y hacerle comprender que ella también tiene vida, derechos, gustos y opiniones diferentes. ¡Que la respete de una vez!

—¡No es tan fácil mi niña!

—Tú lo haces Matilde. Tantos años a tu lado y no aprendió nada. ¡Cómo me gustaría que hubiera sido como tú!

Cada vez que Adelita-Isabel le repetía esa frase, a Matilde le daba

un vuelco el corazón y comenzaba a latir con desesperación.

El día del cumpleaños, Cesar dio la gran sorpresa cuando llegó acompañado de una joven a la que presentó como su novia. Nadie sabía nada, fue algo inesperado para todos. Se llamaba Luisa, la conocía desde casi un año antes y no había sido hasta la pasada navidad cuando habían decidido formalizar su relación. Vivía en Valencia y allí fue donde se conocieron.

Durante la celebración del cumpleaños, Luisa se mostró un tanto tímida. Era su primera vez y encontró en Adelita la confianza que le daba su proximidad en cuanto a la edad.

—Es extraño—le decía Luisa a Adelita—¿Cómo Cesar nunca me habló de ti? Nunca me dijo que tuviera una hermana.

—¡No somos hermanos!—le contestó Adelita sonriendo—Hemos crecido juntos, aquí en la Comandancia, somos como hermanos pero no, no lo somos en realidad.

—Vaya...hubiera dicho que lo erais, es que te pareces tanto a Matilde...—le dijo Luisa un tanto apurada.

—¿Yo?—le contestó Adelita sorprendida—¿De verdad ves que me parezco a Matilde? Jamás me lo habían dicho.

—Qué se yo...será una impresión a primera vista, pero me lo pareciste. Ahora te miro y te veo de diferente manera, como ahora sé que no eres su hija....—ambas jóvenes reían de la conversación que acababan de tener.

—Matilde—Adelita llamó la atención de Matilde—Luisa dice que nos parecemos físicamente. Pensaba que yo era tu hija.

Matilde justo entraba en el salón con una bandeja de platos para servir la tarta cuando Adelita le contaba lo que Luisa había pensado de ellas.

Por la noche, a solas, Matilde intentaba comprender cómo había logrado sobreponerse a ese comentario y responder con una sonrisa. Nadie había notado nada extraño en ella. Sólo ella fue consciente de la reacción de su corazón a esas palabras. Ni siquiera Francisco había notado cambio alguno en ella, ni siquiera se dieron cuenta de cómo temblaba la bandeja que llevaba cuando la dejó sobre la mesa.

Realmente Francisco tenía muy olvidadas a sus hijas.

En Junio de 1977 se celebraron las primeras elecciones generales tras la dictadura y se creó el primer gobierno democrático con el joven abogado *Adolfo Suarez* a la cabeza del mismo.

La banda terrorista ETA siguió haciendo estragos sin que el nuevo gobierno pudiera evitar las tragedias que se sucedían mes tras mes.

Matilde seguía sin noticias de la Señora, la prensa tampoco se

hacía eco de los movimientos de la que fuera esposa del dictador. Y no es que Matilde deseara saber. Habían sido tantos años de relación, que por momentos, extrañaba esa rutinaria llamada.

5

1978 Valencia

Tras las elecciones del año anterior, el gobierno presidido por *Adolfo Suarez*, continuaba su andadura hacia la Democracia.

Matilde instalada ya en una nueva rutina, sabía por las noticias, todo lo que iba ocurriendo en el país pero su mayor preocupación continuaba siendo la banda terrorista ETA que seguía matando sin parar.

Francisco vivía en otro tipo de rutina de la que no hacía partícipe a Matilde. El cuerpo de la Guardia Civil pasaba su momento más delicado. Dos bandos bien diferenciados, dividían a sus efectivos. Por una parte, los militares de extrema derecha planeaban ya asaltar el Palacio de la Moncloa y destituir al recién elegido *Presidente Adolfo Suarez*. Por otra parte, estaban los militares afines a los partidos de izquierdas que vivían en un continuo vaivén, acatando órdenes de sus superiores, a veces en contra de su propia ideología y paralelamente informando de estos movimientos al propio gobierno para que lograra evitar el intento golpista.

Como responsable de la Comandancia de Valencia, Francisco era requerido en numerosas ocasiones para asistir a reuniones tanto con los integrantes del movimiento golpista como con los del bando democrático. En ambos grupos querían saber con cuántos efectivos contaban entre sus adeptos. Francisco asistía como era su deber, casi eran órdenes de los superiores, pero en ningún caso se mostraba partidario, siempre callaba a la espera de lo que pasara en un futuro. Él, como siempre, acataría órdenes oficiales. Ya fuera para dar un golpe de estado o para defender la democracia, cualquiera que fuese, pero siempre respaldadas oficialmente por el *Rey Juan Carlos* I *de Borbón*, jefe de todos los ejércitos.

En este sin vivir, vivía el Coronel Francisco Maldonado.

Matilde, con todas sus horas libres, sin depender de una llamada del gobierno para acudir al lado de doña Carmen, solía salir casi a diario al centro de Valencia. En unas ocasiones visitaba a Adelita-Isabel, en otras paseaba, iba de compras y en los últimos meses también se tomaba algún que otro café o refresco con Luisa, la reciente novia oficial de Cesar. Se iban conociendo y, en verdad, se

sentía a gusto con ella. Era una joven extraordinaria, de muy buena familia. A veces se juntaban en algún bar Adelita, Luisa y ella o iban al cine. En realidad hacía el papel de madre de Adelita ya que, desde que Adela y Armando volvieron a Madrid, no había vuelto a ver a su madre, tan sólo tenían relación telefónica. Ya eran varios años sin verla y eso la estaba alejando inexorablemente de ella. Ya no la extrañaba ni tampoco necesitaba sus consejos ni sus abrazos. Tenía a Matilde que suplía con creces su falta.

Y Matilde, disfrutaba de que así fuera.

El tiempo y la distancia también pasaban por su corazón y el cariño que antes sentía por Adela, se iba diluyendo como gotas de agua a pleno sol. Si Armando no quería saber nada de su hija y Adela no era capaz de enfrentarse a él, no sería ella la que le facilitara el camino. No ahora que estaba a muy poco de recuperar a su pequeña Isabel.

Ahora viajaba mucho menos a Madrid y tenía menos oportunidades de plantarse frente a las casas donde vivían sus otras dos hijas. Por el momento, Matilde se aferraba al amor de Adelita-Isabel. Tenía pensado que la próxima vez que viajara a Madrid, visitaría a doña Berta Aguado e intentaría saber sobre otra de sus hijas, Dolores.

Antes de salir hacia el centro, Matilde normalmente dejaba la cena preparada y volvía justo antes de anochecer, a la hora en que Francisco terminaba su turno. Siempre cenaban juntos.

—Estuve por el centro con Adelita y Luisa—le comentaba Matilde a Francisco mientras cenaban—Me gusta cada día más esa chica para nuestro hijo. La familia también es fantástica.

—¿Los has conocido?—le preguntó extrañado Francisco.

—No, personalmente, no. Lucas estudió con un hermano de Luisa y los conoce de hace años. Adelita me habló de ellos. Luisa y ella no se conocían hasta que coincidieron en mi cumpleaños, pero había escuchado a Lucas hablar de su hermano y la familia.

—No deberías tomarle mucho cariño hasta que la relación se consolide. Ya sabes cómo son los jóvenes ahora.

—Ya…pero bueno, Adelita y ella han congeniado y se ven a menudo. Yo las veo cuando voy al centro.

—Que es casi todos los días—le dijo Francisco—¿Dejaste definitivamente de ir a la consulta del Psicólogo?

—Pues sí, no me hacía falta Francisco. Ahora que puedo verme con Adelita sin ocultarnos, me cura estar con ella.

—¿Qué te ha dado por esa chica Matilde? Yo también le tengo mucho cariño pero tiene su familia y no somos nadie para inmiscuirnos en sus relaciones. Es que hasta el día de tu cumpleaños,

Luisa le preguntó si era tu hija porque realmente actúa como si fuera nuestra hija.

—Es que…es mi hija Francisco….Es Isabel, mi pequeña Isabel—Matilde tras decir lo que tenía oculto, bajó la mirada al plato a la espera de la reacción de Francisco.

—Vamos a ver Matilde—Francisco, lejos de reaccionar de alguna extraña manera, tomó su mano con dulzura y le levantó la barbilla para que le mirara a los ojos—Sé lo sola que se encuentra Adelita, necesita una madre, lo sé, y si quieres actuar como tal…hazlo, pero por favor, debes de ser realista y no crearte falsas ilusiones. No estás bien y utilizas tu relación con ella para…

—Francisco, calla—le interrumpió Matilde—Es Isabel… ¿Recuerdas que me quedé muy triste y extraña cuando se fue Adela a Madrid? Me contó algo que nunca te he contado, porque por aquel entonces, no debías de saberlo, no era el momento. Hoy ya da igual, nada me impide contarte lo que llevo años callando. Adelita es Isabel…

Aún después de lo que Matilde le contó, Francisco se mostraba desconfiado de su seguridad. No había ninguna prueba de que fuera ella. Matilde entró en su habitación y salió con la vieja lata de las fotografías.

—¿No te acuerdas de cuándo yo era joven? Mira esta foto, debo de tener la misma edad que ella tiene ahora. Luisa lo vio rápidamente, casi me desmayo aquel día... cuando Adelita lo dijo. Es ella Francisco, es mi pequeña. ¡Esas casualidades con las que te premia la vida! Sé que es increíble y comprendo tu estupor, pero es ella.

Ante la fotografía, Francisco examinaba el indudable parecido que tenía con Matilde.

—¿Le has dicho algo a ella?—preguntó Francisco.

—No, de ningún modo. Aún no. Antes deberías de saberlo tú y los chicos. No sabes cómo me salta el corazón cada vez que me dice que le hubiera gustado que yo fuera su madre. Me tengo que morder la lengua hasta sangrar para no contarle mi historia, nuestra historia, Francisco.

—Matilde, mi amor, yo te creo, pero sigue callada, por favor. No es el momento de que salte un escándalo como ese. Justo llevamos un año de gobierno democrático y aún está en el aire. Para que esa niña llegara hasta el Teniente Coronel Armando, no sabemos qué paso ni cómo la obtuvo. Es la única de tus hijas que no tenía datos de familia adoptiva. Seguro que no fue una adopción limpia y ahora no debemos comenzar una investigación con tantas manos poderosas por medio.

—Llevas razón, querido. Adopción limpia no debió de ser ninguna de las cuatro. Fueron adoptadas como huérfanas de la guerra y eso era

mentira. Estoy segura de que todo fue una venganza del Párroco de Robledillo.

—¿Del Párroco?—le preguntó Francisco extrañado.

—Del nuevo que llegó. El anterior sólo quiso ayudarme y ya ves… se lo llevaron del pueblo cuando supieron quién eran las niñas.

—Tranquila mi amor, no te pongas nerviosa. Hasta no estar completamente seguros de que es ella, no le dirás nada… ¿Me lo prometes?

—Tienes mi palabra. Francisco, ¿Recuerdas a Sebastián Quintanilla, funcionario del Ministerio que murió en el atentado de Madrid?

—Sí, cómo no recordarlo. Fue de los primeros atentados de ETA.

—Su viuda, Berta, vive en el mismo edificio que la familia que adoptó a Dolores. Es una casualidad también, venida del cielo. Berta y su esposo eran asiduos en las recepciones del Pardo, alguna vez coincidí con ella. No tengo amistad con Berta pero supongo que me recordará. Quizá sepa qué familia de su edificio adoptó una niña en los años 40.

—Matilde…

—No la voy a llamar ni nada parecido. Tenía pensado pasarme a saludarla la próxima vez que vaya a Madrid a ver a los chicos. Indagar un poco, tan solo eso.

—Tú sabrás lo que haces, pero sobre todo ten mucho cuidado con lo que cuentas.

—Creo que no tengo que demostrarte mi discreción. Llevo cuarenta años en silencio.

6

1979 Valencia

Durante el año 1978, se creó una comisión de Asuntos Constitucionales en el Congreso de los Diputados, con la finalidad de crear una nueva Constitución para España cuyo texto lograra el consenso de todas las fuerzas políticas del país. Fue creada, debatida en el Congreso y en el Senado y finalmente aprobada por el pueblo en referéndum el día 6 de diciembre de 1978.

La Constitución contaba con una disposición transitoria que obligaba al Presidente del Gobierno, *Adolfo Suarez* a comparecer en una sesión de investidura en el Congreso para ratificar su cargo o convocar nuevas elecciones.

El Presidente optó por convocar nuevas elecciones siendo los resultados prácticamente iguales que los obtenidos en las anteriores elecciones, dos años atrás.

A mediados del año 1979 y cuando el Coronel Francisco Maldonado había cumplido los 70 años, le llegó desde Madrid la propuesta de jubilación y pase a la reserva. Francisco esperaba este momento desde que cumplió los 65 años, pero su ascenso a Coronel y el mando de la Comandancia en Valencia habían retrasado su jubilación.

La jubilación de Francisco fue celebrada por Matilde y por él mismo que, tras años rodando por el país, ya estaba cansado y su cuerpo le pedía el retiro.

En el plazo de dos meses, debían de abandonar la casa cuartel donde habían vivido desde su llegada y en la que viviría a partir de entonces, el nuevo oficial a cargo de la Comandancia que llegaba desde un pueblo de Castellón.

Durante un mes y mientras Francisco se hacía cargo de cerrar todos los asuntos que le quedaban pendientes, Matilde y Adelita-Isabel se afanaban en buscar piso de alquiler en Valencia. Sobre todo buscaban en los barrios cercanos a donde vivía la joven. Matilde quería estar lo más cerca posible de su hija. Con Francisco fuera del cuerpo de la Guardia Civil, ya nada le impedía contar la verdad a Adelita. Aunque supusiera un escándalo, Francisco ya no podría ser

“castigado” por involucrar a la Iglesia y al poder en una trama de niños robados tras la guerra. De todos modos, Matilde intentaría por todos los medios que el nombre de su esposo no apareciera por ningún lado. En realidad todo había sucedido antes de contraer matrimonio con él.

Tras visitar numerosos pisos, decidieron alquilar una planta baja en un edificio cercano a donde vivía Luisa, la novia de Cesar y relativamente cerca también de donde vivía Adelita-Isabel. Era un alquiler con un buen precio, por ser planta baja y que con la ayuda que le daba mensualmente el Gobierno para tal fin, casi alcanzaba para su pago total. Matilde y Francisco nunca habían vivido en lugares de altura, les gustaba tener la calle cerca. No estaban acostumbrados a mirar desde arriba y se les hacía extraño salir a un balcón en el que la calle se veía pequeña y lejana.

Era un piso amueblado en el que sólo tendrían que llevar sus cosas personales. La mudanza sería leve y rápida.

Adelita ayudó a Matilde a empacar todas sus pertenencias y un furgón de la Comandancia trasladó todas las cajas a la nueva residencia. Los últimos días en activo de Francisco los pasó casi en soledad y en una casa prácticamente vacía mientras Matilde y Adelita acomodaban los enseres en el nuevo piso.

—¡Bueno esto casi está!—comento Adelita dejándose caer en una butaca.

—Estás cansada hija. Vete a tu casa, yo ya sigo. Ya no queda nada. Mañana dormiremos aquí.

—Descanso un poco y termino contigo. Lucas viene hoy tarde. Tenía una reunión en el puerto de Alicante y creo que va a ser larga.

A mediados de septiembre, Matilde y Francisco, entraban en su nueva casa para quedarse definitivamente. Por la mañana se habían despedido de todos los compañeros de la Comandancia y sus familias, habían hecho el traspaso de poderes al nuevo Coronel que llegaba y habían almorzado todos juntos para homenajear al recién jubilado Coronel Maldonado.

Esa noche, Matilde había invitado a Adelita y a Lucas a cenar con ellos. También invitó a Luisa pero la joven excusó su presencia por otro compromiso adquirido con anterioridad.

La noche se intuía larga y el alcohol de la cena había desinhibido a una Matilde exultante por el comienzo de una nueva etapa.

—Querida Adelita—comenzó Matilde tomando la mano de la joven —Me gustaría comenzar a llamarte Isabel. Ese era tu verdadero nombre, no?

Adelita un poco ebria también, la miró extrañada y comenzó a reír a carcajadas.

—¡Vale!—le contestó con la voz gangosa.

—Todo tiene su razón y su por qué—decía Matilde.

—Matilde, creo que no es el momento—le interrumpió Francisco adivinando la intención de su mujer.

—¡Para ti nunca es el momento!—gritó de repente Matilde demasiado seria—Como a ti no te robaron nada…¡Me robaron a mis hijas! Hasta cuándo tengo que seguir callando—gritaba enfurecida mientras los demás la miraban enmudecidos por esa inesperada reacción.

—¡Matilde, te lo ruego…!—le suplicaba Francisco.

—Ha llegado la hora de recuperar a mis hijas y no me callará nadie.

—¿Matilde qué te sucede?—le preguntó Adelita intentando abrazar a la mujer embravecida que tenía delante y que no conocía.

—¡Mi niña! ¡Mi querida Isabel! ¡Mi niña pequeña! Cuánto tiempo callada, cuánto dolor silenciado, mi querida niña…Isabel—Matilde cayó al suelo llorando desconsolada y dejando impresionados a los tres comensales restantes que no sabían qué hacer y la miraban conmovidos y tristes.

7

1980 Valencia

Se podría decir sin temor a equívoco que 1980 fue el año más oscuro de la historia de la violencia en la España, posterior a la dictadura.

Fue el primer año de la década más sangrienta de los grupos terroristas que actuaban en el país. Trescientos noventa y cinco atentados. Más atentados que días en el año. El saldo de esta escalada terrorista terminó con 6 muertes por parte del grupo de extrema izquierda GRAPO; 28 muertes por parte del grupo de extrema derecha la Triple A; 95 muertes por parte del grupo ETA; varias muertes más por parte de grupos internacionales que operaban en España, entre ellos el ejército secreto de Armenia y de Palestina.

Esta situación extrema de violencia provocó el mayor nivel de inestabilidad política. La democracia recién conseguida, pendía de un leve y fino hilo. El gobierno era cuestionado continuamente y el *Presidente Adolfo Suarez* daba muestras de una gran debilidad operativa.

La sociedad española se fue hundiendo en un pesimismo que logró instalarse con fuerza en el corazón de los españoles. Apenas un 37% de la población opinaba que la situación podía mejorar. La mayor parte del pueblo había perdido la confianza en el gobierno.

También sobrevolaba una sensación de miedo, o cobardía quizá, que provocaba el silencio del pueblo ante un atentado terrorista perpetrado por ETA. Sin embargo, las protestas sociales inundaban las calles cuando el atentado lo causaban los grupos de extrema derecha.

La banda terrorista ETA era demasiado fuerte. Contaba con un brazo militar y otro político y con demasiados medios tanto económicos como armamentísticos. El debilitado cuerpo de la Guardia Civil o la Policía Nacional de aquellos años, no podía hacer frente a la banda, no tenían medios para hacerle frente.

Vivir estos acontecimientos no fue fácil para Matilde. Aunque Francisco ya estuviera viviendo su retiro, sus dos hijos estaban metidos en los cuerpos más amenazados por las bandas terroristas. Cada vez que sonaba el timbre del teléfono, las emociones de Matilde

saltaban por los aires. Cada mañana en que las noticias abrían con un nuevo atentado, el llanto de Matilde lograba incluso asustar a Francisco que corría desde la habitación hasta el salón nervioso por la angustia de su esposa. Fue algo a lo que se tuvo que acostumbrar porque Matilde no paraba de llorar hasta saber que sus hijos estaban bien.

Fue un año demasiado angustioso para Matilde. Se pasaba el día acongojada, triste, arrastrando los pies como una anciana. Tan sólo la presencia de Adelita-Isabel la reconfortaba.

Aquella noche de septiembre del año anterior en que Matilde no pudo callar lo que llevaba escondido cuarenta años, significó un antes y un después tanto en su vida como en la de Adelita, a la que ahora llamaba Isabel.

Matilde sacó toda la documentación que tenía y se la mostró a Adelita y a Lucas para corroborar sus palabras. Esa noche habló y habló sin parar. Ninguno pudo pararla hasta contar todo, pudo expresar hasta el último sentimiento, recuerdo o emoción que su corazón guardaba. Nadie le interrumpió porque estaban tan impresionados por su historia que no daban crédito a lo que escuchaban. Sobre todo Adelita y Lucas. Francisco conocía parte de esa historia pero también pudo conocer otras cosas que nunca le había contado Matilde.

Adelita-Isabel no tuvo que aprender a querer a esa madre que encontró de pronto, ya la quería como tal desde años antes, pero tampoco podía dejar de querer a su madre, con la que vivió hasta que contrajo matrimonio con Lucas. A partir del día siguiente a aquella noche, Adelita-Isabel intentó en múltiples ocasiones hablar con su madre adoptiva, necesitaba saber, necesitaba que ella corroborara lo que Matilde decía. La creía, por supuesto, pero necesitaba saber que su madre Adela, no sabía nada, que no había participado en un robo de niños. De su padre Armando, se podía esperar cualquier cosa. Un robo de niños quizá era lo menos grave que tenía en su sangriento currículo.

Cada vez que la asistenta de la casa de su madre en Madrid le preguntaba su nombre, lo siguiente era decir que los señores no estaban en casa. Adelita-Isabel suponía que había una orden expresa para que no se aceptaran llamadas de ella.

Durante la primera semana de febrero había llamado a diario. La última llamada que hizo no la atendió la asistenta, era muy tarde y esa llamada la había hecho a propósito para asegurarse de que a esa hora tardía de la noche, sus padres estuvieran en casa. La voz de su padre adoptivo sonó al otro lado del hilo telefónico. Adelita-Isabel se quedó en silencio durante unos segundos para recomponerse.

—¿Puedo hablar con mamá?—le dijo en un tono lo más firme que pudo a pesar de su nerviosismo.

—Se debe de haber equivocado señorita—contestó Armando—No tenemos hijos.

—¡Por Dios no me hagas esto!—le gritó—¡Quiero hablar con mi madre!

—Pues búscala en la Costa Fleming de Madrid. Debe de rodar por ese barrio.

Y colgó sin que la joven pudiera añadir una palabra más.

Después supo que la Costa Fleming había sido la zona golfa y de prostitución en el Madrid de los sesenta.

Ante esta actitud solo podía viajar a Madrid, plantarse frente al portal y esperar a que su madre saliera.

Con respecto a Matilde, su relación siguió como estaba, ya parecían madre e hija. Ahora hablaban y se encontraban más a menudo si cabe y poco a poco, Adelita-Isabel fue conociendo en profundidad toda la historia de su madre biológica. Le parecía un tanto extraño cuando la llamaba Isabel, pero también se fue acostumbrado a ese nombre, a que sonara en boca de su verdadera madre. A ella le costaba llamarla mamá y siguió llamándola por su nombre. Tampoco importaba demasiado.

—Matilde, quiero viajar a Madrid a hablar con mi madre, pero me tienes que hacer un pequeño favor. Telefonearle tú, o Francisco, a vosotros si os atenderán. Necesito que nos encontremos en algún lugar pero como no le tendamos esa pequeña trampa, sé que mi padre no la dejará. Tú quedas con ella y voy yo.

—¿Y si vamos las dos?—preguntó Matilde.

—Necesito hablar con ella a solas. Frente a ti no me va a contar nada, si es que sabe algo, claro.

—No digo de encontrarnos las tres. Te propongo viajar las dos a Madrid. Vemos a los chicos y tú ves a tu madre. Mientras yo intento de nuevo encontrarme con alguna de tus hermanas.

—Sí, podría ser pero…si ves a alguna… ¿Me llamarás?

—También necesito hablar con ellas a solas Isabel. Si lograra contactar con ellas, habrá tiempo de encontraros todas, mis cuatro princesas.

—¿Octavio y Cesar saben algo?—preguntó Adelita-Isabel

—Aún no, pero pronto lo sabrán. Ya no tengo más remedio que hablarlo con ellos. Francisco quiere esperar pero yo ya no estoy dispuesta. Ellos deben saberlo, sobre todo ahora que tú también lo sabes.

—Me parece bien. ¡Octavio y Cesar,…mis hermanos! Aún no lo puedo asimilar. Toda la vida juntos…

8

1980 otoño en Madrid

Recién entrado el otoño y con el buen tiempo que aún le brindaba la primera semana de octubre, tomaron el tren hacia Madrid, Matilde y Adelita. Nada más llegar, tenían pensado que Matilde telefoneara a Adela para comunicarle que estaba en la capital y que le gustaría verla.

Al final de la calle Alcalá casi topando ya con el Paseo de la Castellana, tomaron una habitación doble en un hotel medianamente discreto. Matilde iba con una finalidad concreta y quería evitar en lo posible encontrarse con antiguas conocidas de la época de la dictadura. Había cambiado su peinado y hasta su forma de vestir. Con la ayuda de Adelita habían hecho un cambio total en su armario bastante favorecedor para ella y si añadía unas gafas de sol, posiblemente pasara desapercibida para cualquiera de las mujeres con las que se relacionaba en otra época.

Habían pasado cinco años desde la última vez que una foto suya apareció en la prensa escrita. La memoria era frágil y unos pocos cambios le daban la apariencia de otra mujer diferente a aquella que durante años, apareció en la prensa como una perfecta imitación de doña Carmen.

—Buenos días, residencia del Teniente General Hernández—respondió la asistenta al otro lado de la línea.

—Buenas días, soy Matilde, la esposa del Coronel Maldonado. ¿Podría hablar con doña Adela, por favor?

—Miraré si está en casa, señora—le contestó amablemente.

—¿Matilde?—preguntó una voz temerosa.

—¡Adela! Qué alegría de escucharte—le contestó Matilde.

—¿Ha ocurrido algo?—preguntó Adela.

—No, no...¿Por qué lo preguntas?

—No sé...hace años que no hablamos. Me sorprende tu llamada. Pensé que le había ocurrido algo a Adelita.

—¡Noooo! Adelita está perfectamente...hasta donde yo sé, claro.

—¡Ay Matilde! La niña intenta hablar conmigo pero Armando no lo permite. Ahora no está en casa pero no me puedo fiar de la asistenta, creo que la obliga a controlar todas mis llamadas. Ya sabes

cómo es—Adela hablaba apenas susurrando. Evitaba que la chica pudiera oír lo que hablaba—¿Tiene ya familia mi niña? ¿Soy abuela, Matilde?

—No, no. No les veo con demasiado interés por aumentar la familia, lo siento.

—Vaya. Pero cuéntame...¿Está bien? ¿Es feliz?

—Adela he venido a Madrid a ver a los chicos y me pareció buena idea tomar un café contigo. Vernos de nuevo después de tantos años. Así te cuento todo lo que quieras saber sin que haya oídos traicioneros al lado. ¿Te apetece?

—¡Mucho Matilde! Pero no va a ser posible. Armando como imaginarás está en la reserva. Sale un rato al casino pero casi siempre está en casa. Mi vida social es escasa y siempre en su compañía. El hecho de que tú vivas en el mismo lugar que nuestra hija, te hace mi enemiga. Armando está seguro de que estás en contacto con Adelita, me lo ha dicho en infinidad de ocasiones.

—Adela, la niña está en Madrid conmigo. Ha venido a verte—le contentó con rotundidad Matilde viendo que no era posible ese encuentro que habían planeado.

—¡No me digas eso, Matilde!—Adela se mostraba nerviosa y asustada—¿Está mi niña contigo?...Bueno señora, me alegro de escucharla, adiós, adiós...—Adela había cambiado el tono de repente. O había llegado Armando o la asistenta estaba alrededor de ella.

Adelita, a su lado, maldecía de nuevo ese terror de su madre que hacía imposible que pudiera enfrentarse a su marido.

—¡No puedo con esto Matilde! La agarraría de los pelos en estos momentos. ¡No ha cambiado nada! En fin... ¡Qué impotencia!—Adelita-Isabel se resignaba de nuevo a la imposibilidad de hablar con Adela.

—Lo siento cariño..., ya la has oído...

—No te preocupes Matilde, espero que podamos encontrar el momento antes de que se quede viuda o que ella misma se vaya...Ve tú a ver a los chicos, yo me vuelvo al hotel. Necesito estar sola. Llamaré a Lucas para contarle y te espero para cenar.

Octavio y Cesar abrazaron a su madre en la puerta del restaurante en el que quedaron para almorzar juntos. No venían uniformados, ambos habían solicitado unas horas para encontrarse con su madre que les había anticipado que tenía algo muy importante que comunicarles.

—¡Qué guapos que estáis!—Matilde aún los veía como sus pequeños, siempre serían sus niños pequeños.

—¿Qué tal está papá, todo bien?—le preguntaron intrigados por la importante noticia que esperaban.

—Si, perfectamente. Ahora retirado ya, se dedica a sus hobbies. La pintura sobre todo,...¡pinta fatal!—repuso con una carcajada—O a mi me lo parece, a él le encanta lo que hace y va regalando cuadros a sus amigos como si fueran obras de arte.

—Bueno y esa noticia tan importante que no podía esperar...

—No sé por dónde empezar hijos—contestó Matilde.

—Yo diría que por el principio—le animó Cesar.

Tras dos horas de conversación, Matilde les había contado a sus hijos la misma historia que había relatado tantas veces en los últimos meses. A veces lloraba, otras reía, otras se quedaba en silencio como ida. Sus hijos también en silencio, escuchaban esa increíble vida y experiencia pasada que les estaba contando. La miraban sin comprender cómo hasta ese momento no sabían nada del oscuro y triste pasado de su madre. Octavio se rascaba la frente incrédulo, con la mirada baja. Cesar había tomado la mano de su madre, animándola a seguir contando.

—¿Hasta cuándo pensabas seguir escondiendo ese pasado?—le preguntó Octavio un tanto molesto—¿Crees que somos niños? De verdad mamá que me decepcionas. Tenemos más de 30 años. Papá lo sabía, veo que Adelita lo ha sabido antes que nosotros...¿Tú lo ves normal? Siento que nos has infravalorado.

—¡No es eso hijo! Apenas hace unos años que tuve la libertad para poder contarlo. Antes era imposible, lo sabes.

—Unos años, así es—Octavio estaba siendo muy duro con ella—¿A qué esperabas? ¿A la hora de tu muerte para desvelar secretos ocultos? Como una película...Mira mamá, tengo que digerir todo esto, comprenderlo y comprenderte.

—Octavio, no le hables así a mamá—le increpó Cesar—Bastante ha sufrido ya. ¿No crees que ya es suficiente? Piensa que tendrá sus razones para haber callado. Cuando esté preparada nos contará todo.

—¿Es que hay más?—preguntó Octavio.

—Por ahora ya es bastante. No me juzgues Octavio. Tuve mis razones, poderosas razones para no hablar. Incluso ahora estoy hablando en contra de la opinión de vuestro padre. Él aún considera que no es el momento.

Matilde había callado poca cosa. Tan solo ignoraban que conocía las casas donde podían vivir dos de sus hijas en Madrid y otra en Albacete. Que había ido en muchas ocasiones a esas calles en busca de un rostro familiar. Le había hablado tan solo del encuentro de la menor, Isabel, a la que ellos conocía desde niños como Adelita.

La próxima vez que viera a sus hijos, en Navidad, prometió que les contaría el resto de la historia y les aclararía cualquier duda que tuvieran al respecto.

Cuando llegaron las fechas navideñas, Octavio parecía un poco más calmado con su madre. No la hostigó a preguntas y dejó que fuera ella la que contara, qué y como quisiera, la historia restante de aquella que les contó en Madrid.

Ese año invitaron, cómo no, a Adelita y a Lucas a pasar la noche con ellos. Tenían mucho que contar y compartir ahora que la familia había aumentado aunque fuera de manera extra oficial.

Pero poco pudieron hablar y compartir sobre el tema en cuestión. Durante el postre, el anuncio que hizo Cesar, derivó el tema de la noche y la alegría, por otros derroteros.

Cesar comunicó a su familia que contraería matrimonio con Luisa en el mes de septiembre próximo.

Septiembre de 1981.

1981

TINA
LOLINA
MATILDE

1

1981 Madrid

A partir del día en que Tina volvió a Guadalajara, las dos hermanas siguieron en contacto telefónico diario. Durante el año pudieron recopilar numerosa documentación sobre Matilde. De su vida actual poco sabían, a partir de la muerte de Franco, dejó de aparecer en la prensa y su vida pública ya no interesaba a nadie.

La última información que obtuvieron la situaban viviendo en el centro de Valencia. Calcularon que su edad debería rondar los 70 años. En el ministerio, en el que habían conseguido la última información del Coronel Maldonado, constaba como militar en la reserva, por lo tanto jubilado ya, no constaba su muerte ni la de su esposa. Claro que el fallecimiento de Matilde, si se hubiera producido, no tenía por qué constar en el ministerio.

Entre las informaciones que recibieron, incluía una que bien podía ser la que les llevara hasta Matilde. Sus dos hijos estaban destinados en Madrid. Uno de ellos formaba parte de la Policía Judicial y el otro estaba destinado en el grupo de Intervención de armas y explosivos de la Guardia Civil. Ambos habían alcanzado el grado de Tenientes.

El esposo de Lolina, por vivir en Madrid y trabajar en un Ministerio fue el encargado de localizar a los Tenientes Octavio y Cesar Maldonado. Calculaban su edad en la treintena.

Doña Berta y mamita Dolores vivían una especie de vejez dorada. Lolina no podía creer que su madre hubiera vuelto a ser la madre entrañable y maravillosa que había sido siempre. Hasta sus tres hijos, volvieron a visitar a la abuela con la misma ilusión que ya lo hacían en tiempos del abuelo Sebastián. La visitaban y permanecían con ella escuchando embelesados las historias antiguas que esas dos adorables ancianas les contaban. Sólo llevaban unos meses conviviendo y ya parecían dos hermanas, era como si llevaran toda una vida juntas. Lolina seguía yendo a diario, pero ahora lo hacía por el puro placer de compartir un rato con ellas. Su casa de la niñez, volvía a tener luz, alegría y ese olor a familia que tanto emocionaba a Lolina.

Tina sabía de mamita Dolores por las noticias que le contaba su hermana y a veces, en contadas ocasiones podía hablar con ella por

teléfono mientras doña Berta estaba ocupada en el baño o aún dormía. Ninguna de las dos hermanas se animaba a descubrir la verdad, ambas temían romper el idilio fraternal entre doña Berta y mamita Dolores.

En una o dos ocasiones en que Tina volvió a Madrid por pasar un día con su hermana, la esperó en la puerta de la casa de doña Berta y desde el balcón pudo saludar y mandar besos a mamita Dolores. Realmente la encontró rejuvenecida y muy elegante. Nadie diría que no pertenecía al mismo estatus que doña Berta.

Pasado el verano de 1981 supieron que el Teniente Cesar Maldonado, pertenecía a la Unidad Central de Delincuencia Especializada y su hermano Octavio, estaba destinado en el Aeropuerto de Barajas y llevaba la Intervención de Armas y Explosivos. En la misma información constaba que Octavio se había incorporado a su puesto tras las vacaciones pero Cesar aún se encontraba en Valencia, en la casa familiar, porque contraería matrimonio el sábado siguiente. Se incorporaría el primero de Octubre tras finalizar su luna de miel.

—¿Cómo lo hacemos Dolores?—le preguntaba Tina a su hermana cuando esta le contó todo lo que su esposo había averiguado—¿Vamos a Barajas o a Valencia el próximo sábado?

—A cualquiera de los dos lugares sólo iríamos a mirar, a descubrir el rostro de nuestros hermanos. Valencia tiene que tener muchas iglesias, no? Y no sabemos la hora de la ceremonia. Sería un milagro que le viéramos—le contestó Lolina pensativa—Y el aeropuerto...no es fácil tampoco, quizá es más difícil que lo de la boda. No sé Tina. En ninguna de las dos opciones lo vamos a tener fácil.

—¡Entonces Valencia! En el aeropuerto no podemos entrar en la zona donde están ellos, pero en una iglesia... ¿Quién nos va a prohibir la entrada? Si viven por el centro es lógico que sea una cercana. Hasta ahora hemos tenido suerte..., igual sigue de nuestra parte. Y la madrina sería Matilde...

—¡Nos vamos a Valencia hermana!—le contestó festiva Lolina.

2

Septiembre de 1981.
Tina y Lolina, dos intrusas en la boda de Cesar Maldonado

Lolina y Tina tomaron un tren hacia Valencia en la mañana del viernes víspera de la boda de Cesar Maldonado. No tenían idea de cómo encontrar la Iglesia en la que se celebraría la ceremonia. Se hospedaron en un hotel del centro y decidieron pasar el día recorriendo parroquias con la intención de leer en sus programas las actividades para el fin de semana. Incluso podrían estar publicadas aún las amonestaciones en el tablón de anuncios de la parroquia en cuestión.

—¡Tampoco son tantas!—exclamó Tina con un mapa de la ciudad en las manos.

—Una veintena…—respondió Lolina—¡Si nos damos prisa y tenemos suerte, mañana tenemos boda!

—¡Vaya parece que te diviertes!—el tono de Tina sonó un poco dolido.

—¡Venga Tina! No te lo tomes así. Estoy segura de que vamos a dar con la parroquia. No estés tan seria. Un poco de humor tampoco nos viene mal… ¡venga! Demasiadas tristezas has vivido ya…

—¡Lo siento Dolores! No me hagas caso. Es que estamos tan cerca de lo que he buscado toda la vida que me parece que cualquier cosa va a echar por tierra nuestros planes.

—No te preocupes, te entiendo Tina. Pero yo…bueno, ya sabes lo que esta búsqueda significa para mí. Buscamos lo mismo con diferente fin. Y no me arrepiento de estar aquí, de verdad, pero te diría que lo hago más por ti, por estar contigo, por estar con mi hermana. Matilde no es para mí igual que para ti.

—Lo sé, lo sé. Y te agradezco en el alma que me acompañes. Esto es un sueño para mí. Estar aquí contigo, con mi hermana Dolores, a punto de ver de nuevo el rostro de mi querida madre, nuestra madre, y de ver también la cara de estos dos nuevos hermanos…Sé que sólo será eso, ver desde la distancia un rostro que desearía besar…, será duro, muy duro para mí contenerme y no correr hacia ella.

—Ya me encargo yo de contenerte si logramos verla. No puedes ni debes aparecer ante ella, no mañana, darías al traste con el día más

importante de Cesar.

—Lo sé, no debes preocuparte. Sabré estar donde debo estar. Llevo años esperando, un poco más…

Mientras conversaban ya llevaban recorridas tres parroquias sin que ninguna publicara las amonestaciones de la boda. Todas tenían su tablón de anuncios a la entrada publicando los próximos enlaces que se celebrarían así como el horario de misas del fin de semana.

En los Jardines del Turia, pararon para almorzar, en el exterior, bajo la sombra de la cuidada arboleda que rodeaba el restaurante.

Al atardecer, tras haber pasado por otra decena de parroquias, ya estaban agotadas de caminar durante todo el día. Aún quedaban otras tantas por recorrer según el mapa que llevaba Tina. Septiembre aún se mantenía caluroso.

—Entremos en esta que está aquí al lado. Por lo menos descansaremos y nos refrescaremos un poco en su interior—Lolina hubiera abandonado ya la búsqueda pero no se atrevía a insinuarlo—Santa María del Temple. ¿Es bonita verdad? Parece que también tiene un convento al lado.

—¡Esta va a ser!—exclamó Tina—¿Te imaginas?

—No, no lo imagino Tina, lee…lee por favor ¡No lo puedo creer!—Lolina casi gritaba delante del tablón de anuncios de la Iglesia.

Tina con los ojos bien abiertos, leía incrédula las amonestaciones.

—A las diez, Dolores—decía en un susurro—A las diez de la mañana.

Tina y Dolores entraron a la Iglesia. Tenían que ver y planear dónde se situarían para ver la ceremonia, la entrada de los novios y los padrinos, pero sin ser vistas. Tendrían que pasar por turistas visitando la Iglesia. Las enormes columnas de los lados serían un buen refugio para ocultarse.

A las nueve y treinta de la mañana, Lolina y Tina ya merodeaban por los alrededores del convento a la espera de la llegada de los contrayentes y sobre todo de la madrina de la boda. Cuando faltaban quince minutos para las diez, comenzaron a llegar invitados hasta la puerta principal de la Iglesia. Desde unos cincuenta metros, las hermanas no perdían detalle. Se iban acercando hasta la puerta, ambas con gafas de sol y mapas en las manos, tocadas con pamelas playeras, mientras miraban a través de los cristales oscuros que tapaban completamente sus ojos. Un grupo de turistas se acercaba al igual que ellas hasta la Iglesia y se camuflaron entre ellos para entrar sin levantar sospechas. Colocadas tras la columna más cercana a la puerta esperaron la entrada del novio acompañado de su madrina. Era lo único que deseaban ver. No les importaba la ceremonia, ni quién era la novia ni el resto de invitados. Tan solo verla a ella.

A las diez en punto el sacristán abrió de par en par las puertas de la Iglesia y segundos más tarde, Cesar Maldonado avanzaba por el pasillo vestido con uniforme de gala y dando el brazo a una elegantísima Matilde que a pesar de su avanzada edad caminaba derecha junto a su hijo al que miraba con orgullo.

Lolina miraba a esa mujer sin perder detalle. Tina era una réplica de ella en joven. Cesar le pareció increíblemente guapo. Apareció la novia acompañada de su padrino. Los invitados se iban colocando en los primeros bancos de la Iglesia. Había demasiados militares como para averiguar quién era el Coronel Maldonado, esposo de Matilde. Un joven muy parecido a Cesar hizo su entrada acompañado de una mujer de su misma edad o quizá un poco más mayor que él. Sin duda era el otro mellizo. La mujer que le acompañaba tenía cierto parecido con Matilde o mejor dicho con Tina. Lolina la miraba y cada vez le era más familiar su rostro.

Se volvió para hablar con Tina y comentar el parecido de esa mujer.

Tina no estaba a su lado. Nerviosa, comenzó a buscarla con la mirada ¿Dónde había ido? Respiró un poco aliviada cuando la vio tras la primera columna, cerca del altar, mirando fijamente a Matilde. Lloraba, lloraba desconsolada. Lolina se acercó rápidamente hasta ella y tiró de su brazo con disimulo para sacarla por una puerta lateral.

—¡Por dios Tina! Qué susto me has dado—le recriminó Lolina—Me prometiste que no te acercarías.

—¡No pude evitarlo Dolores!—le dijo llorando—¿Tú sabes lo que significa para mí tenerla delante?

—Pero estabas corriendo un riesgo innecesario Tina. ¿Y si te llega ver?

—No me hubiera visto Dolores, aunque me hubiera mirado. Solo tenía ojos para su hijo.

—¡Normal!

—Es muy guapa, verdad? Ha cambiado mucho, claro que con la vida que ha llevado es normal. Parece una señora de la alta sociedad. ¡Qué elegante!

—Bueno…y ahora?—preguntó Dolores—Ya sabemos dónde está, que está viva. ¿Has pensado cómo contactar con ella?

—Ahora no puedo pensar Dolores… ¡La he visto! ¡La he visto Dolores!

3

1981 Madrid.

Tina y Lolina regresan tras la boda

Cuando Tina y Lolina llegaron a la estación de Atocha de Madrid aún faltaban dos horas para que saliera el tren que se dirigía a Guadalajara.

Era domingo por mañana y la estación era un hervidero de gente. Cientos de personas transitaban con sus maletas, recién llegados o a punto de tomar un tren hacía otro destino.

El día anterior, el sábado de la boda de Cesar Maldonado, habían pasado toda la tarde en el hotel. Tina estaba tan emocionada y angustiada a la vez, que sólo le apetecía estar tirada en la cama recordando una y otra vez las imágenes de esa misma mañana en la Iglesia Santa María del Temple. No quería que el rostro de su madre volviera a desdibujarse en su memoria. Ya no llevaba ese horrible peinado con el que aparecía en las fotos junto a doña Carmen. Lucía un corte moderno. A Tina le había parecido muy bella.

Lolina y ella habían hablado toda la tarde sobre el enlace y las impresiones de cada una. Tina no se había fijado en la mujer que vio Dolores junto a Octavio Maldonado, en verdad ni siquiera había visto a Octavio. Solo tuvo ojos para su madre.

En la estación de Atocha, Lolina se ofreció a acompañar a Tina hasta la salida de su tren. Aunque estaba deseando llegar a su casa y contar todo lo que habían visto, sabía que Tina necesitaba de su compañía en esos momentos. Aún la notaba aturdida y muy impresionada. También la notó triste. Debió de ser muy duro estar a unos metros de Matilde y no poder acercarse a ella. Sentadas en una de las terrazas, pidieron unos refrescos mientras llegaba la hora de la salida.

—Tina, dile a Alfredo que pregunte de nuevo al bedel sobre los hijos que tuvo en su segundo matrimonio. Yo juraría que la mujer que iba con el otro mellizo también es hija de ella. Es que era muy parecida. Incluso se parece a nosotras. En cuanto a edad debe de ser muy próxima a ellos, parecían de la misma edad. No sabría decirte

quién es mayor, si la mujer o los mellizos—Lolina seguía intrigada por esa mujer que acompañaba a Octavio y que fue la que más la impresionó. Más que Matilde incluso—Mi madre decía que Matilde sólo hablaba de dos mellizos...pero esa mujer...Y además actuaba como si fuera de la familia. Saludaba a los invitados como una más. ¿Crees que podría ser la esposa de Octavio? No nos dijeron nada sobre su estado civil, no? Sólo que se casaba Cesar.

—Ni idea... ¡No la vi! Ni a Octavio tampoco. ¿Viste al Coronel Maldonado?

—Supuse que era uno de los que formaban parte del cortejo nupcial, pero había tantos uniformes que no sabría decirte con seguridad quién era.

—Debimos quedarnos un poco más—le dijo Tina.

—¡No digas tonterías! Tuve que sacarte por la puerta lateral. Estabas muy nerviosa... ¡A saber qué hubieras hecho!

—No recuerdo en qué momento caminé hasta la primera columna. Cuando me agarraste del brazo, yo misma me sorprendí, creo que fue un movimiento que controló solo mi mente.

—Pues mira qué bien...si te hubiera dejado allí igual tu mente te lleva hasta el altar—le respondió Dolores.

—¡Mujer!—le contestó Tina.

—Tina igual lo que te voy a decir es una tontería pero como le doy vueltas a la cabeza continuamente… Es que esa mujer me impresionó mucho. ¿Tú crees que Matilde puede haber encontrado a Isabel y que sea ella la mujer que acompañaba a Octavio? Es que no la viste pero tiene los mismos rasgos nuestros y de Matilde.

—¡No digas tonterías Dolores! Si hubiera encontrado a Isabel, nos hubiera encontrado a todas. Isabel es la única que no tenía referencias de ninguna clase. Ni ciudad, ni domicilio, ni apellidos. Isabel se esfumó del Orfanato sin dejar rastro—contestó Tina.

—Pues no es tan descabellado... ¿No decían que tenía tanto poder? A ella le hubiera sido fácil conseguir esos datos.

—No sé Dolores...igual llevas razón, pero entonces... ¿Por qué a ella sí y a nosotras no? No tiene sentido.

—Si la hubieras visto, tú que tienes recuerdos más frescos...quizá...pero bueno, ya no tiene remedio. Lo importante es que tenemos localizada a la familia. ¿Cuándo tienes pensado volver a Madrid?

—No sé Dolores, cualquier día pero, me hace ilusión pasar este año las fiestas de navidad contigo y tu familia. Ya sé que la noche de Navidad la pasas con tu madre, quizá fin de año pudiéramos pasarla juntas. ¿Crees que algún día podremos contar a tu madre todo esto sin disgustarla demasiado? Sería fantástico estar todos juntos.

—Mi madre y mamita Dolores están cada día más acopladas, ya no

saben vivir una sin la otra. Eso nos favorece. Con un poco de tiempo lo conseguiremos.

—Dale un beso enorme a mamita, dile que la quiero mucho y que la extraño. La próxima vez iré aunque sea a verla bajo el balcón.

Cuando Tina tomó el tren para Guadalajara se descubrió pensando en esa nueva posibilidad que había abierto Dolores. ¿Sería Isabel aquella mujer?

—¡Lástima que no la vi!—se dijo Tina—Si fuera ella la hubiera reconocido aún cuarenta años después.

4

1981 Madrid

Navidad Juntas

El mes de noviembre de 1981 aún invitaba a pasear por las calles con ropa liviana. Ni el frío ni la lluvia había hecho aparición en ese otoño seco y cálido. Lolina, acompañada de su hija María, solía salir al centro algunos días, a pasear, tomar un refresco o simplemente por ver la moda de la nueva temporada de otoño-invierno. Casi no apetecía comprar nada, daba sopor incluso ver esas prendas de lana en los escaparates de las tiendas de ropa.

La calle Preciados siempre ofrecía algo que ver. Mirar la gente pasar, oír a los músicos callejeros o simplemente caminar por ella para llegar a la Plaza de España.

Sentada en una terraza, miraba pasar la vida de los madrileños. Algunos solitarios que parecían llevar prisa, parejas de novios abrazadas que se miraban con deleite, madres paseando a sus bebés… De repente, Lolina se puso tensa mientras ponía toda su atención en una señora mayor que pasaba por delante de ella acompañada por la mujer que iba junto a Octavio Maldonado en la boda de su hermano mellizo. Parecían discutir, llevaban una conversación acalorada y ambas se mostraban nerviosas. Lolina no escuchó lo que hablaban pero le pareció que eran madre e hija por la manera en que se comportaban. La mujer mayor, intentaba tranquilizar a la otra más joven mediante gestos cariñosos, le acariciaba la cara con ternura, parecía que la mujer más joven estaba a punto de llorar y la mayor trataba de consolarla.

—¿Qué pasa mamá?—le preguntó su hija María al ver la reacción de Lolina.

—¿Ves esa mujer que va con la otra mayor?

—Sí, las que van discutiendo—le contestó María.

—¿Esa mujer no te recuerda a nadie? Estaba en la boda del mellizo en Valencia. Donde fuimos Tina y yo en Septiembre.

—No me ha dado tiempo a verla. ¿Por?

—No sé, ahora estoy en duda. Ese día me pareció que podía ser también hija de Matilde, otra hermana mía…

—Pero… ¿de las cuatro que erais o del otro matrimonio?—preguntó intrigada María.

—Creo que estoy confundida. Esa mujer parece su madre. ¿Qué harán aquí en Madrid?—se preguntaba Lolina.

—Pues corre y pregúntales—le contestó su hija.

—¡Qué tonta eres!—le sonreía Lolina—¿Te imaginas que le pregunto quién es y qué hace aquí?

—Y salimos de dudas…

Lolina no estaba equivocada. Justo frente a ella había pasado Adelita-Isabel acompañada de su madre, Adela. Después de algunos años, Adelita había venido a Madrid a ver a Adela. Necesitaba hablar con ella de manera urgente. No fue a la casa de sus padres, quedó con Adela en el centro de Madrid y Armando, su padre, no sabía nada de ese encuentro. De saberlo no lo hubiera consentido y Adelita necesitaba saber algo que sólo sus padres podían decirle.

Hacía casi un año que Adelita intentaba ver a su madre sin que ésta encontrara el momento oportuno. Casi enojada con ella, decidió viajar a Madrid y una vez allí, llamarla y decirle que la esperaba en el centro de la ciudad. Y que no pensaba volver a Valencia sin hablar con ella.

Una vez aclarado todo con su madre, también se encontró con Octavio, al que no veía desde la boda de Cesar, hacía ya dos meses.

Tina, en Guadalajara, contaba los días para volver a Madrid y pasar algún tiempo con su hermana Dolores. La noche de Navidad la celebrarían allí junto a la familia de Alfredo y para la noche de fin de año habían preparado una cena especial en la casa de Dolores en Madrid.

La noche de Navidad, la casa de doña Berta se vistió de gala después de muchos años sin celebrar nada. La familia de Lolina se trasladó hasta allí y pasaron una velada inolvidable junto a las dos ancianas que parecían rejuvenecidas y felices de tener la casa llena de gente. Mamita Dolores y Lolina cruzaban miradas en ocasiones. Ninguna de las dos podía evitar un sentimiento de tristeza por la ausencia de Tina. Les hubiera gustado que pudiera estar con ellas allí, pero las circunstancias de ese momento no lo hacían posible.

La noche de fin de año fue diferente para todos y maravillosa para Tina. Por primera vez, Lolina celebraba un fin de año en compañía de esa hermana que siempre había añorado tener. Su esposo y sus hijos disfrutaron igualmente de tener cuñados y tíos, sobre todo, disfrutaron viendo disfrutar a Lolina. Para Tina era un sueño que había tenido toda la vida y que por fin se hacía realidad en parte. Extrañaba a Asunción, pero eso ya no tendría remedio jamás y sobre

Isabel…nada sabían y casi había perdido la esperanza de encontrarla.

Alfredo miraba a Tina con todo el amor que le tenía y no podía creer que esa mujer risueña que a veces reía a carcajadas, era su Tina. Siempre la amó pero ahora amaba, si cabe más, a esa otra mujer completa y feliz en que se había convertido.

Lolina ya le había contado que en el mes de Noviembre había visto en Madrid a la misteriosa mujer que acompañaba a Octavio el día de la boda.

—¿Seguro que era ella?—le había preguntado Tina.

—¡Totalmente seguro!—le respondió su hermana—Esa cara no la pude olvidar, ya te dije que me era tan familiar…Además hace tan sólo dos meses desde que la vi. Algo de memoria me queda. Pero creo que era hija de la señora mayor con la que iba caminando.

—Igual vive aquí y solo fue a Valencia para la boda. ¿Será familia de nuestra madre? O de su marido actual…

—Ya te dije que se comportaba como si fuera de la familia…por lo menos durante el rato que yo la miraba. Y. .¡se parecía tanto a nosotras o a Matilde! No sé…

—¡Cuántas cosas aún por saber!—respondió melancólica Tina.

5

1981 Valencia. Septiembre.

Boda de Cesar Maldonado

De nuevo el año se presenta complicado para España. Desde el año anterior, la violencia terrorista y la creciente debilidad del Presidente *Adolfo Suarez*, no ayudaban nada a fortalecer la reciente Democracia. A fin de enero, *AdolfoSuarez* presentó su dimisión como Presidente del Gobierno sin especificar con claridad cuáles eran los motivos que le llevaban a hacerlo. Era obvio el cansancio político que padecía. Fueron seis años demasiado intensos al frente de un país salido de la dictadura franquista que se preparaba para la Democracia.

Los demás partidos del gobierno quisieron dar normalidad a esta situación aclarando que era una "dimisión anunciada". Trataban de tranquilizar a un pueblo inmerso en un pesimismo que no esperaba esta repentina dimisión.

Leopoldo Calvo Sotelo, hasta ese momento vicepresidente segundo del Gobierno, fue designado como su sustituto, y sería investido en el Congreso de los Diputados el día 23 de febrero.

Durante la investidura del nuevo presidente, un numeroso grupo de guardias civiles al mando del *Teniente CoronelAntonio Tejero*, asaltaron el Palacio de las Cortes, secuestrando al Gobierno de España, al completo, en su interior. Mientras tanto, en la ciudad de Valencia, el *Teniente General JaimeMilansdel Bosch*, proclamó el estado de excepción, desplegando dos mil hombres por sus calles y cincuenta carros de combate.

El Coronel Francisco Maldonado miraba atónito lo que sucedía en las calles de Valencia. No era del todo ajeno a esa situación. Desde antes de retirarse a la reserva, el ruido de sables en los cuarteles era continuo, pero nunca pensó que lo llevaran a cabo. De hecho, a él le preguntaron en cierta ocasión, en qué lugar se posicionaría si llegara a suceder.

Matilde y Francisco vivieron este día con el mismo miedo que buena parte de los españoles.

Aún estaban asomados a la calle cuando sobre las dos de la

madrugada vieron retroceder a los militares repartidos por las calles así como a los carros de combate que parecían volver a sus unidades. Fue justo después de que el Rey *Juan Carlos I deBorbón* se posicionara en contra de los golpista y a favor y en defensa de la Constitución Española. Pero no fue hasta el mediodía del 24 de febrero, cuando los militares abandonaron las Cortes terminando con el secuestro del Gobierno.

Unos días más tarde, *Leopoldo Calvo Sotelo* fue investido presidente del Gobierno.

En la calle, multitudinarias manifestaciones protestaban contra los golpistas.

Fue un año intenso políticamente hablando en el que salieron adelante la Ley del Divorcio y los Estatutos de las comunidades Autónomas entre otros.

En el terreno social, un aceite tóxico vendido en mercadillos ponía en jaque a la sanidad española. Veinticinco muertos y más de dos mil afectados por su consumo hasta ese momento.

Tras el fallido golpe de estado, la tranquilidad volvió a la casa de la familia Maldonado. Otro tema les tenía bastante ocupados. Preparaban el próximo enlace de Cesar.

Matilde actuaría como madrina y Adelita ya formaba parte de la familia y como tal se sentía y ayudaba en los preparativos.

Durante las pasadas fiestas de navidad, había tenido tiempo de hablar con Octavio y Cesar sobre su nueva situación de “hermanos” y nada había cambiado entre ellos. Quizá ahora se mostraban más unidos y cómplices sin dar lugar a otras habladurías. Para Luisa, la prometida de Cesar, ya era su cuñada y como tal la trataba, compartiendo con ella tardes divertidas en busca del traje de novia soñado.

El día de la boda, Lucas no pudo asistir, compromisos profesionales le mantenían fuera de Valencia. Adelita a la que casi todos en la familia ya llamaban Isabel provocando más de un enredo, asistió del brazo de su hermano Octavio. Ambos provocaban admiración entre los asistentes. Isabel era muy bella y Octavio le iba a la zaga. Vestido con uniforme de gala estaba espectacular. No hubo malentendidos con la hermosa pareja ya que la mayoría de los asistentes sabían que era hija del Teniente General Armando Hernández y que estaba casada. También eran conscientes de la amistad que siempre le había unido a los hijos del Coronel Maldonado.

Por supuesto el Teniente General y su esposa Adela, habían sido invitados al enlace, pero rehusaron la invitación a sabiendas de que Adelita estaría presente.

De lo que nadie fue consciente era de las dos mujeres que tras las columnas del templo, observaban sin perder detalle, todo lo que ocurría allí dentro.

6

1981 Madrid. Noviembre

Encuentro con Adela

A Adelita-Isabel no le causó sorpresa que sus padres no asistieran al enlace de Cesar pero sí que le dolió la ausencia de su madre. ¿Por qué no quería verla? ¿Tanto temía a su padre? Le pidió de nuevo a Matilde que contactara con Adela y que intentara por todos los medios que se vieran. Cuando ella quisiera y donde ella eligiera.

En esa ocasión y para sorpresa de todos, Adela propuso una fecha, final de noviembre, para poder ver a su hija en Madrid. Armando se pasaba, en ese tiempo, muchas horas del día fuera de casa. Adela no sabía dónde ni con quién estaba pero sospechaba que visitaba en prisión a los militares que intentaron el golpe de estado en febrero y que mantenía reuniones con otros oficiales afines. Le preocupaba que estuvieran metidos en la preparación de otro golpe de estado. Por su silencio, por el secretismo de sus ausencias y porque se enfadó muchísimo cuando fracasó el golpe.

Se encontraron en la Gran Vía madrileña, a la altura del edificio de Telefónica y el abrazo duró mientras duró el llanto de ambas mujeres. Adela lloraba porque le parecía increíble tener en sus brazos a su hija del alma. Adelita-Isabel lloraba porque en ese abrazo le cayeron de golpe los recuerdos de su niñez y adolescencia al lado de esa mujer que siempre creyó su madre. A pesar de los años distanciadas, a pesar de que no soportara la sumisión de su madre, a pesar de todo, su amor por ella no se había esfumado por completo.

Después bajaron hasta la calle Preciados donde se podían perder entre la multitud que llenaba la calle.

—Adelita, por dios. Eso que me cuentas no tiene sentido. Eras una niña huérfana, puedes verlo en la documentación que te entregué. Que te llamaras Isabel no quiere decir que fueras hija de Matilde. De todos modos, no puedo creer que a Matilde le pasara lo que me cuentas— Adela gesticulaba con las manos dando poco crédito a lo que le contaba su hija.

—He visto toda la documentación que tiene ella y coincide todo, mamá. Pero ahora no me interesa saber si la crees o no, quiero saber

si eras consciente de que esos niños abandonados eran niños robados a sus madres—le preguntaba Adelita—¿Lo sabía papá?

—No digas locuras hija, ni tu padre ni yo sabíamos de donde procedían esos niños. Todo lo llevaba el Obispado. Tan solo quisimos adoptar a uno de ellos y te vimos a ti, tan pequeñita, tan bonita...

—¡Y me comprasteis! Cuatrocientas mil pesetas según papá.

—Era una donación al centro hija. ¡Cómo íbamos a pagar por ti!

—¿Eres consciente de lo que significa todo esto? Matilde quiere llegar al final y estaréis involucrados en un caso de robo de niños.

Tampoco ellas fueron conscientes de que a pocos pasos, sentada en una mesa de una terraza, Lolina miraba a Adelita reconociendo en ella, a la mujer que vio en la boda de Cesar acompañando a Octavio Maldonado.

—Ya lo que faltaba para que tu padre monte en cólera—respondió preocupada Adela.

—Bueno mamá tú no le digas nada. Si Matilde llega hasta el final...ya se enterará. ¿Para qué le vas a decir nada si te va a culpar de todo?

—¿A Matilde también le llamas mamá?

—Le sigo llamando Matilde, no tengo la necesidad de llamarle mamá porque ya cumple ese papel desde que te fuiste y te desentendiste de mí.

—No me desentendí hija de mi vida...tu padre...

—No, no por favor. No quiero excusas. Te fuiste y jamás me permitiste verte de nuevo y apenas me has llamado unas pocas veces en años. Sigues bajo las órdenes del Teniente General y no te vas a enfrentar a él nunca.

—A estas alturas de mi vida...

—No te molestes mamá, ya tengo claro lo que puedo esperar de ti. Me alegro de ver que estás bien y espero que feliz al lado de tu esposo. Ahora me tengo que ir mamá, he quedado con Octavio para cenar.

Con un abrazo más corto que el anterior y lleno de reproches y miedos se despidieron sin saber cuándo volverían a cruzar sus vidas. De nuevo Adela y Adelita se separaban poniendo distancia entre ellas y olvidando el amor que esa misma tarde se había profesado en un tierno abrazo.

El encuentro con Octavio, fue mucho más alegre y divertido que el que tuvo con su madre. Cenaron en una de las tabernas de la Plaza Mayor y charlaron animadamente de todo lo que les vino a la cabeza. Tras más de dos horas comiendo y bebiendo vino, pasearon por las calles del barrio castizo sintiendo la frescura de la noche y admirando las calles iluminadas para las próximas fiestas de navidad. Caminaban en dirección a la casa de Octavio en la que dormiría también ella.

Al llegar, Octavio la tomó del brazo antes de que entrara al edificio.

—Adelita-Isabel o querida hermana, no sé cómo llamarte, como tú prefieras—Octavio, un poco bebido la miraba a los ojos reteniéndola —En mi casa, veas lo que veas, todo quedará entre tú y yo...eh?

—No te entiendo....pero por supuesto—Adelita también mostraba signos de una tímida embriaguez.

Al entrar en el baño, comprendió lo que Octavio trataba de decirle.

—¡¿Tienes pareja, vives con una mujer y nunca me has dicho nada?!—Adelita había observado los dos cepillos de dientes juntos en un vaso sobre la estantería del baño.

—¿Puedo confiar en ti?—preguntó con cierta seriedad.

—¡Claro! No pienso contarle a Matilde nada.

—Ni a Lucas, ni a mi hermano, a nadie hermana, por favor.

—¿Tan fea es?—le preguntó con una carcajada.

—No, no es fea...al contrario es muy guapo.

—¿Y por qué la escondes?

—¿Me has escuchado? Es muy guapo...con O.

—¡Octavio!...—contestó Adelita impactada, en un susurro que apenas se escuchó.

—Lo siento si te he defraudado...

—No, no, de ninguna manera. Me cayó de sorpresa, nada más. ¡Pobre hermano mío! ¿Quién es él?

—Un compañero. Nadie lo sabe Adelita. No vivimos juntos, solo compartimos a veces alguna noche. ¡No me tengas lástima! Te lo ruego.

—No es lástima Octavio. Me apena lo que vas a sufrir en esta vida y sobre todo en el cuerpo al que perteneces.

—Esto nunca se hará público, viviremos un amor oculto, disimulado y tan solo cuando la vida nos lo permita, disfrutaremos de nuestro amor. Pero necesitaba compartirlo con alguien y tú eres la única en la que confío para que lo sepa. Quizá ante mi familia tenga que fingir un amor y una vida que no es real.

—¿Quieres decir que te casarías con una mujer por guardar las apariencias?

—Si llega el caso....

1982

EL SUEÑO

1

1982 Madrid

Año de grandes cambios. Si por algo se recuerda este año de 1982 es sobre todo por dos cuestiones bien diferentes. Se celebra el Mundial de Fútbol en España y un partido de izquierdas PSOE (Partido Socialista Obrero Español) llega al Gobierno con mayoría absoluta, por primera vez.

Además de estos dos acontecimientos relevantes, otros muchos cambios se sucedieron durante el año cambiando completamente la visión internacional que, hasta entonces, se tenía de España.

Comienza el juicio contra los golpistas.

Se aprueba el protocolo de adhesión a la OTAN, convirtiéndose España en el decimosexto país miembro. Numerosas movilizaciones contra la entrada en la OTAN, llenan las calles de las grandes ciudades.

Se convocan nuevas elecciones para el 28 de Octubre.

Se aborta una presunta conspiración contra el Gobierno, que podrían estar preparando un golpe de estado para el día anterior a las elecciones.

Se abre la verja de Gibraltar tras trece años de bloqueo.

La sociedad española mostraba profundos deseos de cambio. En este año finaliza la llamada transición a la democracia comenzada tras la muerte de Franco.

España de abre al mundo y logra la confianza internacional cuando organiza unos de los mejores mundiales de fútbol que se recuerdan. El mundo percibió un país moderno, acogedor y capaz de acometer con éxito este reto organizativo durante el periodo más complicado de su historia reciente.

Un periodo en que las transformaciones políticas y sociales se gestaban continuamente.

En cuanto a terrorismo, 41 personas, en su mayoría militares, fueron asesinadas en su escalada de violencia.

El 28 de octubre, el abogado *Felipe González*, a la cabeza del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se alza victorioso en las elecciones, consiguiendo mayoría absoluta.

En el mes de febrero, Matilde viaja de nuevo a Madrid con el único fin de conseguir información sobre su hija Dolores. Ya no había secretos en la familia, todos eran conocedores de su doloroso pasado y la apoyaron en ese reto que se propuso conseguir sin más demora.

Encontrar a sus tres hijas restantes.

En la puerta del edificio del Barrio de Salamanca que tan bien conocía, Matilde miraba al interior nerviosa. Llevaba su papel muy bien aprendido pero eso no la eximía del nerviosismo y la incertidumbre que la invadía. Subió el escalón adentrándose en el portal y frente a los buzones, se aseguró del piso en que vivía doña Berta Aguado.

Subió la escalera despacio repitiendo en su cabeza cada una de las palabras que pronunciaría. Ante la misma puerta, esperó unos segundos para respirar hondo.

"Matilde vamos a entrar—se decía—Sea lo que dios quiera"

Tocó el timbre.

—Buenos días, esta es la casa de doña Berta Aguado, verdad?

—Así es señora—contestó mamita Dolores.

—¿Está en casa?

—¿A quién debo anunciar?—preguntó mirando a esa mujer que le resultaba familiar.

—Matilde, Matilde Ruiz, soy la esposa del Coronel Maldonado. Me gustaría ver a doña Berta.

—Espere un momento, veré si puede recibirla—le contestó mamita Dolores mientras la miraba con detenimiento ahora que sabía su nombre. Mil situaciones pasaron por su cabeza en segundos. Mientras volvía al salón se restregaba las manos inquieta.

—¿Quién es Dolores?

—Una señora desea verla. Matilde es su nombre, esposa de un coronel, me dijo.

—¿Matilde?—preguntó doña Berta—¿Quién será? Ahora mismo no recuerdo a ninguna Matilde. Bueno, dile que pase, a ver que quiere.

—La señora la recibirá ahora doña Matilde, acompáñeme.

—¡Berta! Me alegro de volver a verla—exclamó Matilde con un tono un poco fingido que no pasó desapercibido para mamita Dolores —Pasaba por aquí, de camino de la casa de doña Carmen—mintió Matilde—Me ha sorprendido ver su nombre en el buzón.

—¿Nos conocemos?—le preguntó Berta.

—¡Claro! ¿No me recuerda? Hemos compartido muchos ratos en actos, en el Pardo. Con doña Carmen.

—¡Ah, sí!—dijo sin expresión Berta—La recuerdo, pero la verdad es que no esperaba verla por mi casa.

—Ya. La última vez que coincidimos fue en el funeral de Sebastián,

que en paz descanse. Aún estaba usted convaleciente.

—Y dígame… ¿Qué le trae por mi casa?—Berta no recordaba tener amistad alguna con ella pero sí que recordaba la conversación que tuvo con Lolina sobre ella hacía poco más de un año.

—Pues mire Berta, es un asunto delicado que me gustaría hablar en privado con usted—le dijo mirando a Dolores.

—Puede hablar delante de Dolores. Vivimos juntas, no tenemos secretos—le respondió de manera seca.

—Pues verá, me dio alegría ver su nombre en los buzones de correo porque precisamente en este edificio vivió una familia que adoptó a una niña poco después de la guerra. Tendría unos cinco añitos y se llamaba Dolores. Me gustaría hablar con esa familia pero, claro, no sé si aún siguen viviendo en este mismo edificio. ¿Sabe usted algo sobre esa familia?

—Nada. Jamás conocí a nadie en este edificio que adoptara a una niña. Aquí siempre hemos vivido las mismas cuatro familias. No, no, seguro que aquí no es.

—Vaya, estaba tan segura de que era aquí…—respondió un tanto triste Matilde—¿Y en algún edificio cercano? ¿Aquí al lado?

—No conozco a los vecinos colindantes, nunca tuve relación con ellos—cortó Berta—¿Y puedo saber por qué busca a esa familia?

—Es una larga historia. Disculpe que haya irrumpido así en su casa. Me alegro de ver que se encuentra bien. Tengo que irme, debo volver a Valencia.

—¿Aún vive allí?—preguntó doña Berta.

—Vaya, creí que no me recordaba—dijo Matilde un poco confundida—De todos modos le agradezco su información. Debí mirar mal los datos.

Mamita Dolores, sentada junto a Berta, escuchaba la conversación atónita. Doña Berta le estaba negando el derecho a conocer a su hija. En la puerta, cuando acompañó a Matilde, no pudo más que sentir lástima por esa mujer que llegó con tanta energía y que abandonaba la casa totalmente abatida.

—Doña Matilde, deme un número de teléfono. Quizá yo le pueda ayudar.

Tras el almuerzo y mientras doña Berta reposaba en la habitación, mamita Dolores marcó el número de teléfono de Tina.

—Acaba de estar aquí tu madre. Matilde ha venido buscando a tu hermana Dolores. Berta lo ha negado todo y ella se ha marchado.

2

1982 Madrid

Primavera

Tras esa llamada de mamita Dolores, Tina lloró de felicidad. Quería saber más, quería saber todo lo que habían hablado, pero mamita Dolores apenas le pudo contar de manera casi telegráfica los datos más relevantes. Temía que doña Berta se levantara y la encontrara hablando por teléfono. No es que lo tuviera prohibido, el problema estaba en el interrogatorio posterior, "¿Con quién hablabas? ¿Te ha llamado? ¿La llamaste tú? ¿Era importante?..." Y es que, realmente y tal como le había dejado claro a Matilde, entre ellas ya no había secretos, se contaban todo y pasaban las horas opinando sobre cualquier cosa o situación que les aconteciera. Cualquier llamada de teléfono les daba conversación para varias horas. Según quien llamara o a quién llamaran, toda su vida y milagros se ponían al descubierto entre las dos ancianas nada más terminar la conversación telefónica.

Para mamita Dolores fue una inesperada sorpresa tener delante a la persona que su niña Tina llevaba buscando dos años y añorando toda su vida. Con ella, con su presencia en esa casa, daba respuesta a lo que Tina llevaba meses preguntándose. "¿Nos habrá buscado alguna vez?".

Pues sí, parecía que la señora Matilde tampoco se había olvidado de sus hijas y mucho menos las había vendido. El cambio que sufrió tanto en su rostro como en su tono de voz desde que entró en la casa hasta que salió, evidenciaba un claro sufrimiento. Entró ilusionada y salió decepcionada y triste por un miserable capricho de doña Berta.

El tiempo que pasó entre la despedida de Matilde y la hora de descanso de doña Berta, se le hizo más largo de lo habitual. Quería informar a Tina cuanto antes de lo que acababa de acontecer en esa casa. Deseaba serenar su corazón y dar una maravillosa alegría a su pequeña, a lo más parecido que tenía a una hija y a la que quería con el alma.

Para doña Berta en cambio, la visita de Matilde significó todo lo contrario. La llegada de esa mujer daba algo de veracidad a todo lo que Lolina le había contado. Quería creer que había convencido a

Matilde de que estaba en un error y de que en ese edificio no encontraría a la familia que buscaba, pero temía que tarde o temprano, descubriera la verdad y que saltara por los aires todo ese escándalo de niños robados del que le habló Lolina. Berta se sentía tranquila en cuanto a ese tema. Sebastián y ella tan sólo habían adoptado a una niña en un orfanato, una niña que, según la documentación aportada, era huérfana. Pero los tiempos habían cambiado, tras la muerte del Generalísimo, ya no se respetaba a las familias de bien y a saber qué inventarían estos del nuevo gobierno con tal de echar por tierra el nombre de las familias que siempre estuvieron al lado de Franco.

Berta se mostraba inquieta y mamita Dolores nerviosa. La visita de Matilde había provocado que ambas mujeres permanecieran inmersas en sus propios pensamientos y que apenas conversaran durante el resto de la mañana.

Tina había llamado inmediatamente a su hermana Dolores para contarle la visita de Matilde así como la respuesta que había obtenido de su madre.

—¡Dolores, ella nos está buscando!—le dijo Tina emocionada a su hermana.

—Tina, tengo que saber más pero no puedo hablar con mamita Dolores ahora ni presentarme en casa así, por las buenas, a interrogar a mi madre. Se supone que no sabemos nada de esa visita. ¿Qué puedo hacer?—preguntaba Dolores.

—Dolores, tú hablas o visitas cada día a tu madre. Cuando lo hagas hoy, intenta sonsacar alguna información,...igual te lo cuenta..., no?—le contestó Tina esperanzada.

—Si lo ha negado, dudo que me cuente algo. Pero lo voy a intentar. Me llegaré hoy por allí a la hora del café. De todos modos, dices que mamita Dolores tiene su número de teléfono. En cualquier caso, podemos contactar con ella—apostilló con seguridad Dolores.

—¿Estás segura?—preguntó Tina.

—Por lo pronto las visitaré y te cuento. Según cómo me vaya, pensamos el siguiente movimiento.

—¡Ay Dolores, la tenemos a un paso!—la emoción de Tina la estaba haciendo llorar de nuevo.

—¡Tranquilízate mujer!—le contestó con ternura Dolores—¡Ya no falta nada!

—No sabes lo que esto significa para mí. Entiendo que tengas otros sentimientos diferentes y por eso quiero que decidas tú. Porque lo harás pensando con una capacidad que yo no tengo en estos momentos. Si por mí fuera, la llamaba ahora mismo, antes de que el tren la lleve de nuevo a Valencia.

—Todo se va a arreglar, te lo prometo. Pero sabes que antes debo hablar con mi madre y aclarar ciertas cosas que tú y yo sabemos. Ha llegado el momento.

A media tarde de un día cualquiera de principios del mes de marzo de 1982, a la misma hora en que Matilde tomaba un tren de vuelta a Valencia tras haber visitado a doña Berta Aguado y almorzado posteriormente con sus hijos y su nuera Luisa, Lolina llegaba a casa de su madre.

Matilde había contado a sus hijos la visita que había hecho al edificio donde, según la documentación que tenía, había vivido su hija Dolores. Les contó con tristeza el pésimo resultado obtenido. Ahora no sabía dónde reanudar esa búsqueda. Por otra parte, el orfanato de Guadarrama estaba en la actualidad cerrado como tal, no tenía idea dónde podría encontrar la documentación que vio allí. Quizá había tomado mal los datos de Dolores. Hacía años que no tenía contacto con su confesor en el Obispado. Desde la muerte de Franco no había vuelto a verle. Le parecía un despropósito llamarle ahora, tras años de olvido, quizá hasta hubiera muerto o ya no estuviera allí. La ilusión con la que había viajado a Madrid se tornó en profunda tristeza en su vuelta a casa. Tan sólo le quedaban esas palabras de la otra anciana que afirmó en la puerta que quizá pudiera ayudarle. Pero no la conocía de nada, quizá tuviera la cabeza un tanto ida por la edad y lo había dicho por decir. No podía confiar en ella. No tenía nada.

Mamita Dolores suspiró con alivio cuando escuchó las llaves de Lolina abriendo la puerta. Era la única que tenía llaves, aparte de las dos residentes; sin duda era ella.

—¿Cómo están mis jóvenes ancianas preferidas?—les dijo sonriendo nada más entrar al salón y mientras las besaba.

—¡No te esperaba hoy, hija!—le dijo doña Berta con un tono diferente. Ni alegre, ni triste, ni normal. Era un tono como cuando pillas a un niño desprevenido con alguna travesura que esconder.

—Ya, pero tenía que salir a unos recados por aquí cerca y me apetecía veros.

—¿Preparo café?—preguntó mamita Dolores.

—¡Por favor!—le contestó Lolina guiñando un ojo con complicidad.

—Mamá,...¿Te pasa algo? Estás demasiado seria, no?—le dijo Lolina—¡Parece que no te alegras de verme!

—¡Cómo no me voy a alegrar hija mía! Será que aún estoy recién levantada. Hoy mi siesta duró más de lo habitual. Debe ser eso.

—Me dejas más tranquila. No sé..., pensé que habíais discutido Dolores y tú. Te noté extraña.

—¡No digas tonterías! Dolores es lo mejor que me ha pasado desde la muerte de tu padre. Es una mujer maravillosa ¡Qué suerte tuvimos de encontrarla! Claro que tuvo que morir la pobre Consuelo para que llegara hasta nuestra casa.

—Llevas razón...¡Tuvimos suerte! ¿Pero sabes quién me la recomendó?—le dijo Lolina tratando de introducir algo del tema que le trajo hasta allí esa tarde.

—¿La conocías de antes?

—No, no. ¿Recuerdas a Tina? La mujer que no aceptaste por no tener referencias. Aquella que me dijo que éramos hermanas....

—Sí, sí, no es necesario volver sobre ese tema. Ya te dije lo que pensaba sobre eso. ¿No la habrás visto de nuevo?—preguntó doña Berta un tanto inquieta.

En ese momento mamita Dolores volvía ya al salón con la bandeja para servir el café.

—Si le parece doña Berta, voy a tender algunas prendas que puse a lavar—dijo mamita Dolores con la intención de que siguieran a solas.

—Dime Dolores—la retuvo Berta—¿Tú conocías a Tina, la mujer que quiso entrar en esta casa con intenciones raras?

Mamita Dolores miró a Lolina sin saber qué responder. Lolina asintió con la cabeza y le hizo un gesto de resignación. Era el temido momento de la verdad.

—Doña Berta—comenzó mamita Dolores—Antes de responder quiero que sepa que estar viviendo con usted es un privilegio y una oportunidad que me dio la vida. Es un placer acompañar a toda una señora. Tuve la suerte de tener a mi lado a dos grandes señoras, doña Consuelo y después usted.

—Al tema Dolores—le apremió Berta.

—Yo conocía a Tina, sí. No sólo la conocía, es como si fuera mi hija. Era la niña que adoptaron Consuelo y Ernesto, esa misma niña que fue un poco difícil en su niñez y adolescencia. Ella y su propia hija, Dolores, me hablaron de usted y de su necesidad de compañía. Yo vivía entonces con Tina en Guadalajara, no consintió en que ingresara en una residencia de ancianos tras morir Consuelo. Me llevó con ella y con su esposo a su casa.

—¿Has estado viéndote con esa mujer a mis espaldas?—le preguntó enojada a Lolina.

—Mamá, ya te dije que pasara lo que pasara, encontrara lo que encontrara, tú siempre serás mi madre. Comprende que lo que me contó Tina era muy grave. Tenía que saber la verdad. No podía quedarme al margen porque entonces tendría dudas toda mi vida.

—¿Dudas?

—Sí mamá. Dudas sobre mi adopción. Ahora sé que ni papá ni tú tuvieron nada que ver en esa trama de niños robados, pero tenía que

saberlo mamá.

A pesar del enfado creciente que iba mostrando doña Berta, Lolina y Dolores continuaron relatando todo lo que había sucedido hasta ese momento. Le pidieron todas las disculpas del mundo por haberla mantenido al margen, pero el motivo no había sido otro que evitarle el sufrimiento mientras conocían la verdad.

—Dolores...—doña Berta miraba a mamita Dolores con ojos furiosos—¿Le has contado a mi hija la visita que hemos tenido esta mañana?

Mamita Dolores bajó al suelo la mirada dando respuesta así a la pregunta de doña Berta.

—Mamá solo lo sé de pasada, quiero que me lo cuente tú y sobre todo quiero saber por qué has negado que yo existo—Lolina también miraba duramente a Berta, no quería que su madre intentara intimidarla para evitar contar esa visita—Nada de lo que me cuentes va a cambiar nuestra relación, lo sabes, verdad? Mamá tu eres una mujer maravillosa... ¿Cómo no te apiadaste de esa pobre mujer que tan sólo vino buscando lo que le robaron hace años? Es impropio de ti. ¿Es que no confías en mí? ¿Qué amenaza sentiste? ¿Crees que te voy a abandonar? ¿Cómo podría dejar de querer a la mujer que me dio todo el amor del mundo? Mamá, te quiero más que a mi vida, no pude tener más suerte en este mundo que venir a esta bendita casa. Eres lo más grande que me pasó en esta vida, juntos con mis hijos. ¡No temas! Pero déjame apaciguar el corazón de otra madre a la que le destrozaron la vida. Solo eso mamá. Para Tina es más importante que para mí, ella siempre la echó en falta, yo ni la recordaba pero mi conciencia no me permite que esa mujer siga sufriendo, si yo puedo ayudar a evitarlo.

A media que Lolina hablaba, doña Berta iba calmándose, de hecho, la calma la llevó al llanto y el llanto al arrepentimiento. Su hija tenía razón, pero ella tenía miedo, demasiado miedo y el miedo es difícil de controlar.

Las tres mujeres permanecieron abrazadas mientras lloraban, cada cual por sus particulares motivos, pero las tres con un mismo fin. Acabar con una historia demasiado triste y dolorosa para todas las protagonistas de la misma. Ya no había rencores, malos entendidos ni inseguridades, las tres formaban un solo tronco de un mismo árbol del que esperaban los frutos en un futuro lo más cercano posible.

3

1982 Madrid

La voz de mamá

Tina llegó a Madrid a la mañana siguiente sin día fijo de regreso. Tras dejar el equipaje en su casa se dirigió hasta el Barrio de Salamanca. Por segunda vez en su vida, entraría en la casa de doña Berta Aguado, pero en esa ocasión con una finalidad totalmente diferente a la primera vez. Estaba más nerviosa que de costumbre, no sabía cómo iba a reaccionar doña Berta al verla de nuevo y aunque su hermana Dolores le había asegurado que todo estaba tranquilo, había conocido con anterioridad el carácter que la buena señora se gastaba cuando no estaba de humor. Lo último que necesitaba era una discusión que diera al traste con la ilusión con la que había emprendido ese viaje a Madrid.

Le abrió su hermana Dolores que ya la esperaba junto con doña Berta y mamita. Se abrazaron emocionadas por ese encuentro distinto, permanecieron muchos segundos abrazadas junto a la puerta, solas, sin testigos. No se hablaron, se miraron porque sus ojos lo decían todo. Dolores tomó de la mano a Tina para darle ánimos y así llegaron hasta el salón. Mamita Dolores corrió a abrazar a su niña después de tanto tiempo separadas, le parecía un sueño poder hacerlo en presencia de doña Berta.

—Doña Berta—dijo Tina acercándose hasta ella—Le pido disculpas por haber llegado a su casa con unas pretensiones diferentes a las que le dije. Le pido disculpas por no contarle la verdad. También por haber traído a mamita Dolores mediante engaños. Le ruego que disculpe todo lo que hice mal y le pido que entienda mis motivos. No puedo pasar sin agradecerle en el alma haber hecho tan feliz a mi hermana Dolores. Sé que ha sido la mejor madre que pudo tener. Cuando llegué por primera vez, no conocía su vida y me pareció que tenía un carácter endiablado, difícil de soportar, pero cuando supe de su sufrimiento, la comprendí de inmediato. También decían eso de mí, que tenía muy mal carácter, pero como ahora sabe, tenía mis motivos, muy duros y dolorosos motivos para estar enfadada con la vida. En su casa, en su familia, nada cambiará cuando conozcamos a Matilde, pero

en la mía, todo cambiará, todo será diferente. Podré serenar este corazón que sólo ha hecho llorar y lamentar la ausencia de mi madre durante toda mi vida.

—¡Ya basta hija!—la interrumpió Berta—Te entiendo, te disculpo y también tengo algo que agradecer. Dolores, esta maravillosa mujer que me acompaña, la trajiste tú y siempre te estaré agradecida. Y no pienses ni por un momento que te la vas a llevar de esta casa—le dijo levantando el dedo índice—Dolores no sale de mi casa, que ya es también la suya.

—Si mamita Dolores es feliz con usted en esta casa, no tengo nada que añadir—le contestó sonriendo—Bueno, tendrán que darme también una llave para poder visitarla cuando quiera—añadió bromista y alegre.

—Ya que mi hija y tú sois hermanas, aquí tienes también tu casa hija—le dijo doña Berta—Y a tu madre Dolores, según ella misma me ha contado.

—Así es doña Berta, ella es lo más parecido que tengo a una madre y siempre será así aunque tenga a Matilde a mi lado.

—¡Niña!—le dijo mamita—¿Cómo está la casa?

—Un poco de polvo y nada más. Muy silenciosa y sola, pero ya la llenaré de vida—le contestó Tina.

—Doña Berta—dijo mamita—Hace un día espléndido. ¿Le apetece dar un paseo, le enseño la casa de Consuelo y aprovecho para limpiar un poco?

—Lo que tú digas Dolores, así dejamos a las chicas solas para que puedan hablar con más libertad.

—¡Gracias mamá! Te quiero muchísimo. Disfrutad del paseo—les dijo Lolina.

Nada más quedarse a solas, decidieron en primer lugar llamar a Matilde al número de teléfono que les dio mamita Dolores.

—¿Qué le decimos?—preguntó Lolina.

—No sé, algo nos saldrá.

—Pensemos. No podemos quedarnos calladas.

—Hablas tú, por favor—le dijo Tina—Porque yo voy a meter la pata seguro con mis emociones. Tú eres más serena y lo vas a hacer mejor. Además te vino buscando a ti.

Lolina levantó el teléfono mientras miraba a Tina para que le diera fuerzas y confianza. A medida que marcaba los números, los dedos le temblaban cada vez más. Tina asintió con la cabeza dando ánimos a Lolina.

—¿Diga?—respondió una voz de mujer.

—¿Matilde Ruiz?

—Soy yo, sí. ¿Con quién hablo?

—....

—¿Hay alguien ahí? ¿Quién habla?

—Ayer estuvo usted en Madrid en la casa de Sebastián Quintanilla, que en paz descanse, verdad?

—Sí, sí... ¿Es usted la señora que me pidió mi número de teléfono?

—No, ella me dio este número para que le llamara.

—¿Conoce usted a la familia por la que pregunté?—respondió Matilde esperanzada.

—...

—¡Oiga! Conteste por favor...

—Yo soy Dolores—tan solo un leve hilo de voz logró sacar Lolina de su garganta.

—No le oigo, ¿Qué me ha dicho?

—Que soy Dolores y estoy aquí con Celestina.

—...

—¿Sigue usted ahí?

—¿Me puede repetir lo que ha dicho?—contestó Matilde casi con un grito desgarrado.

—Que estamos aquí Celestina y yo, Dolores ¡Usted preguntó por mi!

—Señora, espero que sea verdad lo que me está diciendo. ¿No es una broma de mal gusto?

—Matilde, yo no la recordaba, fue Celestina la que me encontró y me contó toda su historia. Parece ser que somos hijas biológicas suyas.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío...! ¿Esto es verdad?

—Ayer le mintió doña Berta, mi madre, ella me adoptó y ya sabía algo, por eso le mintió, temía que usted la acusara que quitarle a su hija. La otra señora, la que le pidió su número, crió a Celestina, es la asistenta de la casa de la familia que la adoptó.

—¿Cómo me puede estar pasando esto, precisamente hoy?—se lamentó Matilde—¿Por qué la vida me pone a prueba constantemente?

—Matilde, esté tranquila, si quiere podemos viajar a Valencia y nos encontramos allí. De hecho, Celestina está muy nerviosa y ansiosa por verla de nuevo.

—¿Tú no, Dolores?

—Bueno, entiéndame Matilde, yo no la recordaba, pero Celestina nunca la olvidó. Ella era mayor. Tengo ganas de verla... ¡Cómo no! Pero Celestina está aquí llorando con desesperación, no puede ni hablar.

—Chicas, vamos a hacer una cosa. Mi esposo Francisco, está hospitalizado desde esta mañana, le tienen que operar la próstata. Yo vine a casa a por algunos enseres y salgo para el hospital ahora mismo...Me pilláis en casa por minutos, esto es un milagro. ¡Dios mío,

cuando se lo cuente a Francisco! Os voy a dar un número de teléfono, de Cesar uno de mis hijos. No sé si sabréis que tuve dos hijos en mi segundo matrimonio. Él es uno de ellos. Quiero que le llaméis y os encontréis con él. Quiero que él os vea y me diga que es real lo que está pasando, necesito que alguien cercano a mí, os vea, os toque, me diga que todo es verdad.

—Conocemos su historia Matilde, sabemos de sus hijos y más cosas que ya tendremos tiempo de hablar. No se preocupe, le veremos a él para que se quede tranquila. Que todo vaya bien en el hospital.

—¡Mamá!—Tina le arrancó literalmente el auricular de la mano a Dolores antes de que pudiera terminar la conversación—¡Mamá!—gritaba llorando desconsolada.

—¡Celestina hija mía, no llores! ¡No llores mi vida! Estoy aquí y pronto, muy pronto estaré con vosotras, no llores mi amor—Matilde lloraba al compás de Tina, escuchar su llanto le había partido el alma.

4

1982 Madrid.

Lolina y Tina hablan con Cesar y Luisa.

No fue ese mismo día cuando llamaron a Cesar para encontrarse con él. Tenían que digerir toda la carga emocional que les había provocado esa llamada y escuchar de nuevo su voz. Por otra parte, Matilde les dijo que estaría en el hospital todo el día. Tina y Lolina supusieron que no sería hasta esa noche o a la mañana siguiente, cuando Matilde llamara a su hijo poniéndole en antecedentes sobre la llamada que recibiría de dos de sus desconocidas hermanas mayores.

Cuando doña Berta y mamita Dolores regresaron de la casa de Tina, las encontraron hechas un manojo de nervios. A Tina le temblaba en la mano una taza de tila que tuvo que darle su hermana. Lolina nunca pensó que le iba a afectar tanto escuchar a Matilde, y sí, se equivocó, escuchar su voz, su emocionada y temblorosa voz, le había provocado sentimientos y un tanto de ternura cuando imaginaba el dolor de esa madre a la que partieron el alma arrebatándole a sus cuatro hijas. Incluso sintió una tristeza infinita al pensar que Matilde nunca podría volver a ver a una de ellas. Ella que era madre, no podía ni imaginar el momento en que tuvieran que comunicarle la prematura muerte de Asunción.

A la caída de la tarde del día posterior a la llamada, Lolina llegó a la casa de Tina.

Tina la vio llegar desde el balcón donde estaba asomada desde un rato antes. Corrió a abrir la puerta y bajó el tramo de escalera que la separaba del portal, como si así acelerara su llegada, como si ganara tiempo recibiéndola en el rellano.

—¿Has estado limpiando? Qué bien huele la casa.

—Mamita Dolores y tu madre se encargaron. ¡Tu madre...! ¿Te lo puedes creer? Cuando llegué aquí ayer, me la encontré así.

—Dudo que mi madre se pudiera a limpiar, debió de ser Dolores.

—Y tu madre limpió la plata, que me lo dijo mamita.

—¡No te puedo creer! Tu mamita Dolores hace milagros.

Tina y Lolina se sentaron en los dos sillones colocados a ambos lados de la mesita donde estaba colocado el teléfono.

—¡Dale Lolina!

—¿Otra vez yo?

—Sí, sí, tú lo haces mejor. Mira ayer, para un segundo que agarré el teléfono, casi ni pude hablar.

—Ahora es diferente. A Cesar no le conocemos, ni tú ni yo. No te podrías emocionar de igual manera, Matilde...es lógico.

—De todos modos tú lo haces mejor—le respondió Tina animándola a levantar el auricular.

En la casa de Cesar y Luisa ya esperaban esa llamada, la noche anterior les había puesto al corriente Matilde de todo lo que había pasado en la mañana. La operación de Francisco había salido bien y en un par de días o tres estaría de nuevo en casa. Cesar había invitado a su hermano Octavio a cenar por si se producía la llamada esa noche, pero Octavio tenía ya sus propios planes y no pudo estar con ellos. "De todos modos no es seguro que vayan a llamar esta noche—le había dicho a Cesar"

Pero sí, llamaron y fue Luisa la que se levantó alertada por el timbre de la llamada.

—¿Diga?

—Buenas noches,...¿Es la residencia del Teniente Cesar Maldonado?—dijo Lolina tímidamente.

—Sí, ¿Quién habla?

—Lol…Dolores Quintanilla.

—¡Ah, sí! Esperábamos su llamada, le paso a mi esposo, soy Luisa, encantada de escucharla Dolores.

—Encantada Luisa, igualmente.

Tras unos segundos de espera, Lolina escuchó la voz de su hermano.

—¿Cesar?

—Sí, Dolores, el mismo.

—...No sé qué decir, lo siento...

—¡No te preocupes mujer! Mi mad..., nuestra madre ya me contó todo.

—¿Y qué hacemos?

—Pues yo diría que podíamos quedar y conocernos personalmente. Mi mad..., perdon, nuestra madre aún sigue en el hospital, en unos días volverá a casa. Sé que tendréis ganas de verla, ella también se muere por veros, pero estoy seguro que, en cuanto mi padre se pueda valer solo, vendrá a Madrid.

—Perdón, ni pregunté por la operación de tu padre.

—Todo salió bien, gracias.

—¿Y cuándo podríamos vernos, Cesar? Por nosotras no hay problema, en cuanto vosotros tengáis tiempo...

—Yo tengo durante toda esta semana las tardes libres, a partir de las 4. Por nosotros, si estáis dispuestas a pasar una tarde de historias y vidas pasadas...

—¿Mañana?

—Sí, podría ser. Sin problemas. ¿Dónde queréis que nos encontremos, en casa o en alguna cafetería?

—Creo que en casa sería más correcto para un primer encuentro. Ahora estamos en casa de Tina, Celestina, ella está sola aquí, es un buen lugar para vernos, no?

—Vuestros deseos son órdenes—le contestó con cariño Cesar—No sé si Octavio podrá estar, le preguntaré como va de horarios.

—Claro, nos gustaría verle también.

—Pues entonces, nos vemos mañana. Me alegro mucho de que hayáis aparecido, no sabéis la alegría que le habéis dado a nuestra madre. No creas que yo sabía nada de vosotras, también me enteré hace poco tiempo, pero ahora, ella es otra persona.

—Nosotras también no alegramos de haberla encontrado, tenemos historias dispares Celestina y yo pero...mañana nos pondremos al día. Espero que juntos podamos encontrar a la hermana que nos falta.

—Sí, sólo nos falta una. Ahora somos cinco, ¡qué barbaridad! Parece mentira, hace nada éramos dos, se nos unió Isabel y ahora vosotras.

—¿Isabel? ¿Cómo que Isabel? ¿Hablas de la pequeña Isabel? ¿La conoces?

—La conozco desde hace años como amiga, como hermana hace muy poco, fue una casualidad de la vida...

—¡Dios mío! Entonces...estamos todas, ¡no puedo creerlo!

—¿Vosotras tenéis contacto con Asunción?—preguntó Cesar.

—Siento decirte que a Asunción no la conoceremos..., murió con 18 años. Leucemia.

—...Eso va a doler, mucho... ¿Le habéis dicho algo a mamá?

—No, no...

—No le digáis nada aún, ya veremos cómo lo hacemos.

—Sí, sí lo que tú digas. Tú la conoces bien y sabrás cómo hacerlo.

—Bien, entonces nos vemos mañana.

—Hasta mañana Cesar.

5

Encuentro de Octavio, Cesar y Luisa con Lolina y Tina

Vivir tantas emociones en un período corto de tiempo, había originado que Lolina y Tina hubieran casi olvidado que existía Isabel. Desde el comienzo de su búsqueda tenían pocas esperanzas de encontrarla, no tenían dato alguno desde el que iniciar su investigación y se podría decir que no albergaban demasiadas ilusiones de localizarla. Este total desconocimiento, y los buenos resultados obtenidos con el seguimiento de su madre, ocultaron el recuerdo de Isabel en un segundo plano. Saber por Cesar que la pequeña de las hermanas se encontraba tan cercana a ellos, fue una maravillosa sorpresa, sobre todo para Tina. La intuición de Lolina con respecto a la chica que acompañaba a Octavio en la boda, fue certera. Un descubrimiento extraordinario que compensó en la balanza del corazón de Tina, la pérdida de Asunción. Y no es que dejara de doler su muerte, solo que se había resignado a ser solo dos hermanas de las cuatro que fueron y saber que Isabel también estaba entre ellos fue una inesperada casualidad de la vida.

Apenas pudo dormir esa noche previa al encuentro con Cesar. Por su cabeza desfilaban imágenes y situaciones que la mantenían en vilo mientras escuchaba, una tras otra, cómo pasaban las horas nocturnas.

Se levantó temprano y aunque la casa estaba sumamente limpia, volvió a repasar los suelos y el polvo inexistente en los muebles. Quería un lugar perfecto para ese encuentro tan esperado. El resto del día lo empleó en cocinar algunos entremeses para ofrecer a esos invitados tan especiales.

Lolina llegó una hora antes de la cita, tampoco había dormido demasiado y el día se le había hecho eterno.

A la hora acordada llegaron con puntualidad militar Cesar y Luisa.

Aunque la noche antes habían hablado un buen rato, estar frente a frente, fue incómodo y un poco desastre. No sabían cómo saludarse. Unos se acercaban para besarse mientras otros alargaban la mano en un formal saludo y al momento, el caso sucedía al revés. La situación provocó risas nerviosas que solventaron pronto invitándoles a pasar al salón.

—Es innegable que somos hermanos de madre—dijo Cesar rompiendo el incómodo momento—Sois una copia de ella. Aún la

recuerdo con vuestra edad, yo era un niño pero notaba cómo la miraban los hombres. Era muy hermosa, aún lo es.

—¿Ves parecido entre nosotras?—preguntó Lolina—La primera vez que vi a Tina, su cara me fue muy familiar pero nunca pensé que me recordaba a mí misma.

—Sois muy parecidas—contestó Luisa—Cada cual con un estilo diferente pero los rasgos son idénticos a los de Matilde y a los de Isabel.

—Yo sí que me sentí reflejada en una fotografía de Asunción—añadió Tina—No tanto con Dolores pero si vosotros lo veis supongo que será patente nuestro parecido.

—Octavio vendrá un poco más tarde. Sale de turno en media hora —les aclaró Cesar.

—¿En serio? ¿Octavio también viene?—exclamó Tina.

—¡No se lo quería perder!—les dijo Luisa—Y Adelita-Isabel porque no encontró billete de tren para hoy, se moría por estar aquí. Isabel, quiero decir…a veces aún la llamo así. ¡Vaya lío de nombre tenemos con ella!

Fue un encuentro emotivo, alegre, con demasiados sentimientos que pugnaban por salir y que finalmente lo hicieron en forma de llantos, risas, nervios y gritos emocionados. Todos hablaban a la vez, todos querían contar su versión de la historia. Cesar, Octavio y Luisa no podían creer que Tina y Dolores estaban en la iglesia el día de su boda y que pasaron desapercibidas entre los invitados.

—No sé cómo pude contener a Tina—les contaba Dolores—Estaba detrás de la primera columna con la vista fija en Matilde. Creo que si no llego a tiempo hasta ella, no hubiera sido capaz de contenerse.

—Ya os he contado a grandes rasgos lo que fue mi vida a partir de salir del pueblo. Ver ese día a mi madre tan cerca, tras cuarenta años extrañando su voz, sus abrazos, su sonrisa…Vosotros no podéis imaginar lo que yo sentí. Me tacharon de loca, de mentirosa, decían que yo inventaba una vida que me hubiera gustado tener. Entonces fue cuando decidí callar y esconder mi dolor, mi vida, mi pasado, pero nunca olvidé. Toda mi vida ha sido una continua búsqueda infructuosa, una carencia de emociones. Nunca tuve amigas, nunca dejé entrar a nadie en mi vida. Si no tenía a mi madre y a mis hermanas, nadie estaría a mi lado suplantándoles. Me tacharon de rara, de impenetrable y eso fue precisamente lo que llamó la atención de Alfredo, mi esposo, ya veis… Él y sólo él fue quién me mantuvo viva. Ni siquiera sé amar como él me ama a mí. ¡He sido una desgracia toda mi vida!!!! No me queda tiempo suficiente para agradecerle a Alfredo que continúe a mi lado. Me alegro que la vida os haya sonreído a todos vosotros…Sólo espero disfrutar de mi madre los

años que aún le queden… ¡Y de vosotros por supuesto! Pero ella…, ella…, ella es…—a Tina la embargaba la emoción y no pudo evitar llorar desconsoladamente mientras hablaba.

Cesar, Octavio y Luisa estaban cada vez más impactados mientras escuchaban la dolorosa vida de su hermana Tina. Si la de su madre había sido terriblemente triste en el pasado, la de Tina le iba a la zaga. Y mientras que su madre había rehecho su vida, sin olvidar el pasado, Tina apenas llevaba dos años con la esperanza de rehacer su maltrecha existencia.

Sin apenas conocerla, sintieron la necesidad de mimar a esa mujer que lloraba emocionada. Pudieron sentir el dolor de su hermana y les embargó el deseo de cuidarla para que su vida, a partir de ese momento, pudiera recobrar la ilusión y la felicidad que le robaron cuarenta años antes.

Se despidieron como hermanos, ya no hubo nervios ni malos entendidos. La misma sangre corría por sus venas y tras varias horas de emotiva charla, la relación fraternal parecía bien instalada entre todos. Antes de abandonar la casa de Tina, habían telefoneado a Matilde, todos juntos, cuatro de sus hijos. Cesar le aseguró que eran ellas, podía estar tranquila, eran Dolores y Celestina. Hubo un momento en que todos lloraban escuchando llorar a Matilde mientras les prometía viajar a Madrid en cuanto a Francisco le dieran de alta en el hospital.

—Me llevaré a Isabel, está deseando conoceros, mis preciosas niñas —les decía llorando Matilde.

Dolores abandonó la casa un poco más tarde que los demás. Se quedó ayudando a Tina a recoger el salón. Finalmente casi habían cenado con los entremeses que había preparado. Trajinaban del salón a la cocina en silencio, reviviendo lo que acababan de vivir y lo que llevaban viviendo dos años.

6

1982 Valencia

Aún tuvieron que pasar unos días antes de que Francisco obtuviera el alta hospitalaria. Y una vez en casa, tendría que permanecer en reposo absoluto durante el tiempo que le aconsejaron los doctores. Sus hijos Cesar y Octavio sí que aprovecharon el fin de semana para viajar hasta Valencia y visitar a su padre. No era el momento de llenar la casa con un encuentro familiar de las características que sería el que esperaba Matilde con ansia. Francisco necesitaba tranquilidad en su reposo y ni siquiera Luisa acompañó a su esposo a Valencia. Sí que pudieron contar a Matilde con todo detalle el encuentro con sus hijas, obviando en el relato la muerte de Asunción. A pesar de las inmensas ganas que tenía de abrazarlas, el que sus hijos las hubieran visto y tocado, la seguridad que le transmitieron en cuanto al parecido increíble que ambas tenían con Matilde, los retazos de historia que recordaba Celestina y que coincidían con los que le habían escuchado a su madre, dieron sosiego y tranquilidad a su impaciente corazón.

Sentada en el salón, mientras sus hijos departían con su padre, Matilde se abstrajo de esa conversación que apenas tenía interés para ella. Comentaban situaciones y momentos que vivían en los cuarteles o lugares a los que acudían y escuchaban los consejos que Francisco les daba a cuenta de su dilatada experiencia en el cuerpo.

Mientras tanto, Matilde repasaba en su memoria cada momento, cada segundo, cada instante pasado desde que le robaron a sus hijas. Se sorprendió recordando con todo detalle cada circunstancia ocurrida desde que el viejo párroco le aconsejó alejar a las niñas del pueblo. ¡Cómo la habían engañado!

Ahora que habían pasado tantos años, que había vivido una existencia impensable para ella, ahora recordaba cada movimiento surgido de su cabeza y que aprovechando su estatus, había logrado conformar un plan con paciencia y minuciosidad para recuperar a sus hijas y también, no lo iba a negar, para vengarse del culpable de ese miserable engaño del que fue víctima. Ahora se sorprendía Matilde por esa serenidad que la había acompañado en su nueva vida. Porque

a poco de encontrarse de nuevo con sus hijas, no tenía paciencia para aguardar unos días, quería verlas ya. Se imaginaba viajando con Celestina, Dolores e Isabel hasta Albacete para encontrarse con su Asunción, la única con la que no habían contactado por no vivir en Madrid, suponía...Le emocionaba ese encuentro con Asunción porque al igual que Celestina, ella la recordaría, su edad, 8 años cuando se fue, era suficiente para no olvidar su infancia y su pasado.

El destino, esa cosa tan desconocida que parecer ser que todos tenemos escrito desde que nacemos, tan impredecible, tan inesperado,...¿Quién lo escribe? ¿Quién lo decide? ¿Quién marca las pautas de la vida de cada persona? Matilde se preguntaba mil cuestiones que no tenían respuestas. Repasando su vida se asombraba de los cambios tan radicales que habían ido marcando su existencia. Con qué contundencia el destino la había paseado por la vida llevando a una simple hortelana, sin preparación ni estudios, sin ambiciones ni altas miras, hasta la cumbre, dotándola de un poder extraordinario y una preparación para utilizarlo, que pocas mujeres habían conseguido en aquellos años. Años en que la mujer era una simple observadora de la vida de los varones, sin opinión, sin valor, figuras decorativas que acompañaban a los hombres fuera de casa y de puertas adentro les obedecían y servían.

Mujeres a las que no se les reconocía que fueron auténticas heroínas en una guerra de hombres.

Mientras los hombres se mataban entre ellos, sus esposas, sus viudas y sus prometidas mantenían en pie un país devastado y llevaban adelante a sus familias en completa soledad, trabajando, trabajando y trabajando.

Apenas terminaron de almorzar, Matilde dejó a Francisco a cargo de sus hijos para encontrarse con Adelita-Isabel. La joven llegó a reconocerse en cualquiera de los dos nombres.

La relación con Adela, su madre adoptiva, había empeorado a partir de la charla que tuvieron en Madrid. Adela no aceptaba que Matilde fuera la madre biológica de su hija y mucho menos que hubiera informado a Adelita de sus sospechas, sin ninguna prueba concluyente basándose en unos simples documentos que no aportaban datos determinantes. Quiso convencer a Matilde de que no apartara a su hija de ella, a lo que Matilde le respondió de manera tajante culpándola a ella misma del alejamiento de Adelita. Nadie, solo ella la había apartado de su lado obedeciendo las órdenes de su marido, nunca dio la cara por su hija, nunca se enfrentó a él y así la fue perdiendo. Esta conversación que tuvieron Matilde y Adela, dio al traste con la fabulosa relación que siempre hubo entre ellas. En cuanto a la relación con Adelita, no hizo mucho más por mantenerla. En las

escasas conversaciones telefónicas que tuvieron, Adela siempre intentaba malmeter contra Matilde y romper la relación que unía a su hija con ella. Adelita intentaba en vano calmarla asegurando que su relación madre-hija no estaba en peligro siempre que ella empezara a comportarse como tal. Entre ellas se fue perdiendo la costumbre de mantener esa conversación telefónica, aunque fuera una vez por mes y la distancia, la ausencia de abrazos, la ausencia de contacto físico, de palabras tiernas y la falta de osadía por parte de Adela, hicieron el resto para que el olvido se fuera instalando entre ellas.

Delante de una taza de café, Matilde relató con detalles a su hija menor, todo el encuentro que anteriormente le habían contado a ella, Cesar y Octavio.

—¿Hasta cuando están aquí Cesar y Octavio?—le preguntó Adelita.

—Hasta mañana—le contestó Matilde—Sí ya lo sé, podíamos haber viajado a Madrid las dos mientras ellos están aquí—añadió sabiendo lo que su hija le quería decir—Nadie tiene más ganas de verlas que yo, pero no me conformo con ir unas horas. Quiero tener unos días para estar con ellas. Después de cuarenta años, tenemos toda una vida que contarnos. Mientras tanto, hablo por teléfono cada día con ellas. Escuchar sus voces me da la paciencia que necesito hasta que llegue el día de encontrarnos.

—¡Pero yo también voy!—exclamó su hija pensando que quería dejarla allí la primera vez que las viera.

—¡Por supuesto! Ellas quieren verte también. Juntas iremos a ver a Asunción—le contestó emocionada.

7

Madrid 1982

Algunas complicaciones en la recuperación de Francisco, retrasaron el encuentro hasta final de la primavera. Tanto Celestina como Dolores quisieron viajar a Valencia pero Matilde las convenció para esperar hasta que ella pudiera viajar a Madrid. El encuentro en Valencia no sería el mismo. Ellas estarían en un hotel, Adelita-Isabel en su casa y Matilde en la suya. No podían romper de esa manera la magia de un encuentro con estancia compartida las veinticuatro horas del día como era el deseo de Matilde. Comprendieron perfectamente el deseo de su madre, ellas también deseaban compartir todo el tiempo con Matilde e Isabel, pero estaban impacientes por encontrarse.

Dolores, a pesar de haber advertido en múltiples ocasiones que las razones de su búsqueda no eran exactamente las mismas que Celestina, los últimos meses, el encuentro con sus hermanos, las conversaciones diarias que mantenían con Matilde y saber de la existencia de Isabel, habían ido provocando aberturas en su olvidado pasado y cada vez entendía más a Celestina, ella comenzaba también a sentir el tirón de la sangre, esa sangre que corría por las venas de todos los implicados. Tenía un montón de hermanos, algo impensable unos años antes y un deseo que había teñido en parte, su feliz infancia y adolescencia. Lo único que continuaba firme en su corazón era el amor infinito por su madre adoptiva que jamás podría ser suplantado por el que podía sentir por Matilde, su madre biológica. También pudo percibir que el corazón era lo suficientemente grande para amar con intensidad a un gran número de personas. Amores igual de potentes con pasiones diferentes que jamás restaban, al contrario, sumaban emociones y fuerza al resto.

Celestina comenzó a sentir hormigueo por todo el cuerpo, decía que sus manos y piernas se le entumecían y que tenía dificultad para respirar con normalidad. En una visita a las urgencias del hospital más cercano, le diagnosticaron una crisis de ansiedad. En sus recuerdos también tenía varios episodios semejantes que sus padres adoptivos solucionaban con una infusión de tila y una aspirina. Ahora sabía el nombre de esa sensación de ahogo y proximidad a la muerte que había sentido en los primeros años de convivencia con su nueva

familia. Eran crisis de ansiedad que el médico de la familia nunca supo diagnosticar y que el Obispo achacaba a su salud mental por las desgracias vividas anteriormente. Ahí llevaba algo de razón, su salud mental se quebraba a veces.

Dolores pasaba buena parte del día acompañándola y a pesar de que Celestina le aseguraba que estaba perfectamente, sabía que, a solas, la impaciencia por volver a ver a Matilde y a Isabel sumado a los últimos acontecimientos le estaban pasando factura y su cuerpo lo manifestaba de esa manera, con antiguos y conocidos síntomas a los que Celestina había perdido el miedo.

El día señalado para el encuentro, Matilde e Isabel tomaron el primer tren que salía para Madrid. Llevaban preparando el reencuentro varios días. Nada podía salir mal. Tenía que ser perfecto. De hecho, Matilde llevaba cuarenta años preparándose para este momento. Había advertido a sus hijas mayores que no se les ocurriera esperarlas en la estación. Ellas tomarían un taxi hasta la dirección que les facilitó Celestina. Las apariencias, aún eran importantes para Matilde y no se imaginaba mostrando todos los sentimientos guardados durante años, en un andén, frente a desconocidos que nada sabían de su vida. Su mente la obligaría a actuar guardando las apariencias y eso provocaría un encuentro tan frío que ella no estaba dispuesta a permitir tras años de fingida ignorancia.

Celestina había preparado con esmero las tres habitaciones restantes de la casa, ella ocupaba la de Consuelo desde que llegó. No sabía los días que se quedarían, suponía que dada la reciente operación de Francisco, no serían muchos pero al menos tres eran seguros ya que, Cesar y Luisa habían viajado a Valencia para que Matilde pudiera estar en Madrid todo el fin de semana. Dolores también se quedaría allí al menos esos tres días. Su familia la había animado a no ser la única que abandonara la casa para dormir. Se apañarían el fin de semana sin ella. Tanto su esposo como sus tres hijos, se mostraban casi tan emocionados como ella con este final de una historia que habían conocido tan solo dos años antes. Doña Berta, en cambio, se mostró un poco reticente a esa estancia continuada. Habían vuelto sus miedos. Dolores tuvo que pasar por su casa antes de dirigirse a la de Celestina. Volvió a asegurarle que nada cambiaría, que la amaba por encima de todo. Mamita Dolores se quedó al cargo de tranquilizar a la buena mujer hasta que acabara el fin de semana y volviera a tener a su hija con ella.

Paseaban inquietas por la casa, la hora les indicaba que el tren debía de haber arribado ya en Atocha. Desde la estación hasta el domicilio de Celestina no habría más de diez minutos en taxi. Nerviosas, se sobresaltaban con cualquier ruido del exterior y corrían

hasta el balcón para ver si eran ellas. Tan sólo habían pasado veinte minutos desde que llegó el tren, pero a ellas les parecía que había pasado una hora.

Al fin, vieron un taxi que paraba junto a la puerta. Permanecieron quietas en el balcón a la espera de verlas salir del mismo. Salió el conductor para ayudarlas con el equipaje que llevaban en el porta-maletas.

Y salió Matilde.

Tras ella, Isabel.

Con la maleta en la mano, Matilde alzó los ojos como si hubiera sentido la mirada de sus hijas. Las vio abrazadas en el balcón, mirándola, sus ojos se encontraron, se reconocieron. Matilde levantó su brazo hacia ellas al tiempo que sentía flaquear sus piernas. Isabel, que observaba todo junto a Matilde, tuvo que agarrarla del brazo cuando vio que sus rodillas se doblaban. Celestina y Dolores corrieron hasta la puerta del edificio. Entre las tres, subieron a una Matilde debilitada por la emoción y algo aturdida. Mientras subían el tramo de escaleras que las separaba de la puerta de la casa, la mirada perdida de Matilde, pasaba de una a otra de sus hijas como si estuviera viviendo un sueño. Era una mirada soñadora y feliz. Matilde no era totalmente consciente de lo que estaba ocurriendo. Una sonrisa infantil se dibujaba en sus labios, una sonrisa perdida en un pasado que Matilde creía estar viviendo de nuevo.

No era ese el encuentro soñado, pero Matilde parecía muy feliz, en un mundo ajeno, mientras sus tres hijas lloraban alrededor de ella. Tan pendiente estaban de ella, que ni siquiera habían podido abrazar a Isabel. Una carcajada nerviosa surgió de pronto entre las tres hermanas cuando se dieron cuenta de que ni siquiera se habían saludado. Matilde, sentada en un sillón, con los ojos cerrados, no fue testigo del abrazo que durante varios minutos mantuvo unidas a tres de sus hijas perdidas. Lloraban y reían al compás. No había palabras, solo emociones.

Sentadas frente a Matilde, la miraban, aún permanecía con los ojos cerrados y la sonrisa infantil en sus labios. Las tres, tomadas de la mano, esperaban el momento en que abriera sus ojos. Habían preparado un té de valeriana para serenar su espíritu cuando despertara.

A Matilde parecía que le había invadido un sueño demasiado feliz como para despertar a una realidad diferente. Tardó más de veinte minutos en abrir sus ojos al mundo real. Tres rostros llorosos la miraban. Tres rostros amados. Tres sonrisas infinitas enjugadas con lágrimas de felicidad.

Cerró de nuevo sus ojos.

Volvió a abrirlos y vio la misma imagen.

Las arrugas que rodeaban sus ojos se marcaron con profundidad cuando la asaltó un amargo llanto, impulsivo, desesperado y nervioso. Al instante se sintió rodeada y abrazada por las tres personas que ocupaban su anterior sueño... y supo que eran reales... y su llanto se volvió risa... y su desesperación se volvió felicidad..., y sus nervios se volvieron serenidad y paz.

Se abrazaron.

Se olieron.

Se besaron.

Se recordaron.

Se reconocieron.

Y se amaron de nuevo. Quizá nunca se dejaron de amar.

Se hablaron en silencio, con los ojos. No hubo palabras..., no fueron necesarias.

8

1982 Madrid

Disuelto el abrazo conjunto del que les costó salir, Celestina aún seguía con la cara metida en cuello de Matilde. Como una posesa refregaba su nariz por la piel de su madre mientras que sus manos acariciaban el querido rostro ahora surcado por profundas arrugas. Celestina no sentía ese rostro arrugado, con sus ojos cerrados y su cara hundida en el pecho de Matilde, se vio de niña, metida en la cama, abrazada a su madre mientras escuchaban el sonido cercano de las bombas.

—Celestina, mi amor, estoy aquí y no me alejaré más de ti. Mírame, ¡Qué guapa que estás! ¡Mis niñas! Venid, venid, esto parece un sueño y no quiero despertar.

Durante más de media hora se mantuvieron formando un pequeño círculo en el que se cruzaban manos y cabezas que se tocaban, besaban y abrazaban y sobre todo, se miraban.

Un silencio bullanguero y alegre instalado entre ellas iba dando paso a palabras cortas y emocionadas.

—¡Isabel! Habíamos perdido la esperanza de encontrarte—le decía Celestina—¡Qué caprichoso es el destino! Fuiste la primera que encontró mamá.

—Si te digo que yo no sabía ni que era adoptada...—le contestó Isabel—Todo es una larga historia.

—¡Cuántas cosas que contar...!—dijo Matilde—Faltarán días, pero habrá tiempo. Ahora nadie nos va a separar. ¡Ay mi Asunción! ¡Ojalá estuviera también con nosotras! Es lo primero que vamos a hacer, buscarla juntas.

Celestina y Dolores se miraron y se entendieron. No, todavía no. Estaba recién llegada. No podían romper la magia de ese encuentro con una noticia que le partiría el corazón a Matilde. Tampoco contestaron a su invitación para buscarla. Callaron pero no pudieron evitar un rictus de dolor que no pasó desapercibido a Isabel. Pero no dijo nada. Ella también lo sabía, Cesar se lo había contado.

—Os enseño vuestras habitaciones y os instaláis mientras Dolores y yo preparamos unos entremeses. Esto merece que brindemos con un

buen caldo. No pienso salir de casa hasta que no sepa la vida y milagros de vosotras dos—Celestina desvió la conversación evitando que el tema de Asunción siguiera adelante.

En la cocina mientras preparaban algo para picar, sintieron la presencia de Isabel junto a ellas. Había llegado sin hacer ruido, antes de sacar su equipaje.

—Chicas…¿Cómo se lo vamos a decir?—preguntó preocupada.

—¿El qué?—contestaron al unísono.

—Lo de Asunción…

—¿Tú lo sabes?—preguntó Dolores.

—Me lo dijo Cesar hace unos días. Y de verdad que me preocupa mucho, porque desde que vosotras estáis localizadas, sólo habla de encontrar a Asunción. Está programando un viaje a Albacete, las cuatro juntas. Está muy ilusionada. ¡Se me parte el alma!

—Tampoco podemos retrasarlo entonces—dijo Celestina—Debemos decírselo cuanto antes. Estamos juntas, eso le hará más llevadera la noticia. Tiene que ser hoy. Durante los días que estemos juntas intentaremos consolar su pena.

—Estoy de acuerdo contigo—dijo Isabel.

—Y yo—añadió Dolores.

—Entonces,…¿Ahora o esta noche?—preguntó Celestina.

—Creo que si vuelve a sacar el tema, sería el momento—decidió Dolores.

—¿Qué tramáis a mis espalda?—Matilde llegaba a cocina alegre y feliz provocando un sobresalto en sus hijas que cuchicheaban en voz baja.

—¡Matil…mamá, vienes como un fantasma!—le salió al paso Celestina.

—¡Qué bonito suena que me llames mamá!—le dijo Matilde emocionada.

—Eres mi única mamá, no tuve otra o nunca consideré a Consuelo como tal—le contestó abrazándola—¡Te eché tanto de menos…!

—Por lo menos tengo una hija que me llama mamá—dijo con un tono alegre—Isabel me sigue llamando Matilde y Dolores…también, no?—le preguntó mirando a su hija.

—Matilde…danos tiempo. Yo tuve, tengo una madre maravillosa, fui muy feliz. Era desconocedora de todo este entramado que me contó Tina. Mi madre se llama Berta, tú la conoces. Por supuesto que te reconozco como mi madre biológica y además, siento que te amé en un lejano pasado,… te volveré a amar, seguro. Creo que lo que te hicieron no tiene nombre y tu sufrimiento es incalculable. No conozco la historia de Isabel, sólo sé que Celestina nunca fue feliz, nunca te olvidó, nunca te suplantó y gracias a esos recuerdos, hoy estamos juntas.

—No importa hijas mías, cada cual tuvo su otra vida, yo también rehice la mía y tenéis dos hermanos que ya conocéis. La vida nos castigó con dureza y salimos adelante cada cual como pudo. Si tengo que ser Matilde, lo seré y me sentiré dichosa sabiendo que fuisteis felices, que hubo unas buenas personas que os amaron con el alma y os dieron una vida maravillosa. ¡Si Asunción también ha tenido esa suerte será fantástico y si no, si le ocurre como a Celestina..., pues tendré dos hijas que me llamarán mamá!

—Sí mamá, Asunción también tuvo suerte como mis hermanas—Celestina le tomó las manos a Matilde—Fue muy feliz, tuvo unos padres maravillosos que la cuidaron y le dieron todo el amor del mundo.

—¡Hija!—exclamó Matilde—¿Dónde está Asunción?

9

1982 Madrid

Matilde sorprendió a sus hijas aceptando con bastante serenidad la prematura muerte de Asunción. Celestina le contó su viaje a Albacete y su encuentro con los padres adoptivos. Le enseñó la foto que le había regalado Herminia, aún la enfermedad no había minado su cuerpo y Asunción se mostraba feliz y sonriente junto a sus padres.

Unas pocas lágrimas mojaron la fotografía mientras Matilde la miraba con ternura.

—¡Qué bonita era!—dijo con tristeza.

—Debieron de quererla mucho—le decía Celestina—Su tumba tiene siempre flores frescas a pesar de los años que han pasado.

—¿Podemos ir a visitar su tumba?—preguntó Matilde en un ruego más que un interrogante.

—¡Por supuesto! Le llevaremos flores. Yo te acompaño cuando quieras.

—Bien—dijo Matilde—El dolor que me produce la muerte de una de mis hijas es algo que tengo que sobrellevar, aceptar y digerir. Era algo que podía pasar, a veces estuvo en mi mente que a alguna de vosotras le ocurriera. En aquellos años morían tantos niños...Se quedaban solos en el mundo sin nadie que les cuidara, morían de hambre, de frío o de cualquier otra enfermedad que contraían en la calle. Incluso los que tenían un hogar y una familia. La medicina de entonces no es la que tenemos ahora. No olvidaremos a Asunción, pero hay que seguir viviendo y seguro que ella nos ve desde el lugar al que van las almas inocentes. Brindaremos por ella y nos alegraremos por su felicidad mientras estuvo en este mundo. Ya hemos pasado demasiado dolor.

Sus tres hijas la miraban asombradas por la entereza que mostraba. Tanto temor y fue ella, su madre, quién mejor aceptó la triste noticia.

Fueron unos días inolvidables para las cuatro. Se contaron sus vidas, sus alegrías y también sus miserias. Celestina y Dolores conocieron en primera persona la apasionante vida que había llevado Matilde a partir de su segundo matrimonio. Parte de esa vida ya la conocían por la prensa que habían investigado, pero Matilde añadió

momentos y situaciones que la prensa no recogía y que habían sido claves para obtener los documentos que la llevaron hasta ellas. Preguntaron, curiosas, qué tipo de persona era la esposa de Franco y si aún seguía manteniendo su amistad. Matilde respondía a todas las cuestiones que sus hijas le preguntaban añadiendo anécdotas que sólo conocía ella.

El domingo por la tarde a la hora de partir, Matilde sorprendió de nuevo a sus hijas proponiéndoles un viaje a Robledillo de Gata, el pueblo del que habían partido, donde todas habían nacido. Matilde quería volver a ver su granja, su pueblo y sobre todo quería mostrarse delante del párroco, si es que aún vivía allí, para que supiera que ninguna venganza había podido separarla de sus hijas. Quería ver su cara cuando las tuviera delante. Ya no le tenía miedo y rezaba para que Dios le hubiera dado vida al párroco para ser testigo de su fracaso.

Cuando llegó al pueblo era más joven que ella por lo que era muy probable que aún permaneciera allí.

Matilde sabía desde tiempo atrás que fue una orden suya la que terminó separando a sus hijas, tal como le dijo su antiguo confesor.

Ahora deseaba que sintiera su derrota mirándola a los ojos. Pagaría por la muerte de Asunción, por la infelicidad de Celestina y por su propio dolor.

OTOÑO DE 1982

LA VIDA VUELVE

LA VIDA COBRA

LA VIDA SIGUE

1

Otoño de 1982

El verano de 1982, inolvidable para los españoles por ser sede del Mundial de Fútbol, mantuvo a los dos hermanos Maldonado exentos de encuentros, vacaciones y cualquier acto que no estuviera relacionado con su profesión. Ambos formaban parte del dispositivo de seguridad elaborado por el Gobierno para la prevención de actividades terroristas u otras relacionadas con la delincuencia común además de prestar apoyo a otros cuerpos de seguridad en el caso de catástrofes o accidente fortuito en cualquier sede del mundial. Se mantuvieron en una guardia continuada hasta el 12 de julio, día posterior a la final de mundial que jugaron Italia y Alemania en el estadio Santiago Bernabeu de Madrid. A partir de esa fecha les concedieron un permiso extraordinario de diez días además de las vacaciones normales que les correspondían.

Matilde y sus tres hijas habían ido posponiendo la fecha del viaje a Robledillo de Gata, sobre todo a partir de saber que Cesar y Octavio estaban en primera línea de la seguridad encargada del Mundial de Fútbol. El terrorismo era un tema que preocupaba demasiado a Matilde, lo había vivido de cerca durante años, eran muchos los compañeros de Francisco que habían sufrido actos terroristas y ahora eran sus hijos los que estaban en el punto de mira. Sobre todo Octavio, perteneciente al cuerpo de Intervención de Armas y Explosivos, estaba siempre expuesto. Ya habían intervenido varios cargamentos de explosivos escondidos en zulos o en pisos francos de Madrid y las amenazas de los grupos terroristas mantenían a Matilde en un sin vivir. Octavio jamás le hacía partícipe de dichas amenazas pero Matilde sabía que existían y su hijo no podía ser una excepción.

El tiempo que duró el Mundial de Fútbol fue una verdadera tortura para Matilde y se negó a viajar en ese estado en que no disfrutaría de sus hijas, ni de su pueblo, ni de la venganza con la que ya soñaba, sabiendo con seguridad, que aquel joven Párroco que llegó al pueblo, seguía allí ejerciendo sus funciones. Ahora rondaba los 70 años, poco menos que ella misma, y esperaba que su mente estuviera en perfectas condiciones para reconocer en ella, a la joven Matilde, a aquella que

había destrozado la vida, robándole a sus hijas.

La rutina había vuelto a la vida de todas ellas. Tina había vuelto a Guadalajara. Mamita Dolores seguía viviendo con doña Berta y Lolina las visitaba casi a diario. El tema del encuentro con Matilde y con su hermana menor siempre salía en esas visitas a su madre. Ahora les contaba sin tapujos todo lo relacionado con ellas, el viaje que habían programado, la actividad de esos dos nuevos hermanos que habían encontrado, sus conversaciones telefónicas. Doña Berta parecía que había perdido el miedo a que Lolina la abandonara en pro de Matilde. Parecía disfrutar viendo a su hija ilusionada con esta gran familia que le había caído en suerte en su madurez. Incluso le dijo que si algún día Matilde venía a Madrid, la invitara a casa, para disculparse con ella por la manera en que la recibió cuando fue buscando a su hija. Doña Berta quizá era sincera en su petición o quizá era partidaria de que al enemigo había que tenerlo cerca. De todas formas, se sentía segura, envuelta en el amor de su hija y la compañía de mamita Dolores que la arropaba y la animaba recordándole la maravillosa madre que había sido para Lolina.

Matilde y Adelita-Isabel volvieron a Valencia y a su rutina. Se veían casi a diario y con Dolores y Celestina se telefoneaban continuamente al igual que con Cesar y Octavio. Era una rutina diferente a la que había vivido, ahora sus preocupaciones y sus miedos maternales habían aumentado, un aumento que le proporcionaba una inmensa felicidad. Francisco, totalmente recuperado, sonreía feliz escuchando a Matilde hablar de sus hijos. De todos sus hijos. Aún no conocía a Dolores y a Celestina y ya deseaba entrar a formar parte de esa gran familia. En la vejez, cuando los padres comienzan a quedar huérfanos de sus hijos, ellos habían ampliado con creces su prole. Matilde le contaba que tenía tres nietos a los que no conocía aún, hijos de Dolores. Sospechaba que nunca serían nietos de verdad, por las mismas circunstancias por las que Dolores no podía llamarla mamá, pero se conformaba con conocerlos y que ellos supieran que existía. Sentía celos de doña Berta, su abuela, la que los había visto nacer y crecer y ese sentimiento incrementaba en un punto más si cabe, su deseo de venganza contra el Párroco.

Celestina no la haría abuela e Isabel tampoco mostraba interés en ser madre. Cesar y Luisa eran de momento, su única opción de tener nietos. Octavio ni siquiera tenía novia, enfrascado en su profesión, no mostraba interés por casarse y formar una familia.

Al finalizar el mundial y antes de pasar unos días disfrutando del mar Mediterráneo junto con sus padres, Cesar, Luisa y Octavio se encontraron de nuevo con Dolores y Celestina. Apenas habían podido

hablar con ellos, tan solo Luisa había salido con Dolores un par de veces al centro a tomar un café. Luisa que aún no conocía a demasiada gente en Madrid, encontró en Dolores una cuñada perfecta para compartir tardes de compras y charlas.

Tina se acercó a Madrid el día que concertaron la cita y de nuevo fue su casa la sede del encuentro. Un lugar céntrico al que todos llegaban con facilidad y acondicionado para no pasar demasiado calor en esa tarde de mediados de julio.

Fue ya un encuentro casi normal. Ellos querían despedirse de sus hermanas antes de volver a Valencia en vacaciones y ellas agradecían el gesto sintiéndose ya, parte de la familia.

—Para el otoño podríamos planear un encuentro total—les decía Cesar—Mi padre, vuestros esposos, tus hijos, Dolores, ya deseo conocer a mis únicos sobrino ¿Les habrás hablado de mí, no?—le preguntaba en tono jocoso—Porque tener un tío Policía es importante —Cesar seguía con sus bromas constante—Y a mis cuñados, que no tengo ninguno, porque este—dijo señalando a Octavio—No parece que me vaya a dar cuñada. Está enamorado de su profesión.

Todos reían las bromas de Cesar. Octavio se mostraba un poco incómodo cuando su hermano le nombraba el tema de las relaciones. Entrada la noche, Cesar y Luisa, se despidieron hasta la vuelta de las vacaciones. Octavio, Dolores y Celestina, con una copa recién recargada, continuaron hasta terminarla. Octavio no parecía tener prisa por abandonar la casa y sus hermanas estaban encantadas de esa comodidad que mostraba al quedarse.

—¿Cuándo te vas a Valencia?—le preguntó Dolores.

—En un par de días o tres. Llevo mes y medio con la casa abandonada, tengo ropa sucia por todos lados y la casa está que da un poco de miedo entrar. Tengo que poner un poco de orden para cuando vuelva a incorporarme a finales de agosto.

—¿De verdad que no tienes a nadie que te ayude en casa? Alguna amiga... o algo más—le preguntó Tina que no podía creer que un hombre tan guapo no estuviera comprometido—Candidatas no te faltarán con esa cara y ese cuerpo—le decía bromeando.

—¡Te has puesto rojo, Octavio!—se carcajeaba Dolores viendo el rubor de su hermano—¡Tienes alguien seguro! ¡Cuenta, cuenta!—el alcohol también cumplía su función embriagadora que desinhibía las vergüenzas escondidas.

—Bueeno...algo tengo—les decía sonriendo con pudor.

—Cuenta, estamos en confianza—le animaban.

Octavio las miró durante unos segundos, a los ojos, buscando una complicidad en ellas que le permitiera desahogar sus demonios. Se preguntaba si contarle su secreto perjudicaría su relación o la fortalecería. Sus hermanas le miraban expectantes. Esos segundos de

silencio y esa mirada apurada, frágil, como pidiendo ayuda...

—¿Pasa algo?—preguntó Dolores seria—¿Te hemos incomodado?

—No, para nada. Solo intento buscar las palabras adecuadas para no perder vuestra confianza.

—Me estás asustando, Octavio—le dijo Celestina—Nada puede ser tan grave como para separarnos cuando recién nos conocemos.

—Ya. Todo tiene la gravedad que cada uno le de a ciertos temas—contestó Octavio.

—¿Eres homosexual?—preguntó Dolores intuyendo que podría ser una razón de peso para él, por su profesión, por su familia, por su pasado.

—¿Se me nota?—le respondió dejando sin palabras a sus dos hermanas.

—No, no se te nota—añadió Celestina—¿Es eso lo que te preocupa? Si es así te comprendo. No debe de ser fácil en tu situación. Realmente tienes un problema, querido hermano.

—¿Problema?—preguntó Dolores—Celestina los tiempos han cambiado, ya no es...

—No han cambiado tanto, Dolores—contestó Octavio—Y menos en los cuerpos de seguridad. Descubrirlo sería una mancha en mi expediente. Jamás podré actuar con naturalidad y quizá, tal como le dije a nuestra hermana Isabel, tenga que contraer matrimonio con una mujer para salvar las apariencias. Tengo una relación, sí, con un compañero del cuerpo, ya veis...ambos vivimos ocultos al mundo, vivimos un amor prohibido y peligroso. A veces, nos escapamos a París, cada uno por su lado y allí nos encontramos. París es diferente. Por eso desaparezco de Madrid algunos días, digo que tengo guardia continuada y nadie se extraña que no atienda el teléfono en casa. Esa en mi vida...

—¡Pobre!—decía Celestina tomando conciencia de la desgracia de su hermano—¿De verdad te casarías con una mujer por las apariencias? No lo hagas Octavio. Eso no te va a aportar nada. No serías feliz y estarías engañando a tu esposa. No me parece bien. Vivir con semejante peso sobre tu espalda te convertirá en una persona amargada, infeliz. Tarde o temprano le partirás el corazón a esa mujer. No tienes derecho a utilizarla, Octavio. Eres como eres, así naciste y así morirás. En mí siempre vas a tener el apoyo que necesites y la ayuda que me pidas pero no me hagas ser cómplice de esa utilización desafortunada. Perdona mis palabras si son duras pero es lo que pienso y si puedo evitar que lo hagas, lo voy a intentar.

—Mira Octavio—añadió Dolores—Los tiempos cambiarán y todo se verá con más normalidad. Cuenta conmigo para lo que necesites, siempre estaré para ti. Mientras tanto, vive tu amor de la mejor manera que puedas y sobre todo, disfrútalo e intenta ser feliz. De cara

a los demás serás un soltero empedernido, un don Juan, un conquistador que no quiere compromiso...pero a tu familia debes informarles. Nuestra madre te va a apoyar sin condiciones.

—¿Y mi padre..., y mi hermano? ¿Creéis que me apoyarán? Para ellos no es fácil.

—Mantendrán el secreto ante el mundo, eres su hermano, su hijo, igual les cuesta aceptarlo pero al final te pueden tachar de todo ante los demás, menos de ser homosexual. Confía en ellos. Ya ves, ni Isabel ni nosotras nos hemos espantado con tu condición sexual, o sí? ¿Qué te dijo Isabel?

—Lo mismo que vosotras. Sois hermanas...—dijo sonriendo y quitando seriedad al tema que les mantenía en vilo.

—¿Me ayudaréis a hablar con mamá?

—¡Por supuesto! Somos hermanos..., para siempre y para todo.

2

Otoño de 1982

Viaje a Robledillo de Gata

El regreso a Robledillo de Gata, se había hecho esperar más de lo que pensaban. Cada vez que proponían una fecha, alguna de ellas ya tenía algún compromiso adquirido con anterioridad que le impedía tomarse esos días libres. Matilde tuvo tiempo suficiente para averiguar que el Párroco aún seguía en el pueblo, también pudo saber quién seguía viviendo allí de entre todas las mujeres de su edad que se conocían desde el colegio, hasta pudo conseguir que le alquilaran una de las casas del pueblo que en los días de su vuelta, no estaba habitada. Matilde prefería pasar allí el fin de semana que volver a dormir a Cáceres. Quería pasear por la Plaza Pizarro con sus hijas del brazo, acallar rumores que sabía por Celestina que corrían por el pueblo, quería que todos supieran la verdad, su verdad, porque desconfiaba absolutamente de lo que pudiera haber contado el sacerdote sobre ella y sus hijas cuando abandonó Robledillo, casada con Francisco.

De nuevo, el flamante Mercedes Benz de Santiago Quintanilla, salía de Madrid en dirección Extremadura. Dolores al volante y Matilde de copiloto, porque se mareaba detrás con tantas curvas. Detrás, Celestina e Isabel, viajaban pegadas a los asientos delanteros. Ellas podían viajar sin cinturón de seguridad y eso les permitía acercar su cuerpo hasta los sillones de delante para no perder palabra de las conversaciones que llenaron el viaje hasta que, un kilómetro antes de llegar al pueblo, Matilde guardó silencio mientras miraba los paisajes de su tierra. Eran algo diferentes, pero eran los mismos que recordaba. El otoño había invadido la sierra de un color amarillo anaranjado y el pueblo a sus pies parecía el mismo. Los años no habían pasado por esos muros de adobe, esos balcones de madera y esas calles de piedra y pizarra. Ella, que guardó en su retina la última imagen del pueblo cuando lo abandonó para siempre, no lograba diferenciar entre aquella y esta visión que ahora contemplaba.

El pueblo mantenía las mismas calles que recordaba, apenas diez

calles, pero al contrario que entonces, la población parecía que había disminuido notablemente. Fueron directamente hasta la calle donde tenían alquilada la casa y donde les esperaban para entregarles las llaves. Una mujer de una edad similar a la de Isabel estaba en la puerta aguardando la llegada de las inquilinas.

Dejaron sus equipajes y Dolores fue a estacionar el Mercedes Benz en la plaza, único lugar acondicionado para poder hacerlo. Las calles tenían la anchura justa para el paso de los borricos que en años pasados las recorrían vendiendo los productos necesarios para la vida cotidiana. Un automóvil hubiera entrado tan ajustado que impediría el paso de cualquier animal o persona que tuviera que cruzar por ella.

Era un viernes por la tarde, habían almorzado en una venta de carretera y además venían provistas de bolsas de alimentos porque, en verdad, no sabían si allí encontrarían algún lugar en el que abastecerse. La tarde de otoño invitaba a dar un paseo por el pueblo, aún el sol estaba lo suficientemente bajo como para que sus rayos solares dieran calor y luz para disfrutar de la apacible tarde.

Salieron con dirección a la Plaza Francisco Pizarro, Celestina quería volver a casa de don Gregorio y mostrarle a su madre, que el anciano comprobara personalmente que no las vendió como apuntaban algunos rumores. Pero al llegar a la plaza, Matilde sufrió el mismo impacto que Dolores, sus pies se iban directos a la Calle de La Rua que desembocaba en la granja.

Isabel se dejaba llevar, para ella todo era nuevo, no tenía recuerdos ni del pueblo, ni de sus calles, ni de la granja, era como si nunca hubiera vivido allí. Apenas tenía un año y medio cuando salió y sus recuerdos ni siquiera alcanzan al orfanato. Para ella, siempre vivió en Madrid en casa de sus padres y después en Valencia en la Comandancia.

A veces, pensaba que si Lucas no se hubiera cruzado en su vida, nada de esto estaría ocurriendo.

A medida que se acercaban a la granja, los pasos de Matilde se ralentizaban. Los de Celestina en cambio, se aceleraban. Eran recuerdos y sentimientos diferentes. A pesar de que allí había sido feliz, también representaba lo más doloroso de su vida y esas imágenes pasaban por la mente de Matilde como una vieja película. Para Celestina, lo triste, lo peor de su vida fue a partir de salir de allí, esa granja significaba para ella, la felicidad, la inocencia, la niñez junto a su familia. Dolores la reconocía, como ya le pasó la vez anterior, pero no le provocaba sentimiento alguno, ni tristeza ni dolor. Para Isabel era una simple granja que le llamó la atención porque nunca había estado en ninguna. Miraba los cultivos de otoño como un milagro, el fruto en el árbol o en la mata rastrera. Ella siempre los vio

en un puesto del mercado, ver cómo crecían y maduraban la tenía obnubilada. Ni siquiera vio las lágrimas que rodaban por los rostros de Matilde y de su hermana Tina.

Pasaron de largo hacia el salto de agua del río Arrago donde Matilde volvió a emocionarse mientras les contaba que las llevaba cada tarde de verano a esa parte del río. Todos los niños del pueblo se encontraban allí.

De vuelta al centro de Robledillo, pasaron por la plaza y Celestina consiguió llevar a su madre hasta la casa de esquina, la de don Gregorio.

—¿Me recuerda, don Gregorio?—le preguntó alegre Celestina.

—Así de momento...usted no es del pueblo, verdad?—le decía pensativo—Espere, usted estuvo aquí hace como un año...¿Me equivoco? Le acompañaba su esposo.

—¡Increíble don Gregorio! Tiene usted una memoria prodigiosa.

—Tampoco viene mucha gente a visitar el pueblo. No es difícil recordar y sobre todo usted que venía buscando a su madre, ahora lo recuerdo todo. ¿La encontró?

—¡Aquí la tiene usted!—exclamó orgullosa agarrando de la mano a Matilde que se mantenía un paso por detrás de Celestina con una sonrisa en los labios.

—¡No puedo creerlo Gregorio!—le dijo Matilde—Estás fenomenal... ¿Qué edad tienes?—Matilde le hablaba como a un viejo conocido mientras Celestina los miraba a ambos sin comprender.

—Como siempre Matilde, diez más que tú. Me alegra volver a verte. Te largaste del pueblo sin despedirte de nadie... ¿Qué pasó con tus hijas?—del tono de don Gregorio, amistoso igualmente, emanaba una emoción real, por ese inesperado encuentro.

—Me las quitaron Gregorio, por eso me fui de este pueblo, lejos del Párroco que me las arrebató. Me fui con mucho dolor. No quería ver a nadie que me recordara a mis hijas. Ahora las he recuperado, aquí las tienes, no las vendí...

—Yo nunca dije eso Matilde, solo eran rumores de pueblo. ¿No eran cuatro?

—Eran cuatro, pero a Asunción no la podré recuperar, murió muy joven. La vida me la robó para siempre. La vida y el maldito cura...

—¡Uhm! Y ahora vienes a vengarte...—apostilló don Gregorio.

—Me conoces bien Gregorio—le contestó Matilde.

—¡Y tanto que te conozco! Yo me llevé años pretendiendo a vuestra madre—dijo dirigiéndose a las tres mujeres que escuchaban la conversación de los dos viejos amigos—Pero Nicolás tenía una buena granja al lado de la de vuestro abuelo y perdí...

—¡Quién se acuerda ya!—contestó Matilde con nostalgia.

3

1982 Robledillo de Gata

Tras la visita a don Gregorio que se alargó más de la cuenta con la conversación que entablaron sobre tiempos pasados, a la que se unió su mujer, que no llegó a conocer a Matilde en aquellos años, se dirigieron de nuevo a la casa de alquiler para preparar algo de cena. La noche había caído mientras charlaban. Las calles estrechas y apenas iluminadas con unas pocas farolas, daban un toque romántico al pequeño pueblo. Matilde y sus tres hijas caminaban despacio, disfrutando de esa bella estampa tan olvidada. No aceptaron la invitación de don Gregorio y su mujer para cenar porque consideraron que eran demasiadas personas para un encuentro inesperado, pero sí que accedieron a volver antes de partir y tomar un vino de la tierra mientras degustaban productos ibéricos elaborados por ellos mismos.

Matilde tuvo que contar muchas cosas esa noche, sus hijas querían sonsacarle la historia de ese pretendiente del que nunca les habló. A todas les cayó muy bien don Gregorio.

—¿Por qué no me dijiste que le conocías cuando te conté que fui a verle?—le interrogaba Celestina—¡Ahora me explico por qué te recordaba tan bien! ¿Qué escondes? ¿Eh?

—¡Qué voy a esconder!—les decía sonriendo—En el pueblo nos conocíamos todos. Mañana veréis...todos sabrán que estamos aquí. Gregorio a falta de radio, hace todos los comunicados pertinentes.

A la mañana siguiente y tal como Matilde había predicho, todas las ventanas tenían rostros escondidos tras los visillos. Los que la conocieron, salían a saludarla y los que no, miraban a través el cristal a esa mujer cuya historia tantas veces habían oído.

Las horas se fueron rápidas, todos querían hablar con ella, saber qué había pasado, cómo le había ido la vida...Una casa tras otra, sus habitantes salían a su paso como si fuera un personaje famoso. De hecho, en Robledillo de Gata lo era, o lo había sido durante años, mientras su historia se iba distorsionando de boca en boca.

Allí nadie sabía hasta qué punto había llegado Matilde en la escala social. La prensa llegaba con retraso y si alguien había visto su foto en

el periódico, nadie hubiera reconocido a Matilde en aquella acompañante de la esposa del Generalísimo, tan elegante y sofisticada.

Volvieron a casa con la hora justa para preparar el almuerzo. Llegaron cargadas con bolsas de manzanas recién cogidas, granadas, pimientos, calabaza, pepinos, todos sus conocidos y amigos de aquellos años, querían agasajar y dar la bienvenida a su antigua vecina. Fueron toda una novedad en un pueblo envejecido y poco acostumbrado a visitas a pesar de que conservaba una innegable belleza.

Era uno de esos pueblos desconocidos de la Extremadura profunda, en el que aún se vivía como cuarenta años antes y que tan solo cobraba vida y actualidad en los veranos, cuando las vacaciones escolares llenaban el pueblo de niños y jóvenes, nietos de los habitantes permanentes, cuyos padres habían tenido que emigrar a capitales de provincia en busca de un mejor futuro.

Durante los meses de invierno, apenas doscientas personas permanecían allí disfrutando o sufriendo con el silencio de sus noches y la soledad de sus calles.

Era sábado y ya sabían que a las 8 de la tarde se celebraba "la santa misa" de manera extraordinaria y hasta que llegara el invierno, en que sólo se celebraba la del domingo a las 12 del mediodía. Matilde intuyó que esa que se celebraba por la tarde no contaría con demasiados feligreses y decidió que sería por la mañana, al salir de la misa de 12 cuando abordaría al Párroco en la puerta de la Iglesia y ante un buen número de parroquianos.

La tarde del sábado la pasaron igualmente paseando las calles del pueblo, saludando a vecinos que aún no habían tenido la oportunidad de verla.

Matilde llevó a sus hijas a rincones maravillosos donde estaban todos sus recuerdos de la niñez y la adolescencia. Lugares recónditos donde tuvieron lugar esos primeros besos robados y esas historias de amor idealizadas con el tiempo que ahora recordaba con una sonrisa y un poco de añoranza. Las llevó hasta el margen del río donde, a la sombra de un chopo, le pidió Gregorio que fuera su novia. Ella apenas tenía 14 años y Gregorio era todo un hombre de 24. Recuerda que salió corriendo, asustada, porque pensó que un hombre viejo no podía decir eso a una niña.

—Con 24 años, le consideré un viejo—les contaba Matilde—Pero eso nunca se lo dije, claro. ¡Bendita niñez!

Fue una tarde divertida, las anécdotas que les contaba Matilde, les parecieron tan prehistóricas que reían sin parar imaginando cómo era la vida en el pueblo.

—Los pueblos pequeños avanzan poco hijas. Son los olvidados.

Todos van abandonando la tierra que les vio nacer en busca de un mejor futuro para sus hijos. La civilización parece que se queda a la entrada, nunca penetra en el corazón de sus habitantes. Yo misma, cuando nos mudamos a Cáceres, parecía que vivía en otro mundo y eso que es una capital pequeña, casi un pueblo grande. Pero todo era diferente, su gente, la forma de vestir, de vivir, sus casas. Era la primera vez que vivía en un piso en vez de una casa a ras del suelo y me ahogaba entre esas paredes. Después, Tetuán me devolvió a la altura del suelo. Era un chalet inmenso rodeado de una valla alta y con alambres de espino en el cierre, custodiada por Policías las veinticuatro horas del día. ¡Allí fui feliz! Me faltabais vosotras, pero aprendí a vivir con esa tristeza. En parte, gracias a vuestros hermanos, en ellos, en su niñez, en su adolescencia, viví la vuestra.

—Mamá—la interrumpió Celestina—Te miro y eres tú, claro. Te escucho y tu voz me transporta a la niñez pero estás tan increíblemente distinta... ¡Mírate! Eras una granjera, recuerdo tus manos agrietadas por el frío, tu piel surcada por prematuras arrugas que ahora no tienes, tus palabras, tu conversación trivial y escasa... ¡Te convertiste en toda una señorona de la alta sociedad! De esas con las que se codeaba Consuelo y Berta, supongo. Comprendo que en el pueblo causes sensación, ellos conocían a otra Matilde. Me da risa cuando te contemplo moverte con esa soltura y elegancia. Risa buena, eh?, me encanta verte feliz.

—Sí, me convertí en todo eso que dices. Y cuando comprobé que se me daba bien, utilicé mi poder de seducción para llegar a vosotras. ¡Y aquí estamos! ¿¡Mereció la pena!, no?

4

1982 Robledillo de Gata

Misa del Domingo

A las doce en punto, Matilde y sus tres hijas, ocupaban el primer banco de la Iglesia. Estaba prácticamente llena.

Miró al sacerdote mientras se acercaba al altar y aunque tenía cuarenta años más, seguía alto, erguido y con esa mirada ladina que continuaba dando miedo. Pero Matilde ya no le temía. Ya no era la joven asustada que echó de su casa en tantas ocasiones. Ahora los papeles se invertían y era ella la que iba a rematar lo que él comenzó, hundiendo en la miseria su buen nombre y su palabra.

En el bolsillo de su chaqueta guardaba la prueba irrefutable de su verdad y la que demostraba, con nombre expreso, la culpabilidad del mezquino sacerdote.

Al término, en la puerta de la Iglesia, el Párroco, departía con un grupo de beatas que pretendían invitarlo a su casa a almorzar. Aún continuaba esa ancestral costumbre. Las demás personas iban abandonando la parroquia y permanecían en corrillos charlando, en la misma plaza.

Matilde, con sus hijas al lado, llegó hasta donde se encontraba el Párroco y se colocó delante de él. A un lado, Celestina, al otro Dolores e Isabel.

—¿Qué se te ofrece, hija?—al verla, el párroco se dirigió a ella.

—¡Dios me libre de ser su hija!—le contestó Matilde altanera—¿No me reconoce? A mi... su cara no se me olvidó jamás.

—Debes de estar confundida, hija. Eres nueva en el pueblo y en esta parroquia.

—¡No me llame hija, que me llevan los demonios!—le alzó la voz —Míreme bien o mire a mis hijas, quizá me encuentre en sus rostros.

—Tranquila...hablemos en la sacristía, allí me explicará quién es.

—Creo que ya sabe quién soy—Matilde con una sonrisa malévola en sus labios, le miraba a los ojos—Pero no reconoce en mí a la joven Matilde, verdad?

—No...no...—el Párroco tartamudeaba impresionado por el tono de

esa mujer, que en verdad, no la reconocía como la joven que le suplicaba llorando, tantos años atrás.

—Ahora, aquí, en igualdad de condiciones. Cuente a los parroquianos la verdad, no la que les contó años ha..., la verdad. Cuénteles que me robó a mis hijas. A estas que tengo a mi lado y a otra que ya no volveré a ver. ¡Sea valiente! Tan valiente como era cuando me echaba de su casa, porque quería saber de ellas. Cuénteles cómo me amenazaba con ingresar en un loquero si seguía preguntando por mis hijas.

—¡Matilde, hija!—le decían las beatas que acompañaban al sacerdote—¡Qué locuras estás diciendo!

—¿Locuras? ¿Eso les hizo creer esta bazofia? ¿Que estaba loca?—les contestó Matilde—Que repita lo que les contó, ahora, en mi presencia, ya no soy una mujer asustadiza, ni frágil. Dígales como destruyó las partidas de nacimiento de mis hijas para que jamás pudiera encontrarlas.

—Yo...jamás—el Párroco seguía intentando hablar sin encontrar las palabras adecuadas, mientras sus manos temblaban abrazando entre ellas el crucifijo que colgaba de su cuello.

—Usted...jamás...qué—le dijo Matilde acercando su rostro al de él de manera intimidatoria—¿Será capaz un hombre de Dios de negar la verdad? Bueno...ya lo hizo San Pedro..., también podría hacerlo usted, un simple siervo de la iglesia que nunca llegó a más en la vida. ¿Pensaba que recibiría un premio por castigar a la mujer de un republicano? ¡Pobre infeliz! ¡Cuántas vueltas da la vida! ¡Yo, la esposa de Nicolás el republicano! A mí me han abierto las dos puertas del Obispado y entré con honores. Mientras que usted se pudre sin pena ni gloria en un pequeño pueblo,…el Obispado de Madrid se ha rendido a mis pies para que intercediera por ellos ante la esposa del General Franco. ¿Y usted? ¿Quizá le recibieron alguna vez?

Atónitos, los vecinos se habían congregado alrededor de ellos y miraban impactados a uno y a la otra. Todos habían escuchado al sacerdote contar cómo Matilde había pedido a la iglesia que se hiciera cargo de sus hijas, que a ella le estorbaban. Se había jactado enseñando el documento que firmó Matilde cediendo la custodia al Obispado. Y todos le habían creído cuando al poco de morir Nicolás, contrajo matrimonio con el Guardia Civil y se fue del pueblo. Gregorio les había contado algo de una hija, unos meses atrás, pero ahora ella estaba allí, exigiendo al Párroco que rectificara, que contara una verdad que todos deseaban oír. Nadie se iba para casa, todos permanecían rodeando a Matilde y al sacerdote. Matilde había conseguido lo que quería, humillar y avergonzar al hombre que le destrozó la vida.

—¿Le premiaron? ¿Eh? Claro que si, le premiaron dejándole

abandonado en este pequeño pueblo que cada día tiene menos feligreses y de aquí, a la residencia de ancianos donde desterraron a mi querido don Samuel. Él si quería ayudarme, él quería ayudar a mis hijas. Usted solo quiso destrozarme la vida, ya que nunca pudo tener delante a mi marido—Matilde reía a carcajadas como si estuviera loca —¡Vamos! El pueblo está esperando la verdad.

—Le repito que yo no hice nada—el Párroco trataba de recomponerse ante la expectación que provocaba la conversación.

Matilde, sacándose un documento del bolsillo, con el membrete del Obispado de Madrid y firmado por el secretario del Obispo y antiguo confesor suyo, se lo puso delante de los ojos y lo pasó alrededor de todos los rostros que quisieron mirarlo.

—Leo literalmente—comenzó Matilde en voz alta, para que todos pudieran oír—"Querida y estimada Matilde: tus sobrinas fueron separadas en distintas familias, tras apartarlas de su madre, por orden del Párroco de Robledillo de Gata, que en esa fecha estaba recién destinado a dicho pueblo, aduciendo que las niñas eran prácticamente unas salvajes, maleducadas y con un comportamiento digno de satanás. Añadía en su carta, la cual guardamos entre nuestra documentación, que advirtiéramos a las hermanas del preventorio, que no tuvieran piedad con ellas, mano dura, eso aconsejaba y subrayaba. Siento muchísimo darte estas nefastas noticias y me avergüenzo del comportamiento de uno de nuestros hermanos. Te envío nuestras disculpas desde el Obispado. Sabiendo por ti, la verdad, el Arzobispo tomará cartas en el asunto. Recibe mi saludo y espero verte pronto por Madrid.

Don Eduardo Montilla Palermo

Secretario del Obispado de Madrid."

A medida que Matilde avanzaba en la lectura, los vecinos de Robledillo iban mostrando estupor e incredulidad en sus rostros y el del Párroco, se iba volviendo del color de la cera.

—Para conseguir esta verdad, tuve que decir que eran hijas de una prima muy querida. Pero todos sabéis que hablo de mis propias hijas. ¿Alguien desea comprobar la autenticidad de esta carta?—preguntó Matilde al público cada vez más numeroso—Este hombre que aquí veis, no es un siervo de Dios... es un hijo del diablo.

Con la mirada baja, humillado y solo, el Párroco entró de nuevo en la Iglesia y le pudieron ver arrodillado en el primer banco, con las manos cruzadas, se diría que orando, y con la mirada fija en la Virgen que ocupaba el altar mayor.

—¿Estará pidiendo perdón?—se escuchaba un comentario disperso entre la gente.

—¡Qué poca vergüenza!—decían otros.

—¡¿Quién lo diría?!
—¡Parece mentira cómo nos mintió!
—¡Hay que llamar al Obispado para que le sustituyan!
—¡Qué desfachatez!

Nadie abandonaba la puerta de la Iglesia, rodeaban a Matilde y a sus hijas acompañando su llanto airado y tratando de consolar a esta mujer con la que ahora se encontraban en deuda, por haber creído ciegamente las palabras del sacerdote sin otorgarle siquiera el derecho a dudar de esa versión descabellada de los hechos, que la mostraba como una mujer cruel y despiadada que incluso, había vendido a sus hijas.

Más serena y segura de que todos estaban al tanto de lo que realmente pasó, Matilde fue agradeciendo las muestras de cariño y apoyo que recibía mientras se alejaba de la iglesia en dirección a la casa de don Gregorio, donde tomarían ese tentempié al que les habían invitado la noche del viernes.

—¡La que has liado, Matilde!—con esta frase y riendo a carcajadas las recibió Gregorio—No me hizo falta asistir a la misa. Por mi puerta pasaban comentando lo que estaba ocurriendo a la salida de la Iglesia. ¡Le has bajado los humos al cura!

—¿Aún se comportaba igual?—preguntó Matilde.

—¡Y tanto! Yo ya corté mis relaciones con la iglesia hace un tiempo, cuando comprobé que no corría peligro si exteriorizaba mis pensamientos—una risa bonachona acompañaba a sus palabras. Parecía que estaba disfrutando bastante con lo que había sucedido—Nadie tuvo los arrestos de plantar cara a su actitud presuntuosa, pero sí que se fueron separando poco a poco de los corrillos peloteros a la puerta de la Iglesia. Ahora son cuatro beatas las que se lo rifan el domingo, los demás siguen huyendo, eludiendo compromisos indeseados.

—¡Tiene una mirada que espanta!—dijo Celestina.

—¡Ay hija! No es ni la mitad de espantosa que la que mostraba cuando llegó al pueblo—le contestó don Gregorio—Y ahora..., estoy deseando de verlo pasar por la calle. Espero que cuando vuelva a pasar por mi puerta no se atreva a decirme su frase favorita: “Don Gregorio, ay don Gregorio...hace tiempo que no le veo por la Iglesia” y me mira como si me estuviera perdonando la vida. Ahora tengo una respuesta perfecta y un motivo para utilizarla. ¡Aquí le espero en mi puerta!

—…

—¡Estas chacinas están deliciosas! Qué buenas manos tenéis—exclamó Matilde—Y el vino...humm, sigue conservando el sabor a tierra que recuerdo, ese sabor que penetra y se mantiene en el

paladar.

—El mismo mosto de toda la vida, Matilde. Aquí seguimos con nuestras costumbres, las mismas de siempre. El tiempo se para en los pueblos pequeños y cuando los mayores hayamos abandonado este mundo, se perderá nuestra cultura del campo. Nadie quiere trabajar la tierra. Es un trabajo duro que apenas recompensa, solo si amas la tierra te proporciona alegrías. ¡Nos quedamos solos, Matilde!

—¿Sabes Gregorio? Yo..., yo, a estas alturas de mi vida, volvería a vivir aquí. La ciudad va demasiado rápida, aquí la vida se disfruta más, va más lenta.

—Pero no dejas de ser una anciana—le contestó Gregorio—Y no lo digo por nada, en verdad estás estupenda para tu edad, pero vienes a vivir tu retiro, no a trabajar la tierra.

Mientras en casa de don Gregorio, disfrutaban de una buena comida y una agradable charla, la plaza comenzó a llenarse de gritos que alarmaron a los vecinos.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Socorro!—gritaba una anciana en medio de la plaza.

De las casas iban saliendo sus moradores al auxilio de esos gritos desesperados. De la casa de esquina de la plaza, también salieron todos a la puerta y les dio el tiempo justo de ver a un grupo de hombres correr tras la anciana, que entraba en la Iglesia Nuestra Señora de la Asunción, ubicada en la misma Plaza Pizarro. Pocos minutos después salieron con caras de circunstancias y llevando del brazo a la anciana que lloraba en silencio.

—¡El Párroco se ha colgado en la sacristía!—gritaban los hombres.

Epílogo

Celestina, Dolores e Isabel abandonaron Robledillo, con un regusto de emociones encontradas. Les había encantado compartir esos dos días con Matilde, en el pueblo, con su gente, departiendo con todos, pero ese final de fiesta les había impresionado. Nunca habían vivido un suicidio tan en directo como el del Párroco de Robledillo. Ellas permanecieron en casa de don Gregorio mientras la plaza se llenaba de gente. Nada conocían de él. Tan solo lo que Matilde les había contado y a pesar de tener motivos para odiar a ese hombre, no habían tenido tiempo de consumar ese odio. Era una mala persona, sí, pero era un anciano que quizá se arrepintió tarde de su fechoría y no pudo echar el tiempo atrás. ¡Quién sabe lo que pasaba por su cabeza!

Matilde fue de las pocas personas del pueblo que se atrevió a entrar en la sacristía de la Iglesia antes de que las autoridades prohibieran la entrada.

¿Quiso cerciorarse de su muerte?

¿Quiso ver su cara de sufrimiento?

¿Quiso que su risa fuera la última imagen de esta historia?

¿O quizá se sintió culpable?

Realmente y al contrario que sus consternadas hijas, Matilde viajaba feliz, en la vuelta a Madrid. Su venganza se había consumado hasta términos insospechados. Le hubiera gustado saber de qué manera le había castigado el Obispado tras descubrir su mentira. Al igual no había recibido ningún castigo. Ya no había forma de saberlo.

Tras lo sucedido en la puerta de la Iglesia, el Párroco, con su orgullo pisoteado por una mujer, su palabra puesta en entredicho, su dignidad a ras del suelo, y conocedor ahora, de la razón por la que sus solicitudes de subir al trono de la Concatedral de Santa María de Cáceres, como Obispo, no habían sido nunca atendidas por el Obispado, consideró que su vida había perdido el sentido. Ya no podría volver a mirar a los ojos a sus feligreses, conocedores ahora de la mentira con la que vivieron, tampoco podía solicitar de nuevo su ascenso porque ya conocía la razón de que lo ignoraran en todas las ocasiones. Pero aún tenía orgullo y prefirió abandonar el mundo antes que humillarse pidiendo perdón.

Realmente había cambiado poco, como bien dijo don Gregorio.

—¡Pues bien está lo que bien acaba!—exclamó Matilde rompiendo el silencio cuando ya llevaban recorridos un par de kilómetros.

—¿No tienes sensación de culpabilidad, mamá?—le preguntó Celestina.

—¿La tuvo él? Durante cuarenta años tuvo la oportunidad de deshacer el entuerto y nunca lo hizo ¡Ojo por ojo y diente por diente! La única sensación que tengo es de serenidad. El día que frente a la tumba de Asunción le cuente que todo está bien, habrá acabado mi tortura.

La prensa nacional, en un pequeño comunicado del Obispado de Cáceres, recogía la muerte repentina del Párroco de Robledillo y rogaba una oración por su perturbada alma, sin especificar en ningún momento el motivo o causa de su fallecimiento.

El hombre que quiso ser grande utilizando la maldad, ni siquiera mereció una esquela tras su muerte.

Cuarenta años después, la granjera casi analfabeta, había ganado la partida al ambicioso teólogo.

No fue la última vez que Robledillo las pudo ver por sus calles. Llegaron a convertirse en asiduas visitantes y a veces residentes. Dos años después de aquel viaje, Matilde y Francisco volvieron al pueblo que fue testigo de su primer encuentro. Demasiadas emociones embargaron al matrimonio, recuerdos que creían olvidados, volvían provocando en ellos una ternura igualmente olvidada por el tiempo. La paz y la serenidad con las que vivían en el pueblo les enamoraron el alma. Compraron una casita de dos plantas. Ilusionados por esa primera propiedad en común y acompañados de todos sus hijos, adecentaron los pequeños desperfectos que el tiempo y el poco uso habían ido marcando en sus muros.

Una vez lista para poder habitarla, Matilde y Francisco, permanecían en ella largas temporadas hasta que decidieron quedarse para siempre. Ancianos, como casi todos en el pueblo, disfrutaban de las asiduas visitas de cualquiera de sus hijos e incluso de todos juntos.

Los últimos años de la vida de Matilde quizá no fueron los más felices, porque la vejez no invita a la felicidad. Fueron años en que se turnaban el sufrimiento por el doloroso secreto de su hijo Octavio y la felicidad por su otro hijo y sus tres hijas. También fueron años serenos al lado de Francisco y arropados por su pueblo y sus vecinos.

Matilde murió un verano rodeada de todos sus hijos y de Francisco, agarrada a su mano, esa mano huesuda y anciana que un lejano día la libró de su tortura y que en el momento de su despedida

supo que nunca la soltaría.

Esta fue la lucha de una humilde mujer a la que los poderosos ultrajaron a conciencia. Una lucha tranquila, con pasos seguros, ganando pequeñas batallas, sin prisas para no dar lugar al error, con la fuerza y la entereza que le daban los años vividos en soledad, en plena guerra civil, trabajando su granja de sol a sol para que a sus hijas no les faltara un trozo de pan en la mesa.

Una de esas miles de mujeres, heroínas silenciosas y silenciadas por la historia.

Gracias por llegar hasta aquí.

Como Autora Independiente, el apoyo de los lectores es fundamental para mí.
Crezco con vuestros comentarios y aprendo con vuestras críticas, intentando mejorar cada día y con cada nueva obra.

Os ruego que me ayudéis dedicando unos minutos a compartir vuestra opinión. Una simple reseña en redes sociales o en Amazon.
Es algo que los editores valoran y ayuda a que las obras sean visibles.

Un abrazo infinito.

Bibliografía:

“ESPAÑA EN LOS 40: Hambre, racionamiento” de Rafael Izquierdo Perrin

“ESPAÑA AÑOS 50” de Carlos Saura (Libro de imágenes)

“PREVENTORIO DE GUADARRAMA. La voz de la memoria” de Consuelo García del Cid Guerra y Chus Gil

“ESPAÑOLES Y MARROQUÍES EN EL PROTECTORADO: historia de una convivencia” de Ignacio Alcaraz Cánovas.

“NO LLORES QUE VAS A SER FELIZ” El tráfico de los bebés en España. De la represión al negocio. 1938-1996

Otras obras publicadas:

2017 “Algo hice mal”
2019 “Mariana, crónica de una vida soñada”
2020 “Las hijas de Dorotea”
2021 “Vivas, Libres e Iguales”